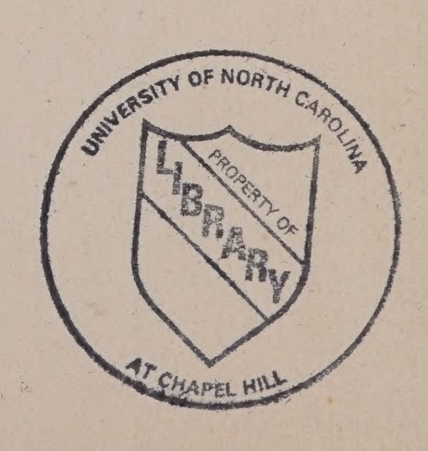

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
10001301985

LECTURAS CLASICAS PARA NIÑOS



DEPARTAMENTO EDITORIAL
SECRETARIA DE EDUCACION





ESPAÑA

EL CID



EL CID



EDIABA el siglo XI, cuando Rodrigo Díaz de Vivar, a quien se llamó más tarde Cid Campeador, vino a distinguirse por la gallardía de sus actos y por sus frecuentes victorias sobre los moros.

Al servicio del rey Fernando, y más tarde de los hijos de éste, don Sancho y don Alfonso, el Cid Rodrigo Díaz añadió tierras, tributos y vasallos al reino de Castilla, y alcanzó para sí la gloria de ser el primero de los castellanos.

Narradas por los juglares y transmitidas de generación a generación, las hazañas de Rodrigo Díaz dan asunto al *Cantar de Mio Cid* (1), primera de las obras clásicas de la literatura española.

(1) Mio Cid: Tratamiento que daban los moros a Rodrigo Díaz. *Mío* corresponde al *don* de nuestro lenguaje moderno y *Cid* (palabra árabe) equivale al castellano *señor*.




MONTE
NEGRO



DESTIERRO DEL CID



NVIADO por don Alfonso marchó el Cid Rodrigo a Sevilla y a Córdoba; iba a cobrar el tributo que los reyes moros de aquellas tierras debían pagar todos los años al monarca cristiano.

Mas sucedió que a esto, el poderoso rey moro de Granada, Almutafar, apoyado por unos cuantos castellanos desleales—entre ellos Diego Pérez y Fernán y Lope Sánchez y el orgulloso conde García Ordóñez—decidieron atacar a Almutamiz, rey de Sevilla, entrando por su reino a sangre y fuego. Y como el buen Rodrigo no tan sólo en el servicio de su patria empleaba su espada sino que usábala también para defender en toda ocasión la razón y la justicia, al saber el grave daño que los granadinos intentaban hacer al aliado de su rey, envió cartas a García Ordóñez haciéndole saber que conocía su traición, y que de llevarse a cabo, se verían con él las caras en el campo.

Mas ya el rey de Granada y sus aliados los desleales, ricos hombres castellanos, caían esforzadamente sobre las tierras de Almutamiz, destruían cuanto hallaban a su paso, y contestaban con insolencia al Cid que no sería él quien se atreviera a echarlos de las tierras conquistadas.

¡Quién tal dijera al Cid Rodrigo Díaz! Inmediatamente reunió un gran ejército de cristianos y moros y marchó contra el rey de Granada y los suyos, librándose una batalla que duró un día entero, de sol a sol, en la que los del Cid obligaron a sus enemigos a huir abandonando todo el terreno conquistado. Entonces fué cuando el Cid hizo prisionero en el castillo de Cabra, al orgulloso conde don García y le arrancó por burla un mechón de las barbas.

Y tantos cautivos cogió el Cid, que fué imposible contarlos; mas tan sólo los tuvo prisioneros tres días, pasados los cuales mandó que los soltaran. Que la generosidad del Cid en la paz igualaba a su valor en la pelea.

Luego se unió a los de su compañía, y reuniendo abundante y riquísimo botín, hizo que todo fuese llevado a Almutamiz, rey de Sevilla.

En esta ciudad todos aclamaron entusiasmados a su libertador, y le rindieron el debido vasallaje, entregándole incontables riquezas para que las regalara a su señor el monarca cristiano. Y cuando, portador de tan gratas nuevas, llegó el Cid a Castilla, fué recibido con gran pompa y agasajo; todos querían verle, escuchar el relato de sus muchas hazañas y saber cómo había vencido al poderoso moro Almutafar, rey de Granada. Fué entonces cuando al nombre de Cid—que en árabe quiere decir señor—se añadió por vez primera el de Campeador, con que se significó su gran bravura en las batallas.

Antes que Rodrigo, había regresado a la corte el rencoroso conde don García, quien en lugar de agradecer al Cid su generosidad, no podía perdonarle su captura en el castillo de Cabra, y ansiaba vengarse de ella. Por esto, no atreviéndose a luchar cara a cara con el vencedor de Almutafar, procuraba por todos los medios indisponerle con el rey.

—Señor y rey—insinuaba un día al monarca—, ¿cómo pueden las victorias de Vivar haberos hecho olvidar su insolencia en Santa Gadea? Rey y señor—repetía al siguiente—; ¿no veis cómo con crecer tanto y tanto la majestad de Rodrigo Díaz va menguando la vuestra? y ¿no sabéis, señor, que el Cid se alaba de tener a sus pies más reyes moros de los que tenéis por tributarios? Los ricos hombres y *mesnadas* (1) que siguen al Cid formarían ya una corte como la vuestra. Mirad, señor, que las altanerías del Cid lo van subiendo

(1) *Mesnada*: ejército, grupo de hombres armados.

más alto de lo que es preciso; ved que los moros fronterizos lo adoran y temen como a un Dios. ¿No veis con qué poco respeto se presenta en las cortes con la barba desaliñada y el cabello crecido? Pensad, señor, que el que tuvo osadía para hacer jurar a su rey sobre la ballesta (1), puede un día tenerla para hacerse proclamar rey de su territorio. . . .

Y así un día y otro, llegó al fin don García a conseguir que el rey diera crédito a sus pérfidas insinuaciones. Y una mañana llegó a manos del Cid un pliego autorizado con el sello real, en el cual se le hacía saber cómo se le desterraba de Castilla, se le confiscaban sus bienes, y se le daban nueve días de plazo para salir del reino.



(1) Ballesta: arma de tiro para lanzar flechas.



EL CID CONVOCA A SUS VASALLOS

—Amigos, deudos y vasallos: sabed que el Rey Alfonso destierra de Castilla a vuestro Cid.... Noble y justiciero es nuestro rey, y el deber de un vasallo es obedecer a su señor. Por eso, "si él me destierra por uno, yo me destierro por cuatro," ¡y es mi solo pesar que las almenas castellanas puedan caer sin el sostén que les daba mi brazo. Porque hoy Alfonso me destierra de Castilla.... Y si alguno quiere seguirme fuera de las fronteras del reino, sepa que junto a mi pobreza encontrará la gloria. Estrechas han de ser para nosotros las cuatro partes del mundo (1), que hasta el último confín hemos de llevar nuestras banderas y estandartes. Y a las tierras que ganemos, por conservar el nombre de éstas en que nacimos, les llamaremos Castilla la Nueva.

Así hablaba el Cid, al conocer la noticia de su destierro, a sus numerosos deudos y vasallos. Su primo Alvar Fáñez Minaya, le contestó en nombre de todos:

—Contigo, Cid, iremos por yermos y poblados, que no ha de faltarte nuestro brazo mientras podamos sostener con él la espada. Y desde ahora puedes disponer de nuestras personas, y de nuestros dineros, de nuestros vestidos y de nuestras mulas y caballos...

Contento quedó el Cid al ver el mucho amor que le demostraban todos sus caballeros. Y partieron todos de Vivar con dirección a Burgos, y dejaron abandonados y desiertos sus casas y palacios. Y al Cid, tan valeroso y esforzado, se le llenaron los ojos de lágrimas

(1) Recuérdese que en aquellos tiempos lejanos aún no se había descubierto América

al volver la cabeza, y ver las puertas abiertas, los postigos sin candados, vacías las estancias, las perchas sin azores ni *halcones*. (1)

Mas he aquí que al salir de Vivar la comitiva, vió el Cid una corneja al lado derecho del camino, y al entrar en Burgos la volvió a ver, pero del lado izquierdo. Lo interpretó Rodrigo como buen augurio, y exclamó sacudiendo la cabeza:

—Albricias, Alvar Fáñez; albricias, caballeros míos; hoy nos destierran; pero hemos de volver cubiertos de gloria a nuestra Castilla.



(1) Halcon: Ave de presa que se usaba en las cacerías.



EL CID EN BURGOS

Ya entra en Burgos el Cid Rodrigo Díaz; sesenta pendones le acompañan y de todas partes llegan ricos–hombres y caballeros que por su voluntad se destierran con él.

Los *burgaleses y burgalesas* (1) se asoman a las ventanas para verle y admirarle, y, afligidos y llorosos por el destierro del Cid, no pueden menos de exclamar:

—¡Oh, Dios, qué buen vasallo si tuviera buen señor!

Todos quisieran hospedarle en sus casas; pero nadie se atreve por miedo a las iras del rey, que hostigado por el conde don García ha enviado a todas partes cartas autorizadas con el sello real, en que se anuncia que aquel que dé posada al Cid perderá sus bienes y su casa, y también los ojos de la cara.

Por ello, al entrar en Burgos el Cid Campeador, encuentra las puertas cerradas y las calles desiertas a su paso.

Así, en medio del silencio y de la soledad más absolutos, dirigiéronse el Cid y sus nobles caballeros a la posada de la ciudad; pero también aquella puerta estaba cerrada a piedra y lodo. Los del acompañamiento del Cid llamaron con palos y con piedras dando al mismo tiempo fuertes voces, mas los de dentro no querían responder. El Cid aguijó su caballo y sacando el pie del estribo, golpeó la puerta; pero ésta estaba bien remachada y no cedía.

Entonces una niñita de nueve años se acercó a los caballeros, y arrodillándose delante del Cid, dijo de esta manera:

(1) Burgales, Burgalesa: habitante de la ciudad de Burgos.

—¡Oh, Campeador, que en buena hora ceñiste la espada! Sabe que anoche llegó una orden del rey en pliego autorizado con su sello real. Sabe que en él nos dice que si osamos abrirte nuestras puertas, ofrecerte viandas, darte acogida o escuchar tus palabras, perderemos nuestros bienes y casas y nuestra libertad y también los ojos de la cara. Por eso, ¡oh, Cid! ya que tú nada has de ganar con nuestro mal, sigue tu camino y que el Señor te valga.

Entró la niña en su casa, y el Cid, con sus caballeros, salió de la ciudad. Junto al río Arlanzón, en un arenal desierto, izaron sus tiendas y pasaron la noche. Al romper el alba, dejó el buen Cid a sus caballeros y mesnadas en el improvisado campamento, y espoleando a Babieca, se dirigió a San Pedro de Cardeña, con ánimo de despedirse de su mujer Jimena y de sus hijas.





DESPEDIDA DEL CID

Saludaban los gallos a la luz del alba cuando llegó a San Pedro el buen Campeador. El abad don Sancho estaba rezando los *maitines* (1) y doña Jimena, con cinco ilustres damas de su compañía, rogaba a Dios que protegiera en sus andanzas a su Cid Rodrigo.

Y he aquí que en esto llaman a la puerta, y la noticia vuela en un instante. Con luces y con cirios, acuden todos al patio para recibir llenos de gozo al que nació en buena hora. ¡Qué gran pesar al saber que se va desterrado! Llora doña Jimena, lloran sus hijas que son aún pequeñitas, lloran las nobles dueñas y doncellas, llora el abad don Sancho... En tanto las campanas de San Pedro tañen a todo vuelo, y numerosos mensajeros van diciendo por toda Castilla cómo se aleja de ella el Cid Campeador. Y por seguirle, abandonan muchos sus casas y heredades, y por todas las tierras castellanas cruzan innumerables caballeros preguntando dónde podrán encontrar al buen Cid, pues quieren ir con él a donde él vaya.

Seis días pasó el Cid al lado de su mujer y de sus hijas; mas al cabo de ellos súpose que el rey había dado orden terminante de que si Rodrigo Díaz no salía del reino el día señalado, no se le dejara escapar por todo el oro del mundo. Y en sabiéndolo, aunque al decir adiós a su mujer y a sus hijitas sentía rompérsele el corazón, tuvo el Cid que aprestarse a la partida. Dióles, pues, el último abrazo; abrazó también al abad don Sancho, y a los fieles servidores que quedaban en el monasterio con Jimena, y al són de trompetas y *rabe-*

(1) MAITINES: Plegaria de la mañana.

les (1) montó a caballo y partió hacia el campamento, a la cabeza de su numerosa *hueste.* (2)

Mientras él iba de camino con sus caballeros, doña Jimena al pie del altar, oraba por su pronto regreso, dirigiéndose vehementemente al Cielo.

Y dicen las viejas crónicas en que aprendimos estas hazañas del Cid, que mientras Jimena rezaba devotamente su oración, allá en el campamento un ángel se aparecía en sueños a Rodrigo, y le decía:

—Cabalga, noble Cid; cabalga, buen Campeador, que nunca varón alguno cabalgó con más suerte ni más gloria. Y mientras vivas has de vencer en todas tus empresas.



(1) Rabel: Instrumento musical, de cuerda, que se tañe con arco.

(2) Hueste: Cuerpo de hombres armados.



POR LEON Y POR CASTILLA

Interminable tarea sería la de referir una por una todas las victorias del Cid y de su gente, alcanzadas durante el destierro. No duró éste un día ni dos, sino muy largos años, durante los cuales ni un instante cesó el brazo del Campeador de oponerse a la avalancha sarracena y de reconquistar, para León y Castilla, las que eran entonces tierras de moros. Y dicen que Rodrigo en aquellos tiempos duros y penosos, apenas se despojaba de su armadura dos veces por semana; que en las batallas era con su lanza y su ballesta, el primero de todos, y que por vigilar por sí mismo los posibles ataques de sus enemigos, pasaba las noches a campo raso mientras sus caballeros dormían en las tiendas.

Así en los primeros tiempos fué limpiando de moros toda la tierra castellana, hasta la misma raya de Aragón. Puso en fuga al poderoso *Jeque* (1) de Alcalá; hizo que le rindieran *parias* (2) seis reyes que de por vida fueron sus vasallos; le dieron sus riquezas más de cuarenta pueblos, y Santisteban con cuatro villas fuertes y seis castillos roqueros, le entregó sus llaves. Y en todos los fuertes que iba conquistando, hacía pintar las armas del rey Alfonso, y ondeaba el pendón de León y Castilla, pendón en todo el mundo respetado y temido.

A su paso, donde hubo mezquitas musulmanas, se alzaron cristianas iglesias; los reyes pactaron con él o se le sometieron; él

(1) Jeque: Jefe de tribu árabe.

(2) Parias: Tributo que se pagaba en seña de vasallaje

ratificó tratados viejos, dió leyes nuevas, y fué de todos a la vez temido y amado, por su valor, por su nobleza, por su piedad para el vencido.

Y los caballeros que por seguirle dejaron en Castilla tierras, bienes y heredades, llegaron a poseer tantas riquezas que les era imposible contarlas, que "buen galardón alcanza el que sirve a buen señor."

Mas ya se aleja el Cid de tierras de Aragón y va hacia Oriente, por donde sale el sol. Es su sueño—sueño que tan sólo confía al fiel Alvar Fáñez Minaya—llevar hasta el mar el pendón castellano, y conquistar a Valencia, la grande.

De villa en villa, de batalla en batalla—si también de victoria en victoria—sin descansar un punto de las fatigas de la guerra, pasó el Cid tres años hasta llegar a la vista de la tierra soñada.

Al fin, llegando una noche a Monreal, mandó echar pregones por Aragón y Navarra y envió a Castilla numerosos mensajeros. Unos y otros, decían de este modo:

—"El que quiera cubrirse de gloria y alcanzar buen provecho, véngase con el Cid, a quien llaman Campeador, y ayúdele en su intento de poner cerco a Valencia, la grande, para entregarla con gran honor a Alfonso, el rey cristiano."

Y de toda la cristiandad llegaron caballeros que unidos al Cid. llevaron más allá, con la Cruz, el pendón de León y Castilla,





EN TIERRAS DE ALFONSO

Mientras tanto a las tierras de Alfonso el Castellano llegaban nuevas de las hazañas que el Cid llevaba a cabo, y por todas partes volaba la noticia de que el desterrado de Castilla andaba trastornando al mundo.

En Burgos, a cada nueva victoria alcanzada por el *infanzón* (1) de Vivar, armaban los plebeyos gran tumulto para pedir al rey la vuelta del héroe desterrado. Y le aclamaban en las plazas públicas, y al grito de: "¡Viva nuestro Cid Rodrigo, el glorioso Campeador!" encendían fuegos y luminarias para honrarle y celebrar sus glorias. Esto era lo que hacía el pueblo en tierras de Alfonso el Castellano.

Y en la corte... Bien veía el rey la nobleza del Cid, quien a cambio de la pérdida de patria y hacienda, esforzaba su brazo en ganar pueblos para el monarca que tan injustamente le tratara. De buena gana perdonaría Alfonso al noble Cid, mas no se lo permitían los intrigantes y odiosos cortesanos, quienes—siempre instigados por don García—no perdonaban insidia ni calumnia para indisponer a Rodrigo con el Rey.

—Pensad, señor—le decían—cuáles serán ahora los humos del de Vivar; recordad que se cree más rey que vos, puesto que rompe con reyes y pueblos los pactos que vos habíais hecho.

Y Alfonso refrenaba sus deseos y no se atrevía a levantar el destierro del Cid. Esto sucedía en la corte.

Mientras, en solitario monasterio, una noble dama lloraba y

(1) INFANZON: Hijo de hidalgos, caballero.

rezaba sin cesar por la vuelta del guerrero desterrado, y dos niñas tan bellas como el sol y la luna, iban creciendo, creciendo, hasta convertirse en dos gentilísimas doncellas. Era la dama doña Jimena, esposa del Cid de Vivar, y las dos doncellas doña Elvira y doña Sol, sus hijas, tan hermosas ambas, que causaban la admiración de cuantos las miraban. Para estas tres mujeres, que contaban en su retiro los años, los días y las horas, cada minuto duraba eternidades.

Era esto en el monasterio de San Pedro de Cardeña.





CONQUISTA DE VALENCIA

A todo esto las mesnadas del Cid tenían sitiada a Valencia, la grande. Los fieros *Almoravides* (1) que la dominaban, eran los más temidos entre los sarracenos; mas ya sabemos cómo nunca hubo enemigo capaz de intimidar al buen Cid burgalés. Atrás dejaba ya pacificadas todas las tierras conquistadas por él, y sometidos a su poder reyes árabes y cristianos.

Duro fué el cerco, y bien se defendieron los Almoravides. Durante nueve meses los tuvo sitiados el Cid, sin dejarles respirar, sin darles tregua de día ni de noche. Y tantos, y tantos prodigios de habilidad y de valor llegaron a hacer el Cid y los suyos, que al fin del décimo mes la ciudad se les rindió y las llaves les fueron entregadas. El Campeador con sus esforzados caballeros, con Minaya Alvar Fáñez, el más fiel entre todos, con Martín Antolínez, el burgalés ilustre, con Félix Muñoz, su sobrino, y Nuño Gustioz y Alvaro Alvar y Alvaro Salvadórez y Galindo García, y todos los guerreros que de lejanas tierras vinieron a ayudarle en su empresa, entró en la gran Valencia, la ciudad poderosa, que se vistió sus mejores galas para recibir al renombrado Cid Campeador. Pues habéis de saber que era tan clemente en su dominación, tan noble y justiciero en sus actos todos, que moros y moras antes deseaban que temían ser vasallos del héroe castellano.

Los de Valencia al menos llegaron a adorarle más que como a un rey, como a un dios. No se cansaban de contemplar su larga

(1) ALMORAVIDES: Nombre de una de las tribus árabes que conquistaron España.

barba—que durante su destierro no cortó jamás—ni de admirar su porte majestuoso y noble, ni de aclamarle en calles y en plazas. Porque bajo el dominio del Cid, Valencia fué la más bella, la más rica, la más noble ciudad... Y le entregaron el regio alcázar, en el cual se alojó; y le hicieron vestirse a la morisca usanza, desterrando de su persona la castellana sencillez, para lucir reales atavíos y túnicas *talares* (1) recamadas de oro y pedrería.

No hay para qué decir que en la torre más alta del alcázar maravilloso ondeó la enseña de Alfonso el Castellano, para quien ganaba el desterrado Cid todas aquellas riquezas. Y la árabe *mezquita* (2) fué catedral cristiana, que tuvo su obispo en la persona de don Jerónimo, clérigo muy sabio y virtuoso, llegado de lejanas tierras orientales.

La fama de tan magna conquista se extendió por la cristiandad toda, y los más altos señores y los reyes más poderosos del mundo enviaron emisarios para felicitar al Cid, a quien consideraban ya como su igual sobre la tierra.



(1) Talar: Se dice de las túnicas que llegan hasta los talones.

(2) Mezquita: Templo de los mahometanos.



JIMENA EN VALENCIA

Guardado está el alcázar de Valencia y sus más altas torres; guardadas todas las entradas y salidas de la ciudad. Y por sus reales puertas sale solemne procesión—las cruces son de plata, las sobrepellices de los sacerdotes están bordadas de oro—en acción de gracias por la feliz llegada de Jimena y sus hijas a tierras valencianas.

También salía el buen Cid, el de la luenga barba, vistiendo rico manto de seda y montando a *Babieca* (1) que lucía sus mejores arreos. Antes de acercarse a los castellanos dió una carrera tan veloz que a todos dejó maravillados; desde aquel día fué famoso Babieca en toda España. Después, bajando el Cid de su caballo, se acercó a su mujer y a sus hijas abrazándolas tiernamente. Era tanto su gozo, que asomaban las lágrimas a sus ojos. También doña Jimena, doña Elvira y doña Sol lloraban, y no se cansaban de admirar al buen Cid y besarle las manos. Y así seguidos de sus caballeros que se entretenían en juegos de armas y de tablas, entraron todos en Valencia mientras musulmanes y cristianos aclamaban con entusiasmo al poderoso Cid, y a su noble mujer.

(1) Babieca: Caballo que montó el Cid, célebre en la historia de sus hazañas.



JIMENA PIDE AL REY QUE LA DESPOSE CON EL CID

De *Rodrigo de Vivar,* (1)
Muy grande fama corría:
Cinco reyes ha vencido,
Moros de la morería,
Soltólos de la prisión,
Do (2) metidos los tenía;
Quedaron por sus vasallos,
Sus *parias* (3) le prometían.
En Burgos estaba el rey
Que Fernando se decía;
Aquesa (4) Jimena Gómez
Ante el buen Rey parecía:
Se había humillado ante él
Y su razón proponía:
"Hija soy yo de Don Gómez,
"Que en Gormaz condado había:
"Don Rodrigo de Vivar
"Le mató con valentía.

(1) Rodrigo de Vivar: Nombre del Cid.

(2) Do: En donde—donde.

(3) Parias: Tributo.

(4) Aquesa: Esa.

"La menor soy yo de tres
"Hijas que el Conde tenía.
"Vengo a pediros merced,
"Que me hagáis en este día,
"Y es que aquese Don Rodrigo
"Por marido yo os pedía.
"Tendréme por bien casada,
"Honrada me contaría,
"Que soy cierta que su hacienda
"Ha de ir en mejoría,
"Y él mayor en estado
"Que en la vuestra tierra había.
"Me haréis así gran merced,
"Hacérosla bien vendría,
"Porque es servicio de Dios
"Y yo le perdonaría
"La muerte que dió a mi padre,
"Si él éste me concedía."
El rey tuvo por muy bueno
Lo que Jimena pedía;
Escribiérale sus cartas,
Que viniese, le decía,
A Plasencia donde estaba,
Que es cosa que le cumplía.
Rodrigo, que vió las cartas
Que el rey Fernando le envía,
Cabalgó sobre *Babieca* (1)
Muchos en su compañía,
Todos eran *hijosdalgo* (2)
Los que Rodrigo traía;
Armas nuevas traían todos,
De una color se vestían;
Amigos son y parientes,
Todos a él lo seguían.
Trescientos eran aquellos
Que con Rodrigo venían.
El Rey salió a recibirlo,
Que muy mucho lo quería;
Díjole el Rey: "Don Rodrigo,
"Agradezco la venida,
"Que aquesa Jimena Gómez

(1) Babieca: Caballo del Cid.

(2) Hijosdalgo: Hidalgos, caballeros.

"Por marido a vos pedía,
"Y la muerte de su padre
"Perdonada os la tenía:
"Yo os suplico que lo hagáis
"De ello gran placer habría;
"Os he de hacer gran merced,
"Muchas tierras os daría."
"—Pláceme, Rey mi señor,
"Don Rodrigo respondía,
"En esto y en todo aquello
"Que tu voluntad sería."
El Rey se lo agradeció;
Desposado los había
El obispo de Palencia,
Y el Rey dádole había
A Rodrigo de Vivar
Mucho más que antes tenía,
Y amóle en su corazón,
Que todo lo merecía.
Despidiérase del Rey,
Para Vivar se volvía,
Consigo lleva su esposa,
Su madre la recibía;
Rodrigo se la encomienda
Como a su persona misma;
Prometió, como quien era,
Que a ella no llegaría
Hasta que las cinco huestes
De los moros no vencía.





TRAJES DEL CID Y DE JIMENA EN EL DIA DE SUS BODAS

Domingo por la mañana
Cuando el claro sol salió
Más alegre que otras veces
Por gozar de la ocasión,
Don Rodrigo de Vivar,
El que la palabra dió
De casarse con Jimena,
Ese día la cumplió:
Y para ir a la iglesia
A tomar la bendición,
Por mostrar lo que valía,
¡Oh qué galán que salió!
Que de raso *columbino* (1)
Llevaba un rico *jubón.* (2)
Calza (3) colorada y justa,
Porque su gusto ajustó,
Bohemio (4) de paño negro,
De raso la *guarnición,* (5)

(1) Columbino: Color de paloma.

(2) Jubon: Vestidura antigua, semejante al chaleco.

(3) Calza: Pantalón de una pieza ajustado al cuerpo.

(4) Bohemio: Capa corta que usaban los guardias nobles.

(5) Guarnicion: Adornos de encaje.

La manga larga y angosta,
Con capilla de *buitrón;* (1)
Jaqueta (2) lleva de raja,
Y en ella mucho *brahón,* (3)
Y las faldetas tan cortas,
Que se parece el jubón:
Lleva un cinto tachonado,
De plata los cabos son,
Pendiente lleva del cinto
Un doblado *mocador:* (4)
Zapatos lleva de seda
De un amarillo color,
Abiertos y acuchillados
Porque era acuchillador:
Un collar de piedras y oro
Que al muerto suegro sirvió,
La gorra lleva con plumas,
Y un labrado camisón,
Y la tizonada espada
A quien él mucho estimó.
De terciopelo morado
Los tiros y vaina son.
Todos los grandes le aguardan,
Cuantos en la corte son:
Sale el Cid, y hácenle campo
Porque era *Cid Campeador.* (5)
El Rey le lleva a su lado,
Que en hacerlo adivinó,
Que de otros muy muchos reyes
Rodrigo le hará señor.
Todos le llevan en medio
En orden y procesión,
Y para ir a la iglesia
Todos se mueven a un són.

(1) Buitron; Encaje.

(2) Jaqueta: Chaqueta.

(3) Brahon: Doblez del vestido que ceñía la parte superior del brazo.

(4) Mocador: Pañuelo.

(5) Cid Campeador: Cid: señor–Campeador: batallador, vencedor.

EL CONDE LUCANOR



DE LO QUE LE ACONTECIO A UN HOMBRE QUE IBA CARGADO DE PIEDRAS PRECIOSAS Y SE AHOGO EN EL RIO



N día dijo el Conde Lucanor a Patronio su consejero, que tenía grandes deseos de ir a una de sus tierras, porque allí le habían de dar una partida de dinero y se proponía hacer en ella muchas mejoras; pero que recelaba que si permaneciese allí le podría sobrevenir algún daño, y que le rogaba le aconsejase qué debía hacer.

—Señor Conde—dijo Patronio—para que hagáis en esto, a mi entender lo más acertado, sería bueno que supieseis lo que aconteció a un hombre que llevaba una cosa de mucho valor en el cuello y pasaba un río.

Y el Conde le preguntó qué fué aquello.

—Señor Conde—dijo Patronio—un hombre llevaba una gran

cantidad de piedras preciosas a cuestas, y eran tantas que le pesaban mucho; y sucedió que hubo de pasar un gran río, y como llevaba tan gran carga se hundía más que si no la llevase; y cuando estuvo en lo más hondo del río comenzó a sumergirse mucho.

Y un hombre que estaba a la orilla del río empezó a gritar y a decirle que si no arrojaba aquella carga moriría, y aquel mezquino loco no comprendió que si muriese en el río, perdería el cuerpo y la carga que llevaba, y si la arrojara, aunque perdiese la carga, no perdería el cuerpo. Y por la gran codicia de lo que valían las piedras preciosas que llevaba, no las quiso arrojar, y murió en el río y perdió el cuerpo y perdió la carga que llevaba.

Y vos, señor Conde Lucanor, como quiera que del dinero y de otra cosa que pudiereis hacer en vuestro favor estaría bien que lo hicieseis, os aconsejo que si os hallaseis en peligro quedándoos allí, no os quedéis ni por codicia de dinero ni de nada, y os aconsejo también que nunca os aventuréis si no fuese por cosa que sea de vuestra honra o porque os perjudicarían si no lo hicieseis, pues el que poco se precia y por codicia o por devaneo se aventura, creedme que no piensa hacer mucho por él, pues aquel que mucho se estima, es preciso que haga de manera que lo estimen mucho las gentes, y no es el hombre estimado porque él se estime mucho, sino porque realice obras que hagan que lo estimen las gentes. Y si así fuere, estad cierto de que se estimará bien y no se aventurará por codicia ni por cosa en que no tenga gran honra; pero en lo que se deba aventurar estad seguro que no hay hombre en el mundo que tan pronto aventure su cuerpo como el que vale mucho y mucho se estima.

Y el Conde tuvo esto por buen ejemplo y lo hizo así, y por ello le fué muy bien, y como don Juan Manuel entendió que éste era un buen ejemplo, lo hizo escribir en su libro e hizo unos versos que dicen así:

A quien por gran codicia de tener se aventure,
Maravilla será que el bien mucho le dure.





DE LO QUE HACEN LAS HORMIGAS PARA MANTENERSE

Otra vez hablaba el Conde Lucanor con Patronio, de esta manera:

—Patronio, alabado sea Dios, yo soy bastante rico y algunos me aconsejan que, puesto que puedo hacerlo, no me preocupe sino de los placeres, de comer y beber; que tengo bastante para mi vida y aun dejaré a mis hijos bien heredados. Y por el buen entendimiento que tenéis, os ruego que me aconsejéis lo que os parezca que debo hacer.

—Señor Conde Lucanor—dijo Patronio—como quiera que disfrutar de los placeres es bueno, para que hagáis en esto lo más provechoso, me gustaría que supieseis lo que hace la hormiga para mantenimiento de su vida.

Y el Conde le preguntó qué era aquéllo.

Y Patronio le dijo:

—Señor Conde Lucanor, ya veis cuán pequeña cosa es la hormiga, y aparentemente no debería tener una gran percepción; pero sabréis que cada año al tiempo que los hombres cogen el trigo, salen ellas de sus hormigueros y van a las eras y traen cuanto trigo pueden para su mantenimiento y lo meten en sus casas, y cuando cae la primera agua lo sacan afuera, y las gentes dicen que lo sacan a secar, y no saben bien lo que dicen, pues no es esa la verdad, ya que sabéis que cuando las hormigas sacan por primera vez el trigo fuera de sus hormigueros, es que cae la primera agua y comienza el invierno, y si ellas cada vez que lloviese tuviesen que sacar el trigo para secarlo,

bastante labor tendrían, y además no podrían tener sol para secarlo, pues en el invierno no hay sol con tanta frecuencia como para que lo pudiese secar.

Pero la verdad de por qué ellas lo sacan la primera vez que llueve, es ésta: meten cuanto trigo pueden tener en sus casas de una vez y no se preocupan por otras cosas sino por traer cuanto pueden. Y así que lo ponen a salvo se dan cuenta de que tienen ya lo bastante para su vida, en ese año. Y cuando viene la lluvia y se moja el trigo comienza a nacer, y ellas bien saben que si el trigo nace en los hormigueros, en lugar de servirles, su mismo pan las mataría y las causaría perjuicios. Y entonces lo sacan afuera y comen el corazón que hay en cada grano del que sale la simiente y dejan todo el grano entero, y después, por mucho que llueva, no puede nacer y de él se mantienen todo el año.

Y aun hallaréis que aunque tengan cuanto trigo puedan, cada vez que hace buen tiempo no dejan de acarrear las hierbecitas que hallan, y esto lo hacen temiendo que no les baste aquello que tienen, y mientras tienen tiempo no quieren estar ociosas ni perder el tiempo que Dios les da, si pueden aprovecharlo.

Y vos, señor Conde, ya que la hormiga que es tan mezquina cosa, tiene tal entendimiento y hace tanto por mantenerse bien, debéis comprender que no hay razón para que ningún hombre y menos los que han de sostener su posición y gobernar a muchos, el querer siempre comer de lo ganado, pues estad seguro de que por mucho que se tenga, donde cada día sacan y nada ponen, no puede durar mucho, y además parece gran decadencia y falta de corazón. Pero mi consejo es éste: que si queréis comer y divertiros lo hagáis siempre sosteniendo vuestra posición, guardando vuestra honra y notando que, teniendo cuidado como lo tendréis de cumplirlo, pues si mucho tuviereis y bueno quisiereis ser, también tendréis manera de gastarlo en vuestro provecho.

Y al Conde le gustó mucho este consejo que Patronio le dió y así lo hizo y le fué bien desde entonces.

Y porque don Juan Manuel utilizó este ejemplo lo hizo poner en su libro e hizo unos versos que dicen así:

No comas siempre lo que has ganado,
Vive tal vida que mueras honrado.





EL PRISIONERO



EL PRISIONERO

Por el mes era de mayo
cuando hace la calor,
cuando canta la calandria,
y responde el ruiseñor,
cuando los enamorados
van a servir al amor,
sino yo triste, *cuitado* (1)
que vivo en esta prisión,
que ni sé cuándo es de día,
ni cuándo las noches son,
sino por una avecilla
que me cantaba al *albor:* (2)
matómela un *ballestero;* (3)
déle Dios mal *galardón!* (4)

ANONIMO.

(1) CUITADO: Afligido.

(2) ALBOR: Aurora, amanecer.

(3) BALLESTERO: El que manejaba la ballesta, máquina antigua que se usaba en la guerra para arrojar piedras y saetas gruesas.

(4) GALARDON: Recompensa.

EL CONDE ARNALDOS



EL CONDE ARNALDOS

¡Quién hubiese tal ventura
sobre las aguas del mar,
como hubo el conde Arnaldos
la mañana de San Juan!
Con un halcón en la mano
iba la caza a cazar.
Vió venir una galera
que a tierra quiere llegar.
Las velas traía de seda,
y las jarcias de *cendal;* (1)
marinero que la manda
diciendo viene un cantar
que la mar ponía en calma,
los vientos hace *amainar*, (2)
los peces que en lo hondo andan
arriba los hace andar,
las aves que andan volando
hace en el mástil posar.
Allí habló el conde Arnaldos,
bien oiréis lo que dirá:

(1) Cendal. Tela de seda muy delgada y transparente.

(2) Amainar: Ceder en intensidad.

—Por Dios te ruego, marinero,
enséñame ese cantar.
Respondióle el marinero,
tal respuesta le fué a dar:
—Yo no digo esta canción
sino a quien conmigo va.

Anonimo



MIGUEL DE CERVANTES

DON QUIJOTE


MONTE
NEGRO



DE LA CONDICION Y EJERCICIO DEL FAMOSO HIDALGO



N un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mesmo, y los días de entresemana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de

Quijada o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben; aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quejana. Pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso—que eran los más del año—, se daba a leer libros de caballería con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas entricadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: "La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura." Y también cuando leía: "........los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza."

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mesmo Aristóteles, si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recebía, porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dalle fin al pie de la letra, como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar —que era hombre docto, graduado en Sigüenza—, sobre cuál había sido mejor caballero: Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula; mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo; que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga.

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en

turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el celebro, de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo. Decía él que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero, pero que no tenía que ver con el Caballero de la Ardiente Espada, que de solo un revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había muerto a Roldán el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, cuando ahogó a Anteo, el hijo de la Tierra, entre los brazos. Decía mucho bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella generación gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero, sobre todos, estaba bien con Reynaldos de Montalbán, y más cuando le veía salir de su castillo y robar cuantos topaba, y cuando en allende robó aquel ídolo de Mahoma que era todo de oro, según dice su historia. Diera él por dar una mano de coces al traidor de Galalón, al ama que tenía y aun a su sobrina de añadidura.

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fué que le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos, del imperio de Trapisonda; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dió priesa a poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fué limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple; mas a esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que, encajada con el morrión, hacía una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había

hecho pedazos, y, por asegurarse deste peligro, la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza y, sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje.

Fué luego a ver su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonela, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque—según se decía él a sí mesmo—no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y ansí, procuraba acomodársele de manera, que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba; y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar *Rocinante,* nombre, a su parecer alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fué rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.

Puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar *Don Quijote;* de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia que, sin duda, se debía de llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero, acordándose que el valeroso Amadís no sólo se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse *Don Quijote de la Mancha,* con que, a su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della.

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo, se dió a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma. Decíase él: "Si yo, por malos de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, o le parto por mitad del cuerpo o, finalmente, le venzo y le rindo, ¿no será bien tener a quien enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: "Yo señora, soy el gigante Cara-

culiambro, señor de la ínsula Malindrania a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero Don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante.'' ¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama! Y fué, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dió cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos, y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla *Dulcinea del Toboso*, porque era natural de Toboso; nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto.

(Una vez arreglados estos detalles, Don Quijote partió una mañana, antes del día, sin prevenir de su intención a persona alguna; pero, apenas en el campo, advirtió que no era caballero armado y que no podía ni debía tomar armas contra ninguno de ellos, según lo definiera claramente la ley de su orden. Así, pues, en una venta que a él pareció castillo, como las personas ahí reunidas le conociesen su locura, fué armado caballero andante. Regresó Don Quijote a su aldea para recoger dineros y algunos otros menesteres indispensables, de cuya administración se encargaban ordinariamente los escuderos. La gloria de ser el suyo recayó en Sancho Panza, hombre rústico y de buen juicio, a quien la promesa de gobernar una de las tantas ínsulas que ganaría Don Quijote, le indujo a seguir sus peregrinaciones. Prevenido, pues, cuanto fué necesario, salió nuevamente de su aldea, caballero en Rocinante y seguido, al paso de de un borrico rucio, por Sancho Panza. De ahí en adelante empezaron a menudear sobre ellos tantas y tan regocijadas aventuras, que sólo reproducimos algunas de las muy principales, tal como las escribió el autor de esta ingeniosa historia.)



DE LA JAMAS IMAGINADA AVENTURA DE LOS MOLINOS DE VIENTO

EN esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como Don Quijote los vió, dijo a su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, dónde se descubren treinta, o pocos más, desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes?—dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves—respondió su amo—de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced—respondió Sancho—que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece—respondió Don Quijote—que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y diciendo esto, dió de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que, sin duda alguna, eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque

estaba ya bien cerca, lo que eran; antes iba diciendo en voces altas:

—Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.

Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual, visto por don Quijote, dijo:

—Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió a todo galope a Rocinante y embistió con el primero molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle, a todo correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante.

—¡Válame Dios!—dijo Sancho.—¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

—Calle, amigo Sancho—respondió Don Quijote—; que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza; cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros (1) ha vuelto estos gigantes en molinos para quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad q e me tiene; mas al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—Dios lo haga como puede—respondió Sancho Panza.

Y, ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y, hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí decía Don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero, sino que iba muy pesaroso, por haberle faltado la lanza; y diciéndoselo a su escudero, le dijo:

—Yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo o tronco, y con él hizo tales cosas aquel día y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante Vargas y Machuca. Hete dicho esto, porque de la primera encina o roble que se me depare, pienso desgajar otro tron-

(1) El cura y el barbero de la aldea aprovecharon la primera salida de Don Quijote para cegar las puertas del aposento en que tenía sus libros, lo cual fué atribuído a encantamiento del sabio Frestón.

co tal y tan bueno como aquél que me imagino, y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir a vellas y a ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

—A la mano de Dios—dijo Sancho— ; yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída.

—Así es la verdad—respondió Don Quijote—; y si no me quejo del dolor es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se les salgan las tripas por ella.

—Si eso es así, no tengo yo qué replicar—respondió Sancho—; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.

No se dejó de reir Don Quijote de la simplicidad de su escudero; y así, le declaró que podía muy bien quejarse cómo y cuándo quisiese, sin gana o con ella; que hasta entonces no había leído cosa en contrario en la orden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacía menester; que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de su espacio, y de cuando en cuando empinaba la bota, con tanto gusto, que le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen.

En resolución, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó Don Quijote un ramo seco que casi le podía servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado. Toda aquella noche no durmió Don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó ansí Sancho Panza, que, como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no lo llamara, los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que, muchas y muy regocijadamente, la venida del nuevo día saludaban. Al levantarse dió un tiento a la bota, y hallóla algo más flaca que la noche antes, y afligiósele el corazón, por parecerle que no

llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse Don Quijote, porque, como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron a su comenzado camino del Puerto Lápice, y a obra de las tres del día le descubrieron.

—Aquí—dijo en viéndole Don Quijote—podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras. Mas advierte que, aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero.

—Por cierto, señor—respondió Sancho—, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto; y más, que yo de mío me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias; bien es verdad que en lo que tocare a defender mi persona no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle.

—No digo yo menos—respondió don Quijote—; pero en esto de ayudarme contra caballeros has de tener a raya tus naturales ímpetus.

—Digo que así lo haré—respondió Sancho—; y que guardaré ese preceto tan bien como el día del domingo.





DE LO QUE SUCEDIO A DON QUIJOTE CON UNOS CABREROS (1)

FUE recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho, lo mejor que pudo, acomodado a Rocinante y a su jumento, se fué tras el olor que despedían de sí ciertos tasajos de cabra que hirviendo al fuego en un caldero estaban; y aunque él quisiera en aquel mesmo punto ver si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer, porque los cabreros los quitaron del fuego, y, tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa y convidaron a los dos, con muestras de muy buena voluntad, con lo que tenían. Sentáronse a la redonda de las pieles seis dellos, que eran los que en la majada había, habiendo primero con groseras ceremonias rogado a Don Quijote que se sentase sobre un dornajo que vuelto del revés le pusieron. Sentóse Don Quijote, y quedábase Sancho en pie para servirle la copa, que era hecha de cuerno.

Viéndole en pie su amo, le dijo:

—Por que veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán a pique están los que en cualquiera ministerio della se ejercitan de venir brevemente a ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí a mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una mesma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor; que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere: porque de la caballería andante se puede decir lo mesmo que del amor se dice: que todas las cosas iguala.

(1) Esta aventura sucede a una batalla que libró Don Quijote contra un gallardo vizcaíno, de la cual salió el primero con una oreja mal herida.

—¡Gran merced!—dijo Sancho—; pero sé decir a vuestra merced que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pie y a mis solas como sentado a par de un emperador. Y aun, si va a decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme a menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Ansí que, señor mío, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de más cómodo y provecho; que éstas, aunque las doy por bien recebidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo.

—Con todo eso, te has de sentar; porque a quien se humilla, Dios le ensalza.

Y asiéndole por el brazo, le forzó a que junto dél se sentase.

No entendían los cabreros aquella jerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacían otra cosa que comer y callar, y mirar a sus huéspedes, que, con mucho donaire y gana, embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso, más duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba, en esto, ocioso el cuerno, porque andaba a la redonda tan a menudo—ya lleno, ya vacío, como arcaduz de noria—, que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifiesto. Después que Don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y, mirándolas atentamente, soltó la voz a semejantes razones:

—Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo y mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas susten-

tadas, no más que para la defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, sin ser forzada, ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos y hiedra, entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van agora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente, del mesmo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había asentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar, ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por dondequiera, solas y señeras, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad. Y agora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto, como el de Creta; porque allí, por los resquicios o por el aire, con el celo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos. Desta orden soy yo, hermanos cabreros, a quien agradezco el gasajo y buen acogimiento que hacéis a mí y a mi escudero. Que, aunque por ley natural están todos los que viven obligados a favorecer a los caballeros andantes, todavía, por saber que sin saber vosotros esta obligación me acogistes y regalastes, es razón que, con la voluntad a mí posible, os agradezca la vuestra.

Toda esta larga arenga—que se pudiera muy bien excusar—dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trujeron a la memoria la edad dorada, y antojósele hacer aquel inútil razo-

namiento a los cabreros, que, sin respondelle palabra, embobados y suspensos, le estuvieron escuchando. Sancho asimesmo callaba y comía bellotas, y visitaba muy a menudo el segundo zaque, que, porque se enfriase el vino, le tenían colgado de un alcornoque.

Más tardó en hablar Don Quijote que en acabarse la cena; al fin de la cual uno de los cabreros dijo:

—Para que con más veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí; el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que, sobre todo, sabe leer y escrebir y es músico de un rabel, que no hay más que desear.

Apenas había el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó a sus oídos el són del rabel, y de allí a poco llegó el que le tañía, que era un mozo de hasta veintidós años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si había cenado, y respondiendo que sí, el que había hecho los ofrecimientos le dijo:

—De esta manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos que también por los montes y selvas hay quien sepa de música. Hémosle dicho tus buenas habilidades y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos; y así, te ruego por tu vida, que te sientes y cantes el romance de tus amores, que te compuso el beneficiado tu tío, que en el pueblo ha parecido muy bien.

—Que me place—respondió el mozo.

Y sin hacerse más de rogar, se sentó en el tronco de una desmochada encina, y, templando su rabel, de allí a poco, con muy buena gracia, comenzó a cantar.

Cuando dió el cabrero fin a su canto, aunque Don Quijote le rogó que algo más cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba más para dormir que para oir canciones. Y ansí, dijo a su amo:

—Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche; que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el día no permite que pasen las noches cantando.

—Ya te entiendo, Sancho—le respondió Don Quijote—; que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden más recompensa de sueño que de música.

—A todo nos sabe bien, bendito sea Dios—respondió Sancho.

—No lo niego—replicó Don Quijote—; pero acomódate tú donde quisieres; que los de mi profesión mejor parecen velando que durmiendo. Pero, con todo esto, sería bien, Sancho, que me vuelvas a curar esta oreja, que me va doliendo más de lo que es menester.

Hizo Sancho lo que se le mandaba, y, viendo uno de los cabreros la herida, le dijo que no tuviese pena; que él pondría remedio con que fácilmente se sanase. Y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí había, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y, aplicándoselas a la oreja, se la vendó muy bien, asegurándole que no había menester otra medicina, y así fué la verdad.

(El cura y el barbero de la aldea, deseosos de apartar a Don Quijote de sus andanzas, acordaron que un bachiller, de nombre Sansón Carrasco, se disfrazase de caballero y le presentase batalla bajo compromiso de obedecer el vencido las órdenes del vencedor, que si lo fuera el bachiller ordenaría a Don Quijote que se retirase de la andante caballería por no menos de dos años. Así convenido, sucedieron las cosas como se verá adelante.)





LA EXTRAÑA AVENTURA DEL CABALLERO DE LOS ESPEJOS

DORMITABA Don Quijote al pie de una robusta encina, cuando le despertó un ruido que sintió a sus espaldas, y levantándose con sobresalto, se puso a mirar y a escuchar de dónde procedía y vió que eran dos hombres a caballo, y que el uno, dejándose derribar de la silla, dijo al otro:

—Apéate, amigo, y quita los frenos a los caballos, que, a mi parecer, este sitio abunda de yerba para ellos, y del silencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos.

El decir esto y el tenderse en el suelo todo fué a un mesmo tiempo; y al arrojarse hicieron ruido las armas de que venía armado, manifiesta señal por donde conoció Don Quijote que debía de ser caballero andante; y llegándose a Sancho, que dormía, le trabó del brazo, y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo, y con voz baja le dijo:

—Hermano Sancho, aventura tenemos.

—Dios nos la dé buena—respondió Sancho—. Y ¿adónde está, señor mío, su merced de esa señora aventura?

—¿Adónde, Sancho?—replicó Don Quijote—. Vuelve los ojos y mira, y verás allí tendido un andante caballero, que, a lo que a mí se me trasluce, no debe de estar demasiadamente alegre, porque le vi arrojar del caballo y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho, y al caer le crujieron las armas.

—Pues ¿en qué halla vuesa merced—dijo Sancho—que ésta sea aventura?

—No quiero yo decir—respondió Don Quijote—, que ésta sea aventura del todo, sino principio della; que por aquí se comienzan

las aventuras. Pero escucha; que, a lo que parece, templando está un laúd o vigüela, y, según escupe y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo.

—A buena fe que es así—respondió Sancho—, y que debe de ser caballero enamorado.

—No hay ninguno de los andantes que no lo sea—dijo Don Quijote—. Y escuchémosle, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta; que de la abundancia del corazón habla la lengua.

Replicar quería Sancho a su amo; pero la voz del Caballero del Bosque, que no era muy mala ni muy buena, lo estorbó, y estando los dos atentos, oyeron que lo que cantó fué este

SONETO

—Dadme, señora, un término que siga,
conforme a vuestra voluntad cortado;
que será de la mía así estimado,
que por jamás un punto dél desdiga.

Si gustáis que callando mi fatiga
muera, contadme ya por acabado:
si queréis que os la cuente en desusado
modo, haré que el mesmo Amor la diga.

A prueba de contrarios estoy hecho,
de blanda cera y de diamante duro,
y a las leyes de amor el alma ajusto.

Blando cual es, o fuerte, ofrezco el pecho;
entallad o imprimid lo que os dé gusto;
que de guardarlo eternamente juro.

Con un *¡ay¡* arrancado, al parecer, de lo íntimo de su corazón, dió fin a su canto el Caballero del Bosque, y de allí a un poco, con voz doliente y lastimada, dijo:

—¡Oh la más hermosa y la más ingrata mujer del orbe! ¿Cómo que será posible, serenísima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en continuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos este tu cautivo caballero? ¿No basta ya que he hecho que te confiesen por la más hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los leoneses, todos los tartesios, todos los castellanos, y, finalmente, todos los caballeros de la Mancha?

—Eso no—dijo a esta sazón Don Quijote—, que yo soy de la

Mancha, y nunca tal he confesado, no podía ni debía confesar una cosa tan perjudicial a la belleza de mi señora; y este tal caballero ya ves tú, Sancho, que desvaría. Pero escuchemos: quizá se declarará más.

—Sí hará—replicó Sancho—; que término lleva de quejarse un mes arreo.

Pero no fué así, porque habiendo entreoído el Caballero del Bosque que hablaban cerca dél, sin pasar adelante en su lamentación, se puso en pie y dijo con voz sonora y comedida:

—¿Quién va allá? ¿Qué gente? ¿Es por ventura de la del número de los contentos, o de la del de los afligidos?

—De los afligidos—respondió Don Quijote.

—Pues lléguese a mí—respondió el del Bosque—, y hará cuenta que se llega a la mesma tristeza y a la aflicción mesma.

Don Quijote, que se vió responder tan tierna y comedidamente, se llegó a él, y Sancho ni más ni menos.

El caballero lamentador asió a Don Quijote del brazo, diciendo:

—Sentaos aquí, señor caballero; que para entender que lo sois, y de los que profesan la andante caballería, bástame el haberos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes.

A lo que respondió Don Quijote:

—Caballero soy, y de la profesión que decís; y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las desventuras, no por eso se ha ahuyentado della la compasión que tengo de las ajenas desdichas. De lo que cantastes poco ha colegí que las vuestras son enamoradas, quiero decir, del amor que tenéis a aquella hermosa ingrata que en vuestras lamentaciones nombrastes.

Ya cuando esto pasaba, estaban sentados juntos sobre la dura tierra, en buena paz y compañía, como si al romper del día no se hubieran de romper las cabezas.

—Por ventura, señor caballero—preguntó el del Bosque a Don Quijote—, ¿sois enamorado?

—Por desventura lo soy—respondió Don Quijote—; aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos antes se deben tener por gracias que por desdichas.

—Así es la verdad—replicó el del Bosque—, si no nos turbasen la razón y el entendimiento los desdenes, que siendo muchos, parecen venganzas.

—Nunca fuí desdeñado de mi señora—respondió Don Quijote.

—No, por cierto—dijo Sancho, que allí junto estaba—; por-

que es mi señora como una borrega mansa; es más blanda que una manteca.

—¿Es vuestro escudero éste?—preguntó el del Bosque.

—Sí es—respondió Don Quijote.

—Nunca he visto yo escudero—replicó el del Bosque—que se atreva a hablar donde habla su señor; a lo menos, ahí está ése mío, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo.

—Pues a fe—dijo Sancho—que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan... Y aun quédese aquí, que es peor meneallo.

El escudero del Bosque asió por el brazo a Sancho, diciéndole:

—Vámonos los dos donde podamos hablar escuderilmente todo cuanto quisiéremos, y dejemos a estos señores amos nuestros que se den de las astas, contándose las historias de sus amores; que a buen seguro que les ha de coger el día en ellas y no las han de haber acabado.

—Sea en buen hora—dijo Sancho—; y yo le diré a vuesa merced quién soy, para que vea si puedo entrar en docena con los más hablantes escuderos.

Con esto se apartaron los dos escuderos, entre los cuales pasó un tan gracioso coloquio como fué grave el que pasó entre sus señores.

Entre muchas razones que pasaron Don Quijote y el Caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo a don Quijote:

—Finalmente, señor caballero, quiero que sepáis que mi destino, o por mejor decir, mi elección, me trujo a enamorar de la sin par Casildea de Vandalia. Llámola sin par porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea, pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina a Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaría el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cuál ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese a desafiar a aquella famosa giganta de Sevilla llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar, es la más movible y voltaria mujer del mundo. Llegué, vila y vencíla, y hícela estar queda y a raya, porque en más de una semana no soplaron sino vientos nortes. Vez también hubo que me mandó fuese a tomar en peso las antiguas piedras de los valientes Toros de Guisando, empresa más para encomendarse a ganapanes que a caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de

Cabra, peligro inaudito y temeroso, y que le trujese particular relación de lo que en aquella oscura profundidad se encierra. Detuve el movimiento a la Giralda, pesé los Toros de Guisando, despeñéme en la sima y saqué a luz lo escondido de su abismo, y mis esperanzas, muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes, vivos que vivos. En resolución, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España y haga confesar a todos los andantes caballeros que por ellas vagaren, que ella sola es la más aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que yo soy el más valiente y el más bien enamorado caballero del orbe; en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido a contradecirme. Pero de lo que yo más me precio y ufano es de haber vencido en singular batalla a aquel tan famoso caballero Don Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es más hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en sólo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo, porque el tal Don Quijote que digo los ha vencido a todos; y habiéndole yo vencido a él, su gloria, su fama y su honra se ha transferido y pasado a mi persona.

Y tanto el vencedor es más honrado,
cuanto más el vencido es reputado;

así, que ya corren por mi cuenta y son mías las innumerables hazañas del ya referido Don Quijote.

Admirado quedó Don Quijote de oir al Caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentía, y ya tuvo el mentís en el pico de la lengua; pero reportóse lo mejor que pudo, por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así, sosegadamente, le dijo:

—De que vuesa merced, señor caballero, haya vencido a los más caballeros andantes de España, y aún de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido a Don Quijote de la Mancha, póngolo en duda. Podría ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan.

—¿Cómo no?—replicó el del Bosque—. Por el cielo que nos cubre que peleé con Don Quijote, y le vencí y rendí; y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos. Campea debajo del nombre del *Caballero de la Triste Figura,* y trae por escudero a un labrador llamado Sancho Panza; oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo llamado Rocinante, y, finalmente, tiene por señora de su voluntad a una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo; como la mía, que, por llamarse Casilda y ser de la Andalucía, yo

la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que la hará dar crédito a la mesma incredulidad.

—Sosegaos, señor caballero—dijo Don Quijote—, y escuchad lo que decir os quiero. Habéis de saber que ese Don Quijote que decís es el mayor amigo que en este mundo tengo; y tanto, que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que dél me habéis dado, tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habéis vencido. Por otra parte, veo con los ojos y toco con las manos no ser posible ser el mesmo, si ya no fuese que como él tiene muchos enemigos y encantadores—especialmente uno que de ordinario le persigue—, no haya alguno dellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen granjeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra. Y para confirmación desto, quiero también que sepáis que los tales encantadores sus contrarios no ha más de dos días que transformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y desta manera habrán transformado a Don Quijote; y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mesmo Don Quijote, que la sustentará con sus armas a pie o a caballo, o de cualquiera suerte que os agradare.

Y diciendo esto, se levantó en pie y se empuñó en la espada, esperando qué resolución tomaría el Caballero del Bosque; el cual, con voz asimismo sosegada, respondió y dijo:

—Al buen pagador no le duelen prendas; el que una vez, señor Don Quijote, pudo venceros transformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio ser. Más porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas a escuras, como los salteadores y rufianes, esperemos el día, para que el Sol vea nuestras obras. Y ha de ser condición de nuestra batalla que el vencido ha de quedar a la voluntad del vencedor, para que haga dél todo lo que quisiere, con tal que sea decente a caballero lo que se le ordenare.

—Soy más que contento desa condición y convenencia—respondió Don Quijote.

Y en diciendo esto, se fueron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que estaban cuando les salteó el sueño. Despertáronlos y mandáronles que tuviesen a punto los caballos, porque en saliendo el Sol habían de hacer los dos una sangrienta, singular y desigual batalla; a cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo, por las valentías que había oído decir del suyo al escudero del Bosque; pero, sin hablar palabra, se fueron los dos escuderos a buscar

su ganado; que ya todos tres caballos y el rucio se habían olido y estaban todos juntos.

En el camino dijo el del Bosque a Sancho:

—Ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano en tanto que sus ahijados riñen. Dígolo porque esté advertido que mientras nuestros dueños riñeren, nosotros también hemos de pelear y hacernos astillas.

—Esa costumbre, señor escudero—respondió Sancho—, allá puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice; pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso. A lo menos, yo no he oído decir a mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería. Cuanto más que yo quiero que sea verdad y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviese puesta a los tales pacíficos escuderos que yo aseguro que no pase de dos libras de cera, y más quiero pagar las tales libras; que sé que me costarán menos que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida y dividida en dos partes. Hay más: que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse.

—Para eso sé yo un buen remedio—dijo el del Bosque—: yo traigo aquí dos talegas de lienzo, de un mesmo tamaño; tomaréis vos la una, y yo la otra, y reñiremos a talegazos, con armas iguales.

—Desa manera, sea en buen hora—respondió Sancho—; porque antes servirá la tal pelea de despolvorearnos que de herirnos.

—No ha de ser así—replicó el otro—; porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el aire, media docena de guijarros lindos y pelados, que pesen tanto los unos como los otros, y desta manera nos podremos atalegar sin hacernos mal ni daño.

—¡Mirad, cuerpo de mi padre—respondió Sancho—, qué martas cebollinas o qué copos de algodón cardado pone en las talegas, para no quedar molidos los cascos y hechos alheña los huesos! Pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa, señor mío, que no he de pelear: peleen nuestros amos, y allá se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros; que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando apetitos para que se acaben antes de llegar su sazón y término y que se cayan de maduras.

—Con todo—replicó el del Bosque—, hemos de pelear siquiera media hora.

—Eso no—respondió Sancho—; no seré yo tan descortés ni

tan desagradecido, que con quien he comido y he bebido trabe cuestión alguna, por mínima que sea; cuanto más que estando sin cólera y sin enojo, ¿quién diablos se ha de amañar a reñir a secas?

—Para eso—dijo el del Bosque—yo daré un suficiente remedio: y es que antes que comencemos la pelea, yo me llegaré bonitamente a vuesa merced y le daré tres a cuatro bofetadas, que dé con él a mis pies; con las cuales haré despertar la cólera, aunque esté con más sueño que un lirón.

—Contra ese corte sé yo otro—respondió Sancho—, que no le va en zaga: cogeré yo un garrote, y antes que vuesa merced llegue a despertarme la cólera, haré yo dormir a garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte si no fuere en el otro mundo; en el cual se sabe que no soy yo hombre que me dejo manosear el rostro de nadie. Y cada uno mire por el virote; aunque lo más acertado sería dejar dormir su cólera a cada uno; que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana que vuelve trasquilado; y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas; porque si un gato acosado, encerrado y apretado se vuelve león, yo, que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme; y así, desde ahora intimo a vuesa merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare.

—Está bien—replicó el del Bosque—. Amanecerá Dios y medraremos.

En esto, ya comenzaban a gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecía que daban la norabuena y saludaban a la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del Oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas, parecía asimesmo que ellas brotaban y llovían blanco y menudo aljófar; los sauces destilaban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas y enriquecíanse los prados con su venida. Mas apenas dió lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció a los ojos de Sancho Panza fué la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande, que casi le hacía sombra a todo el cuerpo. Cuéntase, en efecto, que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de verrugas, de color amoratado, como de berengena; bajábale dos dedos más abajo de la boca; cuya grandeza, color, verrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho, comenzó a herir de pie y de mano, como niño con alferecía, y propuso en su corazón de dejarse dar docientas bofetadas antes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo. Don Quijote miró a su contendor y hallóle ya puesta y calada la celada, de

modo que no le pudo ver el rostro; pero notó que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traía una sobrevesta o casaca, de una tela, al parecer, de oro finísimo, sembradas por ellas muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacían en grandísima manera galán y vistoso; volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas; la lanza, que tenía arrimada a un árbol, era grandísima y gruesa, y de un hierro acerado de más de un palmo.

Todo lo miró y todo lo notó Don Quijote, y juzgó de lo visto y mirado que el ya dicho caballero debía de ser de grandes fuerzas; pero no por eso temió, como Sancho Panza; antes con gentil denuedo dijo al Caballero de los Espejos:

—Si la mucha gana de pelear, señor caballero, no os gasta la cortesía, por ella os pido que alcéis la visera un poco, porque yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde a la de vuestra disposición.

—O vencido o vencedor que salgáis desta empresa, señor caballero—respondió el de los Espejos—, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme; y si ahora no satisfago a vuestro deseo, es por parecerme que hago notable agravio a la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en alzarme la visera, sin haceros confesar lo que ya sabéis que pretendo.

—Pues en tanto que subimos a caballo—dijo Don Quijote—, bien podéis decirme si soy yo aquel Don Quijote que dijisteis haber vencido.

—A eso vos respondemos—dijo el de los Espejos—que parecéis, como se parece un huevo a otro, al mismo caballero que yo vencí; pero según vos decís que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el contendido o no.

—Eso me basta a mí—respondió Don Quijote—para que crea vuestro engaño; empero, para sacaros dél de todo punto, vengan nuestros caballos; que en menos tiempo que el que tardárades en alzaros la visera, si Dios, si mi señora y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos veréis que no soy yo el vencido Don Quijote que pensáis.

Con esto, acortando razones, subieron a caballo, y Don Quijote volvió las riendas a Rocinante para tomar lo que convenía del campo, para volver a encontrar a su contrario, y lo mesmo hizo el de los Espejos. Pero no se había apartado Don Quijote veinte pasos, cuando se oyó llamar del de los Espejos, y partiendo los dos el camino, el de los Espejos dijo:

—Advertid, señor caballero, que la condición de nuestra batalla es que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar a discreción del vencedor.

—Ya la sé—respondió Don Quijote—; con tal que lo que se le impusiere y mandare al vencido han de ser cosas que no salgan de los límites de la caballería.

—Así se entiende—respondió el de los Espejos.

Ofreciéronsele en esto a la vista de Don Quijote las extrañas narices del escudero, y no se admiró menos de verlas que Sancho; tanto, que le juzgó por algún monstruo, o por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho, que vió partir a su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con sólo un pasagonzalo con aquellas narices en las suyas sería acabada la pendencia suya, quedando del golpe, o del miedo, tendido en el suelo, y fuése tras su amo, asido a una ación de Rocinante; y cuando le pareció que ya era tiempo que volviese, le dijo:

—Suplico a vuesa merced, señor mío, que antes que vuelva a encontrarse me ayude a subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver más a mi sabor, mejor que desde el suelo, el gallardo encuentro que vuesa merced ha de hacer con este caballero.

—Antes creo, Sancho—dijo Don Quijote—, que te quieres encaramar y subir en andamio para ver sin peligro los toros.

—La verdad que diga—respondió Sancho—, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo a estar junto a él.

—Ellas son tales—dijo Don Quijote—, que a no ser yo quien soy, también me asombraran; y así, ven: ayudarte he a subir donde dices.

En lo que se detuvo Don Quijote en que Sancho subiese en el alcornoque, tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario; y creyendo que lo mismo habría hecho Don Quijote, sin esperar són de trompeta ni otra señal que los avisase, volvió las riendas a su caballo—que no era más ligero ni de mejor parecer que Rocinante—, y a todo su correr, que era un mediano trote, iba a encontrar a su enemigo; pero viéndole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas y paróse en la mitad de la carretera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo, a causa que ya no podía moverse. Don Quijote, que le pareció que ya su enemigo venía volando, arrimó reciamente las espuelas a las trasijadas ijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo; porque todas las demás siempre fueron trotes declarados, y con esta no vista furia llegó donde el de los Espejos estaba hincando a su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde había hecho estanco de su carrera. En esta buena sazón y coyuntura halló Don Quijote a su contrario embarazado con su caballo y ocu-

pado con su lanza, que nunca, o no acertó, o no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, a salvamano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos, con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caída, que, sin mover pie ni mano, dió señales de que estaba muerto.

Apenas le vió caído Sancho, cuando se deslizó del alcornoque y a toda priesa vino donde su señor estaba; el cual, apeándose de Rocinante, fué sobre el de los Espejos, y quitándole las lazadas del yelmo para ver si era muerto y para que le diese el aire si acaso estaba vivo, vió... ¿Quién podrá decir lo que vió, sin causar admiración, maravilla, y espanto a los que lo oyeron? Vió, dice la historia, el rostro mesmo, la misma figura, el mesmo aspecto, la misma fisonomía, la mesma efigie, la perspectiva mesma del bachiller Sansón Carrasco; y así como la vió, en altas voces dijo:

—¡Acude, Sancho, y mira lo que has de ver y no lo has de creer! ¡Aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia; lo que pueden los hechiceros y los encantadores!

Llegó Sancho, y como vió el rostro del bachiller Carrasco, comenzó a hacerse mil cruces y a santiguarse otras tantas. En todo esto no daba muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dijo a Don Quijote:

—Soy de parecer, señor mío, que, por sí o por no, vuesa merced hinque y meta la espada por la boca a éste que parece el bachiller Sansón Carrasco: quizá matará en él a alguno de sus enemigos los encantadores.

—No dices mal—dijo Don Quijote—; porque de los enemigos, los menos.

Y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le habían hecho y a grandes voces dijo:

—Mire vuesa merced lo que hace, señor Don Quijote; que ése que tiene a los pies es el bachiller Sansón Carrasco su amigo, y yo soy su escudero.

Y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera, le dijo:

—¿Y las narices?

A lo que él respondió:

—Aquí las tengo, en la faldriquera.

Y echando mano a la derecha, sacó unas narices de pasta y barniz, de máscara, de la manifatura que quedan delineadas. Y mirándole más y más Sancho, con voz admirativa y grande, dijo:

—¡Santa María, y valme! ¿Este no es Tomé Cecial, mi vecino y mi compadre?

—Y ¡cómo si lo soy!—respondió el ya desnarigado escudero.—

Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza, y luego os diré los arcaduces, embustes y enredos por donde soy aquí venido; y en tanto, pedid y suplicad al señor vuestro amo que no toque, maltrate, hiera ni mate al Caballero de los Espejos, que a sus pies tiene, porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado del bachiller Sansón Carrasco, nuestro compatriota.

En esto, volvió en sí el de los Espejos; lo cual visto por Don Quijote, le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro, y le dijo:

—Muerto sois, caballero, si no confesáis que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza a vuestra Casildea de Vandalia; y demás de esto habéis de prometer—si de esta contienda y caída quedáredes con vida—de ir a la ciudad del Toboso y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que más en voluntad le viniere; y si os dejare en la vuestra, asimismo habéis de volver a buscarme—que el rastro de mis hazañas os servirá de guía, que os traiga donde yo estuviere—, y a decirme lo que con ella hubiéredes pasado; condiciones que, conforme a las que pusimos antes de nuestra batalla, no salen de los términos de la andante caballería.

—Confieso—dijo el caído caballero—que vale más el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso que las barbas mal peinadas, aunque limpias, de Casildea, y prometo de ir y volver de su presencia a la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedís.

—También habéis de confesar y creer—añadió Don Quijote—que aquel caballero que vencistes no fué ni pudo ser Don Quijote de la Mancha, sino otro que se le parecía, como yo confieso y creo que vos, aunque parecéis el bachiller Sansón Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento.

—Todo lo confieso, juzgo y siento como vos lo creéis, juzgáis y sentís—respondió el derrengado caballero—. Dejadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída, que asaz maltrecho me tiene.

Ayudóle a levantar Don Quijote y Tomé Cecial su escudero, del cual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decía; mas la aprehensión que en Sancho había hecho lo que su amo dijo de que los encantadores habían mudado

la figura del Caballero de los Espejos en la del bachiller Carrasco no le dejaba dar crédito a la verdad, que con los ojos estaba mirando. Finalmente, se quedaron con este engaño amo y mozo, y el de los Espejos y su escudero, mohinos y malandantes, se apartaron de Don Quijote y Sancho, con intención de buscar algún lugar donde bizmarle, y entablarle las costillas.





DE COMO DON QUIJOTE ENFERMO, Y DEL TESTAMENTO QUE HIZO, Y DE SU MUERTE

COMO las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de Don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba; porque, o ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, o ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura, que le tuvo seis días en la cama, en los cuales fué visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero. Estos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea, le tenía de aquella suerte, por todas las vías posibles procuraban alegrarle, diciéndole el bachiller que se animase y levantase, para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenía ya compuesta una écloga, que mal año para cuantas Sanazaro había compuesto, y que ya tenía comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino, y el otro Butrón, que se los había vendido un ganadero del Quintanar. Pero no por esto dejaba Don Quijote sus tristezas.

Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo, que por sí o por no, atendiese a la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro. Oyólo Don Quijote con ánimo sosegado; pero no lo oyeron así su ama, su sobrina y su escudero, los cuales comenzaron a llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fué el parecer del médico que melancolías y desa-

brimientos le acababan. Rogó Don Quijote que le dejasen solo, porque quería dormir un poco. Hiciéronlo así, y durmió de un tirón, como dicen, más de seis horas; tanto, que pensaron el ama y la sobrina que se había de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dijo:

—¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho! En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres.

Estuvo atenta la sobrina a las razones del tío, y pareciéronle más concertadas que él solía decirlas, a lo menos, en aquella enfermedad, y preguntóle:

—¿Qué es lo que vuesa merced dice, señor? ¿Tenemos algo de nuevo? ¿Qué misericordias son éstas, o qué pecados de los hombres?

—Las misericordias—respondió Don Quijote—, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, a quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya, libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, a punto de muerte; querría hacerla de tal modo, que diese a entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, a mis buenos amigos: al cura, al bachiller Sansón Carrasco y a maese Nicolás el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento.

Pero de este trabajo se excusó la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vió Don Quijote, cuando dijo:

—Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de *Bueno*. Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necedad y el peligro en que me pusieron haberlas leído; ya, por misericordia de Dios, escarmentando en cabeza propia, las abomino.

Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron, sin duda, que alguna nueva locura le había tomado. Y Sansón le dijo:

—¿Ahora, señor Don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuesa merced con eso? Y ¿agora que estamos tan a pique de ser pastores, para pasar cantando la vida, como unos príncipes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle por su vida, vuelva en sí, y déjese de cuentos.

—Los de hasta aquí—replicó Don Quijote—, que han sido ver-

daderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda priesa; déjense burlas aparte, y tráiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento; que en tales trances como éste no se ha de burlar el hombre con el alma; y así, suplico que en tanto que el señor cura me confiesa, vayan por el escribano.

Miráronse unos a otros, admirados de las razones de Don Quijote, y, aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moría fué el haber vuelto con tanta facilidad de loco a cuerdo; porque a las ya dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino a quitar la duda, y a hacer creer que estaba cuerdo.

Hizo salir la gente el cura, y quedóse solo con él, y confesóle. El bachiller fué por el escribano, y de allí a poco volvió con él y con Sancho Panza; el cual Sancho—que ya sabía por nuevas del bachiller en qué estado estaba su señor—, hallando a la ama y a la sobrina llorosas, comenzó a hacer pucheros y a derramar lágrimas. Acabóse la confesión, y salió el cura, diciendo:

—Verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno; bien podemos entrar para que haga su testamento.

Estas nuevas dieron un terrible empujón a los ojos preñados de ama, sobrina y de Sancho Panza su buen escudero; de tal manera, que los hizo reventar las lágrimas de los ojos y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto Don Quijote fué Alonso Quijano el Bueno, a secas, y en tanto que fué don Quijote de la Mancha, fué siempre de apacible condición y de agradable trato, y por esto no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocían. Entró el escribano con los demás, y después de haber hecho la cabeza del testamento y ordenado su alma Don Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando a las mandas, dijo:

—Item, es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, a quien en mi locura hice mi escudero, tiene, que porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas, y dares y tomares, quiero que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno después de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga; y si como estando yo loco fuí parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece,

Y volviéndose a Sancho, le dijo:

—Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer

loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído, de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.

—¡Ay!—respondió Sancho, llorando—. No se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron; cuanto más que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros, y el que es vencido hoy ser vencedor mañana.

—Así es— dijo Sansón—, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad destos casos.

—Señores—dijo Don Quijote—, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fuí loco, y ya soy cuerdo: fuí Don Quijote de la Mancha, y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno. Pueda con vuesas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme a la estimación que de mí se tenía, y prosiga adelante el señor escribano.—Item, mando toda mi hacienda a puerta cerrada, a Antonia Quijano, mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo más bien parado della lo que fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas; y la primera satisfacción que se haga quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi ama me ha servido, y más veinte ducados para un vestido. Dejo por mis albaceas al señor cura y al señor bachiller Sansón Carrasco, que están presentes.—Item, es mi voluntad que si Antonia Quijano, mi sobrina, quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho información que no sabe qué cosas sean libros de caballerías; y en caso que se averiguare que lo sabe, y, con todo eso, mi sobrina quisiere casarse con él, y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pías, a su voluntad.—Item, suplico a los dichos señores mis albaceas que si la buena suerte les trujere a conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *Segunda parte de las hazañas de Don Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasión que sin yo pensarlo le dí de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe; porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos.

Cerró con esto el testamento, y tomándole un desmayo, se ten-

dió de largo a largo en la cama. Alborotáronse todos, y acudieron a su remedio, y en tres días que vivió después deste donde hizo el testamento, se desmayaba muy a menudo. Andaba la casa alborotada; pero, con todo, comía la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra o templa en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto. En fin, llegó el último de Don Quijote, después de recebidos todos los sacramentos y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como Don Quijote; el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dió su espíritu: quiero decir que se murió.

Viendo lo cual el cura, pidió al escribano le diese por testimonio cómo Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente Don Quijote de la Mancha, había pasado desta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedía para quitar la ocasión de que algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente, y hiciese inacabables historias de sus hazañas. Este fin tuvo el Ingenioso Hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete (1) puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero.



(1) Supuesto escritor árabe a quien atribuye Cervantes la historia de don Quijote.

FRANCIA

EL JUGLAR DE NUESTRA SEÑORA


MONTE



EL JUGLAR DE NUESTRA SEÑORA

I



N tiempo del rey Luis, había en Francia un pobre *juglar* (1) llamado Bernabé, que iba de pueblo en pueblo haciendo títeres.

Los días de feria extendía sobre la plaza pública una vieja alfombra, y después de haber atraído a los niños desocupados con frases graciosas, oídas por él a otro juglar muy viejo y de las cuales no variaba nunca ni una palabra, hacía contorsiones y sostenía un platito de estaño en equilibrio sobre su nariz.

La muchedumbre le miraba al principio con indiferencia; pero cuando con las manos en el suelo, cabeza abajo, lanzaba al aire y recogía sucesivamente con los pies seis bolas de metal que brillaban al

(1) JUGLAR: El que por dinero recitaba, cantaba y bailaba.

sol, o cuando después de apoyar la nuca sobre los talones, convertido su cuerpo en una rueda, en tan difícil postura lanzaba y recogía con las manos doce cuchillos, un murmullo de admiración se alzaba entre la concurrencia, y las monedas de cobre llovían sobre la alfombra.

Sin embargo, como la mayoría de los que sólo cuentan con sus talentos, Bernabé vivía con mucha dificultad.

No podía trabajar cuanto deseaba. Para lucir sus habilidades, como los árboles para dar flores y frutos, necesitaba el calor del sol y la luz del día. Durante los inviernos no era más que un árbol despojado de sus hojas y casi muerto. La tierra helada era dura para el juglar.

Soportaba el frío y el hambre durante la estación inclemente. Pero su corazón era sencillo y sufría con paciencia sus males.

Jamás había reflexionado acerca del origen de las riquezas, ni de la desigualdad de las condiciones humanas; y tenía la certeza de que si este mundo es malo el otro no puede dejar de ser bueno. Esta esperanza le fortalecía. Nunca se le ocurrió imitar a los danzantes, ladrones y descreídos que venden su alma al diablo; nunca blasfemaba el nombre de Dios; vivía decorosamente.

Al entrar en una iglesia nunca dejaba de arrodillarse ante la imagen de la madre de Dios, a la cual dirigía esta plegaria:

"Señora, os encomiendo mi vida hasta que Dios disponga que yo muera; y cuando esté muerto, interceded por mí para que no se me nieguen los goces del Paraíso."

II

Pero una noche, después de un día de lluvia, mientras iba triste y encorvado con sus bolas y sus cuchillos envueltos en su vieja alfombra debajo del brazo, en busca de alguna granja donde poder acostarse, sin cenar: encontró en su camino a un fraile y le hizo un saludo cortés. Como estaban solos y llevaban la misma dirección, hablaron.

—Compañero—dijo el fraile—¿Por qué vais vestido de verde? ¿Acaso representáis en algún misterio un personaje de loco?

—No es eso, padre mío—respondióle—. Tal como me veis, me llamo Bernabé y mi oficio es el de juglar. Sería la ocupación más grata del mundo si diera de comer a diario.

—Amigo Bernabé—replicó el fraile—reflexionad lo que decís; el mejor empleo para el hombre es el estado monástico, en el cual se celebran las alabanzas de Dios, de la Virgen y de los santos, porque la vida religiosa es un perpetuo cántico al Señor.

Bernabé respondió:

—Padre mío, confieso que hablé como un ignorante. Vuestra profesión no puede compararse con la mía, y aun cuando es meritorio bailar mientras se sostiene en la punta de la nariz un *maravedí* (1) en equilibrio sobre un palo, este mérito dista mucho del vuestro. También me agradaría, padre mío, cantar a diario en el oficio, como lo hacéis, y especialmente en el oficio de la Santa Virgen, a quien dedico una devoción especial.

Interesó al fraile la sencillez del juglar, y como no le faltaba discernimiento, reconoció en Bernabé a uno de esos hombres de buena voluntad de quienes Nuestro Señor ha dicho: "Que la paz sea con ellos sobre la tierra." En vista de lo cual le dijo:

—Amigo Bernabé, venid conmigo y os llevaré al convento de que soy *prior*. (2)

De este modo Bernabé se hizo fraile. En el convento donde fué recibido, los religiosos rivalizaban para celebrar el culto de la Virgen lo más posible, y cada uno empleaba en servirla todo el saber y todas las habilidades que Dios le había dado.

III

Ante aquel concurso de alabanzas y ante aquella hermosa cosecha de obras, Bernabé se lamentaba de su ignorancia y de su sencillez.

—¡Ay!—suspiraba mientras recorría, siempre solo, el jardinillo sin sombra del convento.—Soy muy desdichado porque no puedo, como lo hacen todos, loar dignamente a la Santa Madre de Dios. Aun cuando siempre le consagro toda mi ternura, por desgracia soy un hombre rudo y sin arte, y no dispongo para serviros, señora Virgen, ni de sermones edificantes, ni de tratados bien divididos según las reglas, ni de finas pinturas, ni de estatuas perfectamente esculpidas, ni de versos hechos con medida. ¡No tengo nada!

Gemía de este modo, abrumado por su tristeza. Un día que los frailes se recreaban en conversación, oyó de labios de uno de ellos la historia de un religioso que sólo sabía recitar el Ave María. Este religioso era despreciado por su ignorancia, pero al morir le salieron de la boca cinco rosas en honor de las cinco letras del nombre de María, y su santidad quedó de este modo manifiesta.

Al oir aquel relato Bernabé admiró una vez más la piedad de la Virgen; pero no bastó a consolarle el ejemplo de aquella muerte bienaventurada, porque su corazón ansiaba servir a la gloria de la Señora que está en los cielos.

(1) Maravedí: Nombre de una moneda antigua de Castilla.
(2) Prior: Superior o prelado ordinario de algunos conventos. En otros segundo prelado despues del abad.

Buscó la manera, inútilmente, y se afligía cada vez más; pero al despertar una mañana, radiante de júbilo corrió a la capilla y estuvo solo allí durante más de una hora. Después de comer volvió a entrar en la capilla, y desde entonces iba diariamente a la hora en que se hallaba solitaria, mientras los demás frailes se complacían en sus trabajos y estudios. Ya nunca estaba triste ni condolido.

Su extraña conducta excitó la curiosidad de los frailes.

Preguntábanse unos a otros en la comunidad por qué razón el hermano Bernabé se retiraba con tanta frecuencia.

El prior, obligado a conocer la conducta de sus religiosos, resolvióse a observar a Bernabé durante su retiro. Un día, mientras Bernabé se hallaba solo, encerrado como de costumbre en la capilla, el prior acercóse acompañado de dos viejos frailes, para observar por la rendija de la puerta lo que ocurría en el interior.

Vieron a Bernabé ante el altar de la santa Virgen, cabeza abajo, lanzando con los pies seis bolas de cobre y seis cuchillos. En honor de la Santa Madre de Dios repetía los ejercicios que le valieron siempre más alabanzas. Sin comprender que aquel hombre sencillo consagraba de aquel modo su talento y su destreza en servicio de la Santísima Virgen, los dos frailes creyéronle sacrílego.

El prior no ignoraba que Bernabé tenía el alma inocente, pero supuso que se había vuelto loco.

Se aprestaban los tres a sacarle a viva fuerza de la capilla, cuando vieron a la Santísima Virgen descender por las gradas del altar y enjugar con un pico de su manto azul el sudor que brotaba de la frente de su juglar.

Entonces el prior prosternó la cabeza contra las losas y recitó estas palabras:

—Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

—¡Amén!—respondieron los dos frailes viejos, y besaron la tierra.

Contado por ANATOLE FRANCE



LA LEYENDA DE TRISTAN E ISOLDA



INFANCIA DE TRISTAN



UEREIS, señores, oir un hermoso cuento de amor y de muerte?

Es el de Tristán y de Isolda, la reina. Oid cómo se amaron y murieron.

En los antiguos tiempos reinaba el Rey Marcos en Cornualles de Inglaterra. Al saber que sus enemigos se preparaban a guerrear contra él, su amigo, el Rey Rivalen, cruzó el mar para llevarle su ayuda. Le sirvió con la espada y con el consejo como le hubiera servido un vasallo y, en recompensa de su fidelidad, Marcos le entregó en matrimonio a la princesa Blanca Flor, hermana suya a quien el rey Rivalen amaba con maravilloso amor. Apenas desposado con ella, la noticia de que su viejo enemigo el Duque Morgan había, durante su ausencia, invadido su reino y arruinado sus burgos y sus campos, le hizo embarcar en compañía de Blanca Flor, hacia la tierra lejana. Frente al Castillo de Canoel desembarcó, confiando la vida de la reina a la salvaguardia de su

mariscal Roalt a quien todos, en consideración de su lealtad, llamaban "el fiel Roalt." Reunió el rey a sus barones y partió con ellos a la lucha.

Blanca Flor le esperó largos años. No regresó jamás. Un día supo que el Duque Morgan le había dado muerte traidora. No lloró. Ni gritos ni lamentos escaparon de su boca, pero sus miembros tornáronse débiles y vanos. Quiso su alma, en la fuerza del deseo, arrancarse de su cuerpo. Roalt buscó en vano palabras de consuelo: ella no las escuchaba. Durante tres días trató de unirse a su esposo muerto. Al cuarto dió a luz un hijo. Tomándolo en sus brazos exclamó:—"Desde hace tiempo deseaba verte y veo en ti la criatura más hermosa que haya nacido de mujer. En mi tristeza naces y triste es la primera fiesta con que te halago. Sólo por ti tengo pena de morir. Y puesto que viniste al mundo en la tristeza, te llamarás Tristán." Lo besó y murió.

Roalt recogió al huérfano. Los hombres del Duque Morgan rodeaban ya el Castillo de Canoel. Roalt tuvo que rendirse, pero temiendo que Morgan tratara de dar muerte al hijo de Rivalen, le hizo pasar por suyo y le dejó entre sus hijos. Enseñóle a manejar la lanza, la espada, el escudo y el arco, a lanzar los discos de piedra, a saltar las zanjas más profundas, a odiar toda mentira, a socorrer a los débiles y a sostener la palabra empeñada. Tenía orgullo de él como si hubiera sido hijo de su sangre y recordando la vida de Rivalen y de Blanca Flor, de quienes Tristán tenía la juventud y la gracia pensativa, Roalt lo respetaba en su corazón, como al hijo de su amo. Su felicidad no fué duradera. Unos mercaderes de Noruega invitaron a Tristán para que visitara su barco e hicieron de él su presa. Mientras que el velero navegaba hacia tierras desconocidas, Tristán bregaba inútilmente por escapar.

Pero a mal puerto lleva el mar las naves traidoras y la tempestad persiguió duranto ocho días al velero de los piratas. Una noche, al comprender que el robo de Tristán había encolerizado a las fuerzas del océano, colocáronlo en una barca los marinos noruegos. El mar se aquietó al instante y Tristán aterrizó sobre la arena de una playa desconocida.

A poco de andar por entre un bosquecillo de pinos salvajes, las voces de algunos oficiales que andaban de caza y los ladridos de los perros que les precedían, alegraron el corazón de Tristán.

Unióse al tropel y maravilló a todos por sus gentiles maneras y la cortesía de su hablar. No quiso, por prudencia, darse a conocer como caballero e hízose pasar por hijo del mercader de un país extraño. Los cazadores, siervos del rey Marcos, de quien Tristán era, sin saberlo, el único sobrino, lo condujeron ante su trono y a todos plugo su buen continente y gracia varonil. Pronto sedujo el corazón

del rey Marcos que había llegado a la madurez de su edad sin hijos ni parientes, pues no cesaba de lamentar la muerte de su hermana Blanca Flor.

Tres años había vivido Tristán en la corte de Cornualles, gozando de la estimación del rey y de los barones de su feudo, cuando Roalt, que había viajado durante ese tiempo en su busca, acertó a visitar el país de Inglaterra. Al descubrirlo, hizo al rey el relato del nacimiento de Tristán. Marcos armó caballero al joven y lo reconoció sobrino suyo.

Poco tardó Tristán en reconquistar el reino de su padre, valido del apoyo que su tío le ofreciera. Mas, comprendiendo que al rey Marcos no podría sonreírle su ausencia, reunió a sus vasallos y les habló así: "Señores. He reconquistado este país y vengado la muerte del rey Rivalen, gracias a Dios y a vosotros. He vuelto, pues, a mi padre, los derechos que eran suyos. Pero no quiero olvidar ni a Roalt ni al rey Marcos quienes socorrieron al huérfano y al peregrino. A ellos también considero padres. En vista de que un caballero sólo dos cosas posee: tierra y cuerpo, cedo la primera a Roalt y abandono este país para devolver al rey Marcos mi presencia. Tal es mi deseo, pero antes de decidirme, espero vuestro consejo."

Los barones, en silencio, encomiaron con lágrimas el generoso desprendimiento de Tristán y éste, acompañado de su maestro Governal, se dirigió a la tierra de Cornualles.





LA BELLA DE LOS CABELLOS DE ORO

Vivían en la corte del rey Marcos cuatro barones, los más desleales y pérfidos de los hombres. Odiaban a Tristán por su hermosa gallardía y, sobre todo, por el tierno amor que el monarca le dispensaba. Señores, bien sabré deciros sus nombres: Andrés, Ganelón, Gondoíno y Denolao. Comprendiendo que, a la muerte del rey—puesto que no tenía hijos que le heredaran—pasaría el gobierno a manos de Tristán, sugirieron la necesidad de que el soberano buscara esposa para darle un heredero legítimo al trono de Cornualles. Persuadieron en contra de Tristán, al mayor número de los barones e hiciéronlo aparecer mago, pues decían no ser a nadie natural el poder de encanto y grande simpatía de que usaba con todos en su trato y amistad. Así la corte entera urgió al rey Marcos se casara con la hija de algún rey de un pueblo amigo, de lo que el viejo príncipe concibió gran tristeza en su corazón.

El mismo Tristán, temeroso de que se interpretara como ambición su silencio, lo amenazó con abandonar el reino si no contraía pronto las nupcias que el pueblo reclamaba. Marcos aplazó aún por algunas semanas su resolución.

El día señalado para hacerla conocer a los barones de la corte, se hallaba Marcos solo, en su estancia, cuando por la ventana abierta al mar, dos golondrinas, que a la sazón estaban construyendo sus nidos, entraron, y asustadas por la presencia de un hombre, volaron de nuevo en el aire azul de la mañana. Habían dejado caer, de sus picos, un cabello de mujer más fino que el hilo de la seda y más brillante que un rayo de sol.

Marcos lo recogió y llamando a los barones, entre quienes se encontraba Tristán, díjoles con voz firme:

—"Para complaceros, señores, tomaré hija de rey por esposa, siempre que consigáis a quien he escogido."

—"Así lo haremos," contestaron los barones.

—"He escogido a aquella de quien fuere el cabello de oro que tengo entre las manos."

—"¿De dónde os vino el cabello de oro? ¿Quién os lo trajo?" interrogaron los señores, desconfiando no fuera ésta, argucia de Tristán, aconsejada al rey.

—"Trajéronmelo, dijo Marcos, dos golondrinas."

Una oleada de descontento corrió entre las filas de los caballeros reunidos.

—"Rey Marcos, exclamó Tristán, obráis equivocadamente. ¿No véis acaso que las sospechas de vuestros vasallos me deshonran? Pero habéis en vano preparado este ardid. Yo mismo buscaré a la hermosa de los cabellos de oro y, o habré de morir en la empresa, u os la daré, de mi mano, por esposa y reina."

Preparó una hermosa nave, reunió en ella a cien caballeros y, cuando el piloto le preguntó el rumbo, dijo Tristán:

—"Vamos, amigo, al país de Irlanda."

Los marineros temblaron al oir la orden de Tristán. Hacía muchos años que Irlanda y Cornualles vivían en constante guerra y hostilidad. Pero les tranquilizó la serena mirada de Tristán y el consejo de hacerse pasar por la tripulación de un buque mercante.

Los mismos caballeros cambiaron sus ropas de brocado y nobles sedas por los vestidos más humildes, propios de los comerciantes de la época. Así, desembarcaron en Irlanda y vivieron en ella por espacio de varias semanas. Al fin de las cuales, Tristán, que se había enterado de la existencia de un dragón que amagaba los contornos, decidió salir a darle muerte, pues según rezaban los bandos reales, la recompensa ofrecida al vencedor del dragón era la mano de Isolda la rubia, hija del rey de Irlanda.

Armóse, en secreto, y, un día, al rayar el alba, cuando no había en las calles del puerto nadie que le viera salir de la nave de los falsos mercaderes, atravesó la ciudad y siguió la senda que conducía a la guarida del dragón.

El monstruo tenía los ojos chispeantes como brasas, dos cuernos en la frente, largas orejas velludas, garras de león, cola de serpiente y, como de pez, el cuerpo revestido de escamas.

Tristán lanzó contra él su caballo. La lanza tropezó en las escamas del monstruo, y se rompió en mil pedazos.

El héroe desenvainó su espada y asestó con ella tamaño golpe en el cuello del dragón, capaz de haber hendido el tronco de una

encina, pero inútil para herir a la fiera, que arrojaba por el hocico doble chorro de llamas venenosas. El casco de oro de Tristán se ennegreció bajo aquel soplo maligno; pero el joven, aprovechando la situación de la bestia, le hundió la espada en la garganta y le rompió en dos mitades el corazón. Lanzó el dragón, por última vez, su pavoroso grito y murió.

Córtale Tristán la lengua como testimonio de su proeza y hácese reconocer de los caballeros de la corte de Irlanda en donde produce indignación la presencia de un barón armado de Cornualles. A la cólera sucede el regocijo. Cunde por la ciudad la noticia de la muerte del dragón y Tristán que se ha hecho merecedor a la mano de la princesa, la rechaza para él, pero, con grandes alabanzas, la acepta para su señor el rey Marcos, sellando así pactos de amor y de comercio entre los dos reinos rivales.





EL FILTRO

Cuando llegó el tiempo de entregar a Isolda a los caballeros de Cornualles para que la llevaran a su rey, la madre de la princesa fué al bosque a recoger hierbas, flores y raíces, las mezcló en un poco de vino y aderezó, de esta suerte, un brebaje poderoso. Con ayuda de la magia lo vertió en un ánfora de barro cocido, y, en secreto, dijo a Berengueana, la doncella de Isolda:

—"Seguirás a Isolda al país del rey Marcos, y puesto que la quieres con cariño leal, oye mis palabras y cúmplelas. Esconde este barro de modo que, durante el viaje, ningún ojo le vea ni le toque labio alguno. Pero, en la noche de las bodas, vierte este vino en una copa que deberán beber juntos el rey Marcos y la reina Isolda. Cuida, hija mía, que nadie, sino ellos, beba de este brebaje pues tiene tal virtud que quienes de él beban, se aman para siempre, durante la vida y más allá de la muerte."

Cortando las profundas olas, iba la nave de Tristán. A cada nuevo día que la separaba de Irlanda, era mayor la tristeza de Isolda. ¿Qué la esperaba en Cornualles? ¿El matrimonio con un monarca viejo a quien ni conocía, ni por consiguiente, amaba? ¿El vano honor de oírse llamar reina?

Cuando se le acercaba Tristán, una ola de odio estallaba en su pecho. El la había robado a los suyos, él la había separado de su madre, y no por amor, pues habiéndola podido recibir como esposa, la había desdeñado, al punto de ofrecérsela a su amo el rey Marcos.

Un día cesó el viento de hinchar las velas blancas de la nave. El sol hería las maderas del puente. Un calor insoportable abrumaba el aire y Tristán fué a buscar en la bodega vino que ofrecer a Isolda para mitigar su sed.

Tropezaron sus manos, en la cámara de la doncella imprudente, con el ánfora del filtro. Tomóla y sirviéronse de ella los dos jóvenes.

—"¡Qué dulce vino!" exclamó Isolda. No, no era el vino. Era la pasión, era el áspero júbilo, la angustia sin fin y la muerte.

Miróles la doncella en el momento de apurar el brebaje y corriendo a la popa del navío gritó:

—"Desdichada de mí. Maldito el día de mi nacimiento y maldita la hora en que puse los pies sobre esta nave. Isolda, hermosa amiga, y vos Tristán, habéis bebido vuestro destino y vuestra muerte."

La nave siguió su curso hacia el Castillo de Cornualles. Sentía Tristán arder su pecho como si lo desgarrara una zarza de espinas agudas y de flores aromosas, cuyas raíces le entraban en el corazón y con cuyo ramaje se unía a su cuerpo el cuerpo hermoso de Isolda.

Pensaba tristemente:

—"Andrés, Denolao y tú Ganelón y tú también Gondoíno, traidores que me acusasteis de codiciar la tierra del rey Marcos. No, no era la tierra lo que yo codiciaba. Noble tío que me acogisteis huérfano y desvalido, mal hicisteis en llorar la muerte de vuestra hermana Blanca Flor. ¡Cómo no arrojasteis de vuestro reino al niño errante que llegó a él para traicionaros! Isolda es ya vuestra y no debe amarme."

Pero Isolda lo amaba. Quería odiarlo. ¿Cómo lo hubiera logrado? Un poder maravilloso la unía a su raptor y la idea de lo imposible irritaba su ternura haciéndola más dolorosa y más profunda que en el odio.

Durante tres días se huyeron mutuamente. Temíanse. Al cuarto, Isolda halló a Tristán bajo el toldo de su tienda, sobre la cubierta de la nave.

—"Salud, señor"—díjole.

—"¿Por qué haberme llamado señor?"—exclamó Tristán con extrañeza.

—"Porque lo sois. Oh, sí, eres mi señor y mi dueño. Lo eres con la fuerza del destino. Soy tu sierva, tu esclava........"

—"Algo os atormenta hoy"—trató de balbucir Tristán.

—"Sí, todo lo que sé me atormenta. Y me atormenta aun más lo que veo. Este cielo, este mar, y mi cuerpo y mi vida."

Quisieron abrazarse. La doncella que les espiaba, gritóles desde afuera:

—"Habéis bebido el brebaje de vuestro amor y de vuestra muerte."

—"Venga ella en buena hora"—dijo Tristán, y su voz se perdió en el aire de la tarde, mientras la nave, más rápida que nunca, corría hacia el castillo del rey Marcos........



EL PINO

Sabed, señores, cómo al llegar a Cornualles el navío de Tristán, casó Isolda con el rey Marcos, entre la alegría de vasallos y barones.

Los nobles la honraban y los humildes la querían. Pasaba el día en alcobas pintadas ricamente y tapizadas con flores. Suyos eran los joyeles deslumbrantes, suyas las telas de púrpura de Tesalia, suyos por fin los cantos de los artistas.

No obstante, la desgracia roía su corazón. Amaba a Tristán y un santo respeto la invadía frente a su esposo venerable. Teme la revelación que su doncella Berengueana pudiera hacer del misterioso brebaje que, por error, bebieran Tristán y ella, Isolda, una tarde de estío, en el mar. Además, las entrevistas que tiene con Tristán, en el sigilo de la noche, la llenan de zozobra.

A espaldas del castillo de Cornualles, se extendía un amplio vergel, defendido por altísimas bardas. Crecían en él árboles de toda especie, cargados de frutos, de pájaros y de aromáticos racimos. En el rincón más alejado se alzaba un pino, alto y recto, cuyo robusto tronco sostenía una fronda maravillosa. Reía, a sus pies, un manantial. Saltaba el agua en diáfano manto de plata sobre el tazón de mármol de la fuente, atravesaba el vergel y penetrando al interior del castillo, llevaba su frescura hasta las cámaras de los reyes.

Noche a noche, Tristán, de acuerdo con Isolda, cortaba pequeños trozos de madera a la corteza del pino y los arrojaba en la corriente del manantial. Ligeros, como espuma, llegaban a las habita-

ciones de la reina. Isolda conocía entonces que la esperaba el amado de su corazón.

Así, protegidos por la sombra, se reunían a conversar de un amor doloroso e imposible.

Dice Isolda:

—"Tristán, los marineros afirman que el castillo está encantado y, dos veces al año, una en verano y en invierno la otra, desaparece a los ojos de los mortales ¿no sientes cómo ha desaparecido hoy de nuestra vista? ¿No es éste, acaso, el vergel maravilloso del que hablan las arpas de los troveros? Ciérralo por doquier una muralla de aire. Arboles florecidos lo adornan y quienes lo habitan, viven en perenne juventud."

La interrumpen los cuernos de caza de los vigías, que sobre las torres del castillo, anuncian el alba.

Dice entonces Tristán:

—"No, Isolda. Hase roto la muralla de aire y éste no es el vergel maravilloso de que habla el lenguaje de las arpas. Pero, un día, amada, iremos—¡y entonces juntos al fin!—al país afortunado del que nadie regresa. Verás ahí un castillo todo de mármol blanco. En cada una de sus mil ventanas brilla un cirio de oro. En cada sala óyese un diverso són de liras o de flautas..."

Hablan así, mientras sobre las torres de Cornualles el alba alumbra, al nacer, los escudos de *sinople* (1) y de azur.

La alegría extraña de Isolda, la denuncia. Los enemigos de Tristán la espían y háceles concebir sospechas que destilan en amargos celos sobre el corazón del rey Marcos. La inquietud lo tortura. Ama con dulce amor a su sobrino Tristán y, casi tanto como a él, ama a Isolda la rubia. Espía en sus gestos el amor que se oculta, y destierra a Tristán.

Pero la perfidia de los cortesanos lo conduce a errores más graves. Interna a Isolda en el lazareto de los leprosos. Ráptala de ahí Tristán y Marcos persigue a los vagabundos de bosque en bosque, de colina en colina.

El hambre los acosa. Ya la sortija que a Isolda diera en señal de amor y de confianza el día de sus bodas, sálese del dedo, tanto la han adelgazado así las privaciones y el dolor.

Una noche, vencidos del sueño, los halla el rey dormidos sobre el césped, en un claro del bosque.

Entre ambos ha colocado el héroe su espada desnuda. Hay tal dolor y tan grande pureza en las facciones de los jóvenes, que Marcos sintió, al verlos, rompérsele el corazón.

(1) Sinople: Nombre heráldico del color verde.

Vuelve Isolda al castillo de Cornualles bajo la salvaguardia del rey que—¡por fin!—confía en su honor.

Mas los barones desleales murmuran y para comprobar su virtud, exígenle se someta a la prueba del fuego. Acepta Isolda, a pesar de los escrúpulos del rey, pero, en secreto, advierte a Tristán del peligro que corre.

Cuando llega el día del juicio de Dios, viste Isolda leve túnica blanca hasta los pies caída, y desnudos pecho y brazos, se acerca a la hoguera. Un monje desconocido la ha llevado entre sus brazos para hacerla cruzar el río y ese monje es Tristán a quien, bajo el disfraz que lleva, nadie ha podido sorprender.

Por eso Isolda sonríe ante las llamas y tomando en sus manos una brasa viva, la lleva a su seno mientras dice:

—"Juro que ningún hombre, nacido de mujer, me ha llevado en sus brazos, con excepción del rey Marcos, mi señor, y de este pobre monje, que según habéis visto me ha conducido hasta esta hoguera. ¿Es bastante este juramente de mi boca?"

—"Sí, reina, y que Dios manifieste su juicio,"—dijeron los barones.

—"Amén,"—contestó Isolda.

Y dejando rodar las brasas ya extintas, alzó al cielo los brazos desnudos y vieron todos que su carne estaba más lisa y sana que no las ciruelas de los árboles.

De todos los pechos subió un gran grito de júbilo hacia Dios.





LA MUERTE

¿Cómo contar, señores, la muerte de los jóvenes?

Lejos de Isolda, enloqueció Tristán.

Viaja por tierras lejanas, mas en ninguna encuentra la paz que ansía su corazón.

De Bretaña, en donde mora, parten mensajeros en busca de Isolda la reina. Con engaños llévanla a bordo de la nave equipada por Tristán. Levan ancla y el soplo de Dios hincha las velas alejando el barco de las costas de Cornualles.

Desde el más alto peñón, Tristán, enfermo, espera. Sus ojos interrogan el mar. Mas la debilidad lo vence y el brillo del sol que reverbera sobre las olas de acero, ciega sus pupilas.

Los marinos le dijeron al partir:—"Si ves una vela blanca en la nave, cuenta con la llegada de Isolda."

—"Negra la traerá si no viniere—dijo Tristán—y moriré."

En su inquietud pregunta a quienes le rodean.

Dice una voz:—"¡La nave trae velas negras! ¡La nave trae velas negras!"

La vida de Tristán se escapa de su pecho. Tres veces exclama: "Isolda,—amiga" y su alma vuela.

Sobre su cuerpo, la rubia Isolda, al llegar, no vierte una lágrima. Dóblase su talle con flojedad de agonía y cae muerta a su lado, para siempre ya su compañera.

Señores, los buenos trovadores cantaron este cuento para que lo oyeran, algún día, todos los que se han amado o se amarán.

LA CRUZADA DE LOS NIÑOS



LA CRUZADA DE LOS NIÑOS



ARA defender a los peregrinos cristianos, ultrajados por los turcos en Jerusalén, y arrebatar a éstos la tierra en que estaba el sepulcro de Jesucristo, se hicieron, del siglo XI al XIII, varias expediciones que se llamaron *cruzadas*, porque los que tomaban parte en ellas se comprometían a llevar una cruz encarnada, hasta que consiguieran su objeto. —Pedro el Ermitaño y San Bernardo predicaron las primeras cruzadas, en las que figuraron, como jefes, Godofredo de Bouillón, Raimundo de Tolosa, Luis VII de Francia y otros.

Por aquel tiempo los niños, sin guía y sin jefe, corrían precipitadamente de las ciudades y pueblos de todas las regiones hacia el otro lado del mar, y cuando se les preguntó a dónde iban, respondieron: "Hacia Jerusalén, a buscar la tierra santa..." Todavía

se ignora lo que haya sido de ellos. Muchos volvieron y al preguntarles la causa de su viaje dijeron que no la sabían.

Todos estos niños no tenían nombres. Es seguro que los prefirió Nuestro Señor Jesús. Llenaban el camino como un enjambre de abejas blancas. No sé de dónde venían. Eran pequeños peregrinos. Tenían bordones de avellano y de álamo. Llevaban la cruz a la espalda; y todas estas cruces eran de innumerables colores. No llegaron a Jerusalén. Pero Jerusalén llegó a ellos. El fin de todas las cosas santas radica en la alegría. Nuestro Señor está aquí, en esta espina enrojecida, y en nuestra boca, y en nuestra pobre palabra. Los pies de Nuestro Señor santificaron todos los lugares. ¡Que Jesús haga dormir en la noche a todos estos niñitos blancos que llevan la cruz!





RELATO DE LOS TRES NIÑOS

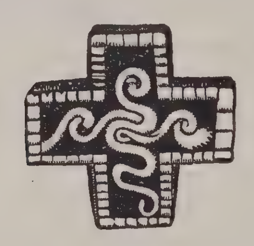
Nosotros tres, Nicolás que no sabe hablar, Alain y Dionisio, salimos a los caminos para llegar a Jerusalén. Hace largo tiempo que vagamos. Voces desconocidas nos llamaron en la noche. Llamaban a todos los pequeñuelos. Eran como las voces de los pájaros muertos durante el invierno. Y al principio vimos muchos pobres pájaros extendidos en la tierra helada, muchos pajaritos con el pecho rojo. Después vimos las primeras flores y las primeras hojas y tejimos cruces. Cantamos ante las aldeas, como acostumbrábamos hacerlo en el año nuevo. Y todos los niños corrían hacia nosotros. Y avanzamos como un rebaño. Hubo hombres que nos maldijeron, no conociendo al Señor. Hubo mujeres que nos retuvieron por los brazos y nos interrogaban cubriendo de besos nuestros rostros. Y también hubo almas buenas, que nos trajeron leche y frutas en escudillas de madera. Y todo el mundo tuvo piedad de nosotros. Porque no saben a dónde vamos y no han escuchado las voces.

En la tierra hay selvas espesas, y ríos, y montañas, y senderos llenos de zarzas. Y al fin de la tierra se encuentra el mar que pronto cruzaremos. Y al fin del mar se encuentra Jerusalén. No tenemos quien nos mande ni quien nos guíe. Pero todos los caminos son buenos. Aunque no sabe hablar, Nicolás camina como nosotros, Alain y Dionisio; y todas las tierras son parecidas, e igualmente peligrosas para los niños. Por doquiera hay selvas espesas, y ríos, y montañas, y espinos. Pero por todas partes las voces estarán con nosotros. Hay aquí un niño que se llama Eustaquio, y que nació con los ojos cerrados. Mantiene los brazos tendidos y sonríe. Nos-

otros no vemos más que él. Una pequeñuela lo conduce y le lleva su cruz. Se llama Alis. No habla nunca y no llora jamás; tiene fijos los ojos en los pies de Eustaquio, para sostenerlo en sus tropiezos. Todos los queremos. Eustaquio no podrá ver las santas lámparas del sepulcro. Pero Alis le tomará las manos para hacerle tocar las losas de la tumba.

¡Oh! qué bellas son las cosas de la tierra. No nos acordamos de nada, porque nada aprendimos nunca. Sin embargo, hemos visto árboles viejos y rocas rojas. Algunas veces atravesamos por largas tinieblas. Otras, caminamos hasta la noche por claras praderas. Hemos gritado el nombre de Jesús al oído de Nicolás, y él lo conoce bien. Pero no sabe pronunciarlo. Se regocija con nosotros de lo que vemos. Porque sus labios pueden abrirse para la alegría, y nos acaricia la espalda. Y de este modo no son desgraciados: porque Alis vela por Eustaquio y nosotros, Alain y Dionisio, velamos por Nicolás.

Se nos dijo que encontraríamos en los bosques ogros y hechiceros. Estas son mentiras. Nadie nos ha espantado; nadie nos ha hecho daño. Los solitarios y los enfermos vienen a vernos, y las ancianas encienden luces para nosotros en las cabañas. Tocan por nosotros las campanas de las iglesias. Los campesinos se empinan desde los surcos para espiarnos. También nos miran los animales y no huyen. Y desde que caminamos, el sol se ha tornado más caliente, y no recogemos ya las mismas flores. Pero todos los tallos se pueden tejer en las mismas formas, y nuestras cruces son siempre frescas. De este modo tenemos grande esperanza, y pronto veremos el mar azul. Y al extremo del mar azul está Jerusalén. Y el Señor dejará llegar a su tumba a todos los pequeñuelos. Y las voces desconocidas se tornarán alegres en la noche.





RELATO DE ALIS

Ya no puedo caminar bien, porque estamos en un país ardiente, donde los hombres malvados de Marsella nos trajeron. Y al principio fuimos sacudidos sobre el mar en un día negro, en medio de los fuegos del cielo. Pero mi pequeño Eustaquio no sintió miedo porque no vió nada y yo le tenía las dos manos. Lo quiero mucho, y vine aquí a causa de él. Porque no sé a dónde vamos. Hace largo tiempo que partimos. Los otros nos hablaban de la ciudad de Jerusalén, que está al extremo del mar, y de Nuestro Señor que estará ahí para recibirnos. Y Eustaquio conocía bien a Nuestro Señor Jesús; pero no sabía lo que es Jesuralén, ni una ciudad, ni la mar. Huyó por obedecer a las voces y las escuchaba todas las noches. Las escuchaba en la noche a causa del silencio, porque no distingue la noche del día. Y me interrogaba acerca de estas voces, pero nada podía decirle. No sé nada, y tengo pena solamente a causa de Eustaquio. Caminamos cerca de Nicolás, y de Alain, y de Dionisio; pero ellos subieron a otro navío, y no todos los navíos estaban allí cuando apareció de nuevo el sol. ¡Ay! ¿qué les pasaría? Los encontraremos cuando lleguemos cerca de Nuestro Señor. Está muy lejos todavía. Se habla de un gran rey que nos hace venir, y que tiene en su poder la ciudad de Jerusalén. En esta comarca todo es blanco, las casas y los vestidos, y el rostro de las mujeres está cubierto con un velo. El pobre Eustaquio no puede ver esta blancura, pero le hablo de ella y se regocija. Porque dice que es la señal del fin. El Señor Jesús es blanco. La pequeña Alis está muy cansada; pero tiene a Eustaquio de la mano, para que no caiga, y no le queda tiempo de pensar

en su fatiga. Descansaremos esta noche, y Alis dormirá, como de costumbre, cerca de Eustaquio, y si no nos han abandonado las voces tratará de oírlas en la noche clara. Y tendrá de la mano a Eustaquio hasta el fin blanco del gran viaje, porque es necesario que ella le muestre al Señor. Y seguramente el Señor tendrá piedad de la paciencia de Eustaquio, y permitirá que Eustaquio lo vea. Y tal vez entonces Eustaquio verá a la pequeña Alis.



ALEMANIA

PARSIFAL



PARSIFAL



CATORCE días después de la muerte de su padre Gamuret, nació Parsifal, príncipe de *Anjou* (1). Su madre, alejándose de la corte por el duelo de su esposo, se retiró al Bosque Solitario, en donde se consagró a la educación de su hijo.

El niño crecía rodeado de la naturaleza casi virgen y su madre, por exceso de cariño, procuraba tenerlo en la mayor ignorancia de las cosas de los caballeros. Armado de un arco y de flechas, pasaba las horas cazando pajarillos del bosque. Pero una vez le ocurrió que al ver caer muerto a sus pies a uno de los que cazaba, se echó a llorar, considerando que el pobre animalillo ya no podría cantar más. Así, fué en busca de su madre, a la que preguntó si había hecho mal dándole muerte.

(1) Provincia de Francia que gozaba antiguamente de soberanía.

—No has hecho bien, hijo mío—contestó la madre besándolo —Dios ha dado a las aves una vida igual a la nuestra y no debemos quitársela.

—¡Dios!—exclamó el niño—¿Quién es Dios?

—Dios—contestó la madre—es tan brillante y resplandeciente como el día, ha creado los cielos y la tierra y dado vida a los hombres y a todos los animales. Debes servirle y amarle y, en cambio, aborrecer al diablo, que es negro, malo y astuto.

Un día, mientras estaba cazando, oyó ruido en el bosque, y pensó:

—Tal vez sea el diablo que se acerca y ahora sabré bien cómo es. Y, hasta—tal vez—podré luchar con él y vencerlo.

Pero no era el diablo quien se acercaba, sino cuatro caballeros armados y ataviados con magnificencia. Sus armaduras y sus armas esplendían con el sol y creyendo el niño que serían Dios mismo, puesto que brillaban como la luz del día, cayó de rodillas y con las manos en alto, exclamó:

—¡Ayúdame, Dios, ayúdame!

Los caballeros se echaron a reír en cuanto oyeron tales palabras y dijeron al cándido niño:

—No somos Dios. Si abres bien los ojos verás que somos caballeros.

—¡Caballeros! Y ¿qué es eso?

Los caballeros se asombraron al notar la extrema ignorancia del niño y bondadosamente le explicaron en qué consistía la caballería. El niño escuchaba con la mayor atención y no se cansaba de tocar las espadas, los escudos, las lanzas y las armaduras, y cuando se hubo enterado de todo, deseó en su alma ser caballero, como los que veía.

—Eso no podremos concedértelo nosotros—contestó uno de ellos. Solamente el Rey Arturo tiene derecho a armarte caballero.

Dichas estas palabras se marcharon y el niño ya no se entretuvo más en el bosque para proseguir la caza. Marchóse inmediatamente a su casa y abrazándose a su madre, le dijo:

—Madre, querida madre, quiero ser caballero.

Muda de pena y de asombro, al oír el deseo de su hijo, vió cuán inútil había sido su empeño de hacerle ignorar las cosas pertenecientes a la caballería, pues el joven, obedeciendo a los instintos heredados de su padre, se inclinaba fatalmente a seguir la misma vida que él. Debía, pues, resignarse a perder a su hijo, con tanto amor criado, el cual, a partir de entonces, iría errante por bosques y montañas, combatiendo contra toda suerte de enemigos.

Pero quiso hacer todavía una tentativa para recobrar la voluntad de su hijo. Tuvo la idea de que si lo vestía pobremente, de

manera que la gente lo creyera burlesco, el joven, disgustado por aquel mundo que no conocía y que le haría burla, no tardaría en volver al bosque, al lado suyo. Así, le hizo un traje de color pardo, como de bufón, le cubrió las piernas con unas polainas de piel de ternera sin curtir, y dándole un mal caballejo, le dijo que ya estaba equipado. Luego le aconsejó acerca de lo que debía hacer en el mundo.

A la mañana siguiente, muy temprano, partió Parsifal no sin que antes su madre lo hubiera besado repetidas veces, con la mayor ternura.

El joven se alejó, volviendo de vez en cuando la cabeza para saludarla. Por fin desapareció en una revuelta del camino y la desgraciada Reina regresó a la casa llorando amargamente. Y allí sufrió una congoja, se le oprimió dolorosamente el corazón y quedó muerta.

Montado en su caballo, Parsifal marchó a través de montes y valles, hasta que un día llegó ante un riachuelo que un gallo habría podido vadear, pero atendiendo a los prudentes consejos de su madre siguió sus orillas durante el día entero, hasta que llegó a un lugar que formaba una plazoleta entre la espesura.

Allí advirtió una tienda de terciopelo en la que dormía una mujer hermosa y joven. Al verla recordó otro consejo de su madre, que le recomendaba besar la mano de toda mujer hermosa y joven y tomarle su sortija, pues eso le daría buena suerte. Se acercó a la dama, le besó repetidas veces la mano y luego le quitó la sortija que llevaba en su mano izquierda.

En vista de que la dama no despertaba, Parsifal se alejó, sin pensar en las consecuencias que tendría su conducta. Poco después vino Orilus, el esposo de la dormida, la cual era la duquesa Jeschute, y al ver que ella no llevaba la sortija que le entregara el día de la boda, creyó que le había sido desleal. Al advertir en la hierba las huellas de un caballo, no tuvo ya duda de que la dama había recibido la visita de un hombre. Loco de celos injurió a su desgraciada e inocente esposa, y se alejó dispuesto a castigar con la muerte el atrevimiento del desconocido.

Mientras tanto, Parsifal seguía sin temores su camino.

En pocos días llegó a Nantes, corte del Rey Arturo. Cerca de la puerta de la ciudad el joven encontró a Ither, conocido por todos con el apelativo de "el caballero rojo." Y merecía tal nombre porque encima de la armadura llevaba una especie de túnica corta de color rojo, y las riendas de su caballo, la gualdrapa de éste, y hasta la lanza, eran del mismo color.

Al ver Ither que se acercaba Parsifal, se volvió a él y le dijo:

—Podrías hacerme un favor, joven. Ya que vas a la ciudad, preséntate de mi parte al Rey Arturo y dile que estoy enojado con él

y con todos los caballeros de la Tabla Redonda, porque no reconocen mi derecho sobre mis tierras y mis vasallos.

"Ayer, cuando estábamos sentados a la mesa bebiendo vino, me irritaron sobremanera y yo, derribando mi copa, manché a la Reina Ginebra en el regazo. Ve y diles que aquí tengo mi copa de de oro y que desafío al Rey Arturo y a todos sus caballeros a singular batalla."

Parsifal se alejó, entró en la ciudad de Nantes y directamente se encaminó a la corte del Rey Arturo. Su aparición causó en ella la mayor extrañeza, a causa de su ridículo traje. Pero pronto en sus miradas advirtieron todos que era un muchacho valeroso. Se acercó al Rey y le dió cuenta del mensaje que le había confiado el caballero rojo.

El Rey le dijo que a la mañana siguiente irían sus caballeros, uno tras otro, a pelear contra Ither; pero Parsifal rogó que lo armase caballero, pues quería ir él mismo a matar al insolente caballero rojo.

—No puedo armarte caballero hasta que hayas realizado algunas hazañas—le contestó el Rey.

Esto dió a Parsifal mayor deseo de pelear contra Ither y sin hacer caso de las burlas que provocaba, se afirmó en su propósito, de manera que a la mañana siguiente, montado en su caballo y armado solamente de una corta lanza, salió al encuentro de Ither.

—Vengo a combatir contigo, mal caballero—gritó Parsifal.

Ither se echó a reír desdeñosamente y le dirigió algunas burlas, pero como viera que, a pesar de todo, Parsifal se disponía a atacarlo, Ither asestó una lanzada al caballejo del joven y lo hirió gravemente, de manera que el pobre animal cayó al suelo, arrastrando a su dueño en la caída.

Imposible sería describir la cólera que sintió Parsifal. De un salto se desembarazó de su cabalgadura y avanzando hacia Ither antes de que éste pudiera atender a su defensa, le clavó la punta de la lanza en los ojos, por la abertura del casco y el caballero rojo cayó pesadamente al suelo.

Parsifal, victorioso, se apresuró a desnudar al muerto y se vistió sobre el traje de bufón que llevaba, la armadura y la túnica roja. Ciñóse la espada y las espuelas y empuñando la lanza montó en el caballo de Ither y se alejó, resuelto a ir en busca de aventuras que luego le permitiesen ser armado caballero por el Rey Arturo.

Viajó a través de altas y solitarias montañas y de espesos bosques, durante varios días, hasta que llegó a un castillo llamado Hermoso Retiro, cuyos habitantes sufrían entonces grandes penalidades, pues el castillo estaba sitiado por un ejército, que se disponía a dar el salto.

Parsifal sintió deseos de auxiliarlos.

Acercóse al castillo y dando a conocer sus buenas intenciones, le indicaron un lugar por donde podría entrar y así lo hizo, siendo saludado efusivamente por los defensores de la fortaleza.

La señora del castillo era maravillosamente hermosa. Y la causa del asedio era que el rey Clamide quería casarse con ella a toda costa.

La hermosa castellana recibió a Parsifal y le otorgó todos los honores que estuvo en su mano concederle.

Ofreció a su huésped una comida bastante pobre, pues en el castillo estaban muy escasos de víveres a causa del sitio que sufrían. El joven le relató su historia y le prometió defenderla de las exigencias de su enemigo.

—Acepto vuestra ayuda, valeroso caballero, esperando que podréis sacarme del peligro en que me hallo. Mi padre ha muerto y mis parientes desconocen mi situación. Mañana volverá el rey Clamide a ofrecerme, por última vez, la alternativa de ser su esposa o de morir entre las ruinas de este castillo.

—Nada temáis, que yo perderé la vida por salvar la vuestra y os dejaré en libertad de otorgar vuestra mano a quien vuestro corazón elija.

La dama, cada vez más llena de esperanza, hizo conducir a su campeón a una hermosa sala, para que tomase algún descanso y Parsifal se acostó en el lecho que le habían destinado, sintiendo que la dueña del castillo había conquistado su voluntad.

Al día siguiente, por la mañana, Parsifal se armó cuidadosamente y salió a las murallas del castillo. Allí, en voz alta, retó a singular combate al más valiente de los enemigos. Avanzó un oficial del rey Clamide para aceptar el reto y, en vista de ello, Parsifal fué a trabar con él mortal pelea.

Los dos caballeros se pusieron frente a frente, empuñando sus lanzas y, a los pocos segundos, el oficial caía atravesado por el hierro de Parsifal.

Aquella victoria desanimó a los enemigos, y viéndolo Parsifal, retó a nuevo combate a cuantos quisieran pelear por la causa del rey Clamide; pero ninguno aceptó y así todos se alejaron dejando libre el castillo y tranquila a su dueña gentil.

Inútil es decir cuánta alegría sintieron todos al verse libres del peligro que los amenazaba y cuán celebrado fué el vencedor. La misma dama lo miraba con ojos húmedos de alegre llanto y entonces Parsifal, solicitó su mano.

La joven, en extremo ruborizada, pero también extraordinariamente dichosa, dió su consentimiento y entre la alegría general se hicieron los preparativos para la boda. Por fortuna aquel día llegaron dos buques cargados de provisiones a la cercana costa y así

pudo celebrarse la ceremonia nupcial y el banquete con la mayor abundancia y alegría.

Pasaron muchos días dichosos para el joven matrimonio. Pero Parsifal no podía olvidar a su madre y con el deseo de verla y de darle las nuevas de su felicidad, pidió un día a su esposa el permiso de alejarse para cumplir con sus deberes filiales. Ella sintió amargo disgusto, pero comprendiendo las razones que lo movían a ello, consintió en la separación, no sin haberle hecho prometer antes que sería lo más corta posible.

Inquieto por lo que pudiera suceder a su esposa, iba Parsifal montado en su caballo, sin fijarse en el camino que seguía. Al llegar la noche, se encontró a orillas de un lago y a poca distancia en el agua vió una barca de pescadores que se aprestaban a echar sus redes.

—¿Podrías indicarme un lugar para pasar la noche?—preguntó a uno de ellos.

—Detrás de esas rocas—dijo el interpelado señalando las que estaban junto al lago—hay un hermoso castillo en donde, seguramente, te darán alojamiento.

Parsifal dió las gracias y tomó el camino que acababan de indicarle y después de largo rato, llegó, efectivamente, a un castillo magnífico, cuyo puente estaba levantado.

Viendo en una de las ventanas a un muchacho que asomaba el rostro, le dijo:

—Unos pescadores del lago me han indicado que aquí me darían posada. ¿Sabes si hay inconveniente?

—Ninguno, si te lo dijeron los pescadores—contestó el muchacho.

Y acto seguido fué a disponer lo necesario para que se bajara el puente.

Entró Parsifal en el patio del castillo y observó por la hierba que crecía en él, que ningún caballero debía de atravesarlo a caballo. Y mientras estaba entretenido mirando las altas torres, dos hermosísimas doncellas lo llevaron a una grande y bella sala. Allí le ayudaron a quitarse la armadura y le entregaron un magnífico manto de seda árabe, y en cuanto él se hubo ceñido la espada al costado, lo hicieron pasar a otra sala.

Esta era inmensa y admirable. La iluminaban cien lámparas en forma de coronas suspendidas del techo y llenas de velas blancas que despedían viva luz. También en las paredes había candelabros que contribuían a la mejor iluminación del lugar. Junto a las paredes había cien lechos cubiertos de hermosísimos tapices y otros tantos caballeros estaban junto a ellos, guardando extraordinario silencio.

En un extremo de la sala estaba el señor del castillo, tendido en su lecho. Parecía estar triste y enfermo de muerte.

De pronto apareció un escudero por una de las puertas, llevando en la mano una lanza, cuyo hierro estaba teñido de sangre y con ella avanzó por la sala, tocando las paredes. Y al verlo, todos los caballeros se levantaron profiriendo lamentos desgarradores.

Luego se abrió una puerta de acero y entraron dos doncellas que llevaban adornadas con flores sus cabelleras. En las manos sostenían unas velas blancas encendidas en candelabros de oro. Las seguían dos más que llevaban una mesa preciosísima que fueron a poner ante el señor del castillo. Otras doncellas aparecieron luego por la misma puerta, llevando también candelabros y un servicio de mesa que dejaron en la del señor del castillo, y, finalmente, apareció la reina Alegría, que llevaba el Santo Grial (1). Y empezó la comida, siendo en ella maravilloso la falta de criados para servir las viandas. Cada uno de los caballeros expresaba su deseo de comer determinado manjar y en el acto el Santo Grial lo hacía aparecer sobre su mesa.

Parsifal estaba sorprendido y no comprendía el significado de lo que veía. Por otra parte no se atrevía a hacer pregunta ninguna, pues al parecer no se ocupaban de su presencia.

Por fin acabó la comida y un escudero presentó al señor del castillo una espada en cuya empuñadura centelleaba un espléndido rubí. El castellano la ofreció a Parsifal, diciéndole:

—Muchas veces la he usado en mis combates; pero por voluntad de Dios, es ahora demasiado pesada para mi mano. Esgrímela bien y en defensa de las causas justas.

Parsifal agradeció el regalo. Las doncellas empezaron a retirar el servicio que habían llevado y la Reina Alegría se llevó el Santo Grial. En cuanto a Parsifal, fué conducido a su habitación.

A la mañana siguiente, al despertar, hizo sus preparativos de marcha. Tomó sus dos espadas y en cuanto llegó al patio encontró su caballo que ya estaba dispuesto; pero nadie había para despedirlo y el silencio más profundo reinaba en el castillo.

Montó en el suyo y siguiendo las huellas de otros caballos, llegó a la puerta. Bajóse el puente, sin que él viése quién lo hacía bajar, y salió a campo llano. Se internó en un bosque y, poco después, llegó a su oído una voz femenina. Guiándose por ella advirtió a una joven que sostenía en sus brazos a un caballero muerto. Era su prima Sigune.

El joven le preguntó en qué podía ayudarla, pero ella no le contestó. Por el contrario, le interrogó para saber de dónde venía y al referírselo Parsifal, la dama contestó:

(1) SANTO GRIAL: Vaso sagrado que las leyendas del Norte suponen haber servido para instituir la comunión.

—El castillo en que has estado es el del Santo Grial y se halla en la montaña llamada Monsalvat. Pero si alguien busca ese monte y ese castillo, le es imposible encontrarlo. No se halla más que por voluntad divina. Y en cuanto el Rey enfermo, se llama Amfortas. Y dime—añadió la dama—¿no has preguntado al Rey qué tenía? ¿No lo has hecho?

—No, no lo hice—contestó Parsifal—¡estaba tan sorprendido!

—¡Desventurado!—exclamó Sigune.—Viste el Santo Grial, a las hermosas doncellas, la lanza, a la Reina Alegría, oíste el lamento de los caballeros y los gemidos del rey enfermo y ¿no preguntaste nada?

Y, sin querer oir una palabra más de Parsifal, le volvió la espalda.

Triste y pensativo, Parsifal emprendió el viaje, preguntándose cómo lograría encontrar de nuevo el castillo del Santo Grial, puesto que no llegaba a él quien quería, sino sólo aquel a quien Dios se lo permitía.

Una mañana atravesaba un espeso bosque, cuando vió una pequeña ermita. Se acercó a ella para preguntar su camino. Salió el ermitaño; creyó reconocerlo y, efectivamente, en cuanto oyó su voz comprendió que era su prima Sigune.

Parsifal le informó de sus aventuras y de su deseo de llegar nuevamente al castillo del Santo Grial, para lo que solicitó el consejo de Sigune.

—Lo mejor que puedes hacer—le contestó ésta—es seguir a la mensajera del Santo Grial.

—Pero he perdido su rastro—contestó el caballero.

—Yo te indicaré por dónde ha ido—replicó Sigune.

Parsifal dió las gracias a su prima y siguió el camino que ésta le indicó y que había de llevarlo junto a la mensajera que regresaba al castillo de Monsalvat.

Continuó adelante el caballero, y después de algunos horas encontró a un príncipe, a su esposa y a dos hijos de sus hijos. Se admiraron de ver a un caballero armado en un día como aquél, que era Viernes Santo, y habiendo entrado en conversación le indicaron la inconveniencia de su conducta.

—Conviene que te purifiques de semejante pecado—le dijo el príncipe—y para ello puedes visitar a un ermitaño que no está lejos de aquí.

Parsifal agradeció el consejo, y fué al encuentro del ermitaño que le habían indicado. Pronto llegó a la ermita y al entrar en ella vió a un anciano de majestuoso y santo aspecto que lo recibió con benevolencia.

Vengo a recibir tu absolución por el pecado que, sin saber, he

cometido, yendo armado en el día de hoy—dijo Parsifal al anciano —necesito, como pecador, la ayuda de Dios y temo su castigo. Deseo que conserve la vida de mi esposa y que me permita llegar nuevamente al castillo del Santo Grial, en donde tengo una santa misión que cumplir.

El ermitaño oyó contento estas humildes palabras e invitó a Parsifal a que entrase en la ermita.

—Ninguno que no sea fiel servidor de Dios podrá llegar dos veces al castillo del Santo Grial—dijo el anciano—y como dices tener una santa misión que cumplir allí y yo sé cuál es, escucha con atención lo que voy a decirte.

El Santo Grial es un cáliz de tan maravillosa virtud, que quien lo mira queda limpio de todo pecado. Fué bajado a la tierra por ángeles y cada año una paloma desciende del cielo a renovar el precioso dón que contiene, precisamente el día de hoy, Viernes Santo.

Se conserva en el castillo del Santo Grial en Monsalvat y a su servicio hay cien caballeros y cien doncellas puras como los ángeles. Estas son todas princesas y los caballeros son Templarios y servidores de las doncellas. La misión de estos caballeros es reparar las injusticias, defender a los ignorantes, vencer a los malvados y a estas empresas han consagrado todos sus vidas y todos están gobernados por un rey que recibe el nombre de Rey del Santo Grial.

El primero de estos reyes fué Titurel. El mandó construir el castillo que conoces. Cuando ya se sintió sin fuerzas, abdicó su reinado en su hijo Frimutel; pero éste se dejó seducir por el amor de una mujer y la corona pasó a su hijo mayor, llamado Amfortas. También éste se dejó gobernar por sus sentidos y por el amor, y en cierta ocasión, al trabar una lucha, fué tocado por una lanza emponzoñada que lo hirió de gravedad. La herida no ha sido curada todavía, ni lo será, hasta que alguien que llegue al castillo le pregunte por la causa de sus males. Entonces el rey Amfortas sanará de la herida y el que con su pregunta le haya devuelto la salud, será coronado Rey del Santo Grial.

Y ahora que ya te he contado esas cosas—añadió el ermitaño—dime quién eres tú.

—Mi padre—contestó Parsifal—fué Gamuret y mi madre se llama Erzeleid. Fuí educado por ésta en la ignorancia de la caballería; pero la sangre que llevo en las venas fué la causa de que la amase aun antes de conocerla. Mi primer adversario fué Ither, cuya armadura y cuyo caballo tengo........

—¡Cómo!—exclamó el ermitaño—¿Mataste a Ither? Pues sabe que diste la muerte a uno de tu sangre, ya que Ither era sobrino de tu padre. Y en cuanto a tu madre, veo que ignoras su fin. La pobre ha muerto.

—¿Mi madre ha muerto?—exclamó Parsifal—¡No es posible! ¿Cómo lo sabes?

—Soy el hermano de tu madre—contestó el ermitaño—y la hermosa reina Alegría es mi hermana. También es hermano mío el rey Amfortas.

Parsifal escuchó estas últimas palabras con alegría; pero no podía olvidar la pena que le había causado la noticia de la muerte de su madre.

Durante varios días permaneció Parsifal con su tío y al fin se marchó, despedido por las cariñosas palabras del ermitaño. Entonces el corazón del héroe iba reconfortado por la seguridad de que Dios había de ayudarlo en su empresa y partió gozoso y satisfecho hacia el castillo del Santo Grial.

Al ir atravesando un bosque, oyó ruido de pisadas de caballo y se detuvo para ver quién se acercaba. Era un caballero, armado de pies a cabeza, que se detuvo ante él.

—Fuerte pareces, caballero—le dijo—; pero como yo también tengo pretensiones de serlo, vamos a ver quién de los dos resulta vencedor en nuestro encuentro.

Parsifal aceptó el reto y los dos empezaron a luchar furiosamente. A medida que la lucha se prolongaba y los dos caballeros se reconocían de igual fuerza, más aumentaba la cólera que mutuamente sentían.

Los golpes que se asestaban hacían retemblar la tierra; pero ninguno de ellos obtenía una ventaja sobre su contrario, hasta que al fin, en vista de que ninguno de los dos resultaba vencedor, cesaron momentáneamente para recobrar las fuerzas.

—Debes de ser el diablo—exclamó el desconocido—y a fe de mi padre Gamuret, que nunca encontré caballero como tú tan valiente y poderoso.

—¿Gamuret, dices?—preguntó Parsifal.

—Sí, así se llamaba mi padre.

—Pues entonces eres, sin duda, mi hermano—contestó Parsifal —porque también mi padre se llamaba así.

Se reconocieron los dos hermanos y quitándose los cascos, se reconciliaron en el acto, decidiéndose a continuar su camino juntos, en dirección a la corte del rey Arturo.

Llegaron los dos hermanos a la corte y fueron espléndidamente recibidos. Parsifal dió cuenta de la batalla que acababan de sostener y de la imposibilidad en que se vieron de vencerse uno a otro, lo cual fué causa de admiración para todos.

Luego su hermano hizo un relato de su vida, de sus aventuras y refirió cómo, habiendo vencido a todos los caballeros de su tierra, había resuelto salir de ella para vencer a todos los cristianos que

se le pusieran por delante, hasta que se encontró a su hermano, a quien no había podido vencer.

Después de este relato se sentaron todos a la mesa y empezó la comida. Al terminarla apareció una mujer montada a caballo y envuelta en un manto negro. Espeso velo le tapaba el rostro; pero, al descubrirlo, apareció la mensajera del Santo Grial.

Se acercó a Parsifal y arrodillándose ante él, le dijo.

—¡Oh, tú, hijo de Gamuret! Perdóname las palabras ofensivas que otra vez te dirigí. Eres el más digno de los caballeros y el elegido para ser rey del Santo Grial. Ven conmigo al castillo de Monsalvat y allí serás coronado después de haber libertado al Rey Amfortas de sus sufrimientos. Tu esposa, con tus dos hijos, Lohengrin y Cardess, compartirán contigo tu reinado y en toda la tierra serás famoso por tu poder.

Parsifal y toda la corte oyeron con el mayor asombro estas palabras y en cuanto la mensajera del Grial hubo terminado, vieron que las lágrimas corrían por sus mejillas. Inmediatamente montó a caballo para regresar y Parsifal, acompañado de su hermano, la siguió hacia el castillo del Santo Grial.

Parsifal estaba alegre en extremo de que, por fin, se le presentara la ocasión de curar al pobre rey Amfortas. Deseaba ardientemente llegar a Monsalvat para llevar a cabo la obra de caridad, hasta que, por fin, en lontananza, apareció la montaña y el castillo maravilloso.

Llegaron a él y fueron introducidos en el acto a la hermosa sala en que la otra vez se celebró el banquete. Los caballeros estaban tristes y apesadumbrados y el desgraciado rey Amfortas sufría más que nunca de sus heridas.

En cuanto vió a Parsifal, la alegría se pintó en su semblante y dirigiéndose al héroe, le dijo:

—Hace mucho, muchísimo tiempo, que aguardo tu venida.

Entonces Parsifal, en extremo gozoso, le hizo la pregunta:

—¿Cuál es la causa de tu sufrimiento, tío?

La pregunta de la liberación estaba hecha e inmediatamente Amfortas se sintió sano, curado de sus heridas y su rostro brillaba de extraordinario contento. Dió la mano a Parsifal y mientras sus caballeros proferían gritos de alegría, se quitó la corona y la puso en manos de su sobrino.

EL BUQUE FANTASMA



EL BUQUE FANTASMA



ACE muchos años, que un marino noruego llamado Daland, navegaba una tarde con rumbo a su pueblo, después de un viaje afortunado.

Su corazón estaba henchido de alegría, pues iba a ver de nuevo a su hermosa hija Senta. Mientras paseaba por la estrecha cubierta de su nave de vela, pensó con alegría:

—Esta noche estaré ya en casa y podré abrazar de nuevo a mi hija.

En cuanto cerró la noche, el viento empezó a silbar y mugir por entre las velas blancas como la nieve; obscuras nubes se extendieron por el firmamento, ocultando las estrellas, y, muy pronto, se oyó el ruido de espesa lluvia, al caer sobre cubierta.

—Es solamente una ráfaga de mal tiempo—dijo el capitán a la tripulación—, y se irá con la misma facilidad con que ha venido.

Pero, a media noche, los silbidos del viento aumentaron. Los mástiles se encorvaban a impulsos del huracán, y enormes olas alzaban sus crestas amenazadoras, animadas por la furia del viento.

Pronto comprendió Daland que no se trataba de ráfaga fugaz, sino de tempestad verdadera, en que habría sido peligroso, si no imposible, continuar la navegación hacia la costa erizada de rocas. Detrás se hallaba la arenosa bahía en la que esperó poder fondear aquella misma noche. Con pena, por el retraso, dió las órdenes oportunas para que recogieran velas. Luego cambió el rumbo del barco y marchó en busca de abrigo a una gran caverna rocosa. Allí podría aguardar el buen tiempo.

—No recuerdo haber visto nunca tempestad tan súbita y terrible—dijo a los marineros.—El cielo ayude a los que esta noche se hallen en alta mar.

Apenas había dicho estas palabras, cuando cayó un rayo inmediatamente seguido de un trueno horroroso. El mar se iluminó un instante, y el timonel gritó:

—¡Barco a la vista!

Daland corrió a cerciorarse de la nueva y pudo ver las luces de otra nave que entraba en la cueva. Oyó claramente las voces de mando de su capitán y muy pronto el barco recién venido estuvo anclado *cabe* (1) el noruego.

La extraña embarcación parecía muy combatida por la tempestad. Tenía las velas de color rojo de sangre y la tripulación, en aquel momento, las arriaba silenciosamente.

No se oía a bordo sonido de voces. Nada indicaba en sus tripulantes la alegría de haberse librado de los horrores de la tormenta. El navío estaba fondeado, y, a su bordo, reinaba silencio absoluto. Los marineros noruegos que se habían apresurado a dirigir al recién llegado palabras amistosas de bienvenida, se cansaron por fin al ver que no se contestaba a ellas.

Pero entonces el capitán saludó a Daland y le invitó a pasar a su bordo. Daland aceptó y en el camarote del extranjero permaneció parte de la noche.

—He viajado mucho, he ido errante por mares lejanos y desconocidos—dijo a Daland.—Poseo gran riqueza de oro, plata y piedras preciosas, guardado todo en cofres muy bien ocultos entre los tabiques de estos camarotes; pero toda mi ambición es el descanso y llegar a mi patria. ¡Con cuánto gusto daría yo la mitad de mis tesoros por hallar una mujer que me amara verdaderamente y quisiera ser mi mujer! Quiero buscarla en Noruega porque, según tengo entendido, las mujeres de esta nación son hermosas y amantes. ¿Qué consejo me das, tú que conoces el país, buen Daland?

(1) Cabe: Cerca, junto de.

Este se sentía atraído por los nobles modales del extranjero, que era hombre de facciones muy correctas y bellas; mas de tan pálido semblante que parecía de marfil. Sin embargo, lo que sobre todo fascinaba a Daland, eran los ojos de aquel hombre, negros y los más tristes que había visto en su vida.

Los del capitán noruego brillaron con alegría al oir que su interlocutor poseía tantas riquezas, e involuntariamente pensó en su hija Senta.

—No debo, noble extranjero, decir si nuestras muchachas son como lo crees; pero tengo una hija en mi casa y, si quieres acompañarme, por ti mismo podrás juzgar de su belleza.

El extranjero aceptó en seguida su proposición y se despidieron. Pero Daland no pudo dormir pensando en las riquezas que en breve le pertenecerían. Muchas veces había deseado hallar un marido noble y rico para su hija y a la sazón estaba loco de alegría, pensando que nunca una tempestad había proporcionado tan buena fortuna a capitán alguno.

A la dorada luz del alba los dos barcos levaron anclas y dejaron el abrigo que la caverna les proporcionara, tomando el rumbo del pueblo de Daland.

En lo alto de uno de los dos acantilados, que como guardianes se elevaban a cada lado de la bahía, se hallaba la casa de Daland. Pequeña, blanca y bien abrigada de los vientos por los pinos que crecían entre las rocas.

La madre de Senta había muerto cuando ésta era pequeñita, y el marino, cuando miraba a su hija, le parecía ver de nuevo a la hermosa mujer que había amado tanto y que perdiera dieciocho años antes.

Durante sus largas ausencias por el mar, María, la vieja nodriza de la madre de Senta, vivía acompañando a ésta y cuidando la casa. En las interminables veladas de invierno, las muchachas del pueblo se reunían en la cocina, al lado del hogar en que ardían troncos de pino y, mientras giraban las ruedas de sus ruecas, María les relataba algún cuento de Hadas, brujas y caballeros errantes, cuyos hechos eran la delicia de todas aquellas jóvenes.

—La niña es muy aficionada a estas canciones antiguas—dijo un día a Daland en son de queja—y su rueca se mueve perezosa mientras ella canta. Este no es modo de emplear bien el tiempo.

Pero el padre oía siempre estas quejas sonriendo.

—Dejadla hacer, dejadla hacer, María—contestaba.—Senta es aún niña. Ya vendrá tiempo de hilar en cuanto le haya pasado esta afición por los cuentos y las baladas.

Y, realmente, muy pocos hubieran tenido el valor de reprender a la joven. Excepto cuando cantaba, su voz se oía muy poco y su

graciosa figura se movía silenciosamente por la casa y el jardín Pero la afición favorita de Senta era permanecer en el borde de. acantilado y contemplar cómo el mar se agitaba a sus pies.

Allí iba para ver si llegaba el barco de su padre, decía a María, porque Senta imaginaba que la anciana nodriza no la hubiera entendido, si le explicaba la fascinación que sentía contemplando el mar y mirando el juego de la luz sobre las aguas.

Y en cuanto la tormenta se desencadenaba y los vientos rugían levantando montañas de agua que iban a estrellarse furiosas contra el acantilado, haciendo retemblar la enorme roca y la casita de Senta, entonces el tumulto del viento y del mar parecían entrar en las venas de la joven. Iba de una parte a otra de la casa, inquieta, sintiendo deseos de ser gaviota para flotar en la ira del huracán.

En la pared de la cocina estaba colgado un retrato que desentonaba un poco de los sencillos adornos de la casa. Nadie sabía su origen; pero María, que por su edad conocía un poco más la historia de la familia, afirmaba que lo trajo un abuelo de Daland, también marino, quizá procedente de algún naufragio.

—Y es un hombre que está triste y tiene cara de malo—añadía. Estoy segura de que tuvo algo que ver con el diablo.

Y después de estas palabras, María no dejaba de hacer la señal de la cruz y murmurar corta plegaria, rogando al cielo que la guardara de semejante pecado.

Pero Senta, por el contrario, estimaba el retrato, y sentía en su corazón inmensa piedad por un dolor que parecía tan profundo.

Muchas veces, cuando María estaba ocupada, Senta iba a contemplar el retrato, con la imaginación llena de ensueños, tratando de adivinar cuál podría ser aquel pesar tan hondo que ensombrecía el rostro del retrato.

Una noche de invierno, cuando la tormenta se desencadenaba más furiosa que de costumbre y la casa se estremecía al choque de las aguas contra la roca, María relató a Senta la historia de un hombre, cuya cara, según pensó la niña, pudiera haber sido como la del retrato colgado en la pared.

Era una historia del mar, de una noche de tempestad furiosa, mucho tiempo atrás, en que un barco luchaba por doblar el cabo de Buena Esperanza, aquel Cabo de tempestades tan temido por todos los que navegan. Una y otra vez el viento y el mar obligaban a la nave a retroceder, y una vez y otra la cólera del capitán aumentaba, y redoblaba sus esfuerzos para salvar el obstáculo. Toda la noche estuvo luchando y cuando al apuntar el día un marinero fatigado se atrevió a preguntar al capitán:

—¿No retrocedemos para ir a buscar abrigo en la bahía?— el

capitán, con los ojos centelleantes de ira, irritada la voz, gritó, después de proferir un terrible juramento:

—Doblaré el Cabo de Buena Esperanza esta noche aun cuando luego deba navegar eternamente.

Y su deseo fué oído. Una voz burlona le dijo al oído:

—En invierno y en verano, en las tempestades y en buen tiempo, de noche y de día, deberás navegar, siempre deseando el descanso, aunque sea el descanso de la muerte; pero siempre obligado a seguir adelante. Sólo tendrás una esperanza: cada siete años, al pasar cerca de tierra, si hallas una joven que te ame hasta la muerte y quiera unir su destino al tuyo, entonces serás redimido.

Habían transcurrido muchas veces los siete años, y el día de tregua, con el corazón lleno de esperanza, el capitán deseaba hallar a la joven que debía libertarle de su destino; pero su anhelo quedó siempre defraudado.

El "Holandés Errante," como le llamaban, era muy temido por los marinos, porque la mala suerte y las tempestades venían siempre después de haberlo hallado en alta mar.

A Senta le gustaba más esta historia que ninguna otra, y, en lo profundo de su corazón, habría deseado ser ella la mujer que con su amor pudiera redimir al marino errante.

Pero además de la anciana María, otra persona gustaba poco de las aficiones de Senta a las quimeras. Erick, joven cazador, amaba a la muchacha desde la época de la infancia, en que jugaban juntos. Era pobre y sabía que como Daland tenía otros proyectos respecto a su hija, no consentiría jamás en que se uniera a un pobre cazador. Senta, por su parte, quería al hermoso y valiente joven, y tres días antes, Erick obtuvo de ella la promesa de que ninguna otra persona en el mundo merecería su amor. Lleno, pues, de esperanzas, aguardaba impaciente la llegada de Daland para pedirle la mano de su hija.

Grande fué la alegría que produjo la noticia de que el barco de Daland, acompañado de otro, entraba en la bahía. Las muchachas del pueblo corrieron a la playa a dar la bienvenida a los viajeros, mientras Senta y María preparaban abundante comida en la cocina.

—Hija mía, te traigo a un amigo a quien espero acogerás favorablemente—dijo Daland después de haber estrechado a la joven entre sus brazos.

Y cuando Senta levantó la cabeza abrazada aún a su padre, el color desapareció rápidamente de sus mejillas, sintiendo su corazón invadido por la sorpresa y el temor, porque ante ella se hallaba la imagen viviente del retrato colgado de la pared. Aquel hombre, con el más triste de los semblantes, estaba a su lado y en voz queda, como fatigada, suplicaba se le concediera hospitalidad.

—Me produce la impresión de que lo conozco desde que nací—dijo Senta a Daland, dando su mano al extranjero que la miraba extasiado.

La comida fué alegre en extremo. Daland estaba muy regocijado por hallarse de nuevo en su casa, y con gran placer se percató del buen recibimiento que Senta dispensó al extranjero.

—Dejaré que él mismo relate su historia—se dijo—. Con una joven como Senta, el buen aspecto de mi nuevo amigo causará más impresión que mencionar sus riquezas.

Y sus ojos brillaban de júbilo cuando pensaba en la buena fortuna que había tocado en suerte a su hija.

—Conozco esta nave—dijo un anciano marinero que había venido de tierra a recibir a su nieto—; es la del "Holandés Errante" y tanto su capitán como su tripulación se hallan bajo el poder de Satanás. Dios quiera que tesoros de tan mala procedencia no tienten a Daland y dé su hija a este maldito.

Y los marineros se estremecieron de terror al oir tal cosa.

Erick, el cazador, que durante todo el día había estado en la montaña, llegó al buque a tiempo para oir lo que dijo el viejo marinero. Desconsolado fué a tierra en busca de Daland, para avisarle de la verdadera condición de su huésped.

En los acantilados divisó a Senta mirando hacia el mar con ojos soñadores.

—¿Es verdad, Senta—preguntó—que te has prometido con el capitán extranjero?

—Sí, Erick—repuso la joven—. Toda mi vida lo he estado aguardando y ahora mi corazón me ordena que lo siga por todo el mundo.

—¿Y no recuerdas la promesa que me hiciste?—exclamó irritado Erick.—¿No sabes que este hombre está maldito y que el mar y la tierra le niegan un asilo por haber hecho pacto con el diablo? ¡Tu amor es mío! Sólo han pasado tres días desde que me dijiste que a nadie concederías tu amor, y ahora reclamo tu promesa.

Erick cogió las manos de Senta para atraerla hacia sí. Al hacerlo, una sombra se adelantó desde un rincón de la roca y se oyó una voz llena de tristeza exclamar:

—¡Tú también eres falsa; estoy perdido sin remedio!

Era la voz del capitán extranjero, que echó a correr hacia la playa gritando:

—¡Al mar! ¡Al mar! ¡A navegar de nuevo!

Y mientras subía a bordo, las velas rojas fueron izadas por la fantástica tripulación, y el barco empezó a navegar.

Senta permaneció inmóvil durante un minuto, aterrada por las tristes palabras de su prometido; pero pasado su estupor gritó:

—¡No te vayas! ¡Soy tuya tan sólo, y te seré fiel hasta la muerte!

Pero el capitán no oía nada. Las rojas velas de la nave se habían hinchado y a impulsos de la brisa y sobre las aguas, empezaba a dibujarse la estela de su marcha.

Senta dirigió una mirada de despedida a la blanca casita, al jardín en que durante toda su vida había morado y al valiente cazador que aún permanecía a su lado. Luego echó a correr por las rocas hasta llegar al sitio en que terminaban formando precipicio y gritando:

—¡Ya vengo!—se arrojó a las aguas.

Al caer, un rayo de luz salió de las nubes que cubrían el cielo del crepúsculo, y los que miraban aquella escena, vieron desaparecer el buque fantasma, mientras las imágenes de Senta y el "Holandés Errante," con las manos entrelazadas, ascendían por un rayo de sol, hacia las glorias celestiales.



HERMANN Y DOROTEA

GOETHE



HERMANN Y DOROTEA

(Toda la ciudad salió ese día a la carretera para ver una caravana de proscritos. El mesonero de *El León de Oro* no podía presenciar el infortunio de esa gente que abandonaba las fértiles praderas de allende el Rhin, devastadas por la guerra; pero su mujer escogió algunas piezas de ropa usada, provisiones y bebidas, y mandaron a su hijo Hermann que las repartiese entre los proscritos. Mientras tanto, ella y su esposo esperaban el regreso de sus vecinos—el Pastor y el boticario—para oírles comentar tan desgraciado suceso).

HERMANN

Al penetrar en la sala el gallardo mancebo, dirigióle el pastor una escrutadora y penetrante mirada, observando su porte y su semblante, como quien lee fácilmente en una fisonomía.

—Volvéis muy cambiado—díjole luego amistosamente y sonriéndole—. Nunca os ví la cara tan alegre, ni tan viva la mirada. Volvéis contento y sereno; se conoce que habéis distribuído vuestros dones a los pobres y recibido sus bendiciones.

—Ignoro si he hecho una acción digna de alabanza, contestó el joven con calma y seriedad; pero mi corazón me ha obligado a hacerla tal como voy a contaros. Mucho habéis buscado, madre, para encontrar y escoger la ropa usada; tarde estuvo listo el paquete, y el vino y la cerveza fueron, también, lenta y cuidadosamente embalados. Cuando, por fin, salí de la ciudad y gané la carretera,

encontré la muchedumbre de conciudadanos, mujeres y niños, que volvían, pues el cortejo de los desterrados estaba ya lejos. Aceleré el paso a mis caballos y corrí al pueblo, donde oí decir que debían hacer alto y pasar la noche. Como en todo el trayecto, continué caminando por la carretera, cuando descubrí, a mi frente, un carro de sólida construcción, arrastrado por los dos más hermosos y fuertes bueyes que he visto de procedencia extranjera. Al lado del carro marchaba con paso firme una joven dirigiendo con una larga varita el poderoso tiro, acelerándolo, parándolo, conduciéndolo en fin con rara habilidad. Luego que me vió, acercóse tranquilamente a mis caballos y me dijo:

—No siempre hemos vivido en la miseria en que nos véis hoy por este camino, ni estoy acostumbrada todavía a implorar la limosna al extraño, que muchas veces la da de mala gana y para desembarazarse del pobre; pero la necesidad es la que me obliga a hablar. Aquí, echada en la paja, la esposa del rico hacendado acaba de dar a luz; la he salvado con grandes cuidados. Llegamos más tarde que los otros y temo que no podrá sobrevivir a su infortunio. El recién nacido está desnudo en sus brazos, y los nuestros poco podrían hacer para socorrernos aunque los encontrásemos en el pueblo cercano, donde hoy pensamos descansar; me temo no obstante que ya habrán partido. Si sois de estas cercanías y tenéis algo de ropa de que podáis prescindir, dadlo en caridad a estos pobres.

Así dijo. La pobre mujer, horriblemente pálida, incorporada con gran esfuerzo en la paja, me miraba con fijeza.

—Verdaderamente, contesté, un espíritu divino habla frecuentemente a las buenas almas para hacerles sentir la desgracia que amenaza a sus pobres hermanos. Así le ha sucedido a mi madre, quien presintiendo vuestro dolor, me ha entregado un paquete para ofrecerlo a la desnuda indigencia.

Diciendo estas palabras, deslié los nudos del cordón y entregué a la muchacha la bata de mi padre; le dí también las camisas y las sábanas. Dióme las gracias con grandes transportes de alegría y exclamó:

—Los dichosos no creen que sucedan todavía milagros y, sin embargo, en el infortunio se conoce la mano de Dios que conduce a los buenos hacia las bellas acciones. ¡Dios quiera devolveros el mismo bien, que El nos hace por vos!

Mientras, veía yo a la enferma, palpando con alegría las diversas ropas, sobre todo la suave franela de la bata.

—Apresurémonos, le dijo la muchacha, a llegar al pueblo donde nuestra gente ya descansa y pasará la noche. Allí prepararé en seguida los pañales del niño.

Me saludó una vez más, me dió las más expresivas gracias,

luego aguijoneó los bueyes y el carro siguió su camino. Me paré, reteniendo mis caballos, pues dudaba entre dos ideas. ¿Debía seguir rápidamente hacia el pueblo y repartir las provisiones a los demás desterrados o entregárselo todo a la muchacha para que con mayor prudencia ella los distribuyera? Me decidí de pronto, la seguí y, alcanzándola, me apresuré a decirle:

—Buena muchacha. Mi madre no ha puesto solamente en mi carruaje ropa para vestir a los necesitados; ha puesto también provisiones y bebidas, de las que tengo en abundancia en los cajones del coche. Pero ahora quisiera poner todos estos dones en tus manos. De esta manera cumpliría mucho mejor mi encargo, por que tú repartirás con inteligencia y yo me vería obligado a hacerlo al azar.

—Distribuiré vuestros dones con entera fidelidad. ¡Cuántos pobres regocijaréis con ellos!—me contestó.

Abrí en seguida los cajones del coche, saqué los pesados jamones, los panes, las botellas de vino y de cerveza, y se lo dí todo; más hubiera querido darle, pero ya los cajones quedaban vacíos. Púsolo todo en su carruaje, a los pies de la pobre mujer, y prosiguió su camino. Yo tomé con mis caballos el camino de la ciudad.

En cuanto concluyó Hermann su relación, el hablador boticario tomó en seguida la palabra y exclamó:

—¡Cuán dichoso es, en estos días de destierro y de dolor, el que vive solo en su casa y no ve a su mujer y a sus hijos apretarse, con angustia, a su alrededor! Me siento feliz ahora. No quisiera, ni con mucho, ser hoy padre de familia y tener que temer por mi mujer y mis hijos. A menudo he pensado en la huída y he recogido mis mejores efectos; la plata antigua y las cadenas de mi difunta madre, que aún conservo. A pesar de todo, sería preciso abandonar muchas cosas difíciles de reemplazar. Echaría mucho en falta mis plantas y raíces medicinales, recogidas con grandes cuidados, aunque su valor sea poco; pero, dejando en casa a mi dependiente, marcharía sin ningún temor. Si salvo mi dinero y mi persona ya está todo salvado. Un hombre solo se escapa como un pájaro.

—No soy de vuestro parecer, vecino—replicó el joven Hermann con energía—, y no puedo aprobar vuestras palabras. ¿Es hombre digno el que en la desgracia y en la fortuna no piensa más que en sí, que no comparte con nadie sus alegrías ni sus penas y cuyo corazón no le impulsa a ello? Hoy más que nunca me decidiría a casarme, pues muchas jóvenes tienen necesidad de un hombre que las proteja, y los hombres de una mujer que los consuele, cuando les amenaza algún peligro.

—Me gusta oírte hablar así—, dijo el padre sonriendo a su hijo. —Pocas veces has pronunciado palabras tan acertadas.

—Hijo mío—se apresuró a interrumpir la buena madre—, tus

padres te han dado el ejemplo. No fué en días de fiesta en que nos prometimos; muy al contrario, la hora más triste nos unió. Un día antes había estallado aquel formidable incendio que redujo a ceniza nuestra pequeña ciudad........hace de esto veinte años.

—La idea de nuestro hijo es digna de alabanza—contestó vivamente el padre—, es muy cierta también, querida esposa, la historia que contaste; así, exactamente, fué como sucedieron las cosas. Pero siempre lo mejor es preferible. No le ocurre a todo el mundo el empezar la vida y la fortuna desde el primer momento; tampoco todo el mundo está obligado a angustiarse tanto como nosotros. ¡Oh! ¡Qué feliz es el que recibe de sus padres una casa ya bien provista y que él no tiene más que enriquecer! Todo principio es escabroso y más que ninguno el de una familia. Son muchas las necesidades y todo encarece más cada día. Debe, pues, el hombre ponerse en condiciones de ganar más dinero. Por tanto espero de ti, querido Hermann, que traerás pronto a casa una muchacha hermosa y bien dotada, pues un bravo mozo merece una joven rica. ¡Es tan agradable ver llegar, junto con la mujercita deseada, cofres y canastas de útiles regalos! No en vano, durante muchos años, la madre prepara en abundancia para su hija el fino y sólido lienzo; no en vano los padrinos le regalan objetos de plata y el padre pone aparte en su alcancía la escasa moneda de oro, pues su hija debe agradar, algún día, con sus bienes y regalos, al muchacho que la ha escogido entre todas. Sí, yo sé cuán dichosa se encuentra en su casa la mujercita, cuando mira sus propios muebles en la cocina y en las habitaciones; y cuando ella misma ha proporcionado la ropa de mesa y cama. No quisiera ver en casa más que una esposa con un buen dote; la mujer pobre acaba por ser odiosa a su marido; se mira como a una criada que ha entrado con un pequeño lío. Los hombres nunca son justos; el tiempo y el amor pasan. Sí, Hermann mío, tú alegrarías mucho mi vejez si trajeras pronto a casa una nuerecita del vecindario, de aquella casa verde. El padre es rico, su comercio y sus fábricas prosperan de día en día. (¡En qué no gana el comerciante!) No tiene más que tres hijas y serán las únicas que se repartirán sus bienes. La mayor sé ya que está prometida; pero la segunda y la pequeña están libres, aunque quizás no lo estén por mucho tiempo. Si yo hubiese estado como tú, no hubiera vacilado; hubiera ido a buscar una de estas muchachas, como me llevé a tu madre.

—En verdad—contestó el hijo modestamente a las instancias de su padre—mi deseo era, como el vuestro, escoger por esposa a una de las hijas de nuestro vecino. Nos hemos criado juntos, hemos jugado muchas veces en la fuente de la plaza y a menudo las he defendido de las travesuras de los chiquillos. Hace de esto ya mucho

tiempo. Las muchachas ya mayores quedábanse juiciosamente en sus casas y rehuían nuestros revoltosos juegos. Han recibido buena educación; por complaceros he ido algunas veces a visitarlas como antiguas amigas, pero nunca me ha gustado su compañía; siempre tenía que sufrir sus burlas. Mi chaquetón era excesivamente largo, la ropa muy ordinaria y el color muy vulgar; mis cabellos estaban mal cortados y peor rizados. Por fin, quise hacer como esos dependientes que iban a su casa los domingos y que en verano se pavonean con sus trajes de seda, pero reparé que se burlaban siempre de mí y me sentí molesto; mi dignidad quedó ofendida. Sin embargo, lo que me mortificaba más todavía era no ver reconocida la buena voluntad que les tenía; sobre todo a Minette, la más joven. Fuí a visitarlas, la última vez, por Pascua; me había puesto el traje nuevo, que ahora tengo colgado en el armario, e iba peinado y rizado como los demás. Cuando entré, se echaron a reir; pero no creí que fuera yo la causa. Minette estaba tocando el clavicordio. Su padre, satisfecho y de buen humor, se complacía oyendo cantar a su hija. Las canciones tenían muchas palabras que yo no entendía; pero oí repetir a menudo *Pamina* y otras veces *Tamino.* No quise, sin embargo, quedarme mudo. En cuanto concluyó, pregunté qué significaban aquellas palabras y quiénes eran aquellos personajes. Todo el mundo se callaba y sonreía hasta que al fin me dijo el padre: ¿Verdad, amigo mío, que no conoces más que a Adán y Eva? Entonces nadie se aguantó más; las muchachas se echaron a reír, los muchachos igualmente y el padre tenía que sostenerse el vientre con ambas manos. En mi confusión se me cayó el sombrero y las risas continuaron a pesar de sus juegos y sus cantos. Me apresuré a volver a casa, vergonzoso y disgustado; coloqué el traje en el armario, alisé mis cabellos con los dedos y juré no volver más a esa casa. Hice bien, pues son vanidosas e insensibles y he oído decir que en su casa no me llaman más que Tamino.

—Hermann—contestó la madre—, no debieras estar tanto tiempo enfadado con estas muchachas, pues todas son muy niñas todavía. La verdad es que Minette es buena y siempre te ha tenido afecto. El otro día me preguntó por ti. Debieras fijar en ella tu elección.

—No sé, replicó el hijo titubeando; esta pena me dejó una impresión tan profunda que, verdaderamente, no podría volverla a ver en el clavicordio, ni escuchar sus canciones.

—Oyendo esto, dijo el padre violentamente, me complaces muy poco. Te he dicho varias veces, al ver que no te gustaban más que los caballos y el trabajo: Haces lo que puede hacer el criado de un hombre rico; y en tanto me veo abandonado de un hijo que podría honrarme a los ojos de mis conciudadanos. Tu madre me

engañaba, con vanas esperanzas, cuando no podías llegar a aprender en la escuela, a leer y a escribir como los demás niños, ocupando siempre el último sitio. Esto es lo que sucede cuando un muchacho no desea instruirse y el sentimiento del honor no domina en su corazón. Si mi padre hubiera hecho por mí lo que yo contigo, si se me hubiera mandado a la escuela y dado maestros, hoy sería otra cosa que mesonero del León de Oro. Entre tanto, el hijo se había levantado y se acercaba en silencio a la puerta. Gritóle entonces el padre irritado:

—Vete, vete, conozco tu carácter. Vete, continúa trabajando para la casa para que no tenga que regañarte; pero no pienses traerme por nuera una campesina o una palurda. He vivido mucho y sé tratar a las gentes; sé recibir a los caballeros y señoras para que se vayan satisfechos de mi casa, sé hacerme agradable a los extranjeros; pero quiero que mi nuera me guarde todas las atenciones y que aminore mis grandes fatigas, quiero que me complazca tocando el clavicordio, y quiero, por fin, que el gran mundo y la buena sociedad se reúnan gustosos en mi casa, como hacen los domingos en la de mi vecino.

Entonces Hermann, levantando suavemente el pestillo, salió de la sala.

(Mientras los señores discutían, la madre fué en busca de Hermann. Lo encontró lleno de inquietudes, recostado a la sombra de un gran peral. Quería ir a la guerra, salir de su casa monótona; pero la madre, ganando cariñosamente la confianza del hijo, supo la causa verdadera de tan extraños sentimientos: Hermann amaba a la proscrita que le pidió socorro.

Refunfuñando, el padre permitió a Hermann que saliese a buscarla; pero el Pastor y el boticario deberían inquirir primero su procedencia, calidad y virtudes. Así, los tres se trasladaron al pueblecillo donde iban a pasar la noche los de la caravana; sólo que Hermann prefirió esperar a sus amigos en la carretera. Regresaron ellos sumamente complacidos de las alabanzas que el anciano juez, las mujeres, los niños, todo el cortejo en fin, prodigaron a la bella proscrita. Sin embargo, Hermann parecía triste: ¿Cómo podría una mujer buena y hermosa, en la flor de la edad, no haber dado ya su corazón a un hombre digno? Hermann suplicó a sus vecinos que regresasen a la ciudad en el coche. El volvería, más tarde, a través del campo).

DOROTEA

Como el caminante, que antes de la puesta del sol dirige sus miradas, una vez más, al astro pronto a desaparecer, y ve flotar luego su imagen en el bosque sombrío, sobre las crestas de las rocas; como donde quiera que mire, acude el sol y brilla y fluctúa con magníficos colores, así la imagen de la bella extranjera se deslizaba suavemente delante de Hermann y parecía seguir el camino de entre los trigos. Despertóse, sin embargo, de este sorprendente sueño y se dirigía lentamente hacia el pueblo, cuando se sorprendió nuevamente, pues avanzaba, otra vez, a su encuentro, la noble figura de la admirable doncella. Observó atentamente; no eran apariencias. Era ella misma que llevaba en las manos dos jarras de asa, una mayor que otra, y andaba con presteza hacia la fuente. Hermann se adelantó, gozoso, a su encuentro; su vista le infundió fuerza y valor, y habló en estos términos:

—Te encuentro otra vez, virtuosa joven, ocupada en llevar socorro al prójimo y complaciéndote en aliviar a tus hermanos. Díme, ¿por qué vienes sola a esta fuente lejana, teniendo otras cerca del lugar? Sin duda ésta tiene una virtud particular y gusto agradable, y me figuro que se la llevas a aquella enferma que salvaste con tus asiduos cuidados.

—Mi excursión a la fuente —dijo la joven, después de saludarle graciosamente—, queda ya compensada, pues que me encuentro al hombre caritativo que tantas cosas nos dió. La presencia del donante es tan agradable como los dones. Pues bien, venid y ved por vuestros propios ojos quiénes han sido los que se han aprovechado de vuestra liberalidad, y recibid las gracias de los desgraciados que aliviásteis. Pero, para enteraros antes del por qué he venido a esta fuente que sin cesar mana tan pura, os diré que, con imprevisión, los hombres han enturbiado toda el agua del pueblo, haciendo patear a sus caballos y bueyes, al atravesar el manantial que surte a sus habitantes. Lavando su ropa han ensuciado todas las pilas y fuentes del lugar, pues cada cual sólo piensa más en proveerse de lo necesario prontamente, sin acordarse del que viene detrás.

Hablando así, habían llegado al pie de los anchos escalones y se sentaron en la pequeña pared que rodea el manantial.

Inclinóse sobre el agua para tomarla, y él, cogiendo la otra jarra, hizo lo propio. Entonces vieron sus imágenes, reflejadas, balancear-

se en el azul del cielo, hacerse señas y saludarse amistosamente en el espejo.

—Déjame beber, dijo alegremente el muchacho.

Presentóle ella la jarra y descansaron luego los dos familiarmente apoyados sobre las cántaras.

—Díme, dijo por fin ella a su amigo: ¿Por qué te encuentro aquí, sin carruaje ni caballos y lejos del sitio donde antes te vi? ¿Cómo has venido?

Pensativo, Hermann permanecía con los ojos fijos en el suelo. Levantólos luego tranquilamente, mirándola y fijándolos en los de ella, y sintióse tranquilo y confiado. Sin embargo, le era imposible hablar de amor a la extranjera. Los ojos de la muchacha no expresaban amor, sino una gran prudencia que obligaba a hablar con sentimiento. Se sobrepuso por fin, y díjole cordialmente:

—Déjame hablar, hija mía, y contestar a tus preguntas. Por ti he venido. ¿A qué esconderlo? Vivo feliz al lado de mis padres, a quienes ayudo, fielmente, a gobernar nuestra casa y nuestros bienes. Soy hijo único y nuestros trabajos numerosos. Yo cultivo la tierra, mi padre gobierna con asiduidad la casa, y mi laboriosa madre cuida de conservar el orden doméstico. Sin duda, habrás observado que los criados, molestando a su ama con su infidelidad, la obligan a cambiar y a trocar defecto por defecto. Así, pues, mi madre deseaba desde hace tiempo, para su casa, una muchacha que le ayudase no solamente con sus brazos, sino con el corazón, y reemplazase a la hija que tuvo la desgracia de perder, siendo muy joven. Cuando te vi en el carro demostrar tanta destreza, cuando he visto la fuerza de tu brazo y tu perfecta salud, cuando oí tus atinadas palabras, corrí a casa, muy sorprendido, para hacer a mis padres y amigos el elogio que merece la extranjera. Ahora vengo a exponerte su deseo y el mío.... Perdona mi turbación....

—Acabad sin temor, contestó ella. No me ofendéis: os he escuchado con agradecimiento. Hablad sin rodeos; la palabra no me asusta. Deseáis tomarme como sirvienta de vuestros padres, para cuidar de vuestra casa, bien sostenida hasta ahora, y creéis encontrar en mí una muchacha diligente, habituada al trabajo y de carácter bondadoso. Vuestra proposición ha sido buena, fuerza es que mi respuesta lo sea también. Iré con vos, obedeciendo al destino que me llama. Mi deber queda cumplido. He conducido a la enferma cerca de los suyos que, contentos de su salvación, se hallan ya reunidos. Todos están persuadidos de que pronto volverán a su patria. El desterrado acostumbra a hacerse siempre estas ilusiones; pero yo no me engaño con esa frívola esperanza, en días tan tristes, que prometen ser muchos más aún. Pues los lazos del mundo están ya rotos ¿quién podrá apretarlos, sino las últimas desgracias que nos

amenazan? Si puedo ganarme la vida como sirvienta en casa de un hombre respetable, bajo la vigilancia de una buena ama, lo haré gustosa; una muchacha errante goza siempre de dudosa reputación. Os seguiré, pues, en cuanto haya devuelto las jarras a mis amigos y recibido las bendiciones de aquellas buenas gentes.

Hermann escuchó con alegría la resolución de la joven y se preguntó si no debía, ahora, revelarle la verdad; pero le pareció mejor dejarla en el engaño, conducirla a su casa, y únicamente allí buscar su amor. ¡Ah! ¡Veía un aro de oro en el dedo de la extranjera!. . . . No quiso, pues, interrumpirla y siguió escuchando con atento oído.

—Volvámonos, continuó. Se critica siempre a las muchachas que están mucho rato en la fuente. ¡Y, sin embargo, es tan agradable charlar cerca del bullicioso manantial!

Se levantaron y miráronse los dos, una vez más, en la fuente, y un dulce pesar se apoderó de ellos.

Entonces ella, sin decir nada, tomó las dos jarras por el asa y subió los escalones, mientras Hermann, siguiéndola, le pidió una de las jarras para aligerar su peso.

—Dejad, dijo ella, la carga igualada es más fácil de llevar. Y el dueño que más tarde ha de mandarme no debe servirme. No me miréis tan seriamente y como si mi suerte fuese digna de compasión. La mujer, desde muy pronto, debe acostumbrarse a servir según su destino, pues sólo sirviendo se llega por fin a mandar y a poseer la merecida autoridad que en el hogar le pertenece. Desde pequeña, sirve a su hermano y a sus padres, y durante toda su vida no cesa de ir y venir, de llevar, preparar y trabajar para los demás. Muy dichosa es, si de esta manera se acostumbra a no encontrar ningún camino demasiado penoso.

Así hablando, había llegado, al través de los jardines, con su silencioso compañero, hasta la era de la granja, donde descansaba la enferma a quien había dejado contenta entre sus hijos. Entraron ambos, mientras por el otro lado apareció, al mismo tiempo, el juez, con un niño de cada mano. Su madre desolada, hasta entonces no supo qué había sido de ellos, y el anciano habíalos encontrado entre la multitud. Llegaron saltando de alegría, saludaron a su buena madre y se regocijaron con la vista de su hermano, su nuevo camarada. Luego se echaron encima de Dorotea y le saludaron amistosamente, pidiéndole pan y fruta, pero ante todo, qué beber. Ofreció agua a todo el mundo. Saciáronse todos y elogiaron tan excelente agua. Era algo ácida, refrescante y muy higiénica.

—Amigos míos, dijo entonces la joven, mirándolos seriamente. Esta es, me figuro, la última vez que presento la jarra a vuestros labios, para refrescarlos. De ahora en adelante, cuando durante el

calor del día bebáis la salutífera agua, cuando encontréis bajo la sombra el descanso y el puro manantial, acordaos de mí y de los afectuosos servicios que os he prestado, más como amiga que como parienta. Del bien que me habéis hecho me acordaré toda mi vida. Os dejo con sentimiento; pero hoy cada uno de nosotros es para los demás mejor una carga que un alivio. Ved al joven a quien debéis todos aquellos presentes, los pañales del niño y las bienvenidas provisiones; viene a alquilarme, desea tenerme en su casa, para que sirva a sus buenos y ricos padres. No rehuso, pues una muchacha está siempre llamada a servir y seríale molesto quedarse ociosa en casa y verse servida. Le seguiré, pues, gustosa. Parece ser un joven prudente, y sus padres serán, a no dudarlo, tal como deben de ser los ricos. ¡Adiós, pues, querida amiga! ¡Que este hijo, lleno de vida, que fija en vos su inquieta mirada, labre vuestra felicidad! Cuando lo estrechéis en vuestro seno con estos pañales de colores, acordaos del hombre que os los dió y que ahora dará a vuestra amiga alimento y vestido. Y vos, excelente hombre, añadió, volviéndose hacia el juez, sed bendecido por haberme servido de padre en más de una ocasión.

Arrodillóse luego delante de la buena mujer, besó su rostro lleno de lágrimas y recogió el dulce murmullo de su bendición.

—Merecéis, amigo mío, dijo el venerable juez, ser contado entre los hombres prácticos, atentos siempre a procurarse personas de mérito para administrar los quehaceres de la casa. A menudo he visto que se examina cuidadosamente a los bueyes, a los caballos y al ganado que se quiera vender o cambiar, mientras que el azar es el que proporciona a quien se confía la casa. Pero vos sois hombre hábil y habéis tomado para serviros y servir a vuestros padres, una persona virtuosa. Tratadla bien, pues tanto tiempo como sirva en vuestra casa, no sentiréis la necesidad de tener una hermana, ni vuestros padres una hija.

En esto llegaron algunos próximos parientes de la enferma, la trajeron diferentes cosas y le anunciaron mejor morada. Supieron todos la resolución de la joven y bendijeron a Hermann con ojos expresivos, mientras comunicábanse sus secretos pensamientos y se decían al oído: "Si de su dueño pasa a ser esposo, ya tiene labrada su fortuna."

Partamos, dijo Hermann, tomándola de la mano. El día declina ya y la pequeña ciudad está distante.

Entonces las mujeres, cuya charla se animaba, abrazaron a Dorotea. Hermann la arrastraba, mientras ella encargaba todavía su despedida a los amigos ausentes. Los niños, gritando y llorando desesperadamente, se colgaban de su ropa y no querían dejar marchar a su segunda madre.

Algunas mujeres les impusieron silencio, diciéndoles: Callaos, niños. Va a la vecina ciudad y os traerá buen mazapán, que vuestro hermanito ha encargado para vosotros, cuando, al traerlo una cigüeña, pasó por delante de la confitería. Muy pronto, pues, la veréis volver trayéndoos los hermosos cuernos dorados.

Los niños dejáronla entonces partir, y Hermann la arrancaba a duras penas de los últimos abrazos y de los pañuelos que desde lejos la saludaban.

(Cuando Hermann y Dorotea entraron a la casa, nadie se sorprendió de su presencia. El padre saludó a Dorotea, diciéndole familiarmente: Hija mía, veo que Hermann demuestra tan buen gusto como su padre. Siempre, en los bailes, mi pareja fué la más hermosa, y luego me casé con la más linda de las mujeres: vuestra madrecita. Por la novia se conoce el carácter del novio y se sabe apreciarlo justamente; pero, sin duda, poco tiempo necesitaste para resolverte, por más que, a decir verdad, no es muy penoso seguir a Hermann.

Dorotea quedó profundamente confundida, porque las palabras del mesonero le parecían una burla cruel. Antes de que Hermann pudiese darle una explicación, ella se apresuró a pedir disculpas. Sin reflexionarlo casi—dijo—vine como criada por amor a Hermann con la esperanza de agradarle algún día; pero el saludo del padre le descubrió sus propios sentimientos y la llenaba de vergüenza. Sin duda, su pretensión era absurda. ¿Cómo pudo pensar que Hermann amaría a una sirvienta?

Hermann no la dejó continuar. Le dijo que sus padres saludaban en ella a la novia porque como tal la quería. De manera que, volviendo el júbilo a los corazones, ahí mismo celebró el Pastor los desposorios de Hermann y Dorotea, los perfectos amantes.)



ITALIA

DE COMO SAN FRANCISCO SANO A UN LEPROSO DE CUERPO Y ALMA





DE COMO SAN FRANCISCO SANO A UN LEPROSO DE CUERPO Y ALMA



L verdadero discípulo de Cristo, San Francisco de Asís, viviendo en esta miserable vida, ingeniábase con todas sus fuerzas en seguir a Cristo, perfecto maestro; de aquí sucedía frecuentes veces, que a quien él sanaba el cuerpo, Dios sanábale el alma. Y por eso, no solamente servía con gusto a los leprosos, sino que, además, había ordenado que los hermanos de su Orden, en sus andanzas y descanso por el mundo, sirvieran a los leprosos por amor de Cristo.

En un convento, cerca de donde vivía entonces San Francisco, los hermanos servían en un hospital a los leprosos y enfermos. Y había un leproso tan impaciente y tan insoportable, que todos creían que estaba poseído del demonio, porque maltrataba de palabra y

golpeaba brutalmente a quien le servía; y—lo que era peor—, blasfemaba en modo tal, que no se encontraba quien lo quisiera o pudiese servir.

Y sucedía que las injurias o villanías propias, intentaban los hermanos llevarlas pacientemente para acrecer el mérito de la paciencia, mientras que, no pudiendo soportar sus conciencias las injurias contra Dios, determináronse a abandonarle del todo; pero no lo quisieron hacer hasta que se lo dijeran ordenadamente a San Francisco.

Y dicho que se lo hubieron, fué San Francisco a aquel leproso perverso, y, llegándose a él, saludóle diciendo:

—Dios te dé paz, hermano mío amadísimo.

Respondió el leproso, reprochándole ásperamente:

—¿Qué paz puede haber de Dios que me ha quitado la paz y todo bien y me ha hecho flaco y maldiciente?

Y San Francisco dijo:

—Hijo, ten paciencia, porque las enfermedades del cuerpo nos las da Dios en este mundo para salud del alma, porque son de gran mérito cuando son llevadas pacientemente.

Respondió el enfermo:

—¿Y cómo puedo llevar pacientemente la pena que sufro día y noche? Y no estoy afligido únicamente por mi enfermedad, sino que me la hacen peor los frailes que me diste para que me sirvieran como deben.

Entonces San Francisco, conociendo que este leproso estaba poseído del espíritu maligno, fué a ponerse en oración y rogó a Dios devotamente por él.

Y hecha la oración volvió a él, y dícele así:

—Hijo, quiero servirte yo, pues que no estás contento con los otros.

—Pláceme—dijo el enfermo—¿Pero qué más puedes hacer tú que los otros?

Respondió San Francisco:

—Lo que tú quieras haré.

Dijo el enfermo:

—Quiero que me laves por completo, porque huelo tan fuertemente que yo mismo no lo puedo sufrir.

Entonces San Francisco hizo en seguida calentar agua con muchas yerbas olorosas; luego le desnuda y comienza a lavarlo con sus manos, mientras otro fraile tenía el agua. Y donde San Francisco tocaba con sus santas manos, desaparecía la lepra y quedaba la carne completamente sana.

Y así como empezó a sanar la carne, empezó a sanar el alma, y viendo el leproso que comenzaba a curar, comenzó a tener gran

arrepentimiento de sus pecados y a llorar amargamente. De manera que mientras el cuerpo se limpiaba por fuera de la lepra por el lavatorio de agua, el alma, dentro, se limpiaba del pecado por las lágrimas.

Y estando perfectamente sano en cuanto al cuerpo y en cuanto al alma, humildemente acusaba sus culpas, y decía llorando en alta voz:

—¡Ay de mí, que soy merecedor del Infierno por las villanías e injurias que hice a los hermanos y por la impaciencia y las blasfemias que he dicho!



INGLATERRA

EL REY LEAR

SHAKESPEARE



EL REY LEAR



OBERNABA la noble Bretaña el anciano rey Lear.

Gonerila, Regania y Cordelia llamábanse sus hijas. Casadas Gonerila y Regania con dos opulentos duques, Lear encontraba en la dulce Cordelia el descanso de su vejez.

Era Cordelia de apacible carácter y de firme transparente corazón.

Un día entre los años el rey Lear creyó llegado el tiempo de abandonar el trono. Su vejez le dictaba tranquilidad y descanso en las fatigas. Así, pensó dividir el reino entre sus tres hijas para que con sus esposos gobernara cada una su parte. Pero como Cordelia permanecía soltera, decidióse a convencerla de que escogiera entre el rey de Francia y un noble duque que pretendían su mano. El viejo rey convocó solemnemente a sus vasallos para expresarles su deseo de partir el reino entre sus tres hijas. Y añadió:

—Antes de hacerlo, sólo deseo saber cuál de las tres siente por mí mayor afecto. Quiero que mi recompensa sea como su cariño.

Y preguntó a Gonerila, la hija mayor, cómo era el amor que hacia él sentía.

—Os amo—dijo Gonerila,—más que a los goces de los ojos, más que a mi libertad, más que a las riquezas todas de la tierra. Os amo tanto como a mi vida, mi salud, mi belleza y mi honor. Ninguna hija amó a su padre más de lo que yo os amo.

A cambio de sus palabras dióle el rey una de las mejores partes de su reino. Aquélla de fértiles campiñas, de bosques umbrosos, de resonantes ríos y dilatadas praderas.

En seguida preguntó a su hija Regania.

—Gonerila ha hablado por mí—dijo Regania—. Ella ha encontrado en sus frases la expresión de mi afecto; pero aún os quiero más porque yo no sé de otra felicidad que vuestro cariño.

Satisfecho el rey Lear al oir las palabras de su segunda hija, le ofreció otra parte de su reino para que la gobernase como suya.

Y volvióse luego hacia la predilecta Cordelia, y, como a sus hermanas, la instó a declarar en voz alta su afecto filial.

Cordelia, cuyo corazón valía más que sus palabras, permaneció en silencio.

—¿Qué tienes que decir?—preguntó el rey Lear.

—Nada, señor—respondió Cordelia.

—¿Nada?—preguntó Lear sorprendido.

—Nada—respondió dulcemente Cordelia.

Entonces el rey, asombrado y colérico, le ordenó que hablara.

—Sois mi padre—dijo Cordelia.—Me dísteis vida, alimento, cariño; correspondo a cuanto os debo como es justo; os obedezco, os amo, os honro. No comprendo por qué mis hermanas tomaron esposo, si os amaban sobre todas las cosas, como dicen amaros. Cuando yo me case, el dueño de mi mano llevará con ella la mitad de mi cariño, la mitad de mis cuidados, la mitad de mis deberes. Nunca me casaría yo, como mis hermanas, si amara a mi padre más que a nadie en el mundo.

—¿Lo habéis dicho de corazón?—preguntó Lear con extrañeza.

—Sin duda, padre mío.

—¡Tan joven y sin alma ya!

—La más joven, señor, pero la más sincera.

Ciego de rabia el rey Lear calificó cruelmente a su hija. Y su ceguera lo llevó al grado de desconocerla, diciéndola que no la consideraba más tiempo como hija suya, que el amor de ayer habíase transformado en odio. En cambio, dirigiéndose a Gonerila y Regania las dotó con la mitad de su reino, advirtiéndoles que un mes

viviría con cada una de ellas, pues a Cordelia no deseaba ver por más tiempo.

De este modo dividió el anciano rey Lear sus dominios y riquezas, conservando para sí solo cien caballeros.

Los cortesanos permanecieron mudos y temerosos ante la actitud de su rey. Sólo uno de los nobles, el leal Duque de Kent, movido por un deseo de humanidad y justicia, se atrevió a hacer ver cuán fuera de juicio obraba con la veraz Cordelia. Lear, cada vez más colérico, al oir la defensa de Cordelia en los labios de su vasallo, estuvo a punto de herirlo con su propia espada. Difícilmente se contuvo para hacerlo desterrar por siempre de Bretaña.

Anunciaron los heraldos la presencia de los pretendientes a la mano de Cordelia. Entraron el duque y el rey de Francia. Entonces Lear narróles lo sucedido, advirtiéndoles que Cordelia, rica pocos momentos antes, ahora sólo tenía por dote su aborrecimiento.

El ambicioso Duque francés dijo a Cordelia:

—Al perder un padre habéis perdido un esposo.

Pero el rey de Francia dijo a su vez:

—Te amo ahora como nunca, Cordelia. Más enriquecida cuanto más te empobrecen. Ven conmigo a reinar en mi corazón y en el de la hermosa Francia.

Sintióse Cordelia renacer a una nueva vida al oir las frases del amoroso desinteresado rey de Francia, y, gustosa, aceptó el ofrecimiento, partiendo para Francia, entre las burlas de sus hermanas.

Acompañado por los cien caballeros de su séquito, el rey Lear se dirigió al castillo de su hija mayor, esperando una amable acogida. Pero Gonerila, que frente a su padre había hablado no con su afecto sino con su ambición, lo recibió con impasible frialdad.

Pronto los criados del castillo fueron prevenidos por ésta para que no se le sirviera; para que, en cambio, le repitieran a cada instante las molestias que causaba su presencia en el castillo. Y más allá fué la maldad de la hija ambiciosa, pues logró hacer ver a los caballeros que acompañaban a su padre, la necesidad de que abandonaran su servicio.

Sólo dos amigos fieles acompañaban al rey Lear en su desventura. Uno, el bufón alegre y cuerdo, que en otro tiempo divertía a su señor diciendo agudezas y fingiendo increíbles locuras. Otro, un nuevo servidor llamado Cayo. El nuevo servidor era el duque de Kent, el defensor de Cordelia, que no se resignó a abandonar a su rey en los peligros que había previsto al mirar la ambición de Gonerila y de Regania, y que ocultando su nobleza y su nombre, había merecido otra vez la confianza del anciano.

Un día un criado de Gonerila contestó irrespetuosamente al rey Lear. Entonces, Cayo lo hizo salir, por la fuerza, de la estancia. La hija mayor, enterada por el oficioso sirviente, olvidando que el ofendido era su padre, reclamó a Lear el trato que daba a sus criados. Y vertió palabras insolentes que atravesaron el corazón del viejo rey, que sólo pudo exclamar:

—No hay mordedura que hiera como la ingratitud de una hija.

Y salió del castillo de la hija ingrata, con la noche en el corazón.

No eran ya cien los caballeros que acompañaban a Lear. Tan sólo el bufón y un leal amigo lo seguían en su camino hacia el castillo de Regania.

Cayo habíase adelantado para llevar la nueva. También la intrigante Gonerila había enviado un mensajero a su hermana para que ésta no admitiera a su padre en sus dominios.

Cayo reconoció al mensajero, reprochándole que se prestara a servir la insolencia de una mujer contra la angustia de un anciano. Se entabló la disputa. A las voces del cobarde sirviente acudieron Regania y su esposo seguidos de los vasallos. Al enterarse de lo sucedido, Regania ordenó que Cayo fuese puesto en un cepo, a la puerta del castillo como un vulgar ladrón.

Entre tanto, Lear y sus amigos llegaron al castillo, quedando sorprendidos al ver a Cayo prisionero. Cuando el viejo rey supo que era su hija la autora de la afrenta, su angustia creció sin límite. Cayo, desde su prisión, preguntó al rey por qué sólo lo acompañaba un caballero. El bufón, moviendo sentencioso los cascabeles de su caperuza, cantó:

—Quien de tu oro se alimenta
o sigue por conveniencia,
en cuanto empiece a llover
te dejará en la tormenta.

Esperando, Lear ordenó a los servidores del castillo que informaran a sus amos de su llegada. Pero Regania, advertida por su hermana, presentó excusas pretextando una indisposición.

El viejo Lear recibió la respuesta como una herida.

Un ruido de trompetas y tambores anunció la llegada de Gonerila, que deseaba unirse personalmente a su hermana para doblegar a su padre.

De este modo, juntas Regania y Gonerila, descubrieron la maldad de sus corazones, echándole en cara a su padre lo que llamaban abuso de hospitalidad; y se mofaron de su fatiga y de su vejez.

Loco de dolor salió Lear del castillo, acompañado por sus tres amigos.

El cielo, como sobrecogido de espanto ante tan grandes injusticias, amontonaba nubes. Deshiciéronse las nubes en furiosa lluvia; el viento trocóse en huracán.

Gonerila y Regania sabían que el rey su padre no encontraría refugio, mas indiferentes, dijeron:

—El sólo se debe culpar. Dejó su casa y ahora comprenderá su locura.

El viejo rey y los amigos fieles cruzaban los campos desiertos. El viento enmarañaba la blanca cabellera del rey, y la lluvia empapaba sus vestiduras; pero él caminaba bajo la tormenta, y su dolor era más fuerte que el combate del viento y del agua.

Así anduvieron, errando en la noche interminable, azotados por la furia del huracán.

El bufón esforzábase en distraer los obscuros pensamientos del rey; pero a éste la violencia de su desgracia empezaba a empañar la razón.

El rey de ayer era, ahora, un miserable que sólo acertaba a hablar de la ingratitud de sus hijas y que desafiaba la tempestad como si quisiera en su ruido ensordecer su dolor.

Ya desfallecían de cansancio los amigos de Lear, cuando encontraron una cabaña miserable. En ella permanecieron el resto de la terrible noche, hasta que, a la madrugada, la luz de una antorcha anunció la presencia de un hombre. Era un noble caballero que no olvidaba los favores que debía al rey y que se ofreció a llevarlos a una parte deshabitada del castillo. El viejo Lear se dejó conducir alucinado, inconsciente aún por la fuerza de su dolor.

Y hasta la mañana pudieron encaminarse a la costa donde los esperaba Cordelia que, avisada por un enviado de Cayo, se apresuró a compartir con su padre, silenciosa, su tragedia. Los delicados cuidados de Cordelia y un tranquilo sueño hicieron recobrar a Lear las luces de la razón. Y entonces conoció la firme transparencia de la verdad de su hija. Pero hay que desconfiar de la felicidad.

Si Cordelia había traído consigo un ejército, Gonerila y Regania habían armado los suyos. El ejército francés fué derrotado y prisioneros Lear y Cordelia.

Gonerila y Regania, dominadas por sus instintos, mandaron asesinar a la dulce Cordelia. Y el viejo rey, destrozada el alma, desfalleció con el cuerpo de la hija amorosa en sus brazos.

Así murió el anciano rey de Bretaña que padeció lo increíble.

Los jóvenes no veremos lo que él vió, ni viviremos tanto.

LA TEMPESTAD

SHAKESPEARE



LA TEMPESTAD



N pasados tiempos vivía en Milán, ciudad de Italia, un duque llamado Próspero. Ocupado en el estudio de todas las ciencias, dejaba a su hermano Antonio el cuidado de sus dominios. Próspero le depositaba su confianza creyéndolo tan noble y honrado como él.

Secretamente, Antonio ambicionaba el poder. Muy pronto proyectó una traición, de acuerdo con el vecino Rey de Nápoles a quien hizo mil promesas si le ayudaba a destronar a su hermano Próspero y a convertirse en duque de Milán.

Una noche el hermano traidor abrió las puertas de la ciudad permitiendo la entrada al Rey de Nápoles y a su ejército.

Los usurpadores, dueños de la ciudad, comenzaron sus crímenes. Abandonaron a Próspero y a su hija, la pequeña Miranda, en una embarcación sin mástil, sin remos, sin velas; en una barca que hasta las ratas habían abandonado por temor de caer al agua.

Antonio les negó vestidos y alimentos, porque esperaba que Próspero y su hija murieran de hambre o ahogados en el mar.

Sólo un noble bondadoso, pensando en su terrible muerte, los ayudó secretamente. Aprovisionó la embarcación, y, además, conociendo la afición de Próspero al estudio, le cedió libros inmejorables.

Las corrientes y el viento maltrataron extraordinariamente el buque abandonado. Cuando las olas barrían la cubierta, Próspero lloraba pensando en el peligro que corría la pequeña Miranda. Y las lágrimas de Próspero eran tan amargas como el agua del mar.

Miranda, sin darse cuenta de la situación, veía con regocijo las olas y reía cada vez que pasaban sobre su cabeza como rápidos caballos aéreos. Afortunadamente el buque venció todos los obstáculos, venció la furia del mar y fué a encallar en la playa de una isla.

Crecían en la isla árboles de una altura increíble. Al pasar bajo uno de ellos, Próspero y Miranda oyeron fuertes gritos que salían de un grueso interminable pino. Las quejas eran tan desgarradoras que hacían aullar a los lobos lejanos.

Próspero era no sólo un sabio, sino también un mago. Con ayuda de fuerzas sobrenaturales, abrió el tronco del árbol que dejó salir a un hermoso genio llamado Ariel.

Ariel explicó a Próspero que, durante doce años, había estado prisionero, víctima del maleficio de una vieja bruja que había muerto poco antes de su llegada. Y le señaló otros árboles que eran también prisioneros. Próspero libertó a todos los genios que, como Ariel, le obedecieron en seguida.

La isla parecía desierta; pero pronto descubrieron a su único habitante, el hijo de la bruja. Llamábase Calibán y era tan horrible y torpe, que más parecía una bestia que un sér humano. Próspero trató de humanizarlo. Le enseñó los nombres del sol, de la luna y mil cosas más. Pero Calibán era desagradecido y salvaje, por lo cual Próspero no pudo tratarlo de buen modo. Así, fué su esclavo, obligándolo a cortar leña, a encender el fuego y a habitar la obscura cueva en vez de la gruta que ocupaban Próspero y Miranda.

Creció Miranda en aquella isla desierta. La niña se transformó en mujer. Y alegraba sus días junto al sabio Próspero, junto al ondulante travieso Ariel.

Un día, una tempestad sacudió el mar, azotando las costas de la isla. El trueno rodaba en el espacio y los relámpagos incendiaban las nubes; el viento mugía furiosamente y el cielo era como otro mar de tinta.

Era Próspero quien había desencadenado aquella tempestad, porque sabía que en el mar navegaba el buque que conducía a su

hermano Antonio, y que a bordo iban también el Rey de Nápoles, su hijo Fernando y el anciano noble que les prestó ayuda el día de su desventura.

Los tripulantes del buque, frente a aquella furiosa tempestad, comprendieron el peligro de estrellarse en los escollos de la isla cercana. Próspero, con sus artes de magia, les infundía miedo. Mandó a su alado genio Ariel que revoloteara por encima de la cubierta y arrojara rayos sobre ella. Invisible, Ariel atemorizaba a los viajeros aumentando la fuerza de la tormenta. Por último, pareció que el buque se iba a incendiar. La confusión fué entonces terrible. El Rey de Nápoles, su hijo el príncipe Fernando, el anciano noble y el perverso Antonio, cayeron todos al agua, a merced de las olas.

En tanto, Próspero y Ariel, valiéndose de sus virtudes mágicas, salvaban el buque y la tripulación. Los marineros, que se habían ocultado bajo las escotillas, fueron sumidos en un profundo sueño, de modo que ignoraran lo ocurrido y hasta el lugar en que se hallaban.

Ariel condujo a los náufragos a la playa de tan milagrosa manera, que ni los vestidos se humedecieron.

El príncipe Fernando desembarcó por otra parte de la isla figurándose que él solamente había sobrevivido. Los otros viajeros estaban seguros de que era él quien había muerto.

Próspero ordenó a Ariel que tomase la forma de una sirena y lo hizo cantar ante el asombro de Fernando, que no sabía de dónde salía tan bella voz. Los otros genios hacían coro imitando el són de las campanas.

Fernando sentía desfallecer su corazón. Pensaba que aquellas voces eran las de las sirenas que anunciaban la muerte de su padre.

Próspero y Miranda salieron a su encuentro. Miranda, que desde su infancia no había visto a otro hombre que a su padre, creyó ver en Fernando un espíritu. A Fernando la joven le inspiró en seguida un inefable amor que expresó al punto.

Próspero hizo probar la fuerza del súbito amor de los jóvenes y fingiendo creer que Fernando era un espía, le dirigió bruscamente la palabra.

—Voy— le dijo—a encadenarte. Por comida te daré solamente raíces y beberás agua del mar.

El príncipe trató de sacar la espada para atacar a Próspero, pero éste, con su poder mágico, ató la espada a la vaina y echó al suelo a Fernando.

Comprendiendo que había caído en manos de un mago, Fernando no intentó desafiar más a Próspero, pensando, además, que siendo su prisionero podía ver a Miranda diariamente desde su encierro.

Miranda no comprendía el proceder inhumano de su padre.

—No os desaniméis—dijo al príncipe—. Mi padre es mejor de lo que ahora podéis juzgar por su conducta. Nunca le oí hablar con tanta crueldad.

Entretanto, el rey de Nápoles lloraba la muerte de su hijo, seguro de que había naufragado. Apenas si las frases de sus acompañantes le habían encendido una esperanza.

Próspero seguía practicando su venganza ejemplar. Ariel, a su mandato, aterrorizaba a los náufragos de mil maneras. Los perseguía transformado en una traílla de perros hambrientos. Y, cuando principiaban a desfallecer, adoptaba con los demás genios, formas diversas y extrañas. Ya hacía surgir frente a ellos un banquete espléndido; ya se transformaba en un ave gigantesca; ya desvanecíase en el aire llevándose los manjares. Por fin Ariel hizo saber al rey de Nápoles y al traidor Antonio el motivo de sus desgracias, que eran el castigo a su conducta para con el duque Próspero.

Entonces apareció el mismo duque de Milán. Y al ver que, atemorizados y arrepentidos, su hermano Antonio y el duque de Nápoles le pedían perdón y le rogaban que volviera a Milán, accedió olvidando sus faltas.

Luego, al oir al rey de Nápoles lamentarse de la muerte de su hijo y juzgarla como merecido castigo de sus violencias, P óspero dijo:

—Ya que me habéis devuelto mi ducado, yo os devolveré algo que os dará mucho placer. Y los condujo a la caverna donde el rey pudo ver a su hijo Fernando al lado de la hermosa Miranda.

Rogó el rey a Miranda le perdonara su pasado error. Y cuando Fernando le expresó su deseo de desposarla, su felicidad fué completa.

Ariel, en tanto, había despertado a los marineros que saltaron a tierra uniéndose a la alegría de todos. Y al día siguiente embarcaron a Nápoles. Ariel hacía soplar la brisa que conducía, ligera, el barco, hinchando las blancas velas. Era su último servicio a Próspero. Luego, entonando un canto de alegría, quedó libre para siempre.





CUENTOS DE TOLSTOI



EN DONDE ESTA EL AMOR, ALLI ESTA DIOS



IVIA en la ciudad un zapatero llamado Martín Avdieitch, que habitaba en un sótano, una pieza alumbrada por una ventana. Esta ventana daba a la calle, y por ella se veía pasar la gente; y aunque sólo se distinguían los pies de los transeuntes, Martín conocía por el calzado a cuantos cruzaban por allí. Viejo y acreditado en su oficio, era raro que hubiese en la ciudad un par de zapatos que no pasara una o dos veces por su casa, ya para remendarlos con disimuladas piezas, ya para ponerles medias suelas o nuevos tubos. Por esa razón veía con mucha frecuencia, a través de una ventana, la obra de sus manos.

Martín tenía siempre encargos de sobra, porque trabajaba con limpieza, sus materiales eran buenos, no llevaba caro y entregaba

la labor confiada a su habilidad el día convenido. Por esa razón era estimado de todos y jamás faltó el trabajo en su taller.

En todas las ocasiones demostró Martín ser un buen hombre; pero al acercarse a la vejez, comenzó a pensar más que nunca en su alma y en aproximarse a Dios. Cuando aún trabajaba en casa de un patrón, murió su esposa dejándole un hijo de tres años. De los que antes Dios le enviara todos habían muerto.

Al verse solo con su hijito pensó al pronto en enviarle al campo a casa de su hermano, pero se dijo:

—Va a serle muy duro a mi Kapitochka vivir entre extraños; así, pues, quedará conmigo.

Y Avdieitch se despidió de su patrón y se estableció por su cuenta, teniendo consigo a su pequeñuelo. Pero Dios no bendijo en sus hijos a Martín, y cuando el último comenzaba a crecer y a ayudar a su padre, cayó enfermo y al cabo de una semana sucumbió.

Martín enterró a su hijo, y aquella pérdida tan hondo labró en su corazón, que hasta llegó a murmurar de la justicia divina. Se sentía tan desgraciado que con frecuencia pedía al Señor que le quitase la vida, reprochándole no haberle llevado a él, que era viejo, en lugar de su hijo único tan adorado. Hasta cesó de frecuentar la iglesia.

Pero he aquí que un día, hacia la Pascua de Pentecostés, llegó a casa de Avdieitch, un paisano suyo, que desde hacía ocho años recorría el mundo como peregrino. Hablaron, y Martín se quejó amargamente de sus desgracias.

—He perdido hasta el deseo de vivir, decía; sólo pido la muerte, y es todo lo que imploro de Dios, porque no tengo ilusión ninguna en la vida.

El viejo le respondió:

—Haces mal de hablar de esa manera, Martín. No debe el hombre juzgar lo que Dios ha hecho, porque sus móviles están muy por encima de nuestra inteligencia. El ha decidido que tu hijo muriese y que tú vivas, luego debe ser así, y tu desesperación viene de que quieres vivir para ti, para tu propia felicidad.

—¿Y para qué se vive, sino para eso?, preguntó Avdieitch.

—Hay que vivir por Dios y para Dios, repuso el viejo. El es quien da la vida y para El debes vivir. Cuando comiences a vivir para El no tendrás penas y todo lo sufrirás pacientemente.

Martín guardó silencio un instante, y después replicó:

—¿Y cómo se vive para Dios?

—Cristo lo ha dicho. ¿Sabes leer? Pues compra el Evangelio y allí lo aprenderás. Ya verás cómo en el libro santo encuentras respuesta a todo cuanto preguntes.

Estas palabras hallaron eco en el corazón de Martín, quien fué

aquel mismo día a comprar un Nuevo Testamento, impreso en gruesos caracteres y se puso a leerlo.

El zapatero se proponía leer solamente en los días festivos; pero una vez que hubo comenzado, sintió en el alma tal consuelo, que adquirió la costumbre de leer todos los días algunas páginas. A veces se enfrascaba de tal modo en la lectura, que se consumía todo el petróleo de la lámpara sin que se decidiera a dejar el libro santo de la mano.

Así, pues, leía en él todas las noches; y cuanto más avanzaba en la lectura, más clara cuenta se daba de lo que Dios quería de él y cómo hay que vivir para Dios, y con ello iba penetrando dulcemente la alegría en su alma.

Antes, cuando se iba a acostar, suspiraba y gemía evocando el recuerdo de su hijo; ahora se contentaba con decir:

—¡Gloria a Ti! ¡Gloria a Ti, Señor! Esa ha sido Tu voluntad.

Desde entonces la vida de Avdieitch cambió por completo. Antes se le ocurría, en los días de fiesta, entrar en el *traktir* (1) a beber té y a veces un vaso de vodka. En otras ocasiones comenzaba a beber con un amigo llegando a salir del traktir, no ebrio, pero sí un poco alegre, lo que le movía a decir simplezas y hasta a insultar a los que hallaba en su camino.

Todo esto desapareció. Su vida se deslizaba actualmente apacible y dichosa. Con las primeras luces del alba se ponía al trabajo, y terminada su tarea, descolgaba su lámpara, la ponía sobre la mesa, y, sacando el libro del estante, lo abría y comenzaba a leer, y cuanto más leía más iba comprendiendo, y una dulce serenidad invadía poco a poco su alma.

Una vez le ocurrió que estuvo leyendo hasta más tarde que de costumbre. Había llegado al Evangelio de San Lucas y vió en el capítulo VI los versículos siguientes:

"Al que te pegue en una mejilla preséntale también la otra, y si alguno te quita la capa no le impidas que tome también la túnica de debajo."

"Da a todos los que te pidan, y si alguno te quita lo que te pertenece, no se lo exijas."

"Lo que queráis que os hagan los demás, hacédselo a ellos vosotros."

Después leyó los versículos en que el Señor dice:

"¿Por qué me llamáis: ¡Señor! ¡Señor! y no hacéis lo que yo os digo?"

(1) Traktir: Especie de café-taberna.

"Yo os mostraré a quién se parece todo aquel que viene a mí, y que escucha mis palabras y las pone en práctica."

"Se asemeja a un hombre que edificó una casa y que habiendo excavado profundamente, asentó los cimientos sobre la roca, y cuando llegó un aluvión, el torrente chocó con violencia contra esta casa, pero no pudo derribarla porque estaba fundada sobre roca."

"Pero el que escucha Mis palabras y no las pone en práctica, es semejante a un hombre que ha edificado su casa en la tierra, sin cimientos, y el torrente, al dar en ella con violencia, la ha derribado y la ruina ha sido grande."

Martín leyó estas palabras, y su corazón fué penetrado de alegría. Se quitó las gafas, las dejó sobre el libro, apoyó los codos sobre la mesa y quedó pensativo. Comparó sus propios actos a esas palabras, y dijo:

—¿Estará mi casa fundada sobre roca o sobre arena? Bien estaría si fuera sobre roca. ¡Qué feliz se siente uno cuando se encuentra a solas con su conciencia y ha procedido como Dios manda! En cambio, cuando se distrae de Dios, puede volver a incurrir en el pecado. De todos modos, he de seguir como hasta aquí, porque esto es bueno. ¡Dios me ampare!

Después de haber así pensado, quiso acostarse; pero le apenaba mucho dejar el libro de la mano, y aun comenzó a leer el capítulo séptimo. Allí leyó la historia del centurión y del hijo de la viuda, y la respuesta de Jesús a los discípulos de San Juan. Llegó al pasaje en que el rico fariseo invitó a su casa al Señor, vió cómo la pecadora le ungió los pies y se los lavó con sus lágrimas, y cómo le fueron perdonados sus pecados. Luego en el versículo cuarenta y cuatro leyó:

"Entonces, volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? He entrado en tu casa y no me has dado agua para los pies y ella los ha regado con sus lágrimas y los ha secado con sus cabellos."

"No me has dado el ósculo de paz, y ella, desde que entró, no ha cesado de besarme los pies."

"No has ungido con aceite mi cabeza; pero ella ha ungido mis pies con aceite oloroso."

Leyó este versículo y pensó:

"Tú no me has dado agua para los pies, no me has dado el ósculo de paz, no has ungido con aceite mi cabeza."

Y Martín, quitándose de nuevo las gafas, dejó el libro y volvió a reflexionar:

"Sin duda—se decía—era como yo aquel fariseo. Yo también he pensado únicamente en mí. Con tal que yo bebiese té, que tuviese lumbre y que no careciese de nada, casi no me acordaba del convidado. Sólo pensaba en mí, y nada en el huésped; y, sin embargo, ¿quién era el convidado? ¡El Señor en persona!.... Si hubiera venido a mi casa, ¿hubiera yo procedido de esta manera?"

Y Martín, apoyando los codos sobre la mesa, dejó caer sobre las manos la cabeza y se durmió sin darse cuenta de ello.

—¡Martín!—dijo de pronto una voz a su oído.

—¿Quién está ahí?

Se incorporó, miró hacia la puerta, y no viendo a nadie, volvió a dormirse.

Pero, en el acto, oyó estas palabras:

—¡Martín! ¡Eh, Martín! Mira mañana a la calle que yo vendré a verte.

El zapatero, despierto de su sopor, se levantó de la silla y se frotó los ojos. El mismo no sabía si aquellas palabras las había oído en sueños o en realidad.

Al fin apagó la lámpara y se acostó.

Al día siguiente, antes de la aurora, se levantó, rezó su acostumbrada plegaria, encendió su estufa y puso a cocer su sopa y su kacha, hirvió su samovar, se puso el mandil y se sentó al pie de la ventana para comenzar la cotidiana tarea.

Mientras trabajaba no podía apartar de su imaginación lo que la víspera le ocurriera, y no sabía qué pensar: Tanto le parecía que había sido juguete de una ilusión, tanto que en realidad le había hablado.

—Estas son cosas que suceden en la vida—se dijo.

Martín siguió trabajando, y de vez en cuando miraba por la ventana, y cuando pasaba alguno cuyas botas no conocía, se inclinaba para ver, no sólo los pies, sino la cara del desconocido.

Pasó un *dvornik* (1) con botas de fieltro nuevas, luego un aguador, después un viejo soldado del tiempo de Nicolai, calzado de botas tan viejas como él, ya recompuestas, y provisto de una larga pala.

Se llamaba el soldado Stepanitch, y vivía en casa de un comerciante de la vecindad, que le tenía recogido en consideración a sus años y a su extrema pobreza, y por darle alguna ocupación compatible con su edad, le había encargado de auxiliar al portero.

(1) Dvornik: Portero.

El viejo soldado se puso a quitar la nieve ante la ventana de Martín. Este le miró y continuó su tarea.

—Soy un necio en pensar de este modo—se dijo el zapatero burlándose de sí mismo.— Es Stepanitch que quita la nieve, y yo me figuro que es Cristo que viene a verme. En verdad estoy divagando, imbécil de mí.

Sin embargo, al cabo de haber dado otros diez puntos, miró de nuevo por la ventana y vió a Stepanitch que, dejando apoyada la pala contra la pared, descansaba y trataba de calentarse.

—Es muy viejo ese pobre hombre—se dijo Martín. Se ve que no tiene fuerza ya ni para quitar la nieve; tal vez le convendría tomar una taza de té, y justamente tengo aquí mi samovar (1) que va a apagarse.

Al decir esto clavó la lezna en el banquillo, se levantó, puso el samovar sobre la mesa, vertió agua en la tetera y dió unos golpecitos en la ventana. Stepanitch se volvió acercándose a donde le llamaban; el zapatero le hizo la seña y fué a abrir la puerta.

—Ven a calentarte—le dijo—debes tener frío.

—¡Dios nos ampare! Ya lo creo; me duelen los huesos, respondió Stepanitch.

El viejo entró, sacudió la nieve de sus pies por temor a manchar el pavimento, y sus piernas vacilaron.

—No te tomes el trabajo de limpiarte los pies; yo barreré eso luego; la cosa no tiene importancia. Ven, pues, a sentarte—dijo Martín—y toma un poco de té.

Llenó dos vasos de hirviente infusión y alargó uno a su huésped; después vertió el suyo en el plato y comenzó a soplar para enfriarlo.

Stepanitch bebió, volvió el vaso boca abajo, colocó encima el azúcar sobrante y dió las gracias; pero se adivinaba que habría bebido con gusto otro vaso.

—Toma más—dijo Martín llenando de nuevo los vasos.

Mientras bebía, aún continuaba el zapatero mirando hacia la sala.

—¿Esperas a alguno?—preguntó el huésped.

—¿Si espero a alguno? Vergüenza me da decir a quién espero. No sé si tengo o no razón para esperar, pero hay una palabra que me ha llegado al corazón.... ¿Era un sueño? No lo sé. Figúrate, buen amigo, que ayer leía yo el Evangelio de nuestro Padre Jesús; y, ¡cuánto sufrió cuando estaba entre los hombres! Has oído hablar de esto, ¿verdad?

—Sí, he oído decir algo así—respondió Stepanitch—; pero nosotros los ignorantes no sabemos leer.

(1) SAMOVAR: Especie de tetera rusa.

—Pues bien; estaba leyendo cómo pasó por el mundo Nuestro Señor.... y llegué a cuando estuvo en casa del fariseo y éste no salió a Su encuentro.... Leía, pues, querido amigo, esto, y luego pensé: "¿Cómo es posible no honrar del mejor modo a nuestro Padre Jesús? Si, por ejemplo, me decía yo, me ocurriese algo parecido, es posible que no supiera cómo honrarle lo bastante; y, sin embargo, el fariseo no le recibió bien." En esto pensaba cuando me dormí. Y en el momento de dormirme me oí llamar por mi nombre. Me levanto y la voz me parece murmurar: "Espérame que vendré mañana." Y lo dijo dos veces seguidas.... Pues bien, ¿lo creerás? Tengo esa idea metida en la cabeza, y aun cuando yo mismo me burlo de mi credulidad, sigo esperando a nuestro Padre.

Stepanitch movió la cabeza sin responder. Apuró su vaso y le dejó sobre el platillo; pero Martín lo llenó de nuevo.

—Toma más—le dijo—y que te aproveche. Pienso que El, nuestro Padre Jesús, cuando andaba por el mundo, no rechazó a nadie, y buscaba, sobre todo, a los humildes a cuyas casas iba. Eligió sus discípulos entre los de nuestra clase, pescadores, artesanos como nosotros. "El que se ensalce será humillado, y el que se humille será ensalzado.... Me llamáis Señor—dijo—y yo os lavo los pies; el que quiera ser el primero, debe ser el servidor de los demás.... Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos."

Stepanitch había olvidado su té. Era un anciano sensible; escuchaba, y las lágrimas corrían a lo largo de sus mejillas.

—Vamos, bebe más—le dijo Martín.

Pero Stepanitch hizo la señal de la cruz, dió las gracias, apartó el vaso y se levantó.

—Te agradezco, Martín—le dijo—, que me hayas tratado de este modo, satisfaciendo al mismo tiempo mi alma y mi cuerpo.

—A tu disposición, y hasta otra vez. Ten presente que me alegra mucho que me vengan a ver—dijo Martín.

Partió Stepanitch, el zapatero acabó de tomar el té que quedaba en su vaso y volvió a sentarse junto a la ventana a trabajar.

Cose, y mientras cose, mira por la ventana y espera a Cristo. Sólo piensa en El y repasa en su imaginación lo que El hizo y lo que El dijo.

Pasaron dos soldados, con botas de ordenanza el uno, y el otro con botas comunes; luego un noble con sus chanclos de goma, después un panadero con una cesta.

He aquí que, frente a la ventana, aparece una mujer con medias de lana y zapatos de campesina y se arrima a la pared. Martín, inclinándose, mira a través de los cristales y ve a una forastera con un niño en los brazos apoyada en el muro y volviendo la espalda al

viento. Trataba de abrigar a su niño, sin lograrlo, porque nada tenía para envolverlo. Aquella mujer a pesar del frío que reinaba, llevaba un traje de verano en bastante mal estado.

Martín, desde la ventana, oyó al niño llorar y a su madre querer tranquilizarle, pero sin lograrlo.

Se levantó, abrió la puerta, salió y gritó en la escalera:

—¡Eh, buena mujer! ¡Eh, buena mujer!

La forastera le oyó y se volvió hacia él.

—¿Por qué te quedas a la intemperie con tu hijo? Ven a mi cuarto y podrás cuidarle mejor. . . . ¡Por aquí, por aquí!

La mujer, sorprendida, ve a un viejo con un mandil y unas gafas que le hace señas de que se aproxime, y obedece.

Baja la escalera y penetra en la habitación.

—Ven acá—dijo el anciano—y siéntate junto a la estufa. Caliéntate y da de mamar al pequeño.

—Es que ya no tengo leche—respondió la mujer—. Es más, desde esta mañana no he probado alimento.

Y, sin embargo, la mujer dió el pecho a su pequeñuelo.

Martín volvió la cabeza, se acercó a la mesa, tomó pan, un tazón, abrió la estufa, en donde hervía la sopa, y sacó un cucharón lleno de kacha; pero como los granos aún no habían cocido lo necesario, vertió solamente la sopa en el tazón y colocó éste sobre la mesa. Cortó el pan, extendió una servilleta y puso un cubierto.

—Siéntate—le dijo—y come, buena mujer. En tanto yo tendré a tu hijo. He sido padre y sé cuidar a los pequeñuelos.

La mujer hizo la señal de la cruz, se puso a la mesa y comió mientras Martín, sentado en su lecho con el niño en brazos, le besaba para tranquilizarle. Como la criatura seguía llorando a pesar de todo, Martín discurrió amenazarle con el dedo que aproximaba y alejaba alternativamente de los labios del niño, pero sin tocarle, porque su mano estaba ennegrecida por la pez, y el pequeño mirando aquello que se movía cerca de su rostro, cesó de gritar y hasta comenzó a reir con gran contento del zapatero.

Mientras restauraba sus fuerzas, la forastera contó quién era y de dónde venía.

—Yo—dijo—soy esposa de un soldado. Hace ocho meses que han hecho partir a mi marido y no tengo noticias de él. Vivía de mi empleo de cocinera cuando dí a luz. A causa del niño no me quisieron tener en ninguna parte y hace tres meses que estoy sin colocación. En este tiempo he gastado cuanto tenía, me he ofrecido como nodriza y no me han admitido, diciendo que estoy muy delgada. Entonces he ido a casa de una tendera, donde está colocada nuestra hija mayor, y allí han ofrecido colocarme. Creí que iban a tomarme inmediatamente; pero me han dicho que vuelva la semana entran-

te.... La tendera vive muy lejos, estoy extenuada y mi pobre pequeño también. Por fortuna mi patrona ha tenido compasión de nosotros y nos deja, por amor de Dios, dormir en su casa. Si no, yo no sé que sería de mi hijo y de mí.

Martín suspiró, y dijo:

—¿Y no tienes vestidos de abrigo?

—No. Ayer empeñé por veinte kopeks mi último mantón.

La mujer se acercó al lecho y cogió al niño.

Martín se levantó, y, acercándose a la pared, buscó y halló un viejo caftán.

—¡Toma!—le dijo—es malo, pero siempre servirá para cubrirte.

La forastera miró el caftán, miró al viejo, tomó la prenda y rompió a llorar. Martín volvió el rostro no menos conmovido, fué luego hacia su cama, y sacó de debajo un cofrecito; le abrió, extrajo algo de él y volvió a sentarse enfrente de la pobre mujer.

Esta dijo:

—¡Dios te lo premie, buen hombre! El, sin duda, me ha traído junto a tu ventana. Sin eso el niño se hubiera helado. Cuando salí hacía calor y ahora ¡qué frío! ¡Qué buena idea te ha inspirado Dios de asomarte a la ventana y tener compasión de nosotros!

Martín sonrió.

—El ha sido, en efecto, quien me ha inspirado esa idea—dijo—. No miré casualmente por la ventana.

Y contó su sueño a la mujer, diciéndole cómo había oído una voz y cómo el Señor le prometiera venir a su casa aquel mismo día.

—Todo puede ocurrir—repuso la mujer que se levantó, tomó el viejo mantón, envolvió en él al niño, se inclinó y dió las gracias al zapatero.

—Toma en nombre de Dios—dijo éste deslizándole en la mano una moneda de veinte kopeks—, toma esto para desempeñar tu mantón.

La mujer se santiguó: Martín hizo lo propio y luego la acompañó hasta la puerta.

Se fué la forastera.

Después de haber comido la sopa, Martín se volvió a poner a su faena. Mientras manejaba la lezna no perdía de vista la ventana, y cada vez que una sombra se perfilaba, levantaba los ojos para examinar al transeunte. Pasaban unos que conocía y otros desconocidos; pero éstos nada ofrecían de particular.

De pronto vió detenerse, precisamente frente a su ventana, a una vieja vendedora ambulante, que llevaba en la mano un cestito de manzanas. Pocas quedaban, pues, sin duda, había vendido la mayor parte. Iba, además, cargada con un saco lleno de leña, que debió recoger en los alrededores de alguna fábrica de carbón, y

regresaba a su casa. Como el saco la hiciese daño, quiso, a lo que pareció, mudarlo de hombro y lo dejó en el suelo, puso el cesto de manzanas sobre un poyo y comenzó a arreglar los trozos de leña. Mientras la anciana estaba ocupada, un granujilla, venido de no se sabe dónde, y cubierto con una gorra hecha pedazos, robó una manzana del cesto y trató de escapar; mas lo advirtió la mujer, que volviéndose rápidamente, le asió de una manga. El muchacho forcejeó, pero ella le retuvo con ambas manos, le arrancó la gorra y le tiró de los cabellos.

El muchacho gritaba y la vieja se enfurecía cada vez más. Martín, sin perder tiempo ni siquiera en clavar la lezna, la dejó caer al suelo y corrió a la puerta, saliendo con tal prisa que a poco rueda por la escalera; pero las gafas se le caen en el camino. Se precipita a la calle y encuentra a la vieja tirando aún de los cabellos al pillete, golpeándole sin misericordia y amenazando con entregarle a un guardia.

El muchacho seguía forcejeando y negaba su delito.

—Yo no he cogido nada—gritaba—; ¿por qué me pegas? ¡Déjame!

Martín quiso separarlos. Cogió al muchacho de la mano y dijo:

—¡Déjale, ancianita, perdónale por Dios!

—Voy a perdonarle de modo que se acuerde hasta la próxima. ¡Voy a llevar a la prevención a este granuja!

Martín suplicó de nuevo:

—Déjale, te digo que no lo volverá a hacer. Déjale en nombre de Dios.

La vieja soltó su presa y el muchacho iba a escapar, pero Martín le retuvo.

—Pide ahora perdón a esta anciana y no vuelvas en lo sucesivo a reincidir, porque yo te he visto coger la manzana.

El pequeñuelo rompió a llorar y pidió perdón entre sollozos.

—Vaya—exclamó Martín—, eso está bién, y ahora toma una manzana que te doy yo.

Y Martín cogió una del cesto y se la dió al muchacho.

—Voy a pagártela, buena mujer—continuó dirigiéndose a la vendedora.

—Mimas demasiado a ese granujilla—dijo la vieja. Lo que le hubiera servido era sentarle las costuras de modo que se hubiera acordado toda la semana.

—¡Eh! ¿qué es eso?—exclamó el zapatero—, nosotros juzgamos así, pero Dios nos juzga de otro modo. Si hubiera que azotarle por una manzana ¿qué habría que hacer con nosotros por nuestros pecados?

La vieja guardó silencio.

Martín contó a la anciana la parábola del acreedor que perdonó la deuda y del deudor que quiso matar al que le había favorecido.

La vieja y el muchacho escuchaban.

—Dios nos manda perdonar—prosiguió Martín—, porque de otro modo no seremos perdonados.... hay que perdonar a todos y, sobre todo, a los que no saben lo que hacen.

La vieja inclinó la cabeza y suspiró.

—No digo que no—murmuró la vendedora—; pero hay que reconocer que los niños están muy inclinados a hacer el mal.

—Por eso a nosotros los viejos nos corresponde enseñarles el bien.

—Eso es lo que yo digo—repuso la anciana—. He tenido siete hijos y sólo me queda una hija....

Y la vieja se puso a referir que vivía en casa de su hija y cuántos nietos tenía.

—¿Ves—dijo—qué débil soy? Pues a pesar de ello trabajo para mis nietos. ¡Son tan lindos, salen a mi encuentro con tanto cariño! ¿Y mi Aksintka? Esa sí que no iría con nadie más que conmigo: "¡Abuelita—me dice—, querida abuelita!...."

Y la vieja se enterneció.

—La verdad es que lo ocurrido no ha sido más que una niñería; ¡conque vete y Dios te guarde!— agregó dirigiéndose al chiquillo.

Pero como en aquel instante fuese la anciana a cargar de nuevo el saco sobre sus hombros, el pequeño añadió diciendo:

—Dámelo, viejecita, yo te lo llevaré; precisamente te vas por mi camino.

Y se fueron juntos, olvidándose la vendedora de reclamar a Martín el importe de la manzana, y el zapatero al quedar solo, les miraba alejarse y oía su conversación.

Les siguió un rato con la vista y luego volvió a su casa, encontró sus gafas intactas en la escalera, recogió su lezna y volvió de nuevo a la obra. Trabajó un poco, pero ya no había bastante luz para coser, y vió pasar al empleado que iba a encender los faroles.

—Tengo que encender la lámpara—se dijo.

Prepara su quinqué, le cuelga y continúa el trabajo. Terminada una bota, la examina: estaba bien. Recoge sus herramientas, barre los recortes, descuelga la luz colocándola sobre la mesa y toma del estante el Evangelio.

Quiere abrir el tomo por la página en que había quedado la víspera, pero fué a dar en otra.

Al abrir el libro santo, recordó su sueño del día anterior y sintió que algo se agitaba detrás de él.

Volvióse Martín y vió, o se le figuró al menos, que había alguien

en uno de los ángulos de la pieza.... Era gente, en efecto, pero no la veía bien. Una voz murmuró a su oído:

—¡Martín! ¡Eh! ¡Martín! ¿Es que no me conoces?

—¡Soy yo!—dijo la voz—¡Soy yo!

Y era Stepanitch que, surgiendo del obscuro rincón, le sonrió y desapareció esfumándose como una nube.

—¡Soy también yo!—dijo otra voz.

Y del rincón obscuro salió la forastera con el niño: la mujer sonrió, sonrió el niño y ambos se desvanecieron en la sombra.

—¡También soy yo!—exclamó una tercera voz. Y surgió la vieja con el muchacho, el cual llevaba una manzana en la mano. Ambos sonrieron y se disiparon como los anteriores.

Martín sintió una suprema alegría en su corazón; hizo la señal de la cruz, se caló las gafas y leyó el Evangelio por la página que estaba a la vista:

"Tuve hambre y me diste de comer; tuve sed y me diste de beber; era forastero y me has acogido."

Y al final de la página:

"Lo que habéis hecho por el más pequeño de mis hermanos es a mí a quien lo habéis hecho." (San Mateo XXV).

Y Martín comprendió que su ensueño era un aviso del cielo; que, en efecto, el Salvador había estado aquel día en su casa, y que era a El a quien había acogido.





LOS MELOCOTONES

EL campesino Tikhon Kuzmitch, al regresar de la ciudad, llamó a sus hijos.

—Mirad—les dijo—el regalo que el tío Ephim os envía.

Los niños acudieron: el padre deshizo un paquete.

—¡Qué lindas manzanas!—exclamó Vania, muchacho de seis años—. ¡Mira, María, qué rojas son!

—No, probable es que no sean manzanas—dijo Serguey, el hijo mayor—. Mira la corteza, que parece cubierta de vello.

—Son melocotones—dijo el padre—. No habíais visto antes fruta como ésta. El tío Ephim los ha cultivado en su invernadero, porque se dice que los melocotones sólo prosperan en los países cálidos, y que por aquí sólo pueden lograrse en invernaderos.

—¿Y qué es un invernadero?—dijo Volodia, el tercer hijo de Tikhon.

—Un invernadero es una casa cuyas paredes y techo son de vidrio.

El tío Ephim me ha dicho que se construyen de este modo para que el sol pueda calentar las plantas. En invierno, por medio de una estufa especial, se mantiene allí la misma temperatura.

—He ahí para ti, mujer, el melocotón más grande; y estos cuatro para vosotros, hijos míos.

—Bueno—dijo Tikhon, por la noche—¿Cómo halláis aquella fruta?

—Tiene un gusto tan fino, tan sabroso—dijo Serguey—que

quiero plantar el hueso en un tiesto; quizá salga un árbol que se desarrollará en la isba.

—Probablemente serás un gran jardinero; ya piensas en hacer crecer los árboles—añadió el padre.

—Yo—prosiguió el pequeño Vania—hallé tan bueno el melocotón, que he pedido a mamá la mitad del suyo; ¡pero tiré el hueso!

—Tú eres aún muy joven—murmuró el padre.

—Vania tiró el hueso—dijo Vassili, el segundo hijo—; pero yo le recogí y le rompí. Estaba muy duro, y adentro tenía una cosa cuyo sabor se asemejaba al de la nuez, pero más amargo. En cuanto a mi melocotón, lo vendí en diez Kopeks; no podía valer más.

Tikhon movió la cabeza.

—Pronto empiezas a negociar. ¿Quieres ser comerciante? ¡Y tú, Volodia, no dices nada! ¿Por qué?—preguntó Tikhon a su tercer hijo, que permanecía aparte.—¿Tenía buen gusto tu melocotón?

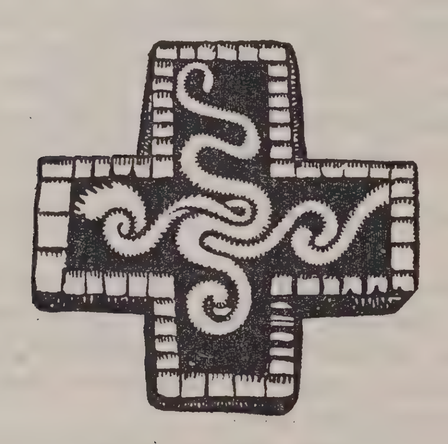
—¡No sé!—respondió Volodia.

—¿Cómo que no lo sabes?—replicó el padre—¿Acaso no lo comiste?

—Lo he llevado a Gricha—respondió Volodia—. Está enfermo, le conté lo que nos dijiste acerca de la fruta aquella, y no ¡hacía más que contemplar mi melocotón; se lo dí, pero él no quería tomarlo; entonces lo dejé junto a él y me marché.

El padre puso una mano sobre la cabeza de aquel niño y dijo:

—Dios te lo devolverá.





TRES PREGUNTAS

CIERTA vez hubo un rey que pensó que si él supiera siempre el momento en que es preciso comenzar cada obra, con qué gentes hay que trabajar, con cuáles no y principalmente si supiera siempre qué negocio es el más importante, entonces jamás tendría contrariedades.

El rey, después de haber reflexionado, hizo saber por todo su reino que daría una gran recompensa al que le descubriese cómo saber el tiempo oportuno para cada negocio; cuáles son las gentes más necesarias, y cómo no equivocarse en la elección de la obra más importante de todas.

Comenzaron a llegar sabios para contestar a aquellas diferentes preguntas.

A la primera de ellas, unos decían que para conocer el tiempo oportuno de cada negocio, es preciso trazarse anticipadamente el empleo del tiempo, del mes y del año y seguirlo estrictamente. Sólo entonces, aseguraban, cada cosa se hace a su tiempo. Otros decían que no se puede decidir previamente qué cosa hay que hacer en determinado tiempo; pero que no hay que darse al olvido en esparcimientos estériles, sino que hay que estar siempre atento a lo que sucede y hacer entonces lo que el momento exige. Estos decían que aunque el rey se dedicara a estar atento a lo que sucede, un hombre jamás puede decidir con seguridad cuándo hay que hacer tal o cual cosa, por lo que es preciso tomar el consejo de hombres sabios y, en poder de tal consejo, ver lo que hay que hacer y en qué tiempo.

Aquéllos decían que hay negocios que no dejan tiempo para interrogar consejeros y que es indispensable decidir al instante, si es el momento o no de abordarlos, y que para saberlo, urge saber previamente lo que sucederá, cosa que sólo pueden hacer los magos; de suerte que para conocer el tiempo oportuno de cada negocio hay que interrogar a éstos.

Las contestaciones a la segunda pregunta fueron también opuestas, pues mientras unos decían que los hombres más necesarios a los reyes son los que les ayudan en el gobierno, otros señalaban a los sacerdotes y los terceros decían que los hombres más necesarios a los reyes son los médicos; no, los soldados, afirmaban los cuartos.

A la pregunta tercera: ¿cuál es la obra más importante del mundo? Estos decían que las ciencias; aquellos, que el arte militar, y los de más allá que la adoración a Dios.

Vista la divergencia de opiniones, no aceptó el rey ninguna de ellas ni recompensó a nadie; y, a fin de obtener una respuesta categórica a aquellas preguntas, resolvió interrogar a un ermitaño célebre por su sabiduría.

Vivía el tal ermitaño en el bosque, del que no salía jamás y sólo recibía a la gente sencilla, por lo que el rey se vistió con pobres ropajes y antes de llegar con su séquito a la celda del ermitaño, bajó del caballo y se presentó solo y a pie.

Cuando el rey se aproximó al ermitaño, hallábase éste frente a su celda removiendo un macizo de verdura. Al notar la presencia del rey, le saludó y se puso a cavar de nuevo inmediatamente.

Era el ermitaño flaco y débil. Clavó la pala en la tierra y luego de haber removido el montoncito de tierra, suspiró trabajosamente. Aproximósele el rey y le dijo:

—Vengo a tu casa, sabio ermitaño, para pedirte respuesta a tres preguntas: ¿Qué tiempo hay que conocer y no dejar escapar para no arrepentirse después? ¿Cuáles son las gentes más necesarias y con quién hay que trabajar más, y con quién menos? ¿Cuáles son las obras más importantes y, por consiguiente, cuál hay que hacer antes de todas las demás?

Escuchó el eremita al rey y no contestó nada.

Escupió en sus manos y se puso de nuevo a remover la tierra.

—Estás cansado—dijo el rey—. Dame la pala, trabajaré por ti.

—Gracias—contestó el eremita, y dándole la pala se sentó en el suelo.

Después de remover dos macizos, detúvose el rey y repitió las preguntas. Nada contestó el ermitaño, que se levantó tendiendo las manos hacia la pala.

—Ahora descansa y yo trabajaré—dijo.

Pero el rey no le dió la pala, sino que continuó cavando.

Transcurrió una hora, después otra, comenzaba el sol a ponerse tras los árboles. El rey, hundiendo la pala en la tierra, dijo:

—Hombre sabio, he venido a tu casa para buscar respuesta a mi pregunta; si quieres contestarme dilo y me iré.

—Espera. ¿No ves alguien que se dirige corriendo aquí? Mira —dijo el eremita.

Volvióse el rey y vió que efectivamente corría del bosque un hombre barbudo que oprimía las manos contra el vientre; por sobre ellas corría la sangre. Cuando el hombre barbudo llegó cerca del rey, cayó por tierra y sin moverse gimió débilmente. El rey, ayudado por el ermitaño, entreabrió los ropajes de aquel hombre.

Tenía en el vientre una gran herida que el rey lavó lo mejor que pudo con su pañuelo y una servilleta, y el ermitaño vendó; pero la sangre no dejaba de salir. El rey cambió varias veces la curación mojada de caliente sangre y de nuevo lavó y vendó la herida. Cuando la sangre se contuvo, el herido recuperó el conocimiento y pidió de beber. El rey trajo agua fresca y le dió de beber. Entretanto el sol se había puesto por completo y el tiempo estaba fresco, por lo que el rey, con ayuda del ermitaño, transportó al hombre barbudo a la celda y le colocó sobre el lecho de aquél. Allí cerró los ojos el herido, y pareció dormirse.

El rey se sentía tan fatigado con la caminata y el trabajo, que sentado en el umbral se durmió también con un sueño tan profundo que durmió toda la corta noche de verano. Llegada la mañana, se despertó y durante largo tiempo no pudo darse cuenta de dónde estaba ni quién era aquel hombre extraño y barbudo que, acostado en el lecho, le miraba fijamente con sus brillantes ojos.

—Perdóname—dijo con una voz débil el hombre barbudo, en cuanto advirtió que el rey estaba despierto y le miraba.

—No te conozco y no tengo nada que perdonarte—dijo el rey.

—No me conoces, pero yo sí te conozco. Soy tu enemigo, aquel que juró vengarse de ti, porque tú eres mi hermano y me arrebataste todos mis bienes. Como supe que venías solo a visitar al ermitaño, resolví matarte. Quería atacarte cuando regresaras, pero transcurrió el día entero sin que yo te viera. Entonces salí del escondite para saber dónde estabas y caí entre tus compañeros que me reconocieron y me hirieron. Escapé, pero perdiendo mi sangre, y hubiera muerto a no curar tú mi herida. Quería matarte y tú me salvaste la vida. Si ahora sigo vivo y tú lo quieres, te serviré como el más fiel de los esclavos y ordenaré a mis hijos que obren lo mismo que yo. Perdóname.

Sentíase el rey muy dichoso de haberse reconciliado tan fácilmente con un enemigo y de haber hecho un amigo. No tan sólo le

perdonó, sino que le prometió devolverle sus bienes y enviar a buscar a sus criados y a su médico.

Una vez que hubo dicho adiós al herido, salió el rey a la puerta paar buscar al ermitaño. Antes de dejarlo, quería pedirle por última vez que respondiera a las preguntas que le había hecho.

El ermitaño estaba en el patio en cuclillas y, cerca del macizo removido la víspera, sembraba legumbres.

Aproximóse el rey y le dijo:

—Hombre sabio, por última vez te pido que respondas a mis preguntas.

—Pues si ya te fué dada la respuesta—exclamó el ermitaño sentándose sobre las flacas pantorrillas y viendo de abajo arriba al rey que estaba delante de él.

—¡Cómo! ¿Qué ya obtuve la respuesta?—dijo el rey.

—Ciertamente—repuso el ermitaño—. Si tú no hubieras tenido ayer lástima de mi debilidad ni removido en lugar de mí ese macizo, si te hubieras regresado solo, te habría atacado tu enemigo y tú te arrepentirías de no haberte quedado conmigo. Entonces el tiempo más oportuno era aquel durante el cual tú removías la tierra, y yo era el hombre más importante y la obra más importante era hacerme bien. Y después, cuando el hombre ha acudido, el tiempo más oportuno fué aquel en que le cuidaste, y si no hubieras cuidado su herida hubiera muerto sin reconciliarse contigo. Entonces el hombre más importante era éste y lo que tú has hecho era la obra más importante.

Así, pues, acuérdate de que el tiempo más oportuno es el único inmediato, y es el más importante porque es solamente en tal momento cuando somos los amos de nosotros mismos; y el hombre más necesario es aquel a quien se encuentra en este momento.

Y la obra más importante es la de hacer el bien,





EL PERRO MUERTO

JESUS llegó una tarde a las puertas de una ciudad e hizo adelantarse a sus discípulos para preparar la cena. El, impelido al bien y a la caridad, internóse por las calles hasta la plaza del mercado.

Allí vió en un rincón algunas personas agrupadas que contemplaban un objeto en el suelo, y acercóse para ver qué cosa podía llamarles la atención.

Era un perro, atado al cuello por la cuerda que había servido para arrastrarle por el lodo. Jamás cosa más vil, más repugnante, más impura, se había ofrecido a los ojos de los hombres.

Y todos los que estaban en el grupo miraban hacia el suelo con desagrado.

—Esto emponzoña el aire—dijo uno de los presentes.

—Este animal putrefacto estorbará la vía por mucho tiempo—dijo otro.

—Mirad su piel—dijo un tercero—no hay un solo fragmento que pudiera aprovecharse para cortar unas sandalias.

—Y sus orejas—exclamó un cuarto—son asquerosas y están llenas de sangre.

—Habrá sido ahorcado por ladrón—añadió otro.

Jesús les escuchó, y dirigiendo una mirada de compasión al animal inmundo:

—¡Sus dientes son más blancos y hermosos que las perlas!—dijo.

Entonces el pueblo admirado volvióse hacia El, exclamando:

—¿Quién es éste? ¿Será Jesús de Nazaret? ¡Sólo El podía encontrar de qué condolerse y hasta algo que alabar en un perro muerto!....

Y todos, avergonzados, siguieron su camino, prosternándose ante el Hijo de Dios.



CUENTOS CELEBRES





LA BELLA DURMIENTE

(VERSION POETICA DEL CUENTO DE PERRAULT.)

Hace tántos, tántos años
que imposible es el contar,
que a dos reyes nació un día
una niña divinal.

Era linda, linda como
si no fuese de verdad;
era hermosa como un sueño
que de hermoso hace llorar.

Al bautizo de la Infanta
el rey quiso convidar
a las hadas, que reparten,
como harina, el bien y el mal....
Siete hadas se sentaron
al feliz banquete real.

Cada una de las siete
entregando fué al entrar
una rara maravilla
que traía en el morral.
Y una trajo la armonía,
otra la felicidad,

una el dón de hacer la danza,
otra el dón de hacerse amar,
una el de volverse pájaro,
otra el dón de atravesar
las montañas y los mundos,
cual la abeja su panal.

En la mesa recibieron
para hincarlo en su manjar,
un cubierto de oro puro
con diamantes de cegar....
Cuando apenas se sentaban,
golpeó otra comensal:
era una hada, vieja y fea,
con hocico de chacal.

Se sentó a la mesa y dijo:
—"Me olvidásteis como al Mal,
pero vine aquí a traeros
la genciana del pesar."
"La princesa tendrá todo:
cielos, naves, tierra y mar,
pero un día entre sus manos
con un huso jugará.
Y la dueña de la Tierra
con el huso más banal,
en el brazo de jazmines
se dará golpe mortal...."

Las siete hadas se quedaron
blancas, blancas de ansiedad;
tembló el rey como una hierba
y la reina echó a llorar.

Las macetas sin un viento
todos vimos deshojar;
los manteles se rasgaron
y se puso negro el pan.

Pero un hada que era niña
levantó su fina voz:
era un hada pequeñita,
se llamaba Corazón.
—"Hada fea, turba-fiestas,

rompedora de canción,
nos quebraste la alegría,
y yo quiebro tu traición."
"La princesa será herida,
mas, por gracia del Señor,
va a dormirse por cien años,
hasta la hora del amor."
"Para que cuando despierte
no se llene de terror,
que se duerma el mundo todo
al callar su corazón. . . ."

El rey hizo que buscaran
entre lana y algodón,
cuantos husos estuvieran
hila que hila bajo el sol.

Recogieron tántos, tántos,
que una parva se vió alzar.
Pero se quedó escondido
el de la Fatalidad.

Fué creciendo la princesa
más aguda que la sal,
más graciosa que los vientos
y tan viva como el mar. . . .
La seguían cien doncellas
como sigue al pavo real
el millón de ojos ardientes
de su cola sin igual.
La seguían por los ríos
si bajábase a bañar,
la seguían cual saetas
por el aire de cristal. . . .
Ningún huso hilaba lana
en el reino nunca más.
Uno hilaba en el palacio,
invisible como el Mal.

La princesa una mañana
en el techo oyó cantar,

y subió siguiendo el canto,
y llegando fué al desván.

Una vieja hilaba en suave
lana blanca, el negro Mal;
le pidió la niña el huso,
el de la Fatalidad.
La mordió como una víbora
en el brazo. Y no fué más....
La princesa cayó al suelo
para no volverse a alzar.

Acudió la corte entera
con rumor como de mar.
La pusieron en su lecho
y empezó el maravillar.

———

Se durmió la mesa regia,
se durmió el pavón real,
se durmió el jardín intacto,
con la fuente y el faisán;
se durmieron los cien músicos
y las arpas y el timbal:
se durmió la que lo cuenta,
como piedra y sin soñar....
Al salir de su palacio
el monarca, se durmió
todo el bosque palpitante
extendido alrededor.

———

Y pasaron los cien años;
un rey y otro más subió.
La princesa se hizo cuento,
como el Pájaro hablador.
A aquel bosque negro, negro,
hombre ni ave penetró:
lo esquivó Caperucita
santiguándose de horror....

———

Va ahora un príncipe de caza
(todo rey es cazador).

Orillando pasa el bosque
que está mudo como un dios.
Se desmonta tembloroso
y pregúntale a un pastor
lo que esconde el bosque erguido
con color de maldición.

Y el pastor le va contando
embriagado de ficción,
de la niña que ha cien años
en su lecho se durmió.

Y entra el príncipe en la selva
que se entreabre, maternal....

Le detiene un alto muro
y lo logra derribar;
le detiene una honda estancia
de apretada obscuridad;
atraviesa la honda estancia,
toca un lecho, y busca más....
Y detiénele el prodigio
de la niña fantasmal!

Duerme blanca cual la escarcha
que se cuaja en el cristal:
duermen alma y cuerpo en ella:
derramada está la paz
en las sienes sin latido,
en la trenza sin tocar,
y en el párpado que cae,
puro sueño y suavidad....

Y él se inclina hacia el semblante
(ya ni puede respirar).
Y su boca besa la otra,
pálida de eternidad,
y las rosas de la vida
entreabriendo suaves van....
Y los párpados se alzan,
¡qué pesados de soñar!

y los labios desabrochan
y diciendo lentos van:
—¿Por qué tanto te tardaste,
¡oh mi príncipe! en llegar?

Con el beso despertándose
el palacio entero está:
se despierta la marmita
y comienza a gluglutear;
se despierta y va extendiendo
su abanico el pavo real;
se despiertan las macetas
con un blando cabecear;
se despiertan los corceles,
se les oye relinchar
y se uncen anhelantes
a carrozas de metal;
se despierta en torno el bosque,
como se despierta el mar;
se despiertan los cien guardias,
y comienzan a llegar
las doncellas junto al lecho
con el ruido sin igual
con que gritan las gaviotas
cuando empieza a alborear....

La princesa le da al príncipe
de cien años el amar,
las miradas de cien años,
anchas de felicidad.
Y la mira y mira, el príncipe,
y no quiere más cerrar
sus dos ojos sobre el sueño
que se puede disipar.

Y las fiestas siguen, siguen;
son como una eternidad,
y ni ríndense las harpas,
y ni rómpese el timbal....

GABRIELA MISTRAL.

LA PRINCESA DE LOS CABELLOS DE ORO



LA PRINCESA DE LOS CABELLOS DE ORO



UBO una vez, en tiempos lejanos, una princesa muy linda, a quien todos llamaban la Hermosa de los Cabellos de Oro, porque sus cabellos eran más finos que el oro, maravillosamente rubios y al soltarse, le caían hasta tocarle los pies.

Hubo un rey mozo, en un reino vecino, que no se había casado aún, y era rico y de noble presencia. A sus oídos llegó cuanto se decía de la Hermosa de los Cabellos de Oro, y en el punto mismo, sin verla, de tal modo se enamoró, que fué perdiendo el apetito, y no quería llevarse a la boca manjar ni bebida. Resolvió, pues, enviar embajadores que la pidiesen en matrimonio. Mandó construir una carroza magnífica para su enviado, le dió más de cien caballos, y le encomendó con mucho ahinco la misión de traerle a la princesa.

En cuanto el embajador se hubo despedido del rey, poniéndose en marcha, no hubo más conversación en la Corte, y el rey, sin temor de que la Hermosa de los Cabellos de Oro no consintiese en lo que él deseaba, mandó que se le hicieran desde luego ricos vestidos y muebles maravillosos. En tanto que los obreros trabajaban, el embajador, llegando a casa de la Hermosa de los Cabellos de Oro, hizo brevemente la petición; pero, ya fuese porque no estaba ella de humor aquel día, ya porque no le agradasen del todo los cumplidos que se le dirigieron, contestó al embajador que diese las gracias al rey, pero que no tenía gana ninguna de casarse.

Tuvo que marcharse el embajador, de la Corte de la princesa, muy triste por no haber logrado convencerla, y volvió a llevarse consigo todos los regalos que de parte del rey le llevaba.

Cuando llegó a la capital de su reino, en donde le esperaban con tanta impaciencia, todos se afligieron al verle volver sin la Hermosa de los Cabellos de Oro, y el rey se echó a llorar como un chiquillo.

Había un mancebo en la Corte, guapo como un sol; nadie más gallardo que él en todo el reino. Por su buena gracia y su ingenio, llamábanle Galán. Todos le querían, excepto algunos envidiosos, molestos porque el rey le favorecía y se confiaba a él en toda clase de asuntos.

Encontróse Galán con algunos que hablaban de la vuelta del embajador, diciendo que nada importante había hecho, y sin reparar en sus palabras, exclamó: "Si el rey me hubiera enviado cerca de la Hermosa de los Cabellos de Oro, seguro estoy de que la hubiese traído."

Aquella gente malvada se fué en seguida al rey con el cuento: "Señor, ¿no sabe Vuestra Majestad lo que Galán va diciendo? Que si le hubiéseis enviado cerca de la Hermosa de los Cabellos de Oro, él os la hubiera traído. Ved si tiene malicia: se las da de ser más hermoso que vos, e insinúa que tanto le hubiese querido ella, que le habría seguido a cualquier parte."

Montó en cólera el rey al oírlo, y tanto se encolerizó, que se puso fuera de sí. "¡Conque ese lindo mozalbete se burla de mi desgracia y se cree más hermoso que yo! ¡Pues, ea: que le encierren en mi torre más alta, y muérase allí de hambre!"

Los guardias del rey fueron a casa de Galán, que ni se acordaba ya de lo que había dicho; le arrastraron a la prisión y le hicieron pasar mil sufrimientos. No tenía el pobre más que un poco de paja para tenderse, y hubiera perecido, a no ser por una fuentecilla que manaba al pie de la torre, y en la que podía beber un sorbo para refrescarse, porque el hambre le dejaba seca la boca.

Un día, sin poder ya más, exclamó suspirando: "¿Qué tiene el

rey contra mí? No hay súbdito que le sea más fiel que yo, y nunca le he ofendido.'' Pasaba el rey, por casualidad, junto a la torre, y en cuanto hubo oído la voz de aquel a quien tanto quería en otro tiempo, se detuvo a escucharla, contra el deseo de los que iban con él, todos los cuales aborrecían a Galán, y decían al rey: "Señor, ¿a qué os paráis? ¿No sabéis que es un pillo?'' El rey contestó: "Dejadme que lo oiga.'' Y oído que hubo sus quejas, los ojos se le llenaron de lágrimas, abrió la puerta de la torre y le llamó.

Galán, como la imagen de la tristeza, se echó a sus pies y se los besó.

—¿Qué os hice, señor, para que me tratéis tan duramente?

—Te has burlado de mí y de mi embajador—dijo el rey—. Has dicho que si yo te hubiese enviado cerca de la Hermosa de los Cabellos de Oro, la hubieras traído contigo.

—Cierto es, señor—repuso Galán—, que tan bien le hubiese dado a conocer vuestras altas prendas, que no hubiera podido resistir; seguro estoy de ello. En lo cual nada he dicho que no pueda seros agradable.

El rey comprendió que, en efecto, ninguna culpa tenía; miró con ojos aviesos a los que tan mal le habían hablado de su favorito, y se llevó consigo a éste, muy arrepentido del daño que le había hecho.

Después de haberle invitado a comer, le llamó a su gabinete y le dijo:

—Galán, sigo enamorado de la Hermosa de los Cabellos de Oro; su negativa no me ha hecho desistir de mis deseos: mas no sé cómo arreglármelas para que consienta en casarse conmigo, y animado estoy a enviarte para ver si tú lo consigues.

Galán replicó que estaba dispuesto a obedecerle en todo, y que podría salir al día siguiente.

—¡Oh!—dijo el rey—. Quiero que lleves un gran acompañamiento.

—No es necesario—le contestó—; sólo necesito un buen caballo y cartas vuestras.

Abrazóle el rey, maravillado de que tan pronto se hallase dispuesto.

Al siguiente día, cuando acababa de ponerse en camino muy de mañanita, al cruzar una vasta pradera se le ocurrió un pensamiento precioso: echó pie a tierra y se fué a sentar entre unos sauces y unos chopos plantados a lo largo de un arroyuelo que corría bordeando la pradería.

Luego que escribió, se puso a mirar a un lado y a otro, encantado de hallarse en tan apacible lugar. De pronto vió tendida en la hierba una carpa dorada muy grande, que abría la boca con la ma-

yor angustia, porque, empeñada en atrapar unos mosquitos, dió del agua un salto tan grande que fué a caer sobre la hierba, en donde se hallaba medio muerta. Apiadóse de ella Galán, y aunque era día de vigilia y podía llevársela para el almuerzo, la cogió y la dejó con cuidado en el arroyo. En cuanto la carpa sintió la frescura del agua empezó a dar muestras de regocijo y se escurrió hasta el fondo: volvió a subir luego, con toda presteza, a la orilla del río, y habló así: "Galán, te doy las gracias por el favor que acabas de hacerme. A no ser por tu ayuda, me hubiese muerto; pero me salvaste y algún día te lo pagaré."

Otro día, prosiguiendo su viaje, vió un cuervo en grave apuro: un águila enorme (gran comedora de cuervos) perseguía al pobre pajarraco y a punto estaba de alcanzarlo para tragárselo. Galán, movido a lástima por la desventura del cuervo, pensó : "Así los más fuertes oprimen a los más débiles: ¿con qué derecho el águila ha de comerse al cuervo?" Empuña el arco que lleva siempre consigo, toma una flecha, y apuntando bien al águila, ¡chas!, le dispara la flecha y la deja atravesada de parte a parte. Cae muerta, y el cuervo va a posarse en un árbol. "Galán—le dice—; muy generoso te mostraste al socorrerme, siendo así que no soy más que un miserable cuervo; pero no he de ser ingrato y algún día te lo pagaré."

Admiró Galán el claro juicio del cuervo, y siguió su camino. Al entrar en un espeso bosque, tan de mañana que apenas veía lo necesario para no extraviarse, oyó el grito desesperado de un buho. "¡Hola!—se dijo—, ese buho está en un aprieto: ¿a que se ha dejado coger en alguna red?" Buscó por todos lados, y halló por fin unas grandes redes de las que los pajareros ponen de noche para cazar pájaros. "¡Qué lástima!—dijo—; ¡los hombres no hacen más que darse tormento unos a otros o perseguir a los pobres animales que no les causan mal ni daño!" Tiró del cuchillo y cortó las cuerdas. El buho levantó el vuelo; pero volviendo con una aletada: "Galán —dijo—, no necesito expresarte en una larga arenga la gratitud que te guardo, para que te des cuenta de ello. Bien claro se ve. Los cazadores están a punto de llegar, y a no ser por tu auxilio, me cogen y me matan. Mi pecho es agradecido, y algún día te lo pagaré."

Tales fueron las tres aventuras más importantes que le ocurrieron a Galán en el camino. Tanta prisa tenía de llegar, que no tardó en dirigirse al palacio de la Hermosa de los Cabellos de Oro. Púsose un traje de brocado, plumas rojas y blancas; se peinó, se polveó y se lavó la cara; se echó al cuello una rica banda llena de bordados, con una cestita, y dentro de ella un perrito que había comprado al pasar por Bolonia. Tan gallardo y amable era Galán, y con tan buena gracia lo hacía todo, que cuando se presentó a la puerta del Palacio, todos los guardias le hicieron una gran reverencia, y corrie-

ron a decir a la Hermosa de los Cabellos de Oro que Galán, embajador del rey vecino suyo más inmediato, deseaba verla. No bien hubo oído el nombre de Galán, dijo la princesa:

—Vaya un nombre bien puesto; apostaría a que el que lo lleva es guapo de veras y tiene el dón de agradar a todos.

—Cierto que sí, señora—dijéronle sus doncellas de honor—: desde el desván le vimos cuando estábamos guardando allí nuestros hilados, y mientras ha permanecido bajo aquellas ventanas, no hemos podido seguir la tarea.

—Bueno—replicó la Hermosa de los Cabellos de Oro—: tráigaseme mi vestido de gala, el que es de raso azul bordado, y ahuecadme bien los cabellos; háganseme guirnaldas de flores nuevas; dénseme los zapatos de alto tacón, el abanico, y bárranse mi cámara y mi trono; pues quiero que por todas partes vaya diciendo que en verdad soy la Hermosa de los Cabellos de Oro.

Condujeron a Galán al salón de audiencia, y tal admiración hubo de entrarle, que como después ha declarado mil veces, casi no podía hablar; cobró ánimo, no obstante, y pronunció a maravilla su perorata, suplicando a la princesa que no le dejara volverse sin llevarla consigo.

—Amable Galán—le contestó ella—, buenas son todas las razones que acabas de exponerme, y puedes estar seguro de que me sería grato favorecerte más que a otro cualquiera. Mas quiero que sepas que hará cosa de un mes, yendo un día con todas mis damas a pasear por el río, y a punto de que me sirviesen el almuerzo, con tal fuerza tiré de mi guante, que me arranqué del dedo una sortija, la cual fué a caer, por desventura, en el agua. Más que a mi reino la quería. Ya te imaginarás lo afligida que me dejó tal pérdida. He jurado no dar oídos a ninguna propuesta de matrimonio si el embajador que se encargue de hacérmela no me trae la sortija. Ve, pues, lo que te cumple hacer, porque así me estuvieras hablando quince días y quince noches, no lograrías persuadirme a mudar de própósito.

Mucho le extrañó a Galán semejante respuesta. Hizo una reverencia profunda y rogó a la princesa que aceptara el perrito, la cesta y la banda; mas ella le replicó que no quería regalo alguno, y que pensara en lo que acababa de decirle.

Cuando estuvo él de vuelta en su casa, se acostó sin cenar, y el perrito, llamado Cabriola, no quiso cenar tampoco y fué a tenderse a su lado. Mientras duró la noche no cesó Galán de lanzar suspiros. "¿Cómo puedo encontrar una sortija que hace un mes cayó al río? —decía—; es locura intentarlo. La princesa me lo ha dicho así para ponerme en el trance de desobedecerla."

Suspiraba y afligíase fuertemente. Cabriola, que le estaba

oyendo, le dijo: "Buen amo mío, por favor, no desesperes de tu fortuna; siendo, como eres amable, fuerza es que seas venturoso. En cuanto luzca el día vámonos a la orilla del río."

Dióle Galán dos palmaditas sin decirle nada, y abrumado por la tristeza, se quedó dormido.

En cuanto empezó a clarear, Cabriola se puso a hacer tal número de cabriolas, que le despertó y le dijo: "Vístete, amo mío, y salgamos." Hízole caso Galán. Se levanta, se viste, baja al jardín y se encamina sin darse cuenta a la orilla del río. Allí empezó a pasearse, muy calado el sombrero, cruzado de brazos y sin pensar más que en irse, cuando de repente oyó que le llamaban: "¡Galán! ¡Galán!" Miró a todos lados y a nadie vió; creía estar soñando. Vuelta a pasearse, y vuelta a llamarle: "¡Galán! ¡Galán!"

—¿Quién me llama?—dijo.

Cabriola, que era muy menudo y que al ladito mismo del agua la miraba con atención, dijo:—Es una carpa dorada que estoy viendo.

Presentóse al instante aquella carpa de gran tamaño, y le habló:

—Me salvastes la vida en el prado de los Alisos, donde a no ser por ti la hubiera perdido, y prometí que te lo pagaría. Toma, Galán querido; ve aquí la sortija de la Hermosa de los Cabellos de Oro.

Inclinóse él y la cogió de la boca de la carpa, a la que dió gracias mil.

En lugar de volverse a casa se fué derecho al palacio con Cabriolita, que no cabía en sí de gozo por haber llevado a su amo a la orilla del río. Fueron a decir a la princesa que quería verla.

—¡Ay!—exclamó ella—, el pobre chico vendrá a despedirse de mí; habrá comprendido cuán imposible es lo que quiero, y se irá a decírselo a su señor.

Dieron entrada a Galán, el cual le presentó la sortija diciendo: "Señora princesa, ved vuestra orden cumplida. ¿Os place recibir por esposo al rey mi señor?"

Cuando vió ella su sortija, a la que nada faltaba, le entró un asombro tan grande, tan grande, que creía estar soñando. "En verdad—dijo—, amable Galán, por fuerza tienes un hada que te favorece, porque dentro de lo natural esto no es posible."

—Señora—respondió él—, a ningún hada conozco, sino que tenía vivos deseos de serviros.

—Pues muestras tan buena voluntad—prosiguió ella—, preciso será que me hagas otro favor sin lo cual nunca he de casarme. Hay un príncipe no lejos de aquí, llamado Galifrón, a quien se le ha puesto en la cabeza casarse conmigo. Hizo que me expusieran su deseo con amenazas espantosas, diciendo que si me negaba arrasa-

ría mi reino. Pero dime si puedo aceptarle; es un gigantón más alto que una torre; se come a un hombre entero, lo mismo que un mono se come una castaña. Cuando sale al campo, lleva en los bolsillos unos cañones pequeños, que le sirven de pistolas; y si levanta la voz, deja sordos a los que se ponen junto a él. Mandé que le dijesen que no quería casarme y que me dispensara; pero no ha cesado de perseguirme: mata a todos mis súbditos, y tendrás que batirte con él y traerme su cabeza.

Algo cortado se quedó Galán al oir lo que se le proponía; estuvo un rato pensativo, y dijo luego: "Bien está, señora, lucharé con Galifrón. Creo que saldré vencido, pero moriré como valiente."

Asombróse mucho la princesa, y le dijo mil cosas para evitar que se metiera a tales andanzas. De nada valió. Retiróse él a buscar armas y todo lo necesario. Cuando lo tuvo todo, volvió a meter a Cabriola en la cestita, montó en su buen caballo y se fué a la tierra de Galifrón. Pedía noticias de él a cuantos encontraba, y todos le decían que era un verdadero demonio, al que nadie osaba acercarse; cuando más lo oía decir, más miedo le entraba. Tranquilizábale Cabriola diciéndole:

—Amo mío querido, mientras te estés batiendo con él, yo iré a morderle las piernas, y cuando él baje la cabeza para echarme, le podrás matar.—Admiraba Galán el ingenio del perrito; pero harto sabía que no había de bastarle tal socorro.

Llegó por fin cerca del castillo de Galifrón; todos los caminos estaban cubiertos de huesos y de esqueletos de hombres que se había comido o despedazado. No tuvo que esperar mucho, porque le vió en seguida venir atravesando un bosque. Su cabeza sobresalía por entre los árboles más altos, y cantaba con voz espantosa:

"¿Dónde hay niños, dónde están?
Mis dientes los devorarán.
Tantos, tantos, tantos quiero
que no me basta el mundo entero."

Al punto Galán empezó a cantar con el mismo tono:

"Aquí tienes a Galán.
Esos dientes se te caerán.
No seré muy alto, pero
te he de zurrar; así lo espero."

Los versos eran bastante malos; pero hizo tan de prisa el cantar, que por milagro no le resultó mucho peor; tal era el miedo que tenía. Cuando Galifrón hubo oído aquellas palabras, miró a todos

lados, hasta que vió a Galán, espada en mano, que le dirigía dos o tres injurias para irritarle. No eran tantas las que necesitaba, y así le entró un coraje espantoso, y tomando una maza de hierro, hubiera del primer golpe aplastado al gentil Galán, si un cuervo no hubiera ido a ponerse encima de su cabeza, dándole un picotazo en cada ojo con tal tino, que se los vació. Corríale la sangre por la cara y estaba como furioso, soltando golpes a diestra y siniestra. Esquivábalos Galán, y le tiraba tremendas estocadas, hundiéndole la espada hasta la empuñadura y haciéndole mil heridas, por las que perdió tanta sangre, que cayó en tierra. Galán le cortó la cabeza en seguida, encantado de su buena suerte y el cuervo, que había ido a posarse en un árbol, le dijo:

—No se me ha olvidado el servicio que me hiciste matando el águila que me perseguía: te prometí devolvértelo, y creo que hoy lo he logrado.

—Yo soy el más favorecido—replicó Galán.

Montó después a caballo, cargando con la espantosa cabeza de Galifrón.

Cuando entró en la ciudad, todos iban tras él gritando: "He aquí el valeroso Galán, que acaba de matar al monstruo;" de tal suerte, que la princesa, que oía el rumor, temerosa de que viniesen a anunciarle la muerte de Galán, no se atrevía a preguntar qué le había ocurrido; mas pronto vió entrar a Galán en persona con la cabeza del gigante, que no dejó de infundirle temor, aunque ya no tenía para qué temerle.

—Señora—exclamó él—; muerto está vuestro enemigo. Espero que no desairéis ya al rey mi señor....

—¡Ay!, sí tal—dijo la Hermosa de los Cabellos de Oro—: le desairaré como no halles medio de traerme, antes de que me ponga en camino, agua de la gruta tenebrosa. Cerca de aquí hay una honda gruta que podrá medir seis leguas de contorno; tiene en la entrada dos dragones que impiden el paso; echan fuego por las fauces y por los ojos; cuando se está en la gruta, hállase un ancho agujero por el que hay que bajar, lleno de sapos, víboras y serpientes. En el fondo de ese agujero hay una cavidad donde mana la fuente de la belleza y la salud, y esa agua es la que quiero sin remisión. Cuanto se lava con ella se vuelve maravilloso; la que era hermosa, lo es ya para siempre; la que es fea, se vuelve hermosa; la que es joven, joven se queda; la que es vieja, se torna joven. Ya comprenderás, Galán, que no he de salir de mi reino sin llevármela.

—Señora—le dijo él—, tan hermosa sois, que el agua os es inútil; mas yo soy un embajador sin ventura, en cuya muerte os empeñáis: voy a buscaros lo que pedís, en la certidumbre de que no he de volver.

La Hermosa de los Cabellos de Oro no quiso mudar de propósito, y Galán, con el perrito Cabriola, se puso en camino para ir a la gruta tenebrosa en busca del agua de la belleza. Cuantos encontraba por el camino, decían: "Lástima que tan amable mozo corra a su perdición con tal ánimo; va solo a la gruta, y aunque le precedieran otros ciento, no podría lograr lo que se propone. ¿Por qué la princesa no ha de querer más que cosas imposibles?" Y él seguía adelante, sin decir palabra, pero muy triste.

Llegó a la cumbre de la montaña y se sentó a descansar un poco, dejando que su caballo paciese y que Cabriola corriera detrás de las moscas. Sabía que la gruta tenebrosa no estaba lejos de allí, y miraba a ver si la distinguía, hasta que divisó por fin un feo peñasco negro como la tinta, del que emanaba un humo denso, y al cabo de un instante a uno de los dragones que echaba fuego por los ojos y por las fauces, y tenía el cuerpo amarillo y verde, garras y una larga cola que le daba más de cien vueltas. Cabriola vió todo aquello, y no sabía dónde esconderse del miedo que tenía.

Galán, resuelto a morir, sacó la espada y un frasquito que le había dado la Hermosa de los Cabellos de Oro para que se lo llenase de agua de la belleza, y dijo a su perrito Cabriola: "¡Esto se acabó! Nunca podré conseguir el agua esa que está guardada por dragones. Cuando me veas muerto, llena el frasco de sangre mía y llévaselo a la princesa, para que vea lo que me ha costado; vete después al encuentro del rey mi señor, y refiérele mi infortunio."

Mientras así hablaba, oyó que le estaban llamando: "¡Galán! ¡Galán!"

Dijo: "¿Quién me llama?" y vió, en la oquedad de un árbol añoso, un buho que le hablaba: "Me sacaste de la red en que los cazadores me tenían preso, y me salvaste la vida; prometí pagártelo: ha llegado el momento. Dame ese frasco; todos los caminos de la gruta tenebrosa me son conocidos, e iré a buscarte el agua de la belleza."

Dióle en seguida Galán el frasco, y el buho se entró sin la menor dificultad en la gruta. En menos de un cuarto de hora volvió trayendo la botella con su tapón y todo. Galán se quedó maravillado, le dió las gracias muy rendido, y volviendo a pasar la montaña, se encaminó de nuevo a la ciudad, contentísimo.

Se fué derechamente al palacio y presentó el frasquito a la Hermosa de los Cabellos de Oro, la cual ya nada tuvo que decir; dió las gracias a Galán, pidió cuanto necesitaba para el camino, y emprendió la marcha con él. Encontrábale amable en extremo, y a veces le decía: "Si hubieras querido, yo te hubiera hecho rey; no habrías salido de mi reino." Pero él contestaba: "Aunque me

parezcáis más hermosa que el sol mismo, por todos los reinos de la tierra no querría yo causar a mi señor tal disgusto."

Llegaron por fin a la capital del rey, el cual, sabedor de que llegaba la Hermosa de los Cabellos de Oro, salió a su encuentro y le hizo los regalos más ricos del mundo. Se desposó con ella entre tantos regocijos, que no se hablaba de otra cosa; pero la Hermosa de los Cabellos de Oro, que amaba a Galán en el fondo de su corazón, no estaba a gusto más que cuando le veía, y no se cansaba de alabarle. "A no ser por Galán, nunca hubiera venido—dijo al rey—: ha tenido que hacer cosas imposibles en servicio mío; debes agradecérselo; me ha traído el agua de la belleza y nunca envejeceré; siempre seré hermosa."

Los envidiosos que escuchaban a la reina, dijeron al rey: "No sentís celos, y motivo tenéis para sentirlos. La reina ama de tal modo a Galán, que por él pierde las ganas de comer y beber: no hace más que hablar de él."

El rey dijo: "Cierto es, ya me doy cuenta de ello: que le encierren en aquella torre, con grillos en los pies y en las manos."

Fué preso Galán, y en pago de haber servido tan bien al rey, le encerraron en la torre con grillos en los pies y en las manos. No veía más que al carcelero, que por una abertura le echaba un mendrugo de pan negro y agua en una escudilla de barro. Pero su perrito Cabriola no le abandonaba, e iba siempre a consolarle y a contarle todas las noticias.

Cuando la Hermosa de los Cabellos de Oro supo su desgracia, fué a echarse a los pies del rey, y llorando le suplicó que sacara de la prisión a Galán. Pero cuanto más le rogaba, tanto más se irritaba él, porque pensaba: "Eso es que le quiere;" y no quiso ceder. No volvió ella a hablar, y se puso muy triste.

Dióse cuenta el rey de que acaso ella no le encontraba muy guapo, y entró en ganas de frotarse el rostro con el agua de la belleza, para que la reina le amase un poco más. La tal agua estaba en un frasco al borde de la chimenea del cuarto de la reina que la tenía puesta allí para contemplarla más a menudo; y sucedió que una de sus camaristas quiso matar una araña de un escobazo, y tuvo la desgracia de tirar al suelo el frasco, que se rompió, derramándose toda el agua. Lo barrió en seguida, y no sabiendo qué hacer, se acordó de que había visto en el gabinete del rey un frasco muy parecido, lleno de agua clara, como el del agua de la belleza; lo cogió cautelosamente, sin decir nada, y lo puso encima de la chimenea de la reina.

El agua que tenía el rey en su gabinete servía para dar muerte a los príncipes y grandes señores que cometían algún crimen; en vez de cortarles la cabeza o ahorcarlos, frotábaseles el rostro con el

agua aquella; quedábanse como adormecidos y no volvían a despertar. Pues una noche fué el rey, cogió el frasco, se frotó bien la cara, se quedó adormecido y se murió. El perrito Cabriola fué de los que antes lo supieron, y no dejó de ir a contárselo a Galán, quien le rogó que fuese a ver a la Hermosa de los Cabellos de Oro, y le hiciese acordarse del pobre prisionero.

Cabriola se fué escurriendo, poquito a poco, entre la multitud, porque había mucho jaleo en la Corte a causa de la muerte del rey. Dijo a la reina: "Señora, no os olvidéis del pobre Galán." Recordó ella en seguida las penalidades que él había sufrido por su causa, movido por su extrema fidelidad. Salió sin decir nada a nadie, se fué derecho a la torre, y quitó con sus propias manos los grillos de los pies y de las manos de Galán, y poniéndole una corona de oro en la cabeza y el manto real en los hombros, le dijo: "Ven, amable Galán: te hago rey y tomo por marido."

Echóse él a sus pies, dándole gracias. Todos se sintieron dichosos de tenerle por señor. Hubo las más ricas bodas del mundo, y la Hermosa de los Cabellos de Oro vivió mucho tiempo al lado del hermoso Galán, felices los dos y satisfechos.

Moraleja

Si un desgraciado te pidiera ayuda,
sé generoso y tiéndele tu mano;
recompensa tendrá tu acción, sin duda,
tarde o temprano.
A la carpa Galán y al cuervo ampara,
y al buho, feo bicho. ¿Quién pensara
que su acción meritoria
tal premio alcanzaría
y que por ellos iba a verse un día
levantado a las cumbres de la gloria?
Logra su empeño:
le mira con agrado la princesa,
y siempre fiel a su señor y dueño,
sabe salir triunfante,
y logra hacer callar, en ardua empresa,
la dulce voz del corazón amante.
Y en la cárcel, por fin, cuando parece
más imposible el logro de su anhelo,
un milagro le ofrece,
propicio siempre a la virtud, el cielo.

(Traducción de E. Diez Canedo).

PULGARCITO

GRIMM



PULGARCITO



O conciliaba el sueño un pobre labrador que estaba sentado una noche junto al hogar atizando el fuego; su mujer hilaba a su lado y él decía:

—¡Cuánto siento no tener hijos! ¡Qué silencio hay en nuestra casa, mientras en las demás todo es alegría y ruido!

—Sí—respondió la mujer suspirando—; yo me daría por satisfecha aunque no tuviésemos más que uno. Aunque fuese pequeño como el dedo pulgar, le querríamos con todo nuestro corazón.

Sintió la mujer que se ponía mala, y al cabo de siete meses dió a luz un niño que no era más alto que el dedo pulgar.

Entonces dijeron:

—Es como lo habíamos deseado; no por eso debemos dejar de quererle.

Sus padres le llamaron Pulgarcito, a causa de su poca estatura.

Le criaron lo mejor que pudieron; pero no creció nada. Tenía ojos inteligentes, y manifestó bien pronto astucia y actividad para llevar a cabo cuantas cosas se le ocurrían.

Preparábase un día el labrador para ir a cortar leña a un bosque y pensaba.

—¡Con qué gusto encontraría quien me guiase el carro!

—Padre—exclamó Pulgarcito—, yo me encargo de llevar el carro. No tengáis cuidado; llegará al bosque a buen tiempo.

El hombre se echó a reir, y dijo:

—Eso no es posible: eres demasiado pequeño para llevar el caballo de la brida.

—No importa, padre. Si mi madre quiere enganchar, me sentaré en la oreja del caballo y le guiaré.

—Está bien—contestó el padre—: lo probaremos.

Cuando llegó la hora de marchar, la madre enganchó el caballo y metió a Pulgarcito en la oreja.

El hombrecillo le guiaba tan bien, que el carro iba como si le llevara un buen carretero y llegó sin tropiezos al bosque.

Al dar la vuelta a un recodo del camino, el hombrecillo gritaba:

—¡Soo, arre!

En esto pasaron dos forasteros.

—¡Hola!—exclamó uno de ellos.—¿Qué es eso? Mira ese carro tan original: se oye la voz del carretero y no se ve a nadie.

—Es una cosa bastante extraña—dijo el otro—. Vamos a seguirle y veremos en dónde se detiene.

El carro continuó su camino y se detuvo en el bosque, precisamente donde estaba la leña cortada.

Cuando Pulgarcito vió a su padre, dijo:

—¿Ves, padre, cómo he venido con el carro? Bájame ahora.

El padre cogió con una mano la brida, sacó con la otra a su hijo de la oreja del caballo y le puso en el suelo; el pequeñuelo se sentó alegremente en una arista.

Al ver a Pulgarcito se admiraron los dos forasteros, no sabiendo qué decir.

Uno de ellos llamó aparte al otro y le dijo:

—Ese chiquillo podría hacer nuestra fortuna si le enseñásemos por dinero: hay que comprarle.

Se acercaron al labrador y le dijeron:

—Véndenos ese enanillo; le irá bien con nosotros.

—No—respondió el padre—, es mi regalo y no le vendo por todo el oro del mundo.

Al oir la conversación, Pulgarcito trepó por los pliegues del vestido de su padre hasta llegar a sus hombros y le dijo al oído:

—Padre, vendedme a esos hombres, que pronto volveré.

Su padre le vendió por una hermosa moneda de oro.

—¿Dónde quieres sentarte?—le dijeron.

—¡Ah! Sentadme en el ala de vuestro sombrero; en ella podré pasearme y ver el campo sin caerme.

Hicieron lo que él quería, y en cuanto Pulgarcito se despidió de su padre, marcharon con él y caminaron hasta la noche.

Entonces les gritó el hombrecillo:

—¡Bajadme, necesito bajar!

—Quédate en el sombrero—dijo el hombre—. Poco me importa lo que tengas que hacer; los pájaros echan cosas peores.

—¡No, no!—dijo Pulgarcito—. Y yo sé muy bien qué tengo que hacer.

El hombre le cogió y le puso en el suelo, en un campo lindante con el camino.

Pulgarcito corrió un instante entre los surcos y se metió de pronto en un agujero que había buscado expresamente.

—¡Buenas noches, caballeros, seguid vuestro camino sin mí! —les gritó riendo.

Se volvieron corriendo, y aunque metieron palos en el agujero, fué trabajo perdido.

Pulgarcito se escondía más adentro cada vez, y como empezaba a oscurecer, tuvieron que volverse a su casa incomodados y con las manos vacías.

Cuando estuvieron lejos, salió Pulgarcito de su escondrijo.

Temió aventurarse por la noche en medio del campo, pues una pierna se rompe en seguida. Por fortuna, encontró un caracol vacío.

—A Dios gracias—dijo—, pasaré la noche en seguridad aquí dentro.

Y se estableció allí. Poco después, cuando iba a dormirse, oyó pasar dos hombres y que el uno decía al otro:

—¿Cómo nos arreglaremos para robar el oro y la plata a ese cura tan rico?

—Yo os lo diré—les gritó Pulgarcito.

—¿Qué es eso?—exclamó uno de los ladrones asustado—. He oído hablar a alguien.

Se detuvieron a escuchar, y entonces Pulgarcito gritó de nuevo:

—Llevadme con vosotros, y os ayudaré.

—¿Dónde estás?

—Buscadme por el suelo, en el sitio de donde sale la voz.

Los ladrones concluyeron por encontrarle.

—¡Tunantuelo!—le dijeron.—¿En qué puedes sernos útil?

—Mirad—les dijo—: me deslizaré por entre los hierros de la ventana en el cuarto del cura y pasaré todo lo que pidáis.

—Bueno; veremos lo que puedes hacer—le dijeron.

Cuando llegaron a la casa del cura, Pulgarcito entró en el cuarto y se puso a gritar con todas sus fuerzas:

—¿Queréis todo lo que hay aquí?

Los ladrones, asustados, le dijeron:

—¡Habla bajo; vas a despertar a la gente!

Pero él, haciendo como si no los oyera, gritó de nuevo:

—¿Qué es lo que queréis? ¿Queréis todo lo que hay aquí?

La cocinera, que dormía en el cuarto de al lado, oyó aquel ruido, se levantó y escuchó.

Los ladrones habían echado a correr. En fin, tomaron ánimo y creyendo únicamente que el picarillo quería divertirse a sus expensas, volvieron atrás y le dijeron en voz baja:

—¡Déjate de bromas y pásanos algo!

Entonces Pulgarcito se puso a gritar con todas sus fuerzas:

—Voy a dároslo todo: tended las manos.

La cocinera oyó bien claro esta vez; saltó de la cama y corrió a la puerta.

Los ladrones, viendo esto, echaron a correr como si el Diablo los siguiera. No viendo nada, la cocinera fué a encender una luz.

Cuando llegó, Pulgarcito fué a ocultarse en el pajar sin que le viesen.

La criada, después de haber registrado todos los rincones sin descubrir nada, fué a acostarse, y creyó que había soñado con los ojos abiertos.

Pulgarcito había subido sobre el heno, donde encontró sitio para dormir y descansar allí hasta el día, para volver luego a casa de sus padres.

¡Pero debía sufrir tántas pruebas todavía! ¡Hay tánto malo en el mundo!

La cocinera se levantó al amanecer para echar pienso al ganado. Su primera visita fué al pajar. Cogió un brazado de heno con el pobre Pulgarcito dormido dentro. Dormía tan profundamente, que no lo notó ni se despertó hasta que estuvo en la boca de una vaca que le había cogido al zamparse un puñado de heno. Creyó en un principio que había caído dentro de un molino; pero comprendió bien pronto dónde estaba. Entonces tuvo que tener cuidado para que no le mascaran, y bajó de la garganta a la panza.

—Se han olvidado las ventanas—dijo—en este cuarto, y no se ve ni sol ni luz.

La casa le desagradaba mucho, y lo peor era que entraba siempre heno y el sitio era cada vez más estrecho.

Lleno de terror, gritó al fin lo más alto que pudo:

—¡Basta de heno! ¡Basta de heno! ¡No quiero más!

La criada estaba precisamente en aquel momento ordeñando la

vaca. Al oir aquella voz sin ver a nadie, reconoció que era la que la había despertado ya la noche anterior, y se asustó tanto, que se cayó al suelo y derramó la leche.

Fué corriendo a buscar a su amo y le dijo:

—¡Oh, Dios mío! ¡Señor cura, que habla la vaca!

—¡Tú estás loca!—respondió el cura; pero fué al establo a ver lo que pasaba.

Apenas había entrado, gritó de nuevo Pulgarcito:

—¡Basta de heno! ¡No quiero más!

El cura se asustó a su vez, creyendo que la vaca tenía el Diablo en el cuerpo, y mandó matarla.

Hiciéronlo así, y la tripa en que se hallaba prisionero el pobre Pulgarcito fué arrojada a la basura.

El pobrecito trabajó mucho para salir.

Cuando empezaba a sacar la cabeza, le sucedió una nueva desgracia.

Un lobo hambriento se arrojó sobre la tripa y se la tragó de una vez. Pulgarcito no perdió ánimo.

—¡Quizás!—pensaba—será tratable este lobo.

Y desde su vientre, donde estaba encerrado, le gritó:

—Querido lobo, puedo enseñarte un sitio donde hallarás una ubena comida.

—¿Dónde?—le dijo el lobo.

—En tal casa: no tienes más que entrar por el albañal en la cocina, y encontrarás tortas, tocino, salchichas, cuanto quieras comer.

Y le designó la casa de su padre con la mayor exactitud.

El lobo no se lo hizo decir dos veces: se introdujo de noche por un albañal, y una vez allí, devoró en la despensa lo que quiso.

Cuando estuvo harto quiso salir, pero estaba tan relleno con el laimento, que no pudo conseguir pasar por el albañal.

Pulgarcito, que había contado con esto, comenzó a hacer un ruido terrible en el vientre del lobo, gritando y alborotando con todas sus fuerzas.

—¿Quieres callarte?—le dijo éste—. Vas a despertar a todos.

—¿Y qué?—le respondió el pequeño— ¿No te has hartado tú de comer? También yo quiero divertirme.

Y se puso a gritar todo lo que pudo.

Concluyó por despertar a sus padres, que corrieron a la despensa y miraron por la rendija.

Cuando vieron que había un lobo, se armaron, el hombre con una hacha y la mujer con una hoz.

—Ponte detrás—dijo el hombre a su mujer cuando entraron en el cuarto—: si al darle un hachazo no se muere, le cortas el vientre.

Pulgarcito, así que oyó la voz de su padre, se puso a gritar:

—¡Soy yo, querido padre, quien está dentro del lobo!

—¡Gracias a Dios—dijo éste lleno de alegría—que hemos encontrado a nuestro querido hijo!

Y mandó a su mujer que dejara la hoz, para no herir a su hijo. Después levantó su hacha, y tendió muerto al lobo de un golpe en la cabeza; en seguida le abrió el vientre con un cuchillo y tijeras, y sacó al pequeño Pulgarcito.

—¡Ah, hijo mío!—dijo el padre—¡Cuánto hemos sufrido por ti!

—Sí, padre: he andado mucho por el mundo; pero, por fortuna, heme aquí, vuelto a la luz.

—¿Dónde has estado?

—¡Ah, padre! He estado en un hormiguero, en la panza de una vaca y en el vientre de un lobo. Ahora me quedo aquí con vosotros.

—¡Y no volveremos a venderte por todos los tesoros del mundo! —dijeron sus padres abrazándole y estrechándole contra su corazón.

Le dieron de comer y le compraron vestidos nuevos, porque los suyos se habían estropeado en el viaje.





EL PATITO FEO

MONTE NEGRO.



EL PATITO FEO



A campiña sonreía con las gracias del verano; las doradas mieses cimbreaban sobre la verde avena y en los prados, de un verde más intenso, se alzaban montones de heno que embalsamaban el ambiente. Numerosas cigüeñas paseaban encaramadas sobre sus largas y rojizas patas, musitando en el antiguo idioma del Egipto de los Faraones, que ellas solas hablan con pureza. Grandes bosques rodeaban los campos y las praderas, y acá y acullá, un estanque fulguraba al sol.

En medio de esta espléndida naturaleza se elevaba un vetusto castillo rodeado de profundos fosos llenos de agua, y las murallas estaban cubiertas de una selvática vegetación de hiedra y plantas trepadoras que caían sobre los cañaverales y los nenúfares de anchas hojas.

En una tronera de la muralla se veía el nido de una ánade que allí empollaba sus huevos, ansiosa de verlos abrirse, pues la pesaba

la soledad, siendo visitada rara vez por las otras ánades vecinas, que, como verdaderas egoístas, pasaban el tiempo chapuzando en el lodo.

Al cabo se abrió un huevo; se rompió el cascarón, se oyó un dulce "pío, pío," y asomó la cabecita de un pato. Otro llegó al día siguiente, y a aqueste siguió un tercero. Mucho se agitaban los animalitos, lanzando ya gozosos *rap, rap*, adelantando con curiosidad la cabeza a través de las hojas verdes que tapizaban su nido.

Lo primero que dijeron los patitos fué: "¡Qué grande es el mundo!" y en efecto, se hallaban mucho más cómodamente que en el reducido espacio de un cascarón.

"Tal vez creéis, dijo la madre, que lo que véis desde aquí es todo el universo. Desengañaos, se extiende mucho más allá del jardín, hasta la iglesia cuyo campanario vi una vez; pero no he ido nunca más lejos."

"Veamos, añadió poniéndose de pie, ¿habéis salido todos? ¡Ay! no, intacto está el mayor de los huevos. ¿Cuánto durará aún? Comienzo a cansarme."

Y se arrellanó de nuevo. "Buenos días, amiga, la dijo de repente una ánade entrada en años que pasaba a visitarla, ¿cómo va la salud?"

—¡Ay! estoy muy cansada con uno de mis huevos que no quiere abrirse, respondió la madre. Pero, en cambio, mirad mis patitos, a buen seguro que nunca habréis visto cosa más mona. ¡Cómo se parecen a su padre! El malvado no viene siquiera a darnos los buenos días.

—Enseñadme ese famoso huevo, dijo la comadre, que añadió después de haberlo visto: Creedme, es un huevo de pavo. A mí me engañaron así también una vez, y cuando los malditos pavitos que me habían dado a empollar, vinieron al mundo, tuve con ellos mucho que pasar; por más penas que me di para hacerlos ir al agua, no hubo medio de conseguirlo. Os repito que no me cabe duda, es un huevo de pavo: en vuestro lugar lo abandonaría y me ocuparía al momento de enseñar a nadar a mis pequeñuelos.

—¡Oh! he estado empollando tantos días que bien puedo esperar algo más, dijo el ánade.

—Pues divertíos, respondió la comadre, y se marchó.

Al cabo, el cascarón del huevo voluminoso se abrió y salió piando un animalillo muy grande, muy feo y muy mal proporcionado.

—"¡Jesús! ¡qué monstruo!—exclamó la madre—; no se parece ni pizca a los otros; ¿será realmente un pavo? Vamos a verlo; voy a llevarlo al agua y si no quiere entrar de grado, lo echaré por fuerza."

Al día siguiente, el tiempo era hermosísimo; el ánade salió por vez primera seguida de su familia y bajó a orillas del foso. ¡Pum! hétela en el agua. *Rap, rap,* grita, y los anadoncillos, uno en pos de otro, se echan al agua, se zambullen, pero vuelven a aparecer al momento y nadan de un modo admirable, moviendo las patas según las reglas. Todos estaban en el agua, hasta el horroroso ceniciento que saliera del huevo grande.

"Pues ¡no es un pavo! dijo la madre. Se sirve muy bien de sus patas y se tiene muy tiesecito. No hay duda, es hijo mío. En verdad, mirándolo con atención, es muy bonito.

"*Rap, rap*! Vamos, hijos míos, seguidme, dirijámonos al gran estanque donde voy a presentaros a los vecinos. No os despeguéis de mis alas; y ¡mucho cuidado con el gato!"

En el estanque había un tumulto, una batahola extraordinaria. Dos grupos de ánades se disputaban a grandes picotazos una cabeza de anguila. A lo mejor de la batalla, el gato, que parecía dormitar en la orilla, sacó al suelo de un zarpazo la disputada cabeza y comenzó a devorarla tranquilamente.

"Ahí véis, hijos míos, dijo el ánade, lo que es el mundo; lleno está de sorpresas y acechanzas, y por esto debéis aprender a conduciros conforme a las reglas de la sabiduría. Doblad el cuello y saludad profundamente a aquel anciano pato que allí véis; es de raza española y la cinta encarnada que adorna su pata es un distintivo honorífico que le han puesto para que la cocinera no se equivoque y no lo meta en el asador confundiéndolo con otro."

"Aprended a decir *rap, rap,* bien a compás. No echéis las patas hacia dentro, es de muy mal tono; abridlas bien hacia fuera como yo hago."

Los pequeñuelos hacían con docilidad cuanto su madre ordenaba; pero, por más galanura y cortesía que desplegaban, los demás ánades los miraban de mal ojo y decían: "¡Cómo!. . . . ¡otra pollada! Como si no fuésemos ya bastante numerosos para la comida que nos echan. ¡Por vida mía! exclamó un anadino, ¡esto es demasiado!. . . . ¡Atrás! Mirad el aspecto de este patito, no es posible que lo guardemos entre nosotros." Y precipitándose sobre el pobre ceniciento, le tiró de las plumas y le maltrató. "Vamos, malvado, dijo la madre, déjalo que no hace daño a nadie." "Verdad es, respondió el otro; pero no es dable ser tan gordo a tus años. ¡Qué mal hecho es!. . . . ¡Deshonra a nuestra raza!"

El obeso pato español se había acercado y alabó por lo sumo la gracia y donaire de los nuevos patitos. ¡Lástima es—dijo—, que haya entre ellos esa especie de monstruo; ¡qué plumaje más feo tiene!

—No diré que no, respondió la madre; pero es buen muchacho

y de muy dulce carácter. Nada, además, mucho mejor que todos los otros. Tal vez se arregle con el tiempo, pues ha permanecido en el cascarón más de lo justo y eso, sin duda, lo ha desfigurado.

"En segundo lugar, añadió el ánade peinándole con el pico las plumas algo espeluznadas por el ataque que había sufrido, es un macho, y no importa así gran cosa que sea bien o mal parecido."

—Si os consoláis, tanto mejor, respondió el pato español. Vuestros hijuelos son encantadores. Bien venidos sean entre nosotros; pero, si dan con alguna golosina, como por ejemplo, una cabeza de anguila, que no se olviden de traérmela. Soy el jefe del estanque y quiero que se me tenga respeto."

La nueva parva fué muy bien acogida por los antiguos, excepto el patito ceniciento que no dejó de ser mordido, zarandeado, perseguido. Hasta las gallinas se burlaban de él y lo hallaban deforme. Había en el corral un pavo que se paseaba de ordinario, soplando como si fuese el árbitro del universo. A la vista del patito se infló como la vela de un ave que el viento llena, y se arrojó, furioso, sobre el pobre animal; al llegar a las orillas del estanque, viendo que no podía alcanzar al objeto de su cólera, se puso encendido como un pavo que era y lanzó furibundos *glu-glus*. El infeliz anadoncillo no tenía un momento de solaz, siendo de continuo apaleado y picoteado. El recuerdo de los malos tratos que había sufrido durante el día no le dejaba dormir por la noche.

Sus penas fueron aumentando con sus días. Hasta sus hermanos de echadura se mofaban de él y decían: "¡Por qué no cogerá el gato a este fenómeno que nos avergüenza!" La madre que lo había defendido en un principio, acabó por decir a cada paso: "¡Llévete la muerte, si quiere complacerme!" Y los otros se le iban encima con el pico y las alas abiertas; la criada que llevaba la pitanza a la gente de pluma, le daba de puntapiés cuando se aproximaba para coger algún desperdicio de cocina.

Al fin, no pudiendo resistir más, alzó el vuelo por encima de los vallados, de los jardines y praderas; los pajarillos que anidaban en los árboles huían despavoridos oyendo el ruido de sus alas pesadas y sin experiencia.

"Los asusto con mi fealdad," pensaba; y cerró los ojos para no ver las lindas avecillas huir delante de él. Siguió volando y llegó a un inmenso pantano habitado por patos selváticos, donde se detuvo, fatigado por la caminata y el pesar, y pasó la noche acurrucado entre los juncos.

Al amanecer llegaron los patos selváticos que consideraron con curiosidad al recién venido. "¿De dónde sales, de qué raza eres?" —le preguntaron. El patito hacía saludos muy torpes como una criatura avergonzada de su mal porte.

"Puedes vanagloriarte de ser horriblemente feo—añadieron los otros.—Pero, ¿qué nos importa si no se te ocurre casarte con una de nuestras hijas?" ¡Pobre desgraciado! Seguramente no pensaba en casarse, y se consideró muy feliz de que se dignasen tolerarlo, permitiéndole buscar el sustento en los pantanos y dormir entre las cañas.

Hacía algunos días que estaba allí, cuando llegaron varios ansarones que venían de muy lejos, de los países del Norte; pero, eran jóvenes y en la juventud no se teme aventurarse.

"Amigo—dijeron al patito—, tienes un aire tan grotesco que nos divierte el verte. Ven con nosotros, y como nosotros, serás ave de paso. Cerca de aquí, en otro pantano, hay algunas ánades selváticas que son muy agradables, y como ven muy poca gente y no son peritas en cuestión de hermosura, tal vez gustes de alguna de ellas a pesar de tu fealdad."

¡Pif, paf! se oyó de pronto, y los dos ansarones cayeron al agua exánimes. ¡Pif, paf! Bandadas enteras de ánades y patos salieron de los cañaverales huyendo en todas direcciones. Los tiros seguían estallando; era una gran cacería. Había hombres en las orillas del pantano, en las ramas de los sauces y de los álamos que sobre el agua avanzaban. El azulado humo de la pólvora formaba una nube. Los perros entraron en el agua, ladrando, doblando las cañas y los juncos, acercándose al escondite del patito. ¡Qué angustiosa espera! Iba a meterse la cabeza bajo el ala para no ver semejantes horrores, cuando apercibió delante de él a un perro enorme, con los ojos relucientes de furor y la boca abierta cuajada de formidables dientes; pero, después de haberlo mirado un instante, el perro se alejó en busca de una presa más digna.

"Al fin y al cabo, dijo el patito al volver en sí, mi fealdad me habrá servido de algo; he repugnado hasta a ese perro voraz."

Y esto diciendo se escondió en lo más espeso de la junquera, hasta que los tiros cesaron y se fueron los cazadores. Después de muchas horas y tomando precauciones infinitas, salió del agua y huyó con cuanta ligereza pudo, cruzando los campos a los fulgores y al fragor de la tormenta, hasta verse lejos del pantano maldito.

Al anochecer llegó a una miserable cabaña, tan deteriorada que puede decirse que si se mantenía en pie era por no saber de qué lado caerse. El viento arreciaba y para ponerse a cubierto, el patito entró por la puerta entornada. Vivía allí una buena mujer con su gato que llamaba *mi hijo* y sabía hacer *ron–ron* y despedir chispas cuando le pasaban la mano contra el pelo, y una gallina con las patas muy cortas que la mujer adoraba porque le ponía huevos.

Al día siguiente notaron la presencia del intruso; el gato comenzó a hacer *ron–ron* y la gallina *glu–glu*.

"¿Qué sucede?" preguntó la mujer; y a fuerza de mirar, acabó por descubrir al fugitivo que tomó por un ánade. "¡Qué fortuna! exclamó, voy a tener huevos de pato y los haré empollar."

Y alimentó muy bien al patito. Fueron éstos los primeros días felices de su vida; pero ¡ay! después de tres semanas, cuando se verificó que no ponía, comenzaron de nuevo sus tribulaciones.

La gallina era casi el ama de la casa; decía siempre: *Nos y los otros*, y este *nos*, que comprendía a ella, a la mujer y al gato, lo colocaba muy por encima del universo. El patito se atrevió a emitir una opinión contraria.

Encolerizada, exclamó: "¿Sabes poner huevos?—No. Pues bien, cállate; no cuentas en el mundo.—¿Puedes hacer *ron–ron*, despedir chispas? preguntó el gato.—No.—En ese caso no puedes tener un parecer. Conténtate con oir a las bestias sensatas."

El patito se calló y volvió a su rincón, sintiéndose de nuevo desgraciado. De pronto una ráfaga de aire penetró en la cabaña y el anadoncillo sintió un vivo deseo de nadar y habló de ello a la gallina. "He ahí lo que es no hacer nada, dijo ésta; la ociosidad inspira las ideas más estrafalarias. Pon huevos o haz *ron–ron* y se disiparán."

—¡Es tan agradable solazarse en el agua, zambullirse!—¡Pierdes el juicio! Pregúntale al gato, que es el animal más cuerdo que conozco, si es bueno meterse en el agua. No digo lo que pienso yo. Pregúntaselo al ama, mujer de experiencia.—No podéis comprenderme, dijo el pato.—¡No comprenderte! ¿Acaso crees tener más ingenio que la buena mujer y el gato? No hablo de mí. Vamos, hijo mío, sé modesto, pues Dios podría retirarte, de lo contrario, sus beneficios. Te ha hecho dar con esta casa do hace un calor agradabilísimo; tienes nuestra sociedad de la que podrías aprovecharte para instruirte. Yo, por mí, no deseo más que abrirte la inteligencia. Si te canto las verdades, es porque te quiero. No hay en el mundo más que dos cosas, hijo mío: poner huevos o hacer *ron–ron*. Aprende una cosa o la otra.—Tal vez viajando me afinaré un poco, dijo el patito.—Sí, me parece que no te sentará mal, dijo la gallina, pues tienes mucho que aprender."

Y el patito se fué, y voló hasta dar con un estanque en el que se bañó y olvidó las tonterías de la gallina.

Vino el otoño. Cayeron secas las hojas de los árboles y fueron arrebatadas por el viento. Nubes formadas de nieve ocultaban el sol, y los cuervos graznaban en los aires. Los tormentos del patito continuaron, pero tuvo más tarde un día de ventura. El sol había lucido y se ponía entre purpúreas nubes. De pronto pasó una bandada de aves tan grandes y magníficas que nunca las había visto el anadoncillo; poseían largos cuellos que retorcían con gracia, y

una pluma blanca como el armiño: eran cisnes. Daban un grito especial, y con las alas abiertas iban a los países del Sur en busca del calor. Se elevaban a una altura prodigiosa y el patito experimentaba a su vista una sensación desconocida. Se volvió en el agua hacia ellos e, involuntariamente, lanzó un grito tan agudo y singular que se asustó a sí mismo. ¡Cuánto amaba a aquellas aves sin conocerlas ni saber adónde iban!

Cuando desaparecieron, zambullóse hasta el fondo del agua, más conmovido que nunca lo estuvo. No sentía envidia. El pobrecillo que se habría creído feliz si los patos le hubiesen sufrido en su seno, no pensaba que pudiese ser nunca otra cosa que un sér repugnante.

El invierno fué muy riguroso; los estanques se helaron y el patito tuvo que nadar de continuo, hasta de noche, para impedir que el hielo se formase en torno de sus patas. Pero al fin se cansó, se paró y quedó aterido.

Por la mañana, un aldeano que acertó a pasar por allí, rompió el hielo y llevó a su mujer el patito que se reanimó con el calor. Los niños quisieron jugar con él; pero, como los malos tratos le habían vuelto miedoso, huyó desconcertado, creyendo que querían hacerle daño; al correr tropieza y tira por tierra un gran tazón de leche; la aldeana le persigue con la escoba; cae nuestro pato en un tonel lleno de harina y con sus aletazos eleva nubes de blancuzco polvo; a todo esto los niños se divertían de lo lindo y se empujaban, con grandes risotadas, por coger al pato. Una bocanada de aire abrió felizmente la puerta y el animal pudo salir y volar a ocultarse entre la leña.

Muy triste sería relatar todas las penas y trabajos que tuvo que sufrir en este crudo invierno. En fin, lució de nuevo el sol y de nuevo resonó el canto de la alondra. Tan hermosa era la primavera como espantoso había sido el invierno.

El pato había crecido mucho y sus alas habían ganado en fuerza. Sin reparar en ello, se elevó en los aires mucho más alto de lo que hubiese esperado. Cuando hubo volado a su antojo descendió a la tierra y se halló en un vasto parque; los saucos y la blanca espina estaban en flor. Por entre los árboles y arbustos serpenteaba un límpido riachuelo que terminaba en un gran lago circundado de un verde césped. ¡Qué hermoso era!. . . . ¡Qué deliciosa frescura bajo las umbrosas arboledas! De pronto, el pato vió aparecer en el lago tres magníficos cisnes, que resbalaban ligeramente sobre las aguas con las alas tendidas como las velas de una barquilla.

Una suave melancolía acometió al pato cuando los vió. "Conozco a estas aves reales, se dijo; quiero ir a admirarlas desde cerca; me matarán y tendrán razón, pues un fenómeno como yo no tiene

derecho a acercárseles. Pero, poco me importa; más vale morir a sus picos que ser maltratado por los ánades, sermoneado por las gallinas, perseguido por todo el mundo."

Y nadó hacia las hermosas aves, que, tan luego notaron su presencia, se lanzaron hacia él con gran ruido de alas.

"Sí, ¡ya sé que váis a matarme!"—dijo el pobre animal, y bajó la cabeza hacia la superficie del agua esperando la muerte. Pero, ¿qué es lo que vió en los cristales del lago? Su propia imagen; no era ya el pato deforme, de un gris sucio: era un cisne.

Poco importa haber sido empollado por un ánade, entre los patos, con tal de haber salido de un huevo de cisne; al fin y al cabo, la raza domina.

El joven cisne no sentía ya sus penas y pasados infortunios que le hacían apreciar toda la dulzura de su felicidad actual. Los otros cisnes le rodeaban y lo acariciaban tiernamente con sus picos.

Varios niños llegaron a orillas del estanque y echaron en él pan: el más jovencito exclamó: "¡Hay uno nuevo!"

—"¡Uno nuevo, uno nuevo!" gritaron los otros y fueron a prevenir a sus padres, y regresaron con golosinas que echaron al agua para el nuevo. "Es el más hermoso de todos, decían. ¡Qué nobleza, qué gracia!"

El, confuso, no sabía lo que hacía, tan encantado se hallaba. En vez de ensoberbecerse como tantos plebeyos medrados, tenía más bien vergüenza y escondía su cabeza bajo el ala. Pensaba en todas las crueles persecuciones que había sufrido, y ahora le decían el más hermoso de aquellas magníficas aves, iba a reinar con ellas en este lago encantador rodeado de deliciosos bosques. Levantó entonces su gracioso y flexible cuello, abrió sus alas que hinchó el blando céfiro y resbaló con elegante abandono por la superficie de las aguas, diciéndose interiormente: "Nunca, cuando era el patito ceniciento, pensé, ni en sueños, con semejante felicidad."

ANDERSEN.



EL PRINCIPE FELIZ

WILDE


MONTE
NEGRO



EL PRINCIPE FELIZ



OMINANDO la ciudad, sobre una alta columna, se elevaba la estatua del Príncipe Feliz. Era toda dorada, cubierta de tenues hojas de oro fino; tenía, por ojos, dos brillantes zafiros, y un gran rubí rojo centelleaba en el puño de su espada. Todo esto le hacía ser muy admirado.

—Es tan hermoso como una veleta—observaba uno de los concejales de la ciudad, que deseaba granjearse una reputación de hombre de gusto artístico—; sólo que no es tan útil,—añadía, temiendo que le tomasen por hombre poco práctico, lo que realmente no era.

—¿Por qué no eres como el Príncipe Feliz?—preguntaba una madre sentimental a su hijito, que lloraba pidiendo la luna—. Al Príncipe Feliz nunca se le ocurre llorar por nada.

—Me alegro de que haya alguien en el mundo completamente

feliz—murmuraba un desengañado, contemplando la maravillosa estatua.

—Tiene todo el aspecto de un ángel—decían los niños del Hospicio al salir de la Catedral, con sus brillantes capas escarlatas y sus limpios delantales blancos.

—¿En qué lo conocéis?—replicaba el profesor de matemáticas.—Nunca vísteis ninguno.

—¡Oh, los hemos visto en sueños!—contestaban los niños; y el profesor de matemáticas fruncía el entrecejo y tomaba un aire severo, pues no podía aprobar que los niños soñasen.

Una noche voló sobre la ciudad una pequeña golondrina.

—¿Dónde me hospedaré?—se preguntó—. Espero que habrán hecho preparativos para recibirme.

Entonces vió la estatua sobre su alta columna.

—Voy a guarecerme allí—se dijo—. El lugar es bonito y bien aireado.

Así, fué a posarse justamente entre los pies del Príncipe Feliz.

—Tengo una alcoba dorada—se dijo dulcemente, mirando a su alrededor. Y se dispuso a dormir. Pero no había acabado de esconder la cabeza bajo el ala, cuando le cayó encima una gran gota de agua.

—¡Qué cosa tan rara!—exclamó—No hay una nube en todo el cielo, las estrellas están claras y brillantes, y sin embargo, llueve.

Entonces, cayó otra gota.

—¿Para qué sirve una estatua si no resguarda de la lluvia?—dijo—. Voy a buscar una buena chimenea.

Y decidió llevar su vuelo a otra parte.

Pero, antes de que abriese las alas, cayó una tercera gota; y mirando hacia arriba, vió. . . . ¡Ah, lo que vió!

Los ojos del Príncipe Feliz estaban llenos de lágrimas, y lágrimas corrían por sus doradas mejillas. Tan bello era su rostro, a la luz de la luna, que la golondrina se sintió llena de compasión.

—¿Quién sois!—preguntó.

—Soy el Príncipe Feliz.

—Entonces ¿por qué lloráis? Casi me habéis empapado.

—Cuando estaba en vida y tenía un corazón de hombre—contestó la estatua—, yo no sabía lo que eran las lágrimas, pues vivía en el Palacio de la Despreocupación, donde no se permite la entrada al dolor. Durante el día jugaba con mis compañeros en el jardín, y por la noche bailaba en el gran salón. Alrededor del jardín se elevaba un altísimo muro; pero jamás sentí curiosidad por conocer lo que había tras él: tan hermoso era cuanto me rodeaba. Mis cortesanos me llamaban el Príncipe Feliz, y feliz era en verdad, si el placer es la dicha. Así viví, y así morí. Y ahora que estoy muerto,

me han subido tan alto, que puedo ver todas las fealdades y toda la miseria de mi ciudad, y aunque mi corazón sea de plomo, no tengo más remedio que llorar.

—Allá abajo—continuó la estatua con voz queda y musical—, allá abajo, en una callejuela, hay una casuca miserable. Una de las ventanas está abierta, y, a través de ella, veo a una mujer sentada ante una mesa. Su rostro está demacrado y marchito, y sus manos, ásperas y rojizas, están llenas de pinchazos, pues es costurera. Borda pasionarias en un traje de seda que debe lucir en el próximo baile de Palacio la más bella de las damas de la reina. Sobre una cama, en el rincón del aposento, yace su hijito enfermo. Tiene fiebre, y pide naranjas. Su madre sólo puede darle agua del río; así, que el niño llora. Golondrina, golondrina, golondrinita, ¿querrías llevarle el rubí del puño de mi espada? Mis pies están clavados a este pedestal, y no puedo moverme.

—Me esperan en Egipto—respondió la golondrina.

—Golondrina, golondrina, golondrinita—dijo el Príncipe—, ¿no te quedarás conmigo una noche, y serás mi mensajera? ¡El niño tiene tanta sed, y la madre está tan triste!

La mirada del Príncipe Feliz era tan triste, que la golondrina se conmovió.

—Hace mucho frío aquí—dijo—; pero me quedaré una noche contigo y seré tu mensajera.

—Gracias, golondrinita—dijo el Príncipe.

Entonces la golondrina arrancó el gran rubí de la espada del Príncipe, y con él en el pico remontó su vuelo por encima de los tejados. Pasó junto a la torre de la Catedral, que tenía ángeles esculpidos en mármol blanco. Pasó junto al Palacio, donde se oía música de danza. Una preciosa muchacha salió al balcón con su novio.

—¡Qué hermosas son las estrellas—dijo él—, y cuán maravilloso es el poder del amor!

—Espero que mi traje estará listo para el baile de gala—replicó ella—. He mandado bordar en él pasionarias. ¡Pero las costureras son tan holgazanas!

Pasó sobre el río, y vió las linternas colgadas de los mástiles de los navíos. Pasó sobre la Judería, y vió a los viejos mercaderes urdiendo negocios y pesando monedas en balanza de cobre. Al fin llegó a la pobre casuca, y miró. El niño se agitaba febrilmente en su cama, y la madre se había dormido de cansancio. Entonces, la golondrina saltó al cuarto y depositó el gran rubí encima de la mesa, junto al dedal de la costurera. Luego, revoloteó dulcemente alrededor de la cama, abanicando con sus alas la frente del niño.

—¡Qué fresco tan agradable!—dijo el niño—. Debo de estar mejor.

Y cayó en un delicioso sueño.

Entonces la golondrina volvió hacia el Príncipe Feliz, y le contó lo que había hecho.

—Es curioso—añadió—; pero ahora casi tengo calor; y, sin embargo, hace mucho frío.

—Es porque has hecho una buena acción—respondió el Príncipe.

Y la golondrina comenzó a reflexionar, y se durmió.

Al rayar el alba, voló hacia el río a tomar un baño.

—¡Qué extraordinario fenómeno!—exclamó el profesor de Biología, que pasaba por el puente—¡Una golondrina en invierno!

—Esta noche partiré para Egipto—decíase la golondrina; y a esta idea, sentíase muy contenta.

Visitó todos los monumentos públicos, y descansó largo rato en el campanario de la iglesia. Los gorriones susurraban a su paso, y se decían unos a otros: "¡Qué extranjera tan distinguida!," cosa que la llenaba de alegría.

Al salir la luna, volvió hacia el Príncipe Feliz.

—¿Tienes algunos encargos que darme para Egipto?—le gritó—. Voy a partir.

—Golondrina, golondrina, golondrinita—dijo el Príncipe—, ¿no te quedarás conmigo otra noche?

—Me esperan en Egipto—contestó la golondrina.

—Golondrina, golondrina, golondrinita—dijo el Príncipe—, allá abajo, al otro lado de la ciudad, veo a un joven en un desván. Está inclinado sobre una mesa cubierta de papeles, y en un vaso, a su lado, se marchita un ramo de violetas. Sus cabellos son castaños y rizados, y sus labios rojos como granos de granada, y sus ojos anchos y soñadores. Se esfuerza en acabar una obra para el director del teatro; pero tiene demasiado frío para seguir escribiendo. No hay fuego en la chimenea, y el hambre le ha extenuado.

—Me quedaré otra noche contigo—dijo la golondrina, que realmente tenía buen corazón—. ¿Hay que llevarle otro rubí?

—¡Ay!, no tengo más rubíes—dijo el Príncipe—. Mis ojos es lo único que me queda, son dos rarísimos zafiros, traídos de la India hace mil años. Arranca uno de ellos y llévaselo. Lo venderá a un joyero, y comprará pan y leña y acabará su obra.

—Querido príncipe—dijo la golondrina—, yo no puedo hacer eso.

Y se echó a llorar.

—Golondrina, golondrina, golondrinita—dijo el Príncipe—, haz lo que te pido.

Estonces la golondrina arrancó uno de los ojos del Príncipe, y echó a volar con él hacia el desván del estudiante. No era difícil entrar en él, pues había un agujero en el techo, que aprovechó la golondrina para entrar como una flecha. Tenía el joven la cabeza hundida entre las manos; así que no oyó el rumor de las alas. Cuando, al fin, levantó los ojos, vió el hermoso zafiro encima de las violetas marchitas y se sintió completamente dichoso.

Al día siguiente, la golondrina voló hacia el puerto. Se posó sobre el mástil de un gran navío, y se estuvo mirando a los marineros, que subían con cuerdas unas enormes cajas de la cala.

—¡Me voy a Egipto!—les gritó la golondrina. Pero nadie le hacía caso.

Al salir la luna, volvió hacia el Príncipe Feliz.

—Vengo a decirte adiós—le dijo.

—Golondrina, golondrina, golondrinita—dijo el Príncipe—, ¿no te quedarás conmigo otra noche?

—Es invierno—contestó la golondrina—, y pronto llegará la nieve helada. En Egipto, el sol calienta sobre las palmeras verdes, y los cocodrilos, echados entre el fango, miran en torno suyo.

—Allá abajo, en la plaza—dijo el Príncipe Feliz—, hay una niña que vende cerillas. Se le han caído las cerillas en el barro, y se han echado a perder. Su padre le pegará si no lleva algún dinero a casa, y por eso llora. No lleva zapatos ni medias, y su cabecita va sin nada. Arranca mi otro ojo y dáselo, y su padre no le pegará.

—Pasaré otra noche contigo—dijo la golondrina—; pero no puedo arrancarte el otro ojo. Te quedarías ciego del todo.

—Golondrina, golondrina, golondrinita—dijo el Príncipe—, haz lo que te pido.

Entonces, la golondrina arrancó el otro ojo del Príncipe, y echó a volar con él. Posándose sobre el hombro de la niña, deslizó la joya en sus manos.

—¡Qué trozo de cristal tan bonito!—exclamó la niña. Y corrió hacia su casa, riendo.

Entonces, la golondrina volvió hacia el Príncipe.

—Ahora que estás ciego—dijo—, me quedaré a tu lado para siempre.

—No, golondrinita—dijo el pobre Príncipe—; tienes que ir a Egipto.

—Me quedaré a tu lado para siempre—repitió la golondrina. Y se durmió entre los pies del Príncipe.

Al día siguiente, se posó sobre el hombro del Príncipe, y le contó lo que había visto en países extraños.

—Querida golondrinita—dijo el Príncipe—, me cuentas cosas

maravillosas; pero más maravilloso es todavía lo que sufren los hombres. No hay misterio tan grande como la miseria. Vuela por mi ciudad, golondrinita, y cuéntame lo que veas.

Entonces la golondrina voló por la gran ciudad, y vió a los ricos que se regocijaban en sus palacios soberbios, mientras los mendigos estaban sentados a sus puertas. Voló por las callejuelas sombrías, y vió los rostros pálidos de los niños que mueren de hambre, mientras miran con indiferencia las calles negras. Bajo los arcos de un puente había dos chiquillos acostados, uno en brazos del otro, para darse calor.

—¡Qué hambre tenemos!—decían.

—¡Largo de ahí!—les gritó un guardia; y tuvieron que alejarse bajo la lluvia.

Entonces la golondrina volvió hacia el Príncipe, y le contó lo que había visto.

—Estoy cubierto de oro fino—dijo el Príncipe—; despréndelo hoja por hoja, y dáselo a mis pobres. Los hombres creen siempre que el oro puede darles la dicha.

Hoja a hoja arrancó la golondrina el oro fino, hasta que el Príncipe Feliz no tuvo ya ni brillo ni belleza. Hoja a hoja distribuyó el oro fino entre los pobres; y los rostros de los niños se pusieron sonrosados, y los niños rieron y jugaron por las calles.

—¡Ya tenemos pan!—gritaban.

Entonces vino la nieve, y después de la nieve el hielo. Las calles parecían de plata, de tal modo brillaban. Todo el mundo se cubría con pieles y los niños llevaban gorros encarnados, y patinaban sobre el hielo.

La pobre golondrina tenía frío, cada vez más frío; pero no quería abandonar al Príncipe; le amaba demasiado. Picoteaba las migajas a la puerta del panadero, cuando éste no la veía e intentaba calentarse batiendo las alas.

Pero, al fin, comprendió que iba a morir. Tuvo aún fuerzas para volar hasta el hombro del Príncipe.

—¡Adiós, querido Príncipe!—murmuró—. ¿Me permites que te bese la mano?

—Me alegro de que al fin te vayas a Egipto, golondrinita—dijo el Príncipe—. Demasiado tiempo has estado aquí.

—No es a Egipto a donde voy—contestó la golondrina—. Voy a casa de la Muerte. La Muerte es hermana del Sueño, ¿verdad?

Y besó al Príncipe Feliz en los labios, y cayó muerta a sus pies.

En el mismo instante resonó un singular crujido en el interior de la estatua, como si algo se hubiese roto en ella. El caso es que el corazón de plomo se había partido en dos. Indudablemente hacía un frío terrible.

A la mañana siguiente paseaba el alcalde por la plaza, con los concejales de la ciudad.

Al pasar al lado de la columna, levantó los ojos hacia la estatua.

—¡Caramba—dijo—, qué aspecto tan desarrapado tiene el Príncipe Feliz!

—¡Completamente desarrapado!—repitieron los concejales, que eran siempre de la opinión del alcalde; y subieron todos para examinarlo.

—El rubí de la espada se ha caído, los ojos desaparecieron, y ya no es dorado—dijo el alcalde—. En una palabra: un pordiosero.

—¡Un pordiosero!—hicieron eco los concejales.

—Y a sus pies hay un pájaro muerto—prosiguió el Alcalde—. Será preciso derribar la estatua del Príncipe Feliz.

Cuando la derribaron, arrojaron el corazón de plomo al basurero en que yacía la golondrina muerta.

—Tráeme las dos cosas más preciosas de la ciudad—dijo Dios a uno de sus ángeles.

Y el ángel le trajo el corazón de plomo y el pájaro muerto.

—Has elegido bien—dijo Dios—; pues en mi jardín del paraíso esta avecilla cantará eternamente, y en mi ciudad de oro el Príncipe Feliz repetirá mis alabanzas.

Oscar Wilde.



AMERICA

LAS LEYENDAS


MONTE
NEGRO.



EL CIMBALO DE ORO



EN el tiempo que no se cuenta hubo en la Tierra del faisán y del venado un pueblo feliz. Feliz el pueblo de aquel reinado porque olvidando guerras y sacrificios supo cuidar los campos de tal modo, que hasta los cerros florecieron y más feliz el Rey sabedor de los bienes de sus súbditos, viendo ensancharse la ciudad, rica ciudad, alrededor del Palacio Blanco que habitaba, siempre guardado por muchos y muy buenos guerreros devotos de la "serpiente de plumas de oro," su jefe y señor.

Pero la mano que todo lo domina, la que reparte el rocío del cielo y el calor de la tierra, tenía dispuesto lo que sucedió y que váis a oir.

Cerca de los dominios del Rey Feliz y en la falda de un monte misterioso, habitado por corcovados, había un pueblo y en el pueblo una vieja hechicera que conocía los secretos de las hierbas y podía

recoger la plata de la luna. Habitaba una cabaña formada con tierra y hojas de palmera en el confín del pueblo; nadie vivió en ella nunca sino la vieja desde hacía muchos años, hasta que sintiendo próxima su muerte, quiso tener un hijo. Para lograrlo, fuese una noche al monte de los corcovados misteriosos y de ellos recibió un huevo grande, muy más grande que los de las águilas, que puso a incubar debajo de la tierra de su choza.

Del huevo brotó un niño con cara de hombre que no creció más de siete palmos y dejó de crecer; pero era despierto como una ardilla y desde que nació hablaba y sabía tantas cosas que maravillaba a las gentes. La vieja contó que era su nieto, para que se lo creyeran.

La vieja acostumbraba ir todos los días con su cántaro a traer agua del pozo público, y el enano quedaba solo en la casa y lo registraba todo.

Sucedió que él había puesto su atención en que su abuela no se separaba nunca de las tres piedras del hogar, y, cuando iba a salir, lo tapaba cuidadosamente. El enano quiso saber lo que había allí escondido.

Para esto, como era sagaz y malicioso, imaginó hacer un agujero en el fondo del cántaro, para que cuando la vieja fuese con él por agua, no lo pudiese llenar y tardara mucho y entonces él tuviera tiempo de remover las cenizas del fogón.

Y aquel día, mientras la abuela estaba esperando que el cántaro agujereado se llenara, el enano fué y removió las cenizas y metió las manos adentro de ellas; y he aquí que sacó afuera un címbalo de oro. Y fué y lo golpeó con una varita.

Y el címbalo resonó con un sonido terrible, como el de un trueno espantoso, que se oyó en toda la tierra y la estremeció.

Corre y viene la abuela y dice desolada al enano:

—¿Qué has hecho infeliz?. . . .

Y él dice:

—Yo no he hecho nada, un pavo fué el que gritó dentro del monte. Y ya había ocultado presuroso el címbalo bajo las cenizas. Pero la vieja sabía la verdad y no le creyó.

Estaba dicho que aquel que encontrara el címbalo de oro escondido debajo de la tierra y del fuego, haciéndolo sonar, destronaría al Rey Feliz del vecino reinado, por lo que la noticia se esparció por toda la comarca con gran alboroto y el viejo Rey que estaba dormido en la casa blanca, despertó y de los pies a la cabeza tembló de espanto.

Hizo marchar a sus hombres por todos los caminos a buscar al que había tocado el instrumento terrible de la terrible música; los que encontraron al enano lleváronlo delante del viejo Rey,

quien lo esperó sentado en su trono en medio de la plaza y debajo de una ceiba que tenía mil años.

Todos los consejeros del Rey rieron al ver llegar al enano pensando que era muy pequeño para destronar a su Señor, por lo que le aconsejaron lo pusiera a prueba. Entonces dijo el anciano Rey al enano:

—Si en verdad eres el que ha de sucederme, demuéstralo.

Y el enano contestó:

—Pregunto, cómo he de demostrarlo.

Y dijo el Rey:

—Si eres tú quien ha de sucederme, has de tener más sabiduría que yo mismo. Dime pues, sin equivocarte en uno solo, cuántos frutos hay en las ramas de esta ceiba que nos tiene a su sombra.

Y el enano miró las ramas del árbol grande, lleno todo de frutos menudos, y respondió:

—Yo te digo que son diez veces cien mil y dos veces setenta y tres y si no me crees, sube tú mismo al árbol y cuéntalos uno por uno.

Quedó confuso el viejo Rey; pero entonces salió de la ceiba un gran murciélago que le dijo al oído:

—El enano ha dicho la verdad.

Mas no se dió por vencido y para proponer al enano una segunda prueba, levantó los ojos llenos de orgullo y dijo:

—Bien saliste, al parecer, de la primera prueba; pero esto no es bastante. Mañana mandaré que alcen un tablado en medio de esta plaza y allí, delante de todo el mundo, el Ministro de Justicia romperá sobre tu cráneo, con un mazo de piedra, una medida llena de cocos. Si puedes quedar a salvo, será verdad que eres el Rey venido a substituirme.

Oyó el enano y dijo:

—Consiento, pero siempre que aceptes sufrir la misma prueba si yo quedo vivo.

—Yo sufriré lo mismo que tú puedas sufrir, dijo el Rey viejo. Vuelve, pues, por donde viniste y preséntate mañana aquí.

—Iré y volveré, habló el enano. Pero el camino que trae aquí desde mi casa es estrecho y pedregoso, no es camino para que pase un Rey. Yo haré uno digno de mí y por él vendré mañana a buscarte. Descansa, te deseo.

Y el enano se volvió a la cabaña de su abuela. Y no se sabe cómo, pero durante esa sola noche, el camino que llevaba a los dominios del Rey, fué todo hecho de piedra lisa y brillante. Por él caminó al amanecer el enano con la vieja y gran cortejo de gentes asombradas, hasta la presencia del Rey, que muy espantado estábale esperando, sin haber dormido en toda la noche.

Delante de todo el pueblo subió el enano al tablado y el Ministro de Justicia rompió sobre su cabeza, uno por uno, todos los frutos de palmera que estaban preparados, golpeándolos con un pesado martillo de piedra. El enano no se movió ni hizo otra cosa que reír con una pequeña risa, pues sabía que su abuela le había puesto, secretamente, una plancha de cobre encantado debajo de los cabellos. Por eso no sintió nada.

Cuando el viejo Rey lo vió levantarse vivo y sano se estremeció diciendo entre dientes: "Sí es." Pero no cedió, porque el tener poderío sobre los hombres es cosa muy dulce que no se deja fácilmente y así dijo al enano:

—Bien está. Pero como es preciso que no quede duda de que eres mi substituto, soportarás otras pruebas, duerme por hoy en mi casa blanca y mañana hemos de ver.

A lo que contestó el enano:

—Permaneceré en la comarca; pero no en tu palacio que no es digno de un Rey como yo. Durante esta noche, levantaré un palacio digno de mí y de él me verás salir mañana.

Y así fué. Delante del palacio del viejo Rey apareció a la mañana siguiente uno más alto, labrado y deslumbrante, todo de piedra pulida. Por la soberbia puerta salió el enano y bajó la escalera acompañado por muchos vasallos (alguien dijo que los vasallos eran los corcovados del monte). Así llegó hasta donde el viejo Rey estaba, turbado y temeroso. Y propuso al enano la tercera prueba:

—Hagamos cada uno una estatua a nuestra propia imagen y pongámosla a arder en el fuego. La estatua que el fuego respete será la de aquel que deba ser Rey.

—Bien está—dijo el enano—comienza tú.

El viejo Rey hizo su estatua de madera durísima y en cuanto la puso al fuego, se consumió reduciéndose a ceniza y carbón.

Entonces le dijo el enano:

—Te hago gracia, puedes fabricar otra si quieres.

El viejo Rey, tembloroso, hizo afanosamente otra estatua suya y la hizo con la piedra más dura; pero en cuanto la pusieron en el fuego, se deshizo en ceniza de cal.

—Déjame por merced, hacer la última—pidió al enano suspirando. El enano, que reía con su pequeña risa, aceptó, y entonces el viejo Rey hizo otra estatua y ésta fué de metal brillante; mas en cuanto la acarició el fuego, se derritió como si fuera de cera tierna.

—Vencido estoy, dijo el viejo Rey, más apesadumbrado, a no ser que la estatua que tú hagas se queme tan fácilmente como éstas.

Y el enano siempre con su pequeña risa, fué y trajo barro

mojado y con él hizo una figurita muy parecida a su persona. La puso en el fuego, y en el fuego, mientras más se cocía, más fuerte y fina era la estatua de barro.

Maravillado el pueblo y convencido de la verdad del enano, pidió fiestas para coronarlo nuevo Rey. Pero el enano dijo:

—No puedo coronarme mientras aquí no haya un palacio para mi vieja madre y otros para los príncipes de mi corte, y muchos más para mis guerreros, y un monasterio para las vírgenes del fuego, y una gran plaza para los espectáculos, y un gran templo. Mañana veréis todo esto y mucho más. Ahora, que el viejo Rey sufra las pruebas que yo he sufrido, pues así está pactado.

Y el viejo Rey fué puesto a la prueba del martillo y al primer golpe quedó muerto.

Como lo había prometido el nuevo Rey enano, al amanecer del otro día vió asombrado, el pueblo, resplandecer una gran ciudad (la grande Uxmal) con numerosos palacios, primorosamente labrados en piedra y numerosos templos y sitios especiales para el juego de pelota.

Fué suntuosa la coronación del nuevo Rey y hubo muchas bellas danzas en su honor.

"Así floreció Uxmal, como ninguna ciudad del mundo, bajo el reinado de aquel Rey. El pueblo se dedicó al cultivo de las artes más bellas; aprendieron a moldear los metales que traían de lejos y a dibujar en la piedra cosas delicadas, y a labrar los hilos de colores vivísimos y variados y a tejerlos y a hacer con las pieles de los animales adornos y rodelas. Aprendieron muchos secretos de curar con hierbas y supieron la virtud de las piedras verdes y de las amarillas. Tuvieron conocimiento del hablar bonito y jugaron con las palabras como con las flechas en el aire, y fueron perfectos en la música para la cual inventaron muchos instrumentos nuevos."

Cuando después de sesenta vidas de hombre murió el enano Rey que hizo a su pueblo más feliz que enantes, todos los hombres lo lloraron e hicieron estatuas con su efigie, de barro fino, pintadas de colores brillantes, para no olvidarlo nunca, y muchos guerreros guardaron su tumba en donde floreció el odorante árbol del copal.

Antonio MEDIZ BOLIO.





QUETZALCOATL



LANCO, alto, corpulento, de frente ancha, de ojos negros y barba tupida de oro rizado, era Quetzalcoatl el sumo Sacerdote de Tula, dueño de los vientos, adorado por los pueblos Toltecas en la remota antigüedad de México.

Nadie supo nunca de dónde había venido. Tal vez de otro país atravesando el mar en la estrecha carabela del milagro; pero como el sabio y prudente Quetzalcoatl enseñó a su pueblo las artes más difíciles como fundir y trabajar la plata, labrar las piedras verdes que se llaman "chalchivites" y otras hechas de conchas coloradas y blancas, el arte de trabajar las plumas de los pájaros, fué elegido Rey tributándole desde entonces honores sin cuento.

Dictó para su pueblo leyes sabias y austeras como su vida misma, leyes que hacía publicar a un pregonero desde el Monte de los Clamores para que se oyeran hasta trescientas millas lejos.

Por honestidad llevaba siempre largo el vestido. Habitaba en palacios milagrosos, unos de plata, otros de turquesas, otros de plumas como enormes nidos y otros de "chalchivites," la piedra suntuaria que sus vasallos, de ligero andar, traían desde muy lejos.

En tiempos de Quetzalcoatl el pueblo recibió los beneficios de los dioses y cuentan que la tierra producía mazorcas de maíz del tamaño de un hombre, cañas altas y verdes como árboles, algodón de colores, por lo que no era menester teñirlo, y aves desconocidas de pluma y canto, por lo que nada faltaba a los habitantes de la dichosa Tula.

Mas vino el tiempo malo y la fortuna de Quetzalcoatl y de los Toltecas acabó para siempre. Los dioses, disfrazados de nigrománticos o viejos hechiceros, vinieron a la tierra con el propósito de destronar a Quetzalcoatl y arrojarlo de sus dominios.

Para lograrlo, uno de los nigrománticos, llamado Vitzilopuchtli presentóse en el palacio real pidiendo hablar con Quetzalcoatl. Los pajes, temerosos de molestar a su amo, trataron de convencer al anciano Vitzilopuchtli que debía marcharse; mas tanto insistió el hechicero que obtuvo al fin lo que deseaba.

Quetzalcoatl, sentado en un trono resplandeciente de piedras preciosas, recibió al forastero diciéndole:

—¿Hijo, cómo estás y qué deseas?

—Deseo—respondió Vitzilopuchtli—ofreceros la esencia que cura todos los males devolviendo la juventud.

—Enhorabuena—repuso con alegría el Rey—, hace días que te aguardo, pues me siento enfermo y dolorido.

—Entonces bebed de este elíxir, que el corazón de quien lo bebe se ablanda hasta sentirse feliz.

Dijo el hechicero presentando a Quetzalcoatl una fina vasija de barro esmaltado. Bebió el Rey del líquido y a los pocos instantes notó que, efectivamente, ya no sentía dolores en el cuerpo por lo que bebió más sin saber que el hechicero pretendía embriagarle con el vino blanco de la tierra, hecho de magueyes y llamado "Teumetl," para conducirlo más tarde y fácilmente fuera de la ciudad.

Tanto bebió Quetzalcoatl de aquel líquido blanco desterrador de males, que al fin la embriaguez apoderóse de su corazón haciendo germinar en su cerebro la idea de partir para siempre.

—¿A dónde iré, hijo? Aconséjame. Quiero salir de Tula para siempre.

—Irás a Tlapallan—repuso el hechicero satisfecho de los efectos de la bebida blanca— que ahí te espera otro anciano como yo y si haces lo que te indique, volverás a ser más joven que cualquier mancebo feliz.

Entre tanto, otro de los nigrománticos, para evitar que su pueblo defendiese a Quetzalcoatl, quedó en la plaza repartiendo a los Toltecas del mismo vino blanco hasta embriagarlos. Cuando lo consiguió, sentóse en medio del mercado haciendo bailar a un muchacho sobre la palma de su mano para llamar la atención.

Pronto vióse rodeado por una muchedumbre de curiosos que atisbaban los movimientos del muchacho sobre la palma de la mano del hechicero. Todos se preguntaban: ¿qué embuste es éste? ¿cómo puede bailar un muchacho sobre la palma de una mano? Debe ser hechicero. Démosle muerte a pedradas por practicar la brujería.

Así lo hicieron y después de muerto, comenzó a heder el cadáver del brujo, por lo que decidieron los Toltecas llevarlo fuera de la ciudad. Quisieron levantar el cuerpo muerto sin lograrlo, porque pesaba como un fardo de los más grandes, y entonces le ataron alrededor del cuello una soga de pita resistente para llevarlo a rastras al campo fuera de la ciudad.

Pesaba tanto el cadáver, que la soga revéntose cuando tiraron de ella muchos Toltecas, lanzándolos a distancia y muriendo todos del golpe. Otros Toltecas substituyeron a los primeros, reforzando las sogas, y nuevamente cayeron en tierra como los otros.

Cuando, muertos muchos Toltecas, comprendió Vitzilopuchtli que sin dificultad podría salir de Tula Quetzalcoatl, aún embriagado como estaba, acompañóle hasta las puertas de la ciudad permitiendo que fueran con él algunos de sus pajes y vasallos. Después dedicóse a quemar todas las casas de plata y concha y plumas que encontró. Incendió los campos. Apedreó a los pájaros lindos, dejando en ruinas la antigua y próspera ciudad de los Toltecas.

Quetzalcoatl, seguido por sus fieles servidores, tomó el camino que conduce al mar. Cuando llegó a un sitio que llaman Quautitlán, debajo del árbol más grande y más grueso, sentóse a descansar. Se le notaba triste. Pidió a uno de sus vasallos un espejo, miró su rostro y dijo: "Soy un anciano, justo es que me suceda lo que me sucede." Después, como último gesto de dominio y de sabiduría, tomó piedras del camino y apedreó el árbol. Todas las piedras que tiró Quetzalcoatl se incrustaron en el árbol y ahí quedaron para siempre como símbolo de su fuerza divina.

Al són de flautas que, para alegrarlo, tañían sus servidores, continuó el Rey el camino hacia el mar.

Cuando llegó a un sitio que llaman Talnepantla, viendo por última vez y a lo lejos las ruinas de su ciudad antigua y próspera, lloró tristemente, hasta necesitar apoyarse con las manos en la roca para no caer. Sentóse sobre una piedra grande y siguió llorando hasta la hora en que voló el último pájaro.

Las manos de Quetzalcoatl quedaron para siempre señaladas en la roca, y sus lágrimas horadaron la piedra como símbolo de su dolor de Rey.

Cuando llegó a un sitio que se llama Coahpa, los hipócritas hechiceros vinieron a su encuentro aparentando disuadirlo del viaje que emprendía.

—Quetzalcoatl, ¿a dónde vas? ¿por qué abandonas a tu pueblo? preguntáronle. A lo que respondió majestuosamente el Rey:

—Ahora nadie podrá impedirlo, ni vosotros que lo causásteis. Voy a Tlapallan a donde me llama el Sol.

—Ve enhorabuena; pero déjanos la sabiduría de las artes para fundir plata, para labrar las piedras preciosas, para tejer plumajes y decorar vasijas.

Entonces, Quetzalcoatl, quitándose las muchas y preciosas joyas labradas que llevaba, arrojólas en una fuente, como lo hace el día con las estrellas de la noche, y dijo:

—Ahí están mi riqueza y mi sabiduría. Tomadlas.

Más adelante, el viaje fué difícil y hosco. Las sierras del volcán y la sierra nevada con sus altos picos blancos, cerraban el paso hacia el mar y los pajes que le acompañaban, todos enanos y corcovados, fueron muriendo de frío y de cansancio.

Quetzalcoatl siguió solo hasta las riberas del horizonte en donde comienza la línea del mar.

Hizo construir una balsa, formada de culebras, y en ella entró y asentóse como en una canoa, que se fué por el mar navegando.

Y así como se ignora de dónde vino, no se sabe para dónde se fué, desde que se perdió a los ojos de los hombres en las riberas del mar.





LAS HAZAÑAS DE LOS HIJOS DEL SOL



RANSE unos tiempos de rígidas normas. Toda insignia como toda institución, se autorizaba en supersticiosas imposiciones del pasado.

Porque un día un personaje más o menos mítico se dió cuatrocientas cincuenta vueltas a la cabeza con una larga cinta—el "llautu"—el Inca la usa como emblema real. Por razón parecida se añade el "mascapaycha," o sea el fleco purpúreo. Por una causa análoga se adorna la frente con las plumas sagradas del "coraquenque," el divino pájaro de la montaña, el ave fabulosa, de la cual se decía que a la muerte de un hijo del Sol, bajaba sumisa a las manos del gran sacerdote y se dejaba arrancar dos plumas, una de cada ala —blanca la una, negra la otra— para las sienes del heredero.

Váyase notando cómo estos detalles se acomodan siempre a

las fórmulas propias de la religión solar; una religión sincera y veraz, fundada en el amor a la naturaleza.

Esos doce flecos que caían de la orla real simbolizaban los doce signos zodiacales. Esas dos plumas del ave mítica—negra la una, blanca la otra—, representaban las dos mitades del año: el invierno oscuro y el verano claro. En los menores rasgos se manifiesta el acatamiento a las leyes del cosmos. Sabido es, por lo demás, que el Inca una vez al año gobernaba el arado, en señal de dedicación agrícola y de culto a la tierra. Su cetro por esto mismo era una segur de oro.

Paz y trabajo de los campos significaba la segur de oro; como que estos hijos del Sol amaban sobremanera las faenas campestres. Querían que en sus dominios el hombre fuera feliz. Para llegar al hombre comenzaban por la naturaleza. Mandaban hacer canales, represas, caminos, acequias.... Todo, menos consentir la presencia del páramo. Porque consentirlo vale por empobrecer a la patria, moral y materialmente. Pensamiento político, no de un día sino de todas las generaciones incaicas. Ahí están para demostrarlo, esos estupendos acueductos de la ingeniería autóctona. Celebrando la felicidad colectiva se oía, hasta en los desiertos, sonar la canción del agua.

¿Qué mucho que rindiesen pródigamente las regiones labradías, bienestar y riqueza, si la tarea de labrar se cumplía con la escrupulosidad de un rito religioso? Y era aquél un rito alegre, una verdadera fiesta. Es fama que, llegada la época oportuna, mientras los hombres roturaban el suelo con la estaca primitiva, las mujeres, no lejos, rastrillaban al són de viejos aires del país, como en las églogas y en los idilios.....

Bajo tal sistema, trabajaban la totalidad de los súbditos fuertes en la totalidad de la tierra apta. Y si acaso quedaba algún erial, como el que había del lado de Atacama, caro pagaba su ocio con el tributo de sus incontables esmeraldas.

Nada, por otra parte, acredita de tan estricto modo la cultura de un pueblo como sus caminos; tanto más, si se trata de pueblos antiguos. Los que viajan mucho, sabiendo para qué viajan, valen más que los sedentarios. El que vive en quietud se expone a ignorarse en sí mismo. Falto de curiosidad por las cosas, nó sentirá sus estímulos para la acción. Pocas y pobres serán sus obras. Sus pensamientos, como las tortugas, se echarán la casa encima; se volverán estrechos y melancólicos. El que camina, en cambio, suelta a andar con él sus ideas: las refresca, las ventila. Lo que era firme y arraigado se queda en su sitio; lo que estaba de más, se lo lleva el viento.

Y los peruanos caminaron mucho. Mas no como los violentos,

que pasan destruyendo, y ya no vuelven más; ni como los fugitivos, que sólo atienden a huir, sino que practicaron vías cómodas, que conocieron palmo a palmo, y por ellas fueron y vinieron muchas veces, ya marchando de conquista, ya acompañando al rey en sus viajes de recreo o de inspección.

Estos caminos unían todas las ciudades del imperio.

Se sabe de uno que corría desde Quito hasta el Sur chileno; particularmente importante, porque en él los ingenieros indianos habían salvado numerosos y grandes obstáculos, validos del terraplén, de la galería o de los puentes de maguey.

Cieza de León que anduvo por aquellas rutas, nos ha dejado descripción muy completa de ellas, que conviene recordar.

He aquí cómo nos cuenta que eran los caminos de los llanos: "Y en estos valles y la costa, los caciques y principales hicieron un camino tan ancho como quince pies; por una parte y por otra de él iba una pared mayor que un estado, bien fuerte; y todo el espacio deste camino iba limpio y echado por debajo de arboledas y destos árboles por muchas partes caían sobre el camino ramos dellos, llenos de frutas, y por todas las florestas andaban en las arboledas muchos géneros de pájaros. . . ."

López de Gomara nos ha contado también cómo eran las incaicas:

"Van muy derechos estos caminos—escribe— sin rodear cuesta ni laguna, y tienen por sus jornadas y trechos de tierra, unos grandes palacios que llaman "tambos."

Y en otro lugar:

"Tenían dos caminos reales del Quito al Cuzco, obras costosas y notables; una por la sierra y otra por los llanos, que duran más de seiscientas leguas. El que iba por lo llano era tapiado por ambos lados y ancho de veinticinco pies; tiene sus acequias de agua en que hay muchos árboles dichos "molli." El que iba por lo alto era de la mesma anchura, cortado en vivas peñas y hecho de cal y canto; y ya abajaban los cerros, ya alzaban los valles para igualar el camino; edificio, al dicho de todos, que vence las pirámides de Egipto y las calzadas romanas y todas obras antiguas."

De ordinario, limitábase su interés a la carrera de los "chasquis," correos del gobierno, que reemplazándose de posta en posta, llevaban a las fronteras las órdenes imperiales, cuya procedencia certificaba el emisario exhibiendo un hilo del "mascapaycha."

Pero a veces los caminos se llenaban de flores; con preferencia, de "arirumas." Era que se acercaba el séquito incaico en prolongada columna.

Salían entonces el "curaca" y su guardia a ofrecer los homenajes de la veneración al monarca. Y allá en los primeros puestos

ya se iban enterando de su augusta salud.... El hijo del Sol llegaba sano y contento. La marcha no había sido fatigosa. Tan pronto faldearon una montaña, como se encajonaron en una garganta sombría; o bien pasaron, como Mayta Capac, por puente colgante, rasando un torrente bravo. Un día vieron que se les abría el horizonte en una plenitud de azul, arriba y abajo, y dieron con la orilla resonante del mar. Nunca les faltó camino....

La muchedumbre, entre tanto, llenaba los lugares, deseoso cada uno de mirar la divina faz del rey. Rodeada de numerosa escolta, se veía su litera, tan guarnecida de esmeraldas, tan fulgurante de oro.... Y detrás y adelante, los varones de renombre, los abanderados del arco iris, los soldados con su equipo completo... Pero nadie lograba ver el rostro del emperador.

Sin embargo, solía ocurrir que el Inca dejaba descorrer las cortinas de púrpura de las andas, para mostrarse, resplandeciente y sereno, la cabeza en alto, las sienes ceñidas con el "lautu" multicolor, trémulas al viento las plumas simbólicas del coraquenque.

El pueblo, entonces, en el paroxismo de la adoración, rompía en ululante alarido, capaz—según la bella hipérbole de un cronista—, de hacer caer las aves del firmamento. "¡Oh, muy poderoso señor, hijo del Sol—le decían—, tú sólo eres el Señor; el mundo te escucha!" O también. "Tahuantinsuyu Capac: ¡Señor de las cuatro partes de la sierra! Con razón afirmaba Atahualpa, que a no quererlo él, los pájaros no volarían en su reino"

Y con los años, sucedía que por la misma carretera pasaban los estandartes de la guerra; cierta señal de que la política del Cuzco —política pacifista— había fracasado ante la obstinación de algún vecino bárbaro.

También entonces salían las multitudes al paso de los ejércitos. Mas ya no había ni altos ni regocijos. A marcha apretada, cuando no de carrera, proseguían la ruta los soldados del Perú, con prisa de ganar terreno al enemigo. Cubríanles las cabezas cascos de madera o de pieles hirsutas, si no de luciente metal. Chispeaban a la lumbre solar los temibles arcos, los dardos arrojadizos, las lanzas rematadas en hueso triangular.... Así hasta fatigar los ojos. Caía la tarde, y las infanterías inacabables continuaban pasando bajo la puesta del sol. Por fin, ya anochecido, el último guerrero se borraba en el confín obscuro. Entonces era el seguirles con los oídos, calculando la distancia por los ladridos de los perros, cada vez más lejanos y tristes en la honda noche.

Felizmente, la tropa regresaba siempre victoriosa, con la alegría de haber cumplido una obra bienhechora. Obra bienhechora, porque mediante la expansión cuzqueña, se aseguraba el triunfo del culto solar, culto bueno, que siempre fué para las sociedades

sin distinción de épocas ni de razas, causa de civilización o de renacimiento. Pues donde quiera que brilló el rayo del dios Sol, se apagaron—sea un ejemplo—las hogueras de los sacrificios humanos.

Razón tenían, entonces, los príncipes vencedores en hacer, con gran acompañamiento, aquellas entradas triunfales, de vuelta a la ciudad, que la historia no podrá olvidar.

Los cronistas lo cuentan maravillados.

Rompía la marcha el regimiento de los músicos, tocando bocinas y atabales. Luego venían los batallones de lanceros, siguiendo a los capitanes. Lucían en los pechos medallas ilustres. Ondeaban en las cabezas plumas raras. Cada uno mostraba algún rico despojo de los vencidos. Aplausos y gritos de salutación se perdían en la confusión estruendosa de los tambores. Al medio de la columna—nota lúgubre—caminaban los prisioneros, llenos de ignominia, desnudos por aquella fría altitud del Cuzco; desnudos y las manos atadas a la espalda. Más allá, los opulentos "orejones," los prohombres de la corte, luciendo fastuoso atavío, cantaban el "hualí," o canto a la victoria, pregonando las virtudes heroicas de los predilectos del Sol. En pos, cantando y bailando, celebraban la entrada triunfal, quinientas o más hijas de gente noble. Aquellas lindas jóvenes traían en las manos ramos de flores escogidas; llevaban las sienes ceñidas de guirnaldas, y en los quiebros armoniosos de la danza, hacían sonar, con claro tintineo, los cascabeles que les colgaban de las muñecas, de las rodillas, de los tobillos. Gozando con tan gracioso espectáculo, avanzaba en palanquín de oro, el Inca afortunado. Y allí la guardia de honor; allí el plumaje multicolor de los adornos; allí los abanicos chispeantes de esmeraldas; allí el lujo de los quitasoles. . . .

Muchas y grandes hazañas se coronaban con esta entrada triunfal. Muchas y muy grandes también se iniciaban con ella.

¡Venturosos Incas! Digámoslo de una vez. Su mayor hazaña fué que fueron hasta en la guerra, hombres de paz.

ARTURO CAPDEVILA.





NETZAHUALCOYOTL



DIADO y perseguido por el ambicioso Tezozomoc, que deseaba arrebatarle el cetro de Texcoco, huía por montes y selvas el rey Ixtlixóchitl, sexto emperador de los chichimecas, llevando consigo a su tierno hijo Netzahualcóyotl. Diéronles alcance las tropas enemigas y apenas tuvo tiempo el padre amante de esconder a su hijo entre las ramas de un capulín, desde el cual éste vió cómo su padre, valiente y firme, moría a manos de los de Atzcapotzalco.

Grande fué el regocijo de Tezozomoc al saber que ya no existía el rey de Texcoco; mas al enterarse de que no había muerto Netzahualcóyotl, montó en grande cólera, pues veía en él un futuro peligro para la estabilidad de su tiranía. Así fué que ordenó que se le diera muerte dondequiera que se le hallase.

Largo tiempo vagó, alimentándose de hierbas, semidesnudo y

maltrecho, el joven príncipe, hasta que sus tías, nobles damas de México, se atrevieron a pedir al tirano de Atzcapotzalco permiso para alojarlo en su palacio y completar su educación. Accedió Tezozomoc, a quien los años y las enfermedades habían hecho entrar en razón, y Netzahualcóyotl, ya en seguridad, comenzó a tramar planes para la restauración de su imperio. Para ello contaba con la simpatía de todos los pueblos que reconocían su talento y su bondad y que sufrían por otra parte bajo el yugo de Atzcapotzalco.

El anciano Tezozomoc, que desde hacía tiempo permanecía en una cesta de algodones a causa de sus males, murió dejando dos hijos de los cuales, aunque el trono pertenecía al primogénito Maxtla, fué Tayautzín quien lo ocupó, por póstuma disposición de su padre, que conocía el carácter tiránico de Maxtla y quiso evitar mayores calamidades a sus pueblos. Pero éste, como era natural, no quedó contento y asesinó a su propio hermano para arrancarle el poder.

Una vez en el trono, la primera preocupación de Maxtla fué quitar a Netzahualcóyotl de su camino, para lo cual urdió infinitos planes, ya tratando de asesinarlo en un banquete, ya haciéndolo perseguir por supuestos bandidos. Sólo su buena estrella pudo salvarlo y, cada vez más decididamente apoyado por los pueblos de Anáhuac, declaró la guerra a Maxtla, se restableció en el trono de sus mayores, y, llegado a Atzcapotzalco, vengó la muerte de su padre arrojando a los cuatro vientos la sangre del tirano.

Ya en el poder organizó sabiamente su gobierno, se hizo construir un palacio suntuoso y se dedicó al cultivo de las bellas artes, por las que desde niño sentía especial atracción. Se dice que compuso sesenta himnos, hoy casi todos perdidos. Fué el primero en prohibir los sacrificios humanos y la idolatría, estableciendo el culto de Tloque Nahuaque, el Dios Desconocido. Murió a los setenta y tres años de edad, después de reinar cuarenta y tres, dejando en el trono a su hijo Netzahualpilli.

Salvador NOVO

LA VANIDAD DE LAS COSAS HUMANAS

POR NETZAHUALCOYOTL

Son las caducas pompas del mundo como los verdes sauces, que por mucho que anhelen a la duración, al fin un inopinado fuego los consume, una cortante hacha los destroza, un cierzo los derriba, y la avanzada edad y decrepitud los agobia y entristece; siguen las púrpuras las propiedades de la rosa en el color y la suerte; dura

la hermosura de éstas en tanto que sus castos botones avaros recogen y conservan aquellas porciones que cuaja en ricas perlas la Aurora y económica deshace y derrite en líquidos rocíos; pero apenas el padre de los vivientes dirige sobre ellas el más ligero rayo de sus luces, les despoja su belleza y lozanía, haciendo que pierdan por marchitas, la encendida y purpúrea color con que agradablemente ufanas se vestían. En breves períodos cuentan las deleitosas repúblicas de las flores sus reinados, porque las que por la mañana ostentan soberbiamente engreídas la vanidad y el poder, por la tarde lloran la triste decadencia de su trono, y los repetidos parasismos que las impelen al desmayó, la aridez, la muerte y el sepulcro. Todas las cosas de la tierra tienen término, porque en la más festiva carrera de sus engreimientos y bizarrías, calman sus alientos, caen y se despeñan para el abismo. Toda la redondez de la tierra es un sepulcro; no hay cosa que sustente, que con título de piedad no la esconda y la entierre. Corren los ríos, los arroyos, las fuentes y las aguas, y ningunas retroceden para sus alegres nacimientos; aceléranse con ansia para los vastos dominios de Tloluca, y cuanto más se arriman a sus dilatadas márgenes, tanto más van labrando las melancólicas urnas para sepultarse. Lo que fué ayer no es hoy, ni lo de hoy se asegura que será mañana. Llenas están las bóvedas de pestilentes polvos, que antes eran huesos, cadáveres y cuerpos con alma, ocupando éstos los tronos, autorizando los doseles, presidiendo las asambleas, gobernando ejércitos, conquistando provincias, poseyendo tesoros, arrastrando cultos, lisonjeándose con el fausto, la majestad, la fortuna, el poder y la admiración. Pasaron estas glorias como el pavoroso humo que vomita y sale del infernal fuego del Popocatépetl, sin otros monumentos que recuerden sus existencias que las toscas pieles en que se escriben. ¡Ah! ¡Ah! ¿Y si yo os introdujera en los obscuros senos de esos panteones, y os preguntara que cuáles eran los huesos del poderoso Achalchiuchtlanetzin, primer caudillo de los antiguos toltecas, de Necazecmitl, reverente cultor de los dioses? ¿Si os preguntara dónde está la incomparable belleza de la gloriosa emperatriz Xiuhtzal, y por el pacífico Tolpiltzin, último monarca del infeliz reino tulteca? ¿Si os preguntara que cuáles eran las sagradas cenizas de nuestro primer padre Xólotl; las del munificentísimo Nópal; las del generoso Tloltzin, y aun por los calientes carbones de mi glorioso, inmortal aunque infeliz y desventurado padre Ixtlilxóchitl? Si así os fuera preguntando por todos nuestros augustos progenitores, ¿qué me responderíais? Lo mismo que yo respondiera: *Indipohdi, indipohdi;* nada sé, nada sé, porque los primeros y últimos están confundidos con el barro. Lo que fué de ellos ha de ser de nosotros y de los que nos sucedie-

ren. Anhelemos, invictísimos príncipes, capitanes esforzados, fieles amigos y leales vasallos; aspiremos al cielo, que allí todo es eterno y nada se corrompe. El horror del sepulcro es lisonjera cuna para el sol, y las funestas sombras brillantes luces para los astros.

No hay quien tenga poder para inmutar esas celestes láminas, porque como inmediatamente sirven a la inmensa grandeza del Autor, hacen que hoy vean nuestros ojos lo mismo que registró la preterición y registrará nuestra posteridad.





NINOYOLNONOTZA (1)



ME reconcentro a meditar profundamente dónde poder recoger algunas bellas y fragantes flores. ¿A quién preguntar? Imaginaos que interrogo al brillante pájaro zumbador, trémula esmeralda; imaginaos que interrogo a la amarilla mariposa: ellos me dirán que saben dónde se producen las bellas y fragantes flores, si quiero recogerlas aquí en los bosques de laurel, donde habita el Tzinitzcán, o si quiero tomarlas en la verde selva donde mora el Tlauquechol. Allí se las puede cortar brillantes de rocío; allí llegan a su desarrollo perfecto. Tal vez podré verlas si es que han aparecido ya; ponerlas en mis haldas, y saludar con ellas a los niños y alegrar a los nobles.

2. Al pasear, oigo como si verdaderamente las rocas respondieran a los dulces cantos de las flores; responden las aguas lucientes y murmuradoras; la fuente azulada canta, se estrella, y

(1) Arreglo castellano de J. M Vigil, sobre a versión inglesa de Daniel G. Brinton.

vuelve a cantar; el Cenzontle contesta; el Coyoltototl suele acompañarle, y muchos pájaros canores esparcen en derredor sus gorjeos como una música. Ellos bendicen a la tierra, haciendo escuchar sus dulces voces.

3. Dije, exclamé: ojalá no os cause pena a vosotros, amados míos, que os habéis parado a escuchar; ojalá que los brillantes pájaros zumbadores acudan pronto. ¿A quién buscaremos, noble poeta? Pregunto y digo: ¿en dónde están las bellas y fragantes flores con las cuales pueda alegraros, mis nobles compañeros? Pronto me dirán ellas cantando: Aquí, oh cantor, te haremos ver aquello con que verdaderamente alegrarás a los nobles, tus compañeros.

4. Condujéronme entonces al fértil sitio de un valle, sitio floreciente donde el rocío se difunde con brillante esplendor, donde vi dulces y perfumadas flores cubiertas de rocío, esparcidas en derredor a manera de arco-iris. Y me dijeron: Arranca las flores que desees, oh cantor—ojalá te alegres—, y dalas a tus amigos, que puedan regocijarse en la tierra.

5. Y luego recogí en mis haldas delicadas y deliciosas flores, y dije: —¡Si algunos de nuestro pueblo entrasen aquí! ¡Si muchos de los nuestros estuviesen aquí! Y creí que podía salir a anunciar a nuestros amigos que todos nosotros nos regocijaríamos con las variadas y olorosas flores, y escogeríamos los diversos y suaves cantos con los cuales alegraríamos a nuestros amigos, aquí en la tierra, y a los nobles en su grandeza y dignidad.

6. Luego yo, el cantor, recogí todas las flores para ponerlas sobre los nobles, para con ellas cubrirlos y colocarlas en sus manos; y me apresuré a levantar mi voz en un canto digno, que glorificase a los nobles ante la faz de Tloque-in-Nahuaque, en donde no hay servidumbre (1).

....El dolor llena mi alma al recordar en dónde yo, el cantor, vi el sitio florido....



(1) Tloque-in-Nahuaque; cabe quien está el ser de todas las cosas, conservándolas y sustentándolas.-Molina.

EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

EL VIAJE DE COLON





LA PRIMERA TRAVESIA DEL ATLANTICO



N la mañana del 3 de agosto de 1492, las tres pequeñas embarcaciones del descubrimiento se alejaban de la costa. Los frailes de La Rábida, todo el pueblo de Palos y muchos vecinos de Moguer y de Huelva, presenciaban la partida.

—¡No volverán!—decían muchos—¡No volverán!

Los expedicionarios se dirigieron a las islas Canarias para reparar averías de la *Pinta*, operación que se hizo en la Gomera, y el día 6 de septiembre levaron anclas en la isla de Hierro. El día 9, los expedicionarios perdían de vista las últimas tierras de las islas africanas. Empezaban su penetración en un mundo misterioso. Colón acordó desde el principio contar menor distancia de la que recorría, "porque si el viaje fuese luengo no se espantase ni desmayase la gente." Los marineros gobernaban mal, en opinión del Almirante, y hubo riña sobre esto. Antes de que se hubiese avanzado un gran trecho, ya estaban desavenidos el jefe de la expedición y los tripulantes de la *Santa María*. En las dos carabelas el orden y la dis-

ciplina no se alteraban. Uno de los dones de que carecía Colón en mayor grado, era el de gobierno.

Se caminaba a razón de dos leguas y media por hora. El mar estaba tranquilo. A los dos días de haber perdido de vista la tierra, encontraron un mástil de navío, pero no pudieron tomarlo. El día 13 ocurrió un hecho memorable. La ruta era hacia el oeste; las embarcaciones iban contra las corrientes; al caer la tarde de aquel día notaron que las agujas noroesteaban. Por primera vez se había advertido la variación magnética. El fenómeno se repitió de allí al 17: "Temían los marineros, y estaban penados, y no decían de qué. Conociólo el Almirante; mandó que tornasen a marcar el norte en amaneciendo, y halló que estaban buenas las agujas; la causa fué porque la estrella que parece que hace movimiento y no las agujas." Así calmaba las alarmas de los marineros. Pero, ¿había razón para temer? El día 14 se había visto desde la *Niña* un garjao y un rabo de junco, aves que no se apartan de tierra sino veinticinco leguas a lo más; el día 16 notaron muchas manchas de hierba muy verde, recientemente desprendida. La tierra estaría cerca. Y no era infundada esta suposición, pues se aproximaban a unas rompientes descubiertas en 1802. En la mañana del 17 notaron que las hierbas parecían de ríos, y hallaron en ellas un cangrejo vivo. Hasta les pareció que el agua era menos salada desde que salieron de las Canarias.... Había propensión al optimismo y a la admiración; el tiempo era como abril en Andalucía: los aires, siempre más suaves; la mar, muy bonancible, como en el río de Sevilla; todos iban muy alegres; noches antes vieron caer del cielo un maravilloso ramo de fuego a cuatro o cinco leguas; los navíos, quien más podía andar andaba, por ver primero tierra. El 17 a la mañana, los de la *Niña* mataron una tonina, y el Almirante vió un ave blanca de las que no suelen dormir en la mar. Martín Alonso, con la *Pinta*, que era gran velera, no aguardó más a la mañana del 18, y se adelantó para ver tierra aquella noche. Así lo dijo a Colón desde su carabela. Los signos se multiplicaban: muchas aves iban hacia el poniente; había una gran cerrazón al norte. En la nao cayó un alcatraz. Las islas estaban, sin duda, a derecha y a izquierda; pero el Almirante no quiso barloventear sino seguir hasta las Indias. A la vuelta se vería todo. Tales son sus palabras. Era el 19 de septiembre, y estaban a 400 leguas justas de las islas Canarias. La primera parte del viaje confirmaba las relaciones y datos en que se fundaba la expedición. Si estaban a 400 leguas justas de las islas Canarias, y si veían signos seguros de tierra: aves, hierbas y cerrazón, "entre islas andaban." En diez singladuras más se llegaría a las Indias.

Amaneció el 20, gran día para la ilusión y la esperanza. "Vi-

nieron a la nao dos alcatraces, y después otro, que fué señal de estar cerca la tierra, y vieron mucha yerba, aunque el día pasado no habían visto della. Tomaron un pájaro en la mano, que era como un garjao; era pájaro de río y no de mar; los pies tenía como gaviota; vinieron al navío, en amaneciendo, dos o tres pajaritos de tierra cantando, y después, antes del sol salido, desaparecieron."

La mar—dice Colón—era llana como un río, y se cuajaba de hierba. Los aires eran los mejores del mundo. Otro buen signo: una ballena. Las ballenas, decía el Almirante, andan siempre cerca de tierra. En realidad, estaba a cuatro leguas de las rompientes. Pero los marineros, atentos también, observaban que todos los vientos eran contrarios para la vuelta. La desconfianza se acentuaba. El día 22, afortunadamente, cesaron las murmuraciones, pues sopló un viento del oeste, que Colón bendijo desde el fondo de su alma. El 23 fué día de una tórtola, de un pajarito de río y de otras aves blancas. Pero la gente contaba ya las horas con creciente disgusto. Llevaban catorce días sin ver tierra, y la mar se había mostrado casi constantemente mansa y llana. Sin mar grande no ventaría para el regreso. Pero apenas dicho esto, una voz, que parecía la de los grandes profetas, exclamó frente a la extensión ilimitada "Alzóse mucho la mar, y sin viento, que los asombraba, por lo cual dice aquí el Almirante: Así que muy necesaria me fué la mar alta, que no pareció salvo el tiempo de los judíos cuando salieron de Egipto, contra Moysén que los libraba del cautiverio."

En la calma del día 25 hablaban el Almirante y Martín Alonso, de nave a nave, sobre una carta de marear enviada tres días antes por aquél al capitán de la *Pinta*, en la que, según parece, había ciertas islas por la mar que atravesaban. Los dos navegantes convenían en que habían llegado al paraje de las islas; pero puesto que no las hallaban, era, o bien porque las corrientes los habían desviado hacia el nordeste, o porque los pilotos habían errado en la cuenta de la navegación. Martín Alonso devolvió la carta. El Almirante se puso a cartear en ella con su piloto y sus marineros. El sol había desaparecido ya. A la luz del crepúsculo, Martín Alonso examinaba la extensión desde la popa de su carabela. Alegremente llama de pronto a Colón pidiéndole albricias. El Almirante se arrodilla con todos los suyos para dar gracias a Dios mientras Martín Alonso y los que le acompañaban claman desde la *Pinta*:

Gloria in excelsis Deo

Los de la *Santa María* repiten la invocación de Martín Alonso. En la *Niña*, muchos marineros suben sobre la jarcia y el mástil para ver la tierra. Los pilotos dejan la ruta seguida para llegar al punto

señalado por Martín Alonso, que se hallaría a una distancia de 25 leguas; pero el día 26 encontraron que la supuesta tierra había sido una ilusión. Entretanto, la mar parecía un río, y los aires no dejaban de ser dulces y suavísimos.

Era justamente la mitad del tiempo que había de transcurrir entre la última visión de las islas africanas, que habían dejado atrás, y el saludo a las Indias en la mañana del 12 de octubre. Comenzaba, pues, la segunda mitad del trayecto; aquella en que se cuentan los minutos como antes los días. Pero la incertidumbre hacía más penoso el transcurso del tiempo. Si hubieran sabido, como después de esa travesía, que ésta no podía durar menos de un mes, habrían sentido sólo tedio e impaciencia. Pero aguardaban por momentos la vista de la tierra buscada, y la tierra no parecía. Ya la bonanza, las hierbas, los cangrejos, las ballenas y las aves de río no alimentaban sus esperanzas. El aire era tan sabroso que no faltaba sino oir el ruiseñor. Después del monótono transcurso de los seis días siguientes, en los que se convino como artículo de fe que habían quedado atrás las islas, Martín Alonso indicó, en la noche del sábado, 6 de octubre, que se navegase a la cuarta del oeste, a la parte del sudoeste. ¿Lo proponía por Cipango? Si erraban el derrotero de la isla tardarían más en tomar puerto. Era preferible ir directamente a la Tierra Firme del Gran Khan, y volver después a Cipango, así como a las otras islas.

El día 7, Martín Alonso izó una bandera en el tope del mástil y disparó una bombarda en señal de que se veía la tierra. Pasaron algunas horas, y como no se confirmase el anuncio, dispuso el Almirante hacer algo para acelerar el arribo. Los portugueses habían descubierto casi todas sus islas guiándose por el vuelo de las aves. Iban éstas hacia el oeste-sudoeste, y se tomó ese rumbo, que había sido el indicado por Martín Alonso. La hierba parecía muy fresca el día 8; los aires semejaban los de abril en Sevilla: "era placer estar a ellos; tan olorosos son." El día 9 navegaron al sudoeste: "Toda la noche oyeron pasar pájaros."

Amaneció el 10 de octubre: "Aquí la gente ya no lo podía sufrir; quejábase del largo viaje; pero el Almirante los esforzó lo mejor que pudo, dándoles buena esperanza de los provechos que podrían haber. Y añadía que por demás era quejarse, pues que él había venido a las Indias, y que así lo había de proseguir hasta hallarlas, con la ayuda de Nuestro Señor." Estas quejas son lo que se llama *el motín de la "Santa María."* El único de los contemporáneos que menciona tal suceso es Oviedo, y lo relata en estos términos: "Salidos, pues, deste cuidado y temor de las yerbas, determinados todos tres capitanes y cuantos marineros allí iban de dar la vuelta, y a un consultando entre sí de echar a Colón en la mar, creyendo que los

había burlado; como él era y sintió la murmuración que de él se hacía, como prudente, comenzó a confortarlos con muchas y dulces palabras, rogándoles que no quisiesen perder su trabajo y tiempo. Acordábales cuánta gloria y provecho de la constancia se les seguiría perseverando en su camino; prometíales que en breves días darían fin a sus fatigas y viaje, con mucha e indubitada prosperidad, y, en conclusión, les dijo que dentro de tres días hallarían la tierra que buscaban. Por tanto, que estuviesen de buen ánimo y prosiguiesen su viaje, que para cuando decía él les enseñaría un Nuevo Mundo y tierra. . . ."

Corría otra leyenda, destinada a morir en la atmósfera lugareña de Palos y Huelva, con las generaciones inmediatas al descubrimiento. No eran españoles—todos los expedicionarios, en suma, menos el italiano— quienes habían desfallecido. El débil había sido Colón, obligado a capitular ante los amotinados de la *Santa María*, Colón que habría vuelto a las Canarias si no lo hubiera sostenido el valor de Martín Alonso. Tan inconcebible es la una como la otra de estas dos versiones. Ni Colón ni los españoles desesperaron; ni hubo el motín en que se vió amenazado de muerte el Almirante, ni se le puso a éste un plazo definitivo para el descubrimiento, con amenazas de muerte dictadas por los capitanes. De lo único que tenemos testimonio indudable, es de la desconfianza creciente y de las quejas más vivas cada día—de las exigentes reclamaciones del pánico, en una palabra—, de un pánico extendido entre los elementos ínfimos de la marinería, y esto sólo de la nave capitana. Ni en la *Pinta*, ni en la *Niña* se vió algo semejante. Las dos carabelas eran mandadas por españoles, y los marineros acataban la disciplina tradicional. La *Santa María* tenía la insignia de un extranjero, hombre de saber, de gran ascendiente, que llevaba títulos otorgados por los Reyes—hombre de mucha elocuencia y autoridad—; pero extraño a la mayoría de los secretos de la técnica naval, y, además, de genio crudo, enojadizo, hombre egoísta e injusto, divorciado de la solidaridad que se establece en el mar a través de los grados de la jerarquía. Las murmuraciones no eran de aquel día ni de la víspera: eran continuas, de todos los días que llevaban de viaje, y serían las mismas en todos los viajes de Colón. Callaban los murmuradores persuadidos por los engaños de la ilusión o de la mala fe del Almirante. Pero hubo un momento en que de la murmuración surgía ya la disputa, y en que había el peligro de que fuese arrojado al mar, no Colón, sino el principio de autoridad. Sonó el disparo de una bombarda para llamar a la *Pinta*, que iba siempre delante, como más velera. Martín Alonso aguardó, y cuando estuvo al habla con el Almirante, dijo éste:

—Mi gente muestra mucha queja. ¿Que os parece que fagamos?

Vicente Yáñez Pinzón encontró una respuesta que toda su magnífica historia posterior hace no sólo verosímil sino lógica:

—¿Qué faremos? Andemos fasta dos mil leguas, e si aquí non falláremos lo que vamos a buscar, de allí podremos dar la vuelta.

Y Martín Alonso, más concluyente que su hermano, propuso los medios:

—¡Cómo, señor! ¿Agora partimos de la villa de Palos, y ya vuesa merced se va enojando? Avante, señor, que Dios nos dará victoria que descubramos tierra; que nunca Dios querrá que con tal vergüenza volvamos.

¿Qué dificultad había en ello? ¿Los descontentos?

—Señor—continuaba Martín Alonso—, aforque vuesa merced a media docena dellos, o échelos al mar, y si no se atreve, yo y mis hermanos barlovearemos sobre ellos y lo haremos.

—Bienaventurados seáis—respondió el Almirante—. Andemos otros ocho días, e si en éstos no fallamos tierra, daremos otra orden en lo que debemos hacer de tamaña navegación."

La tierra estaba cerca. Lo decía un junco verde que vieron junto a la nao. Lo decía una caña y un palo que recogieron los de la *Pinta*. Pero, sobre todo, lo decían un palillo labrado, y una tablilla, y un pedazo de caña, y una hierba de las que nacen en tierra, y, por último, otro palillo cargado de escaramujos. "Con estas señales respiraron y alegráronse todos."

A las diez de la noche estaba el Almirante en el castillo de popa. Vió una lumbre. ¿Sería tierra? Llamó a Pero Gutiérrez, repostero del Rey, para decirle que mirase, y Pero Gutiérrez también vió la lumbre. El oficial real Rodrigo Sánchez dijo que no la veía. O había desaparecido, o había sido una alucinación en el Almirante y un simple efecto de la complacencia cortesana en Pero Gutiérrez, que, sin verla, convenía en haber visto la lumbre. El Almirante afirmaba que era como una candelilla de cera que se alzaba y levantaba. Tuvo, en todo caso, por cierto, que estaban cerca de tierra. Después de la *Salve*, mandó que se hiciese buena guarda en el castillo de proa. Los Reyes habían prometido mercedes a quien primero viese tierra, y el Almirante, además, ofreció un jubón de seda. Dos horas después de la media noche, quedó evidentemente demostrada la existencia de una tierra en la proximidad de las embarcaciones. Quien la vió primero fué Francisco Rodríguez Bermejo —Rodrigo de Triana—, perteneciente a la *Pinta*, que siempre llevaba la delantera. Amainaron, y al amanecer del viernes, 12 de octubre, pisaron tierra en una isleta de las llamadas después Lucayas, que los indígenas designaban con el nombre de Guanahaní. Esta isleta no ha sido identificada posteriormente. Todas las discusiones de los geógrafos han sido estériles. ¿Se abordó a la isla del Gato o a la

de Samana? En todo caso, la cuestión sólo tiene un interés de orden sentimental, y bien puede quedar, como otras muchas, en el limbo de la incertidumbre.

CARLOS PEREYRA





LA EMPRESA DE MAGALLANES



LA flota se componía de cinco embarcaciones: *Trinidad, San Antonio, Concepción, Victoria y Santiago,* que eran de 120 toneladas las dos primeras, de 90 la tercera, de 85 la cuarta y de 75 la quinta. El capitán general iba en la *Trinidad;* Juan de Cartagena, su segundo y substituto, en la *San Antonio;* Gaspar de Quesada, en la *Concepción;* Luis de Mendoza, en la *Victoria* y Juan Serrano mandaba la *Santiago.* En la mañana del lunes 10 de agosto de 1519, una salva de artillería anunciaba que la flota de Magallanes bajaba el Guadalquivir. Esa flota había sido perfectamente organizada hasta en sus menores detalles, tanto como puede serlo una flota moderna, y llevaba 237 hombres a bordo. Acabados los últimos preparativos en Sanlúcar de Barrameda, Magallanes salió de este puerto el 20 de septiembre. Una sola de las embarcaciones que llegaron al Oriente, la *Victoria,* volvió al mismo puerto con diez y

ocho hombres, el 6 de septiembre de 1522, después de haber andado 14,460 leguas en el primer viaje de circunvalación de la tierra.

Los expedicionarios hicieron escala en la isla de Tenerife, el 26 de septiembre; el 29 entraron en el puerto de Montaña Roja, y se ponían en camino el 2 de octubre, ya de noche. Navegaron hacia el sur y tomaron una ligera inclinación al sur cuarta del sudoeste. Esto implicaba un cambio en las instrucciones que había dado Magallanes por escrito a Juan de Cartagena, capitán de la nao *San Antonio*, veedor de la Armada y "conjunta persona de Magallanes." La providencia absurda de bilocar el mando produjo serias dificultades, pues Cartagena pretendía que nada se proveyese sin él. Magallanes, desentendiéndose de la disposición de Sus Altezas la Reina Juana y el Rey Carlos, dispuso que todos le siguiesen, "como estaban obligados, de día por la bandera y de noche por el farol. Y no le pidiesen más cuenta."

Pasando entre Cabo Verde y las islas de este nombre, siguió la expedición hasta el paralelo de Sierra Leona. Detenida allí por las calmas, surgieron desavenencias más graves aún entre Magallanes y Cartagena, quien fué preso y puesto en custodia bajo la responsabilidad de Luis de Mendoza. Antonio de Coca fué designado para substituir a Cartagena.

Hecha por fin la travesía del Atlántico, el 29 de noviembre estaba la expedición a veintisiete leguas del cabo de San Agustín, continuó hacia el suroeste, y el 8 de diciembre se avistaba la costa del Brasil. El 13 de ese mismo mes entró en Río de Janeiro. De allí se hizo a la vela el 27 y el 10 de enero de 1520 Magallanes enfrentaba el cabo de Santa María, de donde la costa corre hacia el oeste. La tierra que parecía llana y arenosa, tenía una altura en forma de sombrero, a la que llamaron *Monte Vidi*. Navegando por agua dulce, creyeron reconocer "hasta lo más interior del río." Magallanes, personalmente, pasó a lo otra banda y encontró que el río tenía "veinte leguas de ancho." Pasando por el cabo de Santón, llegó el día 8 de febrero al de Santa Polonia, y el 24 de febrero vió una entrada que corre hacia el noroeste y que fué reconocida para saber si era estrecho. Le dió el nombre de San Matías. Entretanto, los tiempos se hacían cada vez más inclementes, y las naves se dispersaban con frecuencia. Muchas veces pasaban tres o cuatro días antes de que lograsen reunirse. Las tierras no tenían gente, ni agua, ni leña. Eran de "lindos campos sin árboles." No había medio de hacer provisiones, y los peligros arreciaban. Después de pasar a fines de marzo por una *Bahía de los Trabajos*, el último día de ese mes, víspera del Domingo de Ramos, Magallanes llegaba al puerto de San Julián, escogido desde luego para invernar. La gente, desalentada por la esterilidad y por el frío de aquel país, inten-

taba volver atrás, y lo pedía así, a menos que se alargasen las raciones. "Magallanes contestó que estaban pronto a morir o cumplir lo que había prometido; que el rey había ordenado el viaje que debía llevar, y que había de navegar hasta hallar el fin de aquella tierra, o algún estrecho, que no podía faltar; que, en cuanto a la comida, no tenían de qué quejarse, pues había en aquella tierra abundancia de buen pescado, buenas aguas, muchas aves de caza y mucha leña. Y que el pan y el vino no les habían faltado, ni les faltarían si quisiesen pasar por el arreglo de raciones. Y, entre otras reflexiones, les exhortó y rogó a que no faltasen al valeroso espíritu que la nación castellana había manifestado y mostraba cada día en mayores cosas, ofreciéndoles del rey correspondientes premios, con lo cual se sosegó la gente.

Sin embargo, había serias prevenciones contra el capítulo general, y en la noche del 1.° de abril estalló un movimiento sedicioso. Gaspar de Quesada era el guardián de Cartagena, y Alvaro de Mezquita, pariente de Magallanes, había substituído a Antonio de Coca en el mando de la nao *San Antonio*. Ahora bien, Quesada y Cartagena, acompañados de Luis de Mendoza, se apoderaron de las naos *San Antonio, Concepción* y *Victoria*. Con esto, a Magallanes le quedaban sólo dos: la *Trinidad* y la *Santiago*. Por otra parte, los sediciosos tenían la ventaja de haberse hecho con los bateles de las cinco embarcaciones. Magallanes, con astucia, tacto y extraordinaria audacia, contuvo el movimiento, mandando dar muerte por sorpresa al tesorero Luis de Mendoza. Reteniendo el batel de la *San Antonio*, con el que los sediciosos le enviaban un recado, Magallanes, a su vez, dispuso que el alguacil Gonzalo de Espinosa, acompañado de seis hombres, pasase a la *Victoria*, y entregase una carta de requerimiento a Luis de Mendoza. Mientras éste leía la carta con sonrisa de burla, Espinosa le dió una puñalada en la garganta, y uno de los marineros una cuchillada en la cabeza, que lo dejaron muerto. Magallanes envió al instante el batel y quince hombres, que izaron la bandera de la Victoria. Juntas así la *Capitana*, la *Victoria* y la *Santiago*, Magallanes se apoderó de la *San Antonio*, que estaba más adentro, y presos Quesada, Antonio Coca y los sobresalientes que habían pasado a la *San Antonio*, envió por Juan de Cartagena a la *Concepción*, y lo puso junto con los otros. Magallanes ordenó entonces que fuese llevado a tierra el cadáver de Mendoza y allí se le descuartizó. Degollado Gaspar de Quesada, se le descuartizó también, y, por último, dispuso Magallanes dejar abandonados en la tierra a Juan de Cartagena y al clérigo Pedro Sánchez de la Reina. Hechos estos castigos, perdonó a más de cuarenta hombres, dignos de

muerte, por ser necesarios para el servicio de las naos y por no malquistarse con el rigor."

Enviado Juan Serrano para que descubriera la costa adelante, la nao *Santiago,* en que iba, que era la menor de las carabelas, quedó deshecha en una tempestad, y la gente tuvo que volver a la armada por tierra, desde el río de Santa Cruz. Todos los tripulantes se salvaron, con excepción de un esclavo, y pudieron recuperar los aparejos y mercancías, para utilizarlos en las otras naos.

La armada permaneció hasta el 24 de agosto en la bahía de San Julián, donde se había construído una casa de piedra para la herrería, y el tiempo pasó recorriendo los buques, muy necesitados de reparaciones.

En junio se presentaron seis indios, llamados *patagones* por sus enormes pies, "no desproporcionados a su estatura." De allí nació la creencia de que eran gigantes.

Una tentativa de colonización que había hecho Magallanes, enviando treinta hombres al interior para que se quedasen si la tierra les proporcionaba medios de subsistencia, dejó demostrado que en aquella latitud no era factible la formación de un centro de población. Sólo como castigo y sin esperanza, quedaban allí los dos sentenciados: Cartagena y Sánchez de la Reina.

Continuando la expedición, llegó el 26 de agosto al río de Santa Cruz, descubierto por Juan Serrano, sitio peligroso por las tormentas. Una nueva detención para esperar el buen tiempo, aplazó la salida hasta el 18 de octubre. Las instrucciones que dió Magallanes fueron que se continuase hasta la altura de los 75° y que si, después de desaparejadas dos veces, las naos tenían que retroceder, se dirigirían a las Molucas por el estenordeste, tomando la vía del Cabo de Buena Esperanza y de la isla de San Lorenzo, sin tocar estos puntos.

Emprendido, pues, el viaje, se descubrió el cabo de las Vírgenes a los tres días, o sea el 21 de octubre. Creyendo que la profunda bahía era estrecho, Magallanes resolvió pasarlo. Mandó que las naos *San Antonio* y *Concepción* reconociesen la bahía en cinco días, y él entretanto, quedó aguardando con la *Trinidad* y la *Victoria.* Una nueva tempestad estuvo a punto de acabar con la escuadra. La borrasca duró día y medio.

Vueltas las dos naos exploradoras, sus informes diferían. La una decía que había hallado golfos con altísimas riberas; la otra aseguraba que había estrecho, pues en tres días no se encontró el término de aquel brazo. Magallanes se inclinaba a la última opinión, y dispuso que la *San Antonio* saliese de nuevo. La operación fué inútil, pues la nao anduvo cuarenta leguas, y tampoco halló término. Magallanes resolvió embocar el brazo de mar con

toda la armada, dando aquel resultado negativo como plenamente confirmatorio de su opinión. Llamó a consejo, y, reconocidos los víveres, suficientes para tres meses, los capitanes resolvieron seguir a su general. Esteban Gómez, portugués, piloto de la nao *San Antonio,* dictaminó que, "pues se había hallado el estrecho para pasar a las Molucas, se volviesen a Castilla para llevar otra armada, porque había gran golfo que pasar, y si les tomasen algunos días de calmas o tormentas, perecerían todos." Magallanes contestó que, "aun cuando tuviese que comer los cueros de vaca de que estaban forradas las antenas, había de pasar adelante, y descubrir lo que había prometido al Emperador." Magallanes dió inmediatamente una de aquellas órdenes en que imponía su voluntad por el terror, y empezó el tránsito. "Esteban Gómez era tenido por gran marino, y la gente mostraba hacer mudanza; pero Magallanes mandó pregonar por las naos que nadie, so pena de la vida, hablase del viaje," y sin más anunció la partida para la mañana siguiente.

Esa noche, la tierra, "áspera y fría," se vió cubierta de fuegos en la parte sur. Le bautizaron Tierra del Fuego. "Emprendida la navegación por el estrecho, halló en lo interior de aquella bahía una angostura como de una legua de ancho, por la cual entró, y habiéndola rebasado se encontró en otra hahía menor. Después pasó por otra angostura, semejante a la primera, y se halló con otra bahía mayor que las anteriores, donde había más islas. Aquí tenía andadas más de cincuenta leguas de estrecho, y comisionó a la nao *San Antonio* a descubrir la salida de otro brazo de mar que se apartaba al S. E., entre unas sierras cubiertas de nieve, previniéndole volviese dentro de tres días. Magallanes siguió adelante, y como tardase en reunírsele la *San Antonio,* pasados siete días envió a la *Victoria* en busca de aquélla. No fué encontrada, y se repitió la pesquisa por toda la armada. Esto hizo suponer a Magallanes que hubiese habido una desgracia, o que, habiéndose levantado la gente contra Alvaro de la Mezquita, su sobrino, navegara la vuelta a España. Así había sido, pues como no se encontrase a Magallanes en el surgidero, donde lo dejó la *San Antonio,* y no respondiendo la armada a los cañonazos ni a las humaredas, el piloto Esteban Gómez y Jerónimo Guerra, escribano, resolvieron volver a España. Hubo riña sobre esto entre Gómez y Mezquita, y los dos salieron heridos. Prendido Mezquita y nombrado capitán Jerónimo Guerra, la *San Antonio* tomó el rumbo de Guinea, y de allí el de España, llegando a Sevilla el 6 de mayo de 1521.

Todos le veían determinado a seguir; todos temían darle una opinión contraria a su resolución, por la muerte de Luis de

Mendoza y Gaspar de Quesada y el destierro de Juan de Cartagena y Pedro Sánchez de Reina; pero, al parecer, estaban obligados a decir libremente lo que pensaban, y el general los requería para ello. Naturalmente, todos hablaron en un sentido favorable, o por lo menos, dando a las objeciones una forma condicional. Magallanes, en efecto, tenía tomado su partido. Veía el terror que inspiraba su voluntad, y se proponía sólo motivar la resolución a que había llegado, presentándola como respuesta al voto favorable de los expedicionarios, artificiosamente consultados sin junta. Decía Magallanes en su respuesta, como final de las razones dadas para seguir adelante, "que si Dios los había traído a aquel lugar, y les tenía descubierto aquel canal tan deseado, los llevaría al término de su esperanza." Notificado este parecer y orden, "con grande fiesta de tiros, mandó levar el ancla, y dando la vela, se dirigió al noroeste cuarta del oeste, por un tramo en que hay muchas islas al desembocar el estrecho." El día 21 de noviembre, entre cabo Victoria y cabo Deseado, a la misma altura del cabo de las Vírgenes, la expedición "se halló en una mar obscura y gruesa, que era indicio de gran golfo." Pero después lo llamaron mar Pacífico, "porque en todo el tiempo que navegaron por él no tuvieron tempestad alguna."

Desde la entrada hasta la salida habían empleado veinte días en pasar al estrecho y les pareció que tenía cien leguas de boca a boca. Juzgaron que la tierra de la derecha era la continuación del continente, cuya línea habían seguido sin ninguna interrupción, y que la otra era una isla, pues oían los bramidos del mar en la parte opuesta.

Del cabo Formoso, o Pilares, se dirigieron al noroeste, y después de dos días y tres noches vieron dos pedazos de tierra que corrían de sur a norte, y que parecían mogotes. Hacia fines de diciembre la navegación se hizo penosa por falta de víveres: "comían por onzas, bebían agua hedionda y guisaban el arroz con agua salada." Había pasado entre la isla interior de las dos de Juan Fernández y la costa de Chile sin ver las islas ni el continente.

La primera tierra que descubrió después de los dos mogotes del 1.° de diciembre, fué una isleta cubierta de arboleda, inhabitada, que apareció el 24 de enero. La llamó San Pablo, y pudiera identificarse con la isla Pilcairn. Continuando la ruta con los rumbos del noroeste cuarta oeste, oeste noroeste, oeste cuarta norte, y noroeste, el día 4 de febrero halló otra isla desierta, a la que puso por nombre de los Tiburones. Tanto esta isla como la anterior eran también conocidas como las *Desventuradas*, pues los expedicionarios no encontraron en ellas ningún refresco.

Las islas fueron llamadas de las *Velas Latinas*, aunque pre-

valeció otro nombre, de los *Ladrones*, que también les dieron. Posteriormente, el archipiélago quedó oficialmente designado como islas *Marianas*.

Después de repartir víveres, que eran cocos, tubérculos y arroz, se encaminaron el 9 de marzo, hacia el oeste cuarta del suroeste y el 16 vieron tierra del archipiélago que años más tarde se llamó de las Filipinas. La primera isla encontrada fué la de Yunagán, y la que les dió fondeadero la de Puluán. De éstas tomaron a la de Gada, en el oeste, y de la de Gada, despoblada, pero con agua y leña a la de Seilani, habitada y con oro. Llevados por un temporal, fondearon en la isla Mazaguá. Y, por último, de Mazaguá se encaminaron a las islas Cebú y Mactán teatro de la tragedia en que perdió la vida Magallanes y quedó malograda su empresa.

El general llevaba consigo un esclavo, natural de Malaca, con cuya intervención pudo tener lengua de algunos habitantes de Mazaguá que habían estado en Malaca. El reyezuelo de Mazaguá se declaró dispuesto a dar lo que tenía—bien poco, por cierto—, y a auxiliar a los expedicionarios con sus informes y consejos. Dijo, pues, que hacia el rumbo señalado por él, y que era el oeste suroeste, había mucho oro, cuyos granos eran como garbanzos y lentejas. El rey de Mazaguá acompañó a Magallanes como práctico, y guiados por él fué como llegaron los expedicionarios a Mactán y Cebú, pasando por Seilani. El rey de Mazaguá, pariente del de Cebú, intercedió para que éste recibiera de paz a los expedicionarios y les facilitase los víveres de que tenían urgentísima necesidad. El rey de Cebú asistió a la misa que se dijo en la playa, y declaró que estaba dispuesto a hacerse cristiano. Esta fácil decisión, y acaso el ejemplo de algunas de las recientes proezas de Cortés, fueron causa de que Magallanes, sin el genio político del conquistador de Méjico, diese una dirección extraviada a sus proyectos.

La isla era rica en jengibre, oro y otros artículos de rescate. Además, y esto era lo más importante para su viaje, se le informó que, por la isla de Burneyo o Borneo, podía establecer la línea de comunicaciones con las Molucas. Cebú, por lo mismo, estaba destinada a ser una escala mercantil, y para ello pensó Magallanes que convendría dominar toda la isla, pues tenían mando en ella otros caciques, aparte del que se había hecho cristiano. Aquí fué donde se mostró el corto alcance político de Magallanes. En vez de buscar la sumisión de todos los caciques, y de dividir a éstos, como Hernán Cortés en Méjico, los unió contra el que se había hecho cristiano, pues quiso que éste fuese reconocido por jefe de los otros, y, no habiéndolo conseguido, castigó la resistencia con

el incendio de una villa y el saqueo de cuantos víveres halló en ella. Pasando adelante con sus imprudentes atentados, anunció al rey de la isla de Mactán que le quemaría su villa si no prestaba obediencia al rey cristiano de Cebú. Ahora bien, "este rey de la isla de Mauthán, que está cerca de la susodicha isla de Subuth, que era más poderoso, y tenía más gente de guerra y más copia de armas que los otros, y estaba más acostumbrado a ser señor absoluto y mandar, no quiso venir al llamamiento del señor de Subuth, diciendo que en ninguna manera lo había de adorar ni reconocerle superioridad. Pues como el capitán Magallanes supiese que el rey de Mauthán no quería venir a dar la obediencia al rey de Subuth, queriendo llevar adelante lo que en aquello había determinado y acordado hacer, mandó armar cuarenta españoles de los más escogidos y valientes de su compañía, y tomándolos consigo, y algunos tiros de artillería, entró con ellos en los bateles de las naos, e dióle el rey de Subuth cierta copia de gente de indios, para que lo guiasen y mostrasen la tierra, y para que, si menester fuere, le ayudasen si hubiese necesidad de pelear con el rey de Mauthán, e así se fué para la isla de Mauthán, (que, según se dijo) no está muy lejos de la isla de Subuth. Sintiendo, pues, el rey de Mauthán que Magallanes iba contra él, juntó hasta tres mil indios de sus súbditos, y vínose con ellos a la ribera del mar, de aquella parte de su isla de Mauthán, donde Magallanes había ya saltado en tierra. E como Magallanes vido que aquel bárbaro se quería poner en resistencia, determinó de no le volver las espaldas, sino pelear con él, no embargante que la gente que consigo llevaba era, sin comparación, mucha menos que la que su contrario traía, porque ellos no eran, según dicho es, más de cuarenta españoles, y los indios contrarios eran más de tres mil. E hizo luego sacar de los bateles los tiros de artillería, y ponerlos en tierra a la ribera del mar, y, animando a sus españoles, les dijo así: "No os espante, hermanos míos, la multitud de estos indios nuestros enemigos, que Dios será en nuestra ayuda, y acordaos que, pocos días ha, vimos y oímos que el capitán Hernán Cortés venció por veces, en las partes del Yucatán, con doscientos españoles, a doscientos y a trescientos mil indios." E dicho esto a los españoles, dijo a los indios de Subuth que consigo llevaba, que le dejasen a él y a sus españoles con aquellos mauthanos, porque no los había traído consigo para que peleasen, sino para que lo guiasen y mostrasen la tierra, y que él y aquellos pocos españoles bastaban para vencer a sus enemigos. Después que el capitán Magallanes hubo animado a los suyos para la batalla, fueron con grand ímpetu a dar en los enemigos; y peleando valientemente, hacían grand extrago en ellos. Mas como eran los nuestros pocos, y grand

número de los contrarios, fatigaban en grand manera a Magallanes y a sus españoles, especialmente con unas astas de lanzas luengas de que aquellos indios usan. E, finalmente, andando así, trabada la batalla, fué muerto en ella el capitán Magallanes y siete españoles, lo cual visto por los otros, y que era imposible vencer a tanta multitud de indios tan belicosos y tan bien armados se comenzaron a retraer, juntándose todos y poniéndose en ordenanza."

Reembarcados los españoles mediante el auxilio del rey cristiano, que temió perecer con ellos, fué elegido general Duarte Barbosa, cuñado de Magallanes. Una nueva catástrofe aguardaba a los españoles en Cebú. El rey cristiano pensó que su alianza con los extranjeros le costaría la vida, y, poniéndose de acuerdo con el rey de Mactán y con los cuatro de Cebú, sacrificó a Duarte Barbosa, en compañía de más de veinte españoles que asistieron a un banquete ofrecido por el cacique para destruirlos. Sólo escapó de la matanza el capitán Juan Serrano, quien, conducido a la playa, maniatado y desnudo, pedía a los de las naves que lo rescatasen; pero ellos, temiendo otra celada, dejaron a aquel infeliz, y partieron con las tres naos restantes hacia la isla de Bohol.

Desde el 27 de abril, día de la muerte de Magallanes, hasta el de la partida en 1.° de mayo, las bajas eran de treinta y cinco individuos. Ocho habían muerto de enfermedad en las islas. Antes de llegar a éstas, y en el camino, desde la salida del estrecho, hubo once defunciones. Desde la salida de Sanlúcar hasta la salida del estrecho, las bajas fueron dieciséis por muerte y dos por destierro de los castigados en San Julián. Quedaba, pues, muy poca gente para la maniobra de las tres naos, y se acordó quemar la *Concepción*, por más vieja, dejando la jarcia, pertrecho y armamentos para las otras dos. Fué elegido general Juan Caraballo, portugués piloto de la *Concepción*.

Buscaban una isla que produjese arroz, pues había gran falta de mantenimientos, y como no encontrasen ese grano en Quipindo, puerto de Mindanao, se dirigieron a Pulúan, pasando por Cuguayá. Allí rescataron arroz, puercos, gallinas y cabras en abundancia. Iban todos contentos, sanos, llenos de esperanza. Creían que en Borneo se les darían noticias exactas para llegar a las Molucas. Fondearon el día 8 de julio, y encontraron una gran ciudad. La isla producía arroz, azúcar, canela, jengibre, mirabolanos, alcanfor y otras drogas, y tenía abundancia de camellos, puercos y cabras. El rey lo era de verdad, pues los ocho españoles que desembarcaron fueron recibidos por dos mil guerreros vestidos de seda, con arcos, flechas, cerbatanas, alfanjes y corazas de conchas de tortuga. Para el jefe de los españoles dispusieron un elefante con castillo de madera. En la bahía maniobraban juncos y ca-

ñamices de proa dorada. Sin embargo, aquel rey era desconfiado, y no fué posible trabar buenas relaciones con él, pues, lejos de eso, empezó a oponer dificultades, por haber cautivado tres de los ocho españoles que desembarcaron.

Bajo la jefatura de Gonzalo Gómez de Espinoza, depuesto del mando por Caraballo, las dos naves continuaron en busca de las Molucas. Se dirigieron por el norte de Borneo y el sur de Cagayán hacia Joló, Basilán y la punta austral de Mindanao. Con gran dificultad para guiarse, pues no hallaban pilotos seguros, tomaron de Mindanao hacia el sur por Sarangani, Sangi y Siau, hasta llegar a Tidore, en las Molucas, el 9 de noviembre de 1521.

El clavo abundaba en Terrenate, Tidore, Motil, Maquián y Bachián. Vieron, por fin, aquel árbol corpulento, de corteza como de oliva, de hoja parecida a la del laurel. Lo vieron envuelto en el manto de nieblas que cubren los collados de las islas. Comparaban la flor con la del azahar, y veían en los racimos una apariencia del espino o enebro. Visitaron los silos donde se guarda la rica especia, en espera de los mercaderes que van a comprarla.

Vieron los árboles de la nuez moscada, altos como los nogales de Castilla, y comparados por muchos a la nudosa carrasca, con sus frutas como bellotas.

El árbol de la canela se les antojó granado, y examinaron la corteza desprendida del tronco por la fuerza de los calores.

Los sembrados de jengibre se extendían en grandes vegas, como el azafrán de España, y lo encontraron también silvestre.

El oro de los archipiélagos, las perlas de Jagima y de Joló, la pimienta larga de Malua, que se abraza como hiedra a los árboles, el sándalo de Timor, los tejidos de ambón, y en los centros populosos los productos industriales de China y Japón, todo esto les daba la revelación de las verdaderas Indias, que durante cerca de treinta años habían buscado los españoles en los paraísos antillanos y en las selvas pantanosas de Darién y Veragua.

Los reyes de Tidore, Terrenate, Bachián, Maquián y Gilolo, se dieron por amigos y vasallos del emperador. Se habían conquistado, pues, el mundo de la quimera de Colón. Ya sólo faltaba que en Castilla se supiese el resultado de la expedición. Cargadas las naos; recibidas las cartas de sumisión de los reyes; metidos a bordo los papagayos y los presentes de miel labrada por las abejas-moscas, y acomodados los jóvenes de las islas que iban a España como embajadores de los nuevos vasallos, se encontró que la *Trinidad* no podría hacer el viaje sin reparaciones, que tomarían por lo menos hasta marzo de 1522. Era el mes de diciembre de 1521, y se acordó que Juan Sebastián Elcano partiese con la nao *Victoria* por la ruta índica de los portugueses, y que la

Trinidad, convenientemente reparada, siguiese después el rumbo de Panamá, para que allí se transbordase la especería al mar del Norte.

Como hemos dicho arriba, el 6 de septiembre de 1522 llegaba Juan Sebastián Elcano a Sanlúcar de Barrameda. Había salido el 21 de diciembre de 1521, con sesenta compañeros, incluso trece indios de Tidore. Recorrió, según su cuenta, catorce mil leguas en aquellos diez meses. De la tripulación llegaron dieciocho a España, pues quince fallecieron durante la navegación, dos desertaron en Timor y doce fueron detenidos por los portugueses en Santiago de Cabo Verde. De los indios, algunos murieron también. La salud de todos los viajeros era mala, y su aspecto, lastimoso.

Carlos Pereyra.



LA CONQUISTA

VIDA DE CUAUHTEMOC





VIDA DE CUAUHTEMOC



UAUHTEMOC, águila que cayó, como significa el geroglífico de su nombre, había nacido en lo que fué señorío de *Tlaltelolco,* el año de 1496 según unos, o en 1502 según otros, pues los primeros afirman que era mozo de veintitrés a veinticuatro años de edad—como dice Bernal Díaz del Castillo que le conoció— y los segundos aseguran, que era "mancebo de dieciocho años," fundándose en el testimonio de Hernán Cortés, que así lo escribió en sus cartas a Carlos V.

Cuauhtémoc fué hijo del célebre *Tlacatecuhtli* azteca *Ahuizotl,* cuyo indómito carácter heredó, y de la señora *Tlilalcápatl,* nieta del célebre poeta *Netzahualcóyotl.* Corría, pues, por sus venas la sangre de un guerrero y palpitaban en su corazón los nobles sentimientos de un melancólico poeta.

Cuauhtémoc, al levantarse el pueblo en contra de los españoles, era *Hueiteopixque,* o Sumo Sacerdote, *Tecuhtli* o señor del *cal-*

pulli o barrio del *Tlaltelolco,* cacicazgo que había heredado de su madre, y *Tlacatecatl* o General en Jefe del Ejército.

Los cronistas que le conocieron dicen que era hombre de mucho valor y terrible; muy esforzado, "de muy gentil disposición así de cuerpo como de facciones; y la cara algo larga y alegre, y los ojos más parecían que cuando miraba que eran con gravedad y halagüeños, y no había falta en ellos.... El color de su piel tiraba más a blanco que al color y matiz de esotros indios mexicanos."

La actividad desplegada por *Cuauhtémoc,* durante los días que siguieron a la cruel matanza y rapiña en el Templo Mayor, fué característica en él desde entonces, como lo fué después cuando los suyos le confiaron el mando supremo del Imperio,

No había día que no saliese a combatir personalmente y no desperdiciaba instante para fortalecer el ánimo de sus soldados.

Vuelto Cortés a la ciudad el 24 de junio de 1520, encontró a México en guerra. Los ataques al cuartel de los españoles eran continuos. Desconfiando ya de *Motecuhzoma,* éste a su vez había mandado decir a los suyos, que "hiciesen cuenta que ya él no era nada." Tanto insistió Cortés a fin de que cesasen las hostilidades de los levantados, que con imprudencia consintió enviar como mensajero a *Cuitláhuac,* hermano de *Motecuhzoma* y tíos ambos de *Cuauhtémoc,* el cual no regresó al cuartel y se rebeló en contra de su señor y del Conquistador ocupando a la muerte de *Motecuhzoma* su lugar.

Desde el 25 de junio, los mexicanos habían cerrado el mercado y no les llevaron víveres a los españoles. Cortés tuvo que mandarlo abrir por la fuerza y proveerse de comestibles.

Los ataques al cuartel se repetían. La mañana del 27 de junio de 1520 resolvieron subir a la azotea a *Motecuhzoma,* con el fin de que suspendieran aquellos ataques furibundos. La versión indígena de los cronistas refiere que *Motecuhzoma* ya no tenía vida "porque hacía más de cinco horas que estaba muerto," asesinado por los españoles, que le habían clavado en una espada y cubriéndolo con una rodela lo presentaban como vivo a sus vasallos. Lo cierto es, que en aquella ocasión no habló él sino *Itzcuauhtzin* en su persona, diciéndoles "que mirasen lo que hacían porque su señor *que estaba allí presente,* les rogaba que curasen de pelear, porque no les iría bien de ello, y por ser los españoles tantos y tan valientes que no podrían prevalecer contra ellos; y él estaba ya preso con hierros, y que si peleasen contra los españoles temía que ellos le matarían...."

Apenas había *Itzcuauhtzin* acabado de pronunciar aquellas palabras, cuando el animoso *Cuauhtémoc,* a quien ya "querían ele-

gir por Rey," altivo, y en alta voz dijo: "qué es lo que dice ese bellaco de *Motecuhzoma*, mujer de los españoles, pues con ánimo mujeril se entregó a ellos de puro miedo, porque ya no es nuestro Rey, y como a tan vil hombre le hemos de dar el castigo y pago."

Alzó el brazo y acompañando la acción al tremendo reproche, disparó una y varias flechas, secundándole los suyos a quienes comandaba como *Tlacatécatl*.

La versión de los cronistas castellanos, cuenta que fué entonces cuando *Motecuhzoma* recibió una pedrada, y que ella le ocasionó la muerte.

Muerto el temido señor, hasta ese día respetado por sus vasallos casi como dios, y elegido *Cuitláhuac* para sucederle en el gobierno de México, *Cuauhtémoc*, a las órdenes de su tío y señor, y encabezando el grupo de sus valientes, prosiguió peleando con ardor: en las calles, frente al cuartel, en la calzada de Tacuba, por donde salieron huyendo los conquistadores la memorable *Noche Triste* del 30 de junio de 1520.

Los laureles conquistados en aquella jornada, pertenecen principalmente a *Cuitláhuac*, que por entonces había ocupado el *icpalli* del Imperio. *Cuitláhuac* gobernó primero como *Tlacatécatl* o General en Jefe del Ejército, durante los ochenta días del duelo que acostumbraban guardar los mexicanos a la muerte de sus Señores. El 7 de septiembre fué consagrado *Tlacatecuhtli* de México Tenochtitlán, o coronado Emperador como dicen los cronistas, por querer designar las cosas indígenas con los nombres de las españolas. *Cuitláhuac*, con tal cáracter gobernó otros ochenta días desplegando una actividad inmensa para hostilizar a los conquistadores y resistirlos cuando volviesen a la ciudad; pero atacado de la peste de viruelas, importada por un negro de Narváez, murió a fines de noviembre de 1520.

Celebradas las exequias del difunto Señor de los mexicanos y transcurridos los ochenta días rituales por su muerte, *Cuauhtémoc* fué al fin elegido *Tlacatecuhtli*, alta dignidad que le correspondía de justicia por su valor y por su inteligencia; porque fué sin duda el único de los *tecuhtin* o reyes que tuvo México, que concibiera la idea de constituir una nacionalidad.

No fué como sus antecesores en el Imperio un déspota, ni un tirano que agobiase a las otras tribus de su misma raza, imponiéndoles tributos excesivos y haciéndoles multitud de prisioneros, a fin de saciar la voracidad de corazones y de sangre humana, que los feroces dioses reclamaban en los horrendos sacrificios.

Cuauhtémoc, ante el peligro común que amenazaba a todas

las tribus indígenas, les invitó repetidas veces para defenderse unidas en contra de los intrusos extranjeros.

Nadie lo comprendió. Divididas las tribus por odios seculares engendrados por las sangrientas guerras que se hacían entre sí, para imponerles nuevos tributos u obtener víctimas que inmolar a los voraces dioses, dejaron aislados a *Cuauhtémoc* y a su heroica gente; y los que no permanecieron indiferentes a que sucumbiera, ayudaron servilmente al Conquistador, y en centenares y millares acudieron a su lado para sitiar a la gran ciudad de México Tenochtitlán, que en el siglo XIV había surgido entre las aguas de los lagos, fundada en el islote donde sobre un nopal se había posado un águila que devoraba una serpiente, y que en el siglo XVI iba a ser sepultada bajo sus escombros, defendida por otra aguila que cayó ahogada por la serpiente de la discordia.

LUIS GONZALEZ OBREGON.





SITIO DE MEXICO



La defensa heroica de México Tenochtitlán por *Cuauhtémoc,* es la página más gloriosa de la historia de su vida.

Desde antes de que se formalizara el sitio, su actividad multiplicaba los preparativos para la defensa. Enviaba a los pueblos que estaban matriculados entre sus vasallos, empeñosos mensajeros en solicitud de ayuda de gente, dispensándoles en cambio de pagar los tributos, o por lo menos disminuyendo la cantidad de ellos. No cesaba de hostigar a los españoles por todos los medios que estaban a su alcance.

En el interior de la ciudad acopió toda clase de armas ofensivas y defensivas, dardos, macanas, rodelas y largas lanzas para atacar a los caballos. Abrió fosos y levantó albarradones, a modo de trincheras. Se proveyó de víveres, de leña, de agua potable. Reunió cuanta gente de guerra pudo, hábil y útil, pues a los débiles o enfermos que no podían prestar ayuda alguna, los despachó

a los espesos bosques o a las altas montañas, a fin de que allí permaneciesen ocultos. Puso trampas de ramas y troncos y estacadas, para que cayesen los caballos y no pudiesen navegar los bergantines de los extranjeros y las canoas de los indios aliados.

La lucha antes de cerrar el cerco y durante el sitio, fué tremenda y encarnizada. Escaramuzas, combates formales, peleas cuerpo a cuerpo para arrebatar las armas a los castellanos y con ellas causarles daño, de todo hubo, porque *Cuauhtémoc* estaba resuelto a no rendirse a los humanitarios ofrecimientos de paz, que les proponía Cortés, y había contestado: "que antes quería morir;" y había dicho a su gente que cuando ya no tuviesen armas, "se dejasen crecer las uñas de los dedos de las manos y desgarrasen con ellas las carnes de sus enemigos."

La verdad es, que la conquista de aquella heroica ciudad la hicieron los mismos indios, y la defensa de la soñada patria sólo *Cuauhtémoc* y su gente valerosa.

Cortés, al formalizar el sitio, tenía un ejército de 86 caballos, 800 peones o infantes, tres cañones de hierro, 15 de cobre y 13 bergantines. En cambio el número de indios aliados lo hacen subir los cronistas a 200,000, y por exagerada que sea la cifra, siempre superó muchísimo el ejército aliado al invasor.

Así, con mucho acierto hace observar el sabio historiador Clavijero: "Ya no tenían que temer los españoles por parte de tierra firme, y Cortés se hallaba con excesivo número de tropas, que hubiera podido emplear en el asedio de México más gente que la que Xerjes envió contra Grecia, si por causa de la situación de aquella capital no hubiese servido de embarazo más bien que de provecho tan gran muchedumbre de sitiadores.

Los mexicanos, por el contrario, se hallaban abandonados por sus confederados y por sus súbditos, rodeados de enemigos y afligidos por el hambre. Tenía aquella desventurada Corte contra sí, los españoles y el reino de Acolhuacán; la república de Tlaxcala, de Huexotzingo y de Cholula; casi todas las ciudades del Valle de México; las numerosas naciones de totonacas, mitecas, otomites, tlahuican, cohuizcas, matlazincas y otras, de modo que además de los enemigos extranjeros, más de la mitad del Imperio conspiraba contra su ruina y la otra mitad la miraba con indiferencia."

En vano *Cuauhtémoc* envió embajadores por todas partes. Llegó a ser tan criminal la conducta de algunas tribus, que el salvaje régulo de los tarascos *Zinzincha Tangoaxan,* sacrificó los embajadores para celebrar los funerales del viejo *Zangua.*

Tenían razón los heroicos mexicanos de ver con el mayor desprecio a aquellos estúpidos y rencorosos indios aliados. Es-

casos de provisiones como estaban, les arrojaban maíz y tortillas, gritándoles: "¡tomad hambrientos!" Al ver derrumbar uno a uno los templos de sus dioses y las casas de sus señores, y los muros de la ciudad, les decían con burla: "tirad, destruid, que ya tendréis que edificar de nuevo."

La situación de los sitiados era angustiosa. La peste, el hambre y la sed aumentaban el número de las víctimas, tanto, que faltaba ya gente para los combates. Los ataques no se interrumpían ni por las calzadas, ni por las calles, ni por dentro y fuera de la ciudad.

Una de las veces que Cortés ofreció la paz a *Cuauhtémoc*, reunió éste un consejo de los suyos, manifestándoles que estaba dispuesto a cumplir lo que se resolviese, y como todos estuviesen por la guerra, dijo con calor: "Pues así queréis, que sea; guardad mucho el maíz y bastimentos que tenemos, y muramos todos peleando; y dende aquí adelante ninguno sea osado a me demandar paces, si no, yo le mataré."

El venerable Fr. Bernardino de Sahagún, pinta bien los últimos días del sitio. "Estaban los tristes mexicanos, hombres y mujeres, niños y niñas, viejos y viejas, heridos y enfermos, en un lugar bien estrecho, y bien apretados los unos con los otros, y con grandísima falta de bastimentos y al calor del sol, y al frío de la noche, y cada hora esperando la muerte. No tenían agua dulce para beber, ni pan de ninguna manera para comer, bebían de la agua salada y hedionda; comían ratones y lagartijas, y cortezas de árboles y otras cosas no comestibles, y desta causa enfermaron muchos y murieron muchos, y de los niños no quedó nadie, que los mismos padres y madres los comían (que era gran lástima de ver y mayormente de sufrir) peleando el día y la noche, donde hubo muchos reencuentros y celadas, y murieron muchos de ambas partes, así indios como españoles."

Según cómputo de Cortés, Díaz del Castillo y otros cronistas, murieron de los sitiados en la guerra 100,000 y de la peste 50,000. De los sitiadores más de 100 españoles, y no se puede calcular el número de los aliados que perecieron. Los ataques a la ciudad duraron 93 días, desde el 21 de mayo hasta el 13 de agosto de 1521.

Los aliados incendiaban y derrumbaban casas por todas partes. Se disputaban el terreno palmo a palmo. Muchas ocasiones la crueldad de los indios tlaxcaltecas fué tal con los mexicanos, que los mismos españoles les fueron a las manos.

Los heroicos defensores de México *Tenochtitlán* fueron poco a poco perdiendo todo. Las mujeres y los niños vivían a las ori-

llas del lago con el agua al cuello, entre los tules y otras plantas acuáticas.

"Al fin llegaron a tanto trabajo—dice Dorantes de Carranza—que Cuauhtemotzín hizo vestir y armar a todas las mujeres de la ciudad con sus armas, rodeles y espadas, para que peleasen como hombres, haciendo demostración por las calles, azoteas y terradas en gran número de gente, porque tenía México doscientos mil vecinos, que todos los acabó la guerra."

El 13 de agosto, por coincidencia extraña, los mexicanos contaban en su calendario el día *miquitztli*, esto es, muerte.

Cuauhtémoc no pudo más. Resolvió salir por entre los carrizales del lago con su familia y sus adictos y escoltado de las cincuenta canoas, que formaban su heroica flotilla, e ir en busca de algún pueblo amigo. Gonzalo de Sandoval mandaba los once bergantines españoles que quedaban, pues dos habían sido abordados e inutilizados por *Cuauhtémoc.* García de Holguín, que tripulaba uno de los más veleros, resolvió dar alcance a la embarcación del gran señor, la cual reconoció por ir entoldada y adornada ricamente. García de Holguín hizo señas para que se detuviese, y como no fué obedecido fingió tirar apuntando con las escopetas y ballestas. *Cuauhtémoc* se levantó en la popa de su canoa, presto a la defensa; pero reflexionando que con él estaban su esposa Tacuiachpo y otras mujeres, cuyas vidas no quiso peligrasen, dijo, imperiosamente: "No me tiren, que yo soy el rey de México y desta tierra y lo que te ruego es, que no me llegues ni a mi mujer ni a mis hijos, ni a ninguna mujer ni a ninguna cosa de las que aquí traigo, sino que me tomes a mí y me lleves a *Malinche.*"

Malinche era el nombre con que designaban los indios a Cortés, quizá por verlo siempre al lado de la célebre *Malintzin* o Marina, que con Jerónimo de Aguilar, sirvió de "lengua" o intérprete a los conquistadores.

Al oir las palabras de *Cuauhtémoc,* García de Holguín tuvo gran gozo, e hizo subir a su prisionero en el bergantín, poniéndoles mantas y esteras para que se sentase en compañía de sus familiares. Les dió de comer y tomó rumbo para conducirlos ante el Conquistador.

Gonzalo de Sandoval, cuando supo la prisión de *Cuauhtémoc* —refiere Bernal Díaz del Castillo—disputó a García de Holguín la gloria de llevar a tan ilustre prisionero, alegando que él era el jefe de la flota de los bergantines; pero García de Holguín no cedió el honor que le había deparado la suerte y que le quería arrebatar Sandoval. Los mexicanos se habían rendido en un sitio conocido ahora por el barrio de la Concepción *Tequipeuhca,* donde

existió un *Teocalli* que fué substituído por un templo cristiano. Cerca de este lugar existió otro barrio pequeño conocido en la época de la conquista con el nombre de *Amaxac*, donde hoy están las calles de Santa Lucía, llamadas así por una ermita que allí edificaron los españoles.

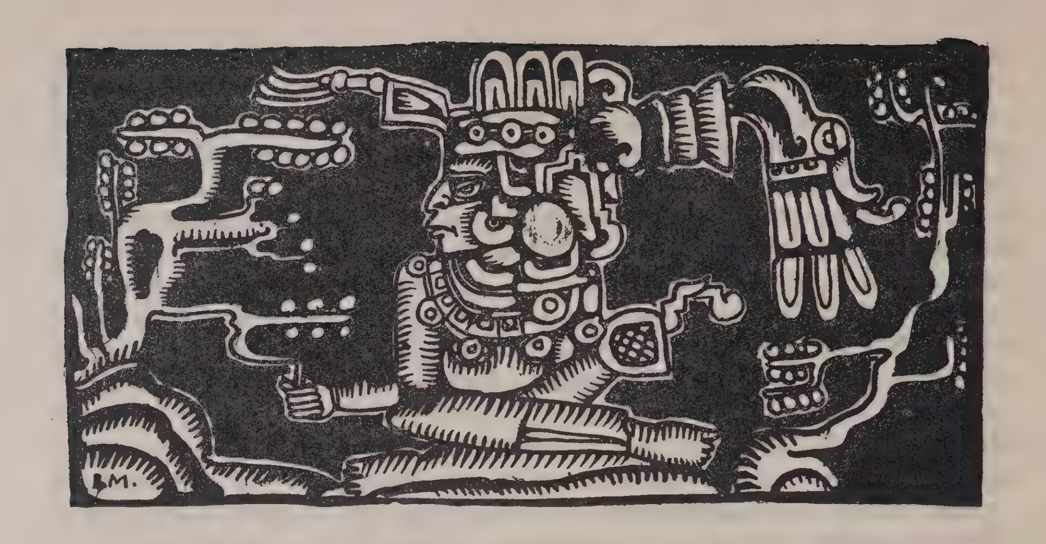
En este barrio de *Amaxac*, en la azotea de un principal llamado *Aztatoatzin*, esperó Cortés al valeroso *Cuauhtémoc*, la tarde en que se lo llevaron prisionero.

Cortés estaba sentado en una silla de brazos, bajo un dosel de toldo carmesí. Junto tenía a varios de sus capitanes y a doña Marina y a Jerónimo de Aguilar. Frente a frente con el Conquistador, el joven prisionero, le dijo: "Señor Malinche, yo ya he hecho lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y vasallos y no puedo más.... Haz de mí lo que quisieres...." Y poniendo la mano sobre la empuñadura de una daga que Cortés tenía en el cinto, agregó: "Dame de puñaladas y mátame.... Es lo mejor.... Aborrezco el vivir y me será ya molesto." "Cortés le respondió —dice Díaz del Castillo— con doña Marina y Aguilar, y dijo muy amorosamente que por haber sido tan valiente y haber defendido su ciudad se le tenía en mucho y tenía en más a su persona... que descansase su corazón y de sus capitanes, e que mandara a México y a sus provincias como de antes lo solía hacer...."

Luego ordenó que Gonzalo de Sandoval condujera a Cuauhtémoc al cercano pueblo de Coyoacán, juntamente con su mujer y los otros señores principales que habían caído prisioneros.

LUIS GONZALEZ OBREGON.





ANTIGUA TENOXTITLAN



RES sitios concentran la vida de la ciudad: en toda ciudad normal otro tanto sucede. Uno es la casa de los dioses, otro el mercado y el tercero el palacio del Emperador. Por todas las collaciones y barrios aparecen templos, mercados y palacios menores. La triple unidad municipal se multiplica, bautizando con un mismo sello toda la metrópoli.

El templo menor es un alarde de piedra. Desde las montañas de basalto y de pórfido que cercan el Valle, se han hecho rodar moles gigantescas. Pocos pueblos—escribe Humboldt—habrán removido mayores masas. Hay un tiro de ballesta de esquina a esquina del cuadrado, base de la pirámide. De la altura, puede contemplarse todo el panorama chinesco. Alza el templo cuarenta torres, bordadas por fuera, y cargadas en lo interior de imaginería zaquizamíes, maderamiento picado de figuras y monstruos. Los gigantescos ídolos—afirma Cortés—están hechos con una

mezcla de todas las semillas y legumbres que son alimento del azteca. A su lado, el tambor de piel de serpiente que dejaba oir a dos leguas su fúnebre retumbo; a su lado, bocinas, trompetas y navajones. Dentro del templo pudiera caber una villa de quinientos vecinos. El muro que lo circunda fórmanlo unas moles en figura de culebras asidas, que serán más tarde pedestales para las columnas de la Catedral. Los Sacerdotes viven en la muralla cerca del templo; visten hábitos negros, usan los cabellos largos y despeinados, evitan ciertos manjares, practican todos los ayunos.—Junto al templo están recluídas las hijas de algunos señores, que hacen vida de monjas y gastan los días tejiendo en pluma.

Pero las calaveras expuestas y los testimonios ominosos del sacrificio, pronto alejan al soldado cristiano, que, en cambio, se explaya con deleite en la descripción de la feria.

Se hallan en el mercado—dice— "todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra." Y después explica que algunas más en punto a mantenimientos, vituallas, platería. Esta plaza principal está rodeada de portales, y es igual a los de Salamanca. Discurren por ella diariamente —quiere hacernos creer— sesenta mil cuando menos. Cada especie o mercadería tiene su calle sin que se consienta confusión. Todo se vende por cuenta y medida, pero no por peso. Tampoco se tolera el fraude: por entre aquel torbellino, andan siempre disimulados unos celosos agentes, a quienes se ha visto romper las medidas falsas. Diez o doce jueces, bajo su solio, deciden los pleitos del mercado, sin ulterior trámite de alzada, en equidad y a vista del pueblo. A aquella gran plaza traían a tratar los esclavos, atados en unas varas largas y sujetos por el collar.

Allí venden—dice Cortés—joyas de oro y plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño; huesos, caracoles y plumas; tal piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar. Venden también oro en grano y en polvo, guardado en cañoncitos de pluma que, con las semillas más generales, sirven de moneda. Hay calles para la caza, donde se encuentran todas las aves que congrega la variedad de los climas mexicanos, tales como perdices y codornices, gallinas, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas y pajaritos en cañuela; buharros y papagayos, halcones, águilas, cernícalos, gavilanes. De las aves de rapiña véndense también los plumones con cabeza, uñas y pico. Hay conejos, liebres, venados, gamos, tuzas, topos, lirones y perros pequeños que crían para comer, castrados. Hay calle de herbolarios, donde se venden raíces y hierbas de salud, en cuyo conocimiento empírico se fundaba la medicina: más de mil doscientas hicieron conocer los indios al doctor Francisco Hernández, médico

de cámara de Felipe II y Plinio de la Nueva España. Al lado, los boticarios ofrecen ungüentos, emplastos y jarabes medicinales. Hay casas de barbería donde lavan y rapan la cabeza. Hay casas donde se come y bebe por precio. Mucha leña, astilla de ocote, carbón y braserillos de barro. Esteras para la cama, y otras más finas, para el asiento o para esterar salas y cámaras. Verduras en cantidad, y sobre todo, cebolla, puerro, ajo, borraja, mastuerzo, berro, acedera, cardos y tagarninas. Los capulines y las ciruelas son las frutas que más se venden. Miel de abejas y cera de panal; miel de caña de maíz tan untuosa y dulce como la de azúcar; miel de maguey, de que hacen también azúcares y vinos. Cortés, describiendo estas mieles al Emperador Carlos V, le dice con encantadora sencillez: "¡mejores que el arrope!" Los hilados de algodón para colgaduras, tocas, manteles y pañizuelos, le recuerdan la Alcaicería de Granada. Asimismo hay mantas de henequén, sogas y cotaras y otras zarrabusterías que sacan del henequén. Hay hojas vegetales de que hacen su papel. Hay cañutos de olores con liquidámbar, llenos de tabaco. Colores de todos los tintes y matices. Aceites de chía que unos comparan a mostaza y otros a zaragatona, con que hacen la pintura inatacable por el agua: aún conserva el indio el secreto de esos brillos de esmalte con que unta sus jícaras y vasos de palo. Hay cueros de venado con pelo y sin él grises y blancos, artificiosamente pintados; cueros de nutrias, tejones y gatos monteses, de ellos adobados y de ellos sin adobar. Vasijas, cántaros y jarros de toda forma y fábrica, pintados, vidriados y de singular barro y calidad. Maíz en grano y en pan, superior al de las Islas conocidas y Tierra Firme. Pescado fresco y salado, crudo y guisado. Huevos de gallinas y ánsares, tortillas de huevos de las otras aves.

El zumbar y ruido de la plaza—dice Bernal Díaz—asombra a los mismos que han estado en Constantinopla y en Roma. Es como un mareo de los sentidos, como un sueño de Brueghel, donde las alegorías de la materia cobran un calor espiritual. En pintoresco atolondramiento, el Conquistador va y viene por las calles de la feria y conserva de sus recuerdos la emoción de un raro y palpitante caos: las formas se funden entre sí; estallan en cohete los colores; el apetito despierta al olor picante de las yerbas y las especias. Rueda, se desborda del azafate todo el paraíso de la fruta: globos de color, ampollas transparentes, racimos de lanzas, piñas escamosas y cogollos de hojas. En las bateas redondas de sardinas, giran los reflejos de plata y de azafrán, las orlas de aletas y colas en pincel; de una cuba sale la bestial cabeza del pescado, bigotudo y atónito. En las calles de la cetrería, los picos sedientos, las alas azules y guindas, abiertas como un laxo abanico, las patas crispadas que

ofrecen una consistencia terrosa de raíces; el ojo duro y redondo, del pájaro muerto. Más allá las pilas de granos vegetales, negros, rojos, amarillos y blancos, todos relucientes y oleaginosos. Después, la venatería confusa, donde sobresalen, por entre colinas de lomos y flores de manos callosas, un cuerno, un hocico, una lengua colgante: fluye por el suelo un hilo rojo que se acercan a lamer los perros.—A otro término, el jardín artificial de tapices y de tejidos, los juguetes de metal y de piedra, raros y monstruosos, sólo comprensibles—siempre—para el pueblo que los fabrica y juega con ellos; los mercaderes rifadores, los joyeros, los pellejeros, los alfareros, agrupados rigurosamente por gremios, como en las procesiones de Alsloot.—Entre las vasijas morenas se pierden los senos de la vendedora. Sus brazos corren por entre el barro como en su elemento nativo: forman asas a los jarrones y culebrean por los cuellos rojizos. Hay, en la cintura de las tinajas, unos vivos de negro y oro que recuerdan el collar ceñido a su garganta. Las anchas ollas parecen haberse sentado, como la india, con las rodillas pegadas y los pies paralelos. El agua, rezumando, gorgoritea en los búcaros olorosos.

"Lo más lindo de la plaza—declara Gómara—está en las obras de oro y pluma, de que contrahacen cualquier cosa y color. Y son los indios tan oficiales desto, que hacen de pluma una mariposa, un animal, un árbol, una rosa, las flores, las yerbas y peñas, tan al propio que parece lo mismo, que o está vivo o natural. Y acontéceles no comer en todo un día, poniendo, quitando y asentando la pluma, y mirando a una parte y a otra, al sol, a la sombra, a la vislumbre, por ver si dice mejor a pelo o a contrapelo, o al través, de la haz o del envés; y, en fin, no la dejan de las manos hasta ponerla en toda perfección. Tanto sufrimiento pocas naciones le tienen, mayormente donde hay cólera como en la nuestra.

"El oficio más primo y artificioso es platero; y así, sacan al mercado cosas bien labradas con piedra y hundidas con fuego: un plato ochavado, el un cuarto de oro y el otro de plata, no soldado, sino fundido y en la fundición pegado; una calderica que sacan con su asa, como acá una campana, pero suelta; un pesce con una escama de plata y otra de oro, aunque tengan muchas. Vacían un papagayo que se le ande la lengua, que se le meneen la cabeza y las alas. Funden una mona que juegue pies y cabeza y tenga en las manos un huso que parezca que hila, o una manzana que parezca que come. Y lo tuvieron a mucho nuestros españoles, y los plateros de acá no alcanzan el primor. Esmaltan, asimismo, engastan y labran esmeraldas, turquesas y otras piedras y agujeran perlas. . . ."

Los juicios de Bernal Díaz no hacen ley en materia de arte; pero bien revelan el entusiasmo con que los conquistadores consideraron

al artífice indio: "Tres indios hay en la ciudad de México—escribe—tan primos en su oficio de entalladores y pintores, que se dicen Marcos de Aquino y Juan de la Cruz y el Crespillo, que si fueran en tiempo de aquel antiguo y afamado Apeles y de Miguel Angel o Berruguete, que son de nuestros tiempos, los pusieran en número dellos."

El emperador tiene contrahechas en oro y plata y piedras y plumas, todas las cosas que debajo del cielo hay en su señorío. El emperador aparece, en las viejas crónicas, cual un fabuloso Midas cuyo trono reluciera tanto como el sol. Si hay poesía en América—ha podido decir el poeta—ella está en el gran Moctezuma de la silla de oro. Su reino de oro, su palacio de oro, sus ropajes de oro, su carne de oro. El mismo ¿no ha de levantar sus vestiduras para convencer a Cortés de que no es de oro? Sus dominios se extienden hasta términos desconocidos; a todo correr, parten a los cuatro vientos sus mensajeros, para hacer ejecutar sus órdenes. A Cortés, que le pregunta si era vasallo de Moctezuma, responde el asombrado cacique:

—Pero, ¿quién no es su vasallo?

Los señores de todas esas tierras lejanas residen mucha parte del año en la misma corte, y envían sus primogénitos al servicio de Moctezuma. Día por día acuden al palacio hasta seiscientos caballeros cuyos servidores y cortejo llenan dos o tres dilatados patios y todavía hormiguean por la calle, en los aledaños de los sitios reales. Todo el día pulula en torno del rey el séquito abundante, pero sin tener acceso a su persona. A todos se sirve de comer a un tiempo, y la botillería y despensa quedan abiertas para el que tuviere hambre y sed. "Venían trescientos o cuatrocientos mancebos con el manjar, que era sin cuento, porque todas las veces que comía y cenaba (el emperador) le traían de todas las maneras de manjares, así de carnes como de pescados y frutas y yerbas que en toda la tierra se podían haber. Y porque la tierra es fría, traían debajo de cada plato y escudilla de manjar un braserico con brasa, porque no se enfriase." Sentábase el rey en una almohadilla de cuero, en medio de un salón que se iba poblando con sus servidores; y mientras comía, daba de comer a cinco o seis señores ancianos que se mantenían desviados de él. Al principio y fin de las comidas, unas servidoras le daban aguamanos, y ni la toalla, platos, escudillas y braserillos que una vez sirvieron volvían a servir. Parece que mientras cenaba se divertía con los chistes de sus juglares y jorobados, o se hacía tocar música de zampoñas, flautas, caracoles, huesos y atabales, y otros instrumentos así. Junto a él ardían unas ascuas olorosas, y le protegía de las miradas un biombo de madera. Daba a los truhanes los relieves de su festín y les convidaba con jarros de cho-

colate. "De vez en cuando—recuerda Bernal Díaz—traían unas copas de oro fino, con cierta bebida hecha del mismo cacao, que decían era para tener acceso con mujeres."

Quitada la mesa, ida la gente, comparecían algunos señores, y después los truhanes y jugadores de pies. Unas veces el emperador fumaba y reposaba, y otras veces tendían una estera en el patio y comenzaban los bailes al compás de los leños huecos. A un fuerte silbido empiezan a sonar los tambores y los danzantes van apareciendo con ricos mantos, abanicos, ramilletes de rosas, papahigos de pluma que fingen cabezas de águilas, tigres y caimanes. La danza alterna con el canto; todos se toman de las manos y empiezan por movimientos suaves y voces bajas. Poco a poco van animándose; y, para que el gusto no decaiga, circulan por entre las filas de danzantes los escanciadores, colando en hondos jarros el vino.

Moctezuma "vestíase todos los días cuatro maneras de vestiduras, todas nuevas, y nunca más se las vestía otra vez. Todos los señores que entraban en su casa, no entraban calzados" y cuando comparecían ante él, se mantenían humillados, la cabeza baja y sin mirarle a la cara. "Ciertos señores—añade Cortés—reprehendían a los españoles, diciendo que cuando hablaban conmigo estaban exentos mirándome a la cara, que parecía desacatamiento y poca vergüenza." Descalzábanse, pues, los señores, cambiaban los ricos mantos por otros más humildes, y se adelantaban con tres reverencias: "Señor—mi señor—gran señor." "Cuando salía fuera el dicho Moctezuma, que eran pocas veces, todos los que iban por él y los que topaba por las calles, le volvían el rostro, y todos los demás se postraban hasta que él pasaba," nota Cortés. Precedíale uno como lictor con tres varas delgadas, una de las cuales empuñaba él cuando descendía de las andas. Hemos de imaginarlo cuando se adelanta a recibir a Cortés, apoyado en brazos de dos señores, a pie y por mitad de una ancha calle. Su cortejo, en larga procesión camina tras él formando dos hileras arrimado a los muros. Precédenle sus servidores, que extienden tapices a su paso.

El emperador es aficionado a la caza; sus cetreros pueden tomar cualquier ave a ojeo, según era fama; en tumulto, sus monteros acosan a las fieras vivas. Mas su pasatiempo favorito es la caza de altanería: de garzas, milanos, cuervos y picazas. Mientras unos andan a volatería con lazo y señuelo, Moctezuma tira con el arco y la cerbatana. Sus cerbatanas tienen los broqueles y puntería tan largos como un jeme y de oro: están adornadas con formas de flores y animales.

Dentro y fuera de la ciudad tiene sus palacios y casas de placer y en cada una, su manera de pasatiempo. Abrense las puertas a calles y a plazas, dejando ver patios con fuentes, losados como los

tableros de ajedrez; paredes de mármol y jaspe, pórfido, piedra negra; muros veteados de rojo, muros traslucientes; techos de cedro, pino, palma, ciprés, ricamente entallados todos. Las cámaras están pintadas y esteradas; tapizadas otras con telas de algodón, con pelo de conejo y con pluma. En el oratorio hay chapas de oro y plata con incrustaciones de pedrería. Por los babilónicos jardines —donde no se consentía hortaliza ni fruto alguno de provecho— hay miradores y corredores en que Moctezuma y sus mujeres salen a recrearse; bosques de gran circuito con artificios de hojas y flores, conejeras, vivares, riscos y peñoles, por donde vagaban ciervos y corzos; diez estanques de agua dulce o salada, para todo linaje de aves palustres y marinas, alimentadas con el alimento que les es natural: unas con pescados, otras con gusanos y moscas, otras con maíz y algunas con semillas más finas. Cuidan de ellas trescientos hombres, y otros cuidan de las aves enfermas. Unos limpian los estanques, otros pescan, otros les dan a las aves de comer; unos son para espulgarlas, otros para guardar los huevos, otros para echarlas cuando encloquecen, otros las pelan para aprovechar la pluma. A otra parte se hallan las aves de rapiña, desde los cernícalos y alcotanes hasta el águila real, guarecidas bajo toldos y provistas de sus alcándaras. También hay leones enjaulados, tigres, lobos, adibes, zorras, culebras, gatos, que forman un infierno de ruidos, y a cuyo cuidado se consagran otros trescientos hombres. Y para que nada falte en este museo de historia natural, hay aposentos donde viven familias de albinos, de monstruos, de enanos, corcovados y demás contrahechos.

Había casas para granero y almacenes, sobre cuyas puertas veíanse escudos que figuraban conejos y donde se aposentaban los tesoreros, contadores y receptores; casas de armas cuyo escudo era un arco con dos aljabas, donde había dardos, hondas, lanzas y porras, broqueles y rodelas, cascos, grabas y brazaletes, bastos con navaja de pedernal, varas de uno y dos gajos, piedras rollizas hechas a mano, y unos como paveses que, al desenrollarse, cubren todo el cuerpo del guerrero.

Cuatro veces el Conquistador Anónimo intentó recorrer los palacios de Moctezuma: cuatro veces renunció, fatigado.

ALFONSO REYES.



EL PADRE DE LAS CASAS



UATRO siglos es mucho, son cuatrocientos años. Cuatrocientos años hace que vivió el Padre de las Casas, y parece que está vivo todavía, porque fué bueno.... No se puede ver un lirio sin pensar en el Padre de las Casas, porque con la bondad se le fué poniendo de lirio el color, y dicen que era hermoso verlo escribir, con su túnica blanca, sentado en su sillón de tachuelas, peleando con la pluma de ave porque no escribía de prisa.

Y otras veces se levantaba del sillón, como si le quemase: se apretaba las sienes con las dos manos, andaba a pasos grandes por la celda y parecía como si tuviera un gran dolor. Era que estaba escribiendo, en su libro famoso de la *Destrucción de las Indias,* los horrores que vió en las Américas cuando vino de España la gente a la conquista. Se le encendían los ojos, y se volvía a sentar, de codos en la mesa, con la cara llena de lágrimas. Así pasó la vida, defendiendo a los indios.

Aprendió en España a licenciado, que era algo en aquellos tiempos, y vino con Colón a la Isla Española en un barco de aquellos de velas infladas y como cáscara de nuez. Hablaba mucho a bordo, y con muchos latinos. Decían los marineros que era grande su saber para un mozo de veinticuatro años. El sol lo veía él siempre salir sobre la cubierta. Iba alegre en el barco, como aquel que va a ver maravillas.

Pero desde que llegó empezó a hablar poco. La tierra, sí, era muy hermosa, y se vivía como en una flor: ¡pero aquellos conquistadores debían venir del infierno, no de España! Español era él también y su padre, y su madre; pero él no salía por las islas Lucayas a robarse a los indios libres: ¡porque en diez años ya no quedaba indio vivo de los tres millones o más, que hubo en la Española! El no los iba cazando, con perros hambrientos, para matarlos a trabajo en las minas; él no les quemaba las manos y los pies cuando se sentaban porque no podían andar, o se les caía el pico porque ya no tenían fuerzas; él no los azotaba hasta verles desmayar, porque no sabían decirle a su amo dónde había más oro; él no se gozaba con sus amigos, a la hora de comer, porque el indio de la mesa no pudo con la carga que traía de la mina, y le mandó cortar en castigo las orejas; él no se ponía el jubón de lujo, y aquella capa que llamaban ferreruelo, para ir muy galán a la plaza a las doce, a ver la quema que mandaba hacer la justicia del gobernador, la quema de los cinco indios. El los vió quemar, los vió mirar con desprecio desde la hoguera a los verdugos, y ya nunca se puso más que el jubón negro, ni cargó caña de oro, como los otros licenciados ricos y regordetes, sino que se fué a consolar a los indios por el monte, sin más ayuda que su bastón de rama de árbol.

Ya en la isla lo conocían todos, y en España hablaban de él. Era flaco y de nariz muy larga, y la ropa se le caía del cuerpo y no tenía más poder que el de su corazón; pero de casa en casa andaba echando en cara a los encomenderos, la muerte de los indios de las encomiendas; iba a palacio, a pedir al gobernador que mandase cumplir las ordenanzas reales; esperaba en el portal de la audiencia a los oidores, caminando de prisa con las manos a la espalda, para decirles que venía lleno de espanto, que había visto morir a seis mil niños en tres meses. Y los oidores le decían: "Cálmese, licenciado, ya se hará justicia." Se echaban el ferreruelo al hombro, y se iban a merendar con los encomenderos que eran los ricos del país y tenían buen vino y buena miel de Alcarria.

Ni merienda ni sueño había para Las Casas: sentía en sus carnes mismas los dientes de los molosos que los encomenderos tenían

sin comer, para que con el apetito los buscasen mejor a los indios cimarrones; le parecía que era su mano la que chorreaba sangre, cuando sabía que, porque no pudo con la pala, le habían cortado a un indio la mano; creía que él era el culpable de toda la crueldad, porque no la remediaba; sintió cómo se iluminaba y crecía, y cómo que eran sus hijos todos los indios americanos.

De abogado no tenía autoridad y lo dejaban solo; de sacerdote tendría la fuerza de la iglesia, y volvería a España, y daría los recados del cielo, y si la corte no acababa con el asesinato, con el tormento, con la esclavitud, con las minas, haría temblar la corte. Y el día en que entró de sacerdote, toda la isla fué a verlo con el asombro de que tomara aquella carrera un licenciado de fortuna; y las indias le echaron, al pasar, a sus hijitos, a que le besasen los hábitos.

Entonces empezó su medio siglo de pelea, para que los indios no fuesen esclavos; de pelea en las Américas; de pelea en Madrid, de pelea con el rey mismo; contra España toda, él solo, de pelea.

JOSE MARTI.



LA COLONIA

LAS MULAS DE SU EXCELENCIA



LAS MULAS DE SU EXCELENCIA



N la gran extensión de Nueva España puede asegurarse que no existía una pareja de mulas como las que tiraban de la carroza de Su Excelencia el señor Virrey, y eso que tan dados eran en aquellos tiempos los conquistadores de México a la cría de las mulas, y tan afectos a usarlas como cabalgadura, que los Reyes de España, temiendo que afición tal fuese causa del abandono de la cría de caballos y del ejercicio militar, mandaron que se obligase a los principales vecinos a tener caballos propios y disponibles para el combate; Pero las mulas del Virrey eran la envidia de todos los ricos y la desesperación de los ganaderos de la capital de la colonia.

Altas, con el pecho tan ancho como el del potro más poderoso. los cuatro remos finos y nerviosos como los de un reno; la cabeza descarnada, y las movibles orejas y los negros ojos como los de un venado. El color tiraba a castaño, aunque con algunos reflejos dorados, y trotaban con tanta ligereza que apenas podría seguirlas un caballo al galope.

Además de eso, de tanta nobleza y tan bien arrendadas, que al decir del cochero de Su Excelencia, manejarse podrían, si no con dos hebras de las que forman las arañas, cuando menos con dos ligeros cordones de seda.

El Virrey se levantaba todos los días con la aurora; le esperaba el coche al pie de la escalera de palacio; él bajaba pausadamente; contemplaba con orgullo su incomparable pareja; entraba en el carruaje; se santiguaba devotamente, y las mulas salían haciendo brotar chispas de las pocas piedras que se encontraban en el camino.

Después de un largo paseo por los alrededores de la ciudad, llegaba el Virrey, poco antes de las ocho de la mañana; a detenerse ante la catedral, que en aquel tiempo, y con gran actividad, se estaba construyendo.

Iba aquella obra muy adelantada, y trabajaban allí multitud de cuadrillas, que generalmente se dividían por nacionalidades, y eran unas de españoles, otras de indios, otras de mestizos y otras de negros, con el objeto de evitar choques, muy comunes por desgracia, entre operarios de distinta raza.

Había entre aquellas cuadrillas dos que se distinguían por la prontitud y esmero con que cada una de ellas desempeñaba los trabajos más delicados que se le encomendaban, y era lo curioso que una de ellas estaba compuesta de españoles y la otra de indios.

Era capataz de la española un robusto asturiano, como de cuarenta años, llamado Pedro Noriega. El hombre de más mal carácter, pero de más buen corazón que podía encontrarse en aquella época entre todos los colonos.

Luis de Rivera gobernaba como capataz la cuadrilla de los indios, porque más aspecto tenía de indio que de español, aunque era mestizo del primer cruzamiento, y hablaba con gran facilidad la lengua de los castellanos y el idioma nahuatl o mexicano.

No gozaba tampoco Luis de Rivera de un carácter angelical: era levantisco y pendenciero, y más de una vez había dado ya que hacer a los alguaciles.

Por una desgracia, las dos cuadrillas tuvieron que trabajar muy de cerca la una de la otra, y cuando Pedro Noriega se enfadaba con los suyos, que era muchas veces al día, les gritaba con voz de trueno:

—¡Qué españoles tan brutos! ¡Parecen indios!

Pero no bien había terminado aquella frase, cuando, viniendo o no al caso, Rivera les gritaba a los suyos:

—¡Qué indios tan animales! ¡Parecen españoles!

Como era natural, esto tenía que dar fatales resultados. Los directores de la obra no cuidaron de separar aquellas cuadrillas, y

como los insultos menudeaban, una tarde Noriega y Rivera llegaron, no a las manos, sino a las armas, porque cada uno de ellos venía preparado ya para un lance, y tocóle la peor parte al mestizo, que allí quedó muerto de una puñalada.

Convirtióse aquello en un tumulto, y necesario fué para calmarle que ocurriera gente de justicia y viniera tropa de Palacio.

Separóse a los combatientes: levantóse el cadáver de Luis de Rivera, y atado codo con codo salió de allí el asturiano, en medio de los alguaciles, para la cárcel de la ciudad.

Como el Virrey estaba muy indignado; como los señores de la Audiencia ardían en deseos de hacer un ejemplar castigo al mismo tiempo que complacer al Virrey, y como existía una real cédula disponiendo que los delitos de españoles contra hijos del país fueran castigados con mayor severidad, antes de quince días el proceso estaba terminado y Noriega sentenciado a la horca.

Inútiles fueron todos los esfuerzos de los vecinos para alcanzar el indulto: ni los halagos de la Virreina, ni los memoriales de las damas, ni el influjo del señor Arzobispo, nada; el Virrey, firme y resuelto, a todo se negaba, dando por razón la necesidad de hacer un singularísimo y notable castigo ejemplar.

La familia de Noriega, que se reducía a la mujer y a una guapa chica de dieciocho años, desoladas iban todo el día, como se dice vulgarmente, de Herodes a Pilatos, y pasaban largas horas al pie de la escalera de Palacio, procurando siempre ablandar con su llanto el endurecido corazón de Su Excelencia.

Muchas veces esperaban al pie del coche en que el Virrey iba a montar, y contaban sus cuitas, que la desgracia siempre cuenta, al cochero del Virrey, que era un andaluz joven y soltero.

Como era natural, tanto enternecían a aquel buen andaluz las lágrimas de la madre como los negros ojos de la hija. Pero él no se atrevía a hablar al Virrey, comprendiendo que lo que tantos personajes no habían alcanzado él no debía siquiera intentarlo.

Y sin embargo, todavía la víspera del día fijado para la ejecución decía a las mujeres, entre convencido y pesaroso:

—¡Todavía puede hacer Dios un milagro! ¡Todavía puede hacer Dios un milagro!

Y las pobres mujeres veían un rayo de esperanza; porque en los grandes infortunios, los que no creen en los milagros sueñan siempre en lo inesperado.

Llegó por fín la mañana terrible de la ejecución, y cubierto de escapularios el pecho, con los ojos vendados, apoyándose en el brazo de los sacerdotes, que a voz en cuello lo exhortaban en aquel trance

fatal, causando pavor hasta a los mismos espectadores, salió Noriega de la cárcel, seguido de una inmensa muchedumbre que caminaba lenta y silenciosamente, mientras que el pregonero gritaba en cada esquina:

"Esta es la justicia que se manda hacer con este hombre, por homicidio cometido en la persona de Luis de Rivera.

"Que sea ahorcado.

"Quien tal hace, que tal pague."

El Virrey aquella mañana montó en su carroza, preocupado y sin detenerse, como de costumbre, a examinar su pareja de mulas; quizá luchaba con la incertidumbre de si aquello era un acto de energía o de crueldad.

El cochero, que sabía ya el camino que tenía que seguir, agitó las riendas de las mulas ligeramente, y los animales partieron al trote. Cerca de un cuarto de hora pasó el Virrey inmóvil en el fondo del carruaje y entregado a sus meditaciones; pero repentinamente sintió una violenta sacudida, y la rapidez de la marcha aumentó de una manera notable. Al principio prestó poca atención, pero a cada momento era más rápida la carrera.

Su Excelencia sacó la cabeza por una de las ventanillas, y preguntó al cochero:

—¿Qué pasa?

—Señor, que se han espantado estos animales y no obedecen.

Y el carruaje atravesaba calles y callejuelas y plazas, y doblaba esquinas sin chocar nunca contra los muros, pero como si no llevara rumbo fijo y fuera caminando al azar.

El Virrey era hombre de corazón y resolvió esperar el resultado de aquello, cuidando no más de colocarse en uno de los ángulos del carruaje y cerrar los ojos.

Repentinamente detuviéronse las mulas; volvió a sacar el Virrey la cabeza por el ventanillo, y se encontró rodeado de multitud de hombres, mujeres y niños que gritaban alegremente:

—¡Indultado! ¡Indultado!

La carroza del Virrey había llegado a encontrarse con la comitiva que conducía a Noriega al patíbulo; y como era de ley que si el monarca en la metrópoli, o los virreyes en las colonias, encontraban a un hombre que iba a ser ejecutado, esto valía el indulto, Noriega con aquel encuentro feliz quedó indultado por consiguiente.

Volvióse el Virrey a Palacio, no sin llevar cierta complacencia porque había salvado la vida de un hombre sin menoscabo de su energía.

Tornaron a llevar a la cárcel al indultado Noriega, y todo el

mundo atribuyó aquello a un milagro patente de Nuestra Señora de Guadalupe, de quien era ferviente devota la familia de Noriega.

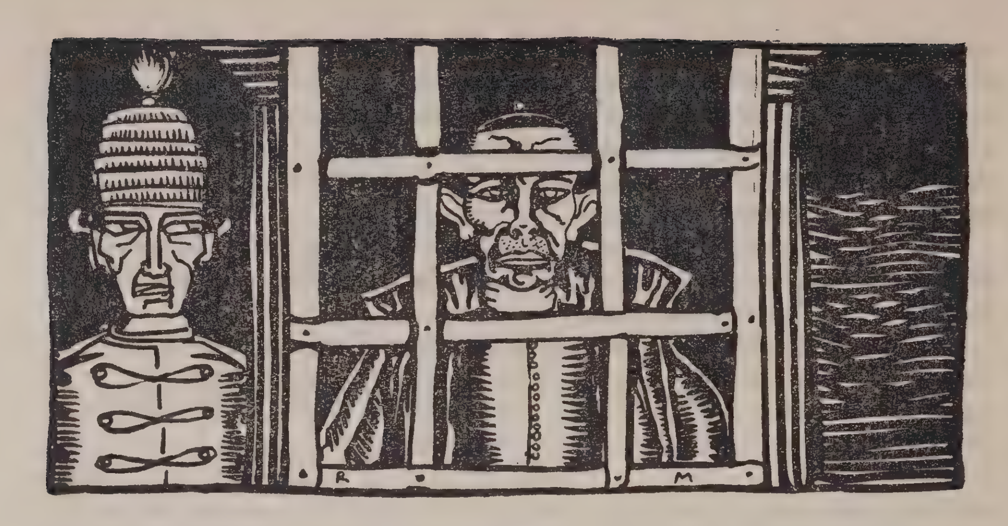
No se sabe si el cochero, aunque aseguraba que sí, creía en lo milagroso del lance. Lo que sí pudo averiguarse fué que tres meses después se casó con la hija de Noriega, y que Su Excelencia le hizo un gran regalo de boda.

La tradición agrega que aquel lance fué el que dió motivo a la real cédula que ordenaba que un día de ejecución de justicia no salieran de Palacio los virreyes.

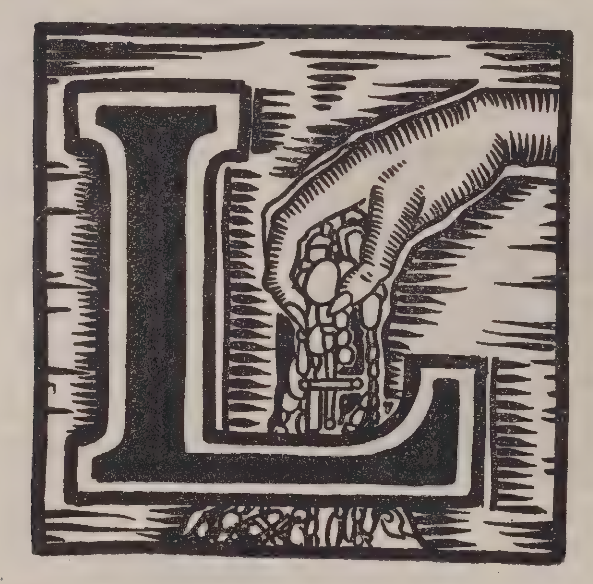
¡Para que se vea de todo lo que son capaces las mulas!

VICENTE RIVA PALACIO.





EL OBISPO CHICHEÑO



IMA, como todos los pueblos de la tierra, ha tenido (y tiene) un gran surtido de tipos extravagantes, locos mansos y *cándidos*. A esta categoría pertenecieron, en los tiempos de la República, Bernardito, Basilio Yegua, Manongo Moñón, Bofetada del Diablo, Saldamando, Cogoy, el Príncipe, Adefesios en Misa de Una, Felipe la Cochina, y pongo punto por no hacer interminable la nomenclatura.

Por los años de 1780 comía pan en esta ciudad de los reyes un bendito de Dios, a quien pusieron en la pila bautismal el nombre de Ramón. Era éste un pobrete de solemnidad, mantenido por la caridad pública, y el hazmerreír de muchachos y gente ociosa. Hombre de pocas palabras, pues para complemento de desdichas era tartamudo, a todo contestaba con un *sí, señor*, que al pasar por su desdentada boca se convertía en *chí, cheñó*.

El pueblo llegó a olvidar que nuestro hombre se llamaba Ra-

moncito, y todo Lima lo conocía por *Chicheñó*, apodo que se ha generalizado después aplicándolo a las personas de carácter benévolo y complaciente que no tienen hiel para proferir una negativa rotunda. Diariamente, y aun tratándose de ministros de Estado, oímos decir en la conversación familiar: "¿Quién? ¿Fulano? ¡Si ese hombre no tiene calzones! Es un *Chicheñó*."

En el año que hemos apuntado llegaron a Lima, con procedencia directa de Barcelona, dos acaudalados comerciantes catalanes, trayendo un valioso cargamento. Consistía éste en sederías de Manila, paño de San Fernando, alhajas, casullas de lana y brocado, mantos para imágenes y lujosos paramentos de iglesia. Arrendaron un vasto almacén en la calle de Bodegones, adornando una de las vidrieras con pectorales y cruces de brillantes, cálices de oro con incrustaciones de piedras preciosas, anillos, arracadas y otras prendas de rubí, ópalos, zafiros, perlas y esmeraldas. Aquella vidriera fué pecadero de las limeñas y tenaz conflicto para el bolsillo de padres, maridos y galanes.

Ocho días llevaba de abierto el elegante almacén, cuando tres andaluces que vivían en Lima, más pelados que ratas de colegio, idearon la manera de apropiarse parte de las alhajas, y para ello ocurrieron al originalísimo expediente que voy a referir.

Después de proveerse de un traje completo de obispo, vistieron con él a Ramoncito, y dos de ellos se plantaron sotana, solideo y sombrero de clérigo.

Acostumbraban los miembros de la Audiencia ir a las diez de la mañana a Palacio en coche de cuatro mulas, según lo dispuesto en una real pragmática.

El conde de Pozos-Dulces, D. Melchor Ortiz de Rojano, era a la sazón primer regente de la Audiencia, y tenía por cochero a un negro devoto del aguardiente, quien, después de dejar a su amo en palacio, fué seducido por los andaluces, que le regalaron media pelucona a fin de que pusiese el carruaje a disposición de ellos.

Acababan de sonar las diez, hora de almuerzo para nuestros antepasados, y las calles próximas a la plaza Mayor estaban casi solitarias, pues los comerciantes cerraban las tiendas a las nueve y media, y seguidos de sus dependientes iban a almorzar en familia. El comercio se reabría a las once.

Los catalanes de Bodegones se hacían llevar con un criado el desayuno a la trastienda del almacén, e iban ya a sentarse a la mesa cuando un lujoso carruaje se detuvo a la puerta. Un paje de aristocrática librea, que iba a la zaga del coche, abrió la portezuela y bajó el estribo, descendiendo dos clérigos y tras ellos un obispo.

Penetraron los tres en el almacén. Los comerciantes se deshicieron en cortesías, besaron el anillo pastoral y pusieron junto al

mostrador silla para Su Ilustrísima. Uno de los familiares tomó la palabra y dijo:

—Su Señoría el señor obispo de Huamanga, de quien soy humilde capellán y secretario, necesita algunas alhajitas para decencia de su persona y de su santa iglesia catedral, y sabiendo que todo lo que ustedes han traído de España es de última moda, ha querido darles la preferencia.

Los comerciantes hicieron, como es de práctica, la apología de sus artículos, garantizando bajo palabra de honor que ellos no daban gato por liebre, y añadiendo que el señor obispo no tendría que arrepentirse por la distinción con que los honraba.

—En primer lugar—continuó el secretario—necesitamos un cáliz de todo lujo para las fiestas solemnes. Su Señoría no se para en precios, que no es ningún roñoso.

—¿No es así, ilustrísimo señor?

—*Chí, cheñó*—contestó el obispo.

Los catalanes sacaron a lucir cálices de primoroso trabajo artístico. Tras los cálices vinieron cruces y pectorales de brillantes cadenas de oro, anillos, alhajas para la Virgen de no sé qué advocación y regalos para las monjitas de Huamanga. La factura subió a quince mil duros mal contados.

Cada prenda que escogían los familiares la enseñaban a su superior, preguntándole:

—¿Le gusta a su señoría ilustrísima?

—*Chí, cheñó*—contestaba el obispo.

—Pues al coche.

Y el pajecito cargaba con la alhaja, a la vez que uno de los catalanes apuntaba el precio en un papel.

Llegado el momento del pago, dijo el secretario:

—Iremos por las talegas al palacio arzobispal, que es donde está alojado su señoría, y él nos esperará aquí. Cuestión de quince minutos. ¿No le parece a su señoría ilustrísima?

—*Chí, cheñó,* respondió el obispo.

Quedando en rehenes tan caracterizado personaje, los comerciantes no tuvieron ni asomo de desconfianza, amén que aquellos no eran estos tiempos de bancos y *papel-manteca* en que quince mil duros no hacen peso en el bolsillo.

Marchados los familiares, pensaron los comerciantes en el desayuno, y acaso por llenar fórmula de etiqueta dijo uno de ellos:

—¿Nos hará su señoría ilustrísima el honor de acompañarnos a almorzar?

—*Chí, cheñó.*

Los catalanes enviaron a las volandas al fámulo por algunos platos extraordinarios, y sacaron sus dos mejores botellas de vino

para agasajar al príncipe de la Iglesia, que no sólo les dejaba fuerte ganancia en la compra de alhajas, sino que les aseguraba algunos centenares de indulgencias valederas en el otro mundo.

Sentáronse a almorzar, y no les dejó de parecer chocante que el obispo no echase su bendición al pan, ni rezase siquiera en latín, ni por más que ellos se esforzaron en hacerlo conversar, pudieron arrancarle otras palabras que *chí, cheñó.*

El obispo tragó como un Heliogábalo.

Y entretanto pasaron dos horas, y los familiares con las quince talegas no daban acuerdo de sus personas.

—Para una cuadra que distamos de aquí al palacio arzobispal es ya mucha la tardanza, dijo, al fin amoscado, uno de los comerciantes.—¡Ni que hubieran ido a Roma por bulas! Le parece a su señoría que vaya a buscar a sus familiares?

—*Chí, cheñó.*

Y calándose el sombrero, salió el catalán desempedrando la calle.

En el palacio arzobispal supo que allí no había huésped mitrado, y que el obispo de Huamanga estaba muy tranquilo en su diócesis cuidando de su rebaño.

El hombre echó a correr vociferando como un loco, alborotóse la calle de Bodegones, el almacén se llenó de curiosos para quienes Ramoncito era antiguo conocido, descubrióse el pastel, y por vía de anticipo mientras llegaban los alguaciles, la emprendieron los catalanes a mojicones con el obispo de pega.

Debemos añadir que *Chicheñó* fué a chirona; pero reconocido por tonto de capirote, la justicia lo puso pronto en la calle.

En cuanto a los ladrones, hasta hoy (y ya hace un siglo) que yo sepa, no se ha tenido noticia de ellos.

RICARDO PALMA.





SIMON BOLIVAR



IMON Bolívar es el hombre más grande que ha nacido en el Nuevo Mundo. Su tierra natal es Venezuela: nació en Caracas el 24 de julio de 1783.

Sus padres y parientes eran muy ricos. Poseían una hermosa hacienda, la hacienda de San Mateo, en donde Bolívar pasó largas temporadas y así aprendió desde la más tierna infancia, a amar el campo y las montañas, el cielo y el mar.

Tenía cinco años solamente cuando un día en que le enseñaban a montar a caballo, habiéndolo puesto sobre un burro, el animal hizo un movimiento extraño y echó por tierra al pequeño jinete. El niño se levantó diciendo: ¿cómo quieren que aprenda a montar a caballo si lo que me dan es un burro?

Poco tiempo después murió el padre. Su infancia corrió entre los dulces días familiares de su espléndida casa de Caracas y las temporadas pasadas en el campo, en el seno de la naturaleza. Poco

tiempo después perdió a su madre quedando al cuidado de sus tío que lo amaron siempre mucho. Entonces empezó a recibir leccione de gramática y cosmografía que le daba don Andrés Bello, quien era ya entonces un hombre notable; pero fué el señor don Simón Rodríguez, hombre de gran talento, quien modeló en gran parte el alma y el carácter de aquel muchacho que iba a ser más tarde llamado por los pueblos y los hombres el *Libertador de América*. Cuando Bolívar cumplió dieciséis años sus tíos decidieron enviarlo a Europa para que allí terminase sus estudios y su educación. Arreglado el viaje, partió a fines de 1799, rumbo a España. Pero el buque pasó primero a Veracruz en donde iba a recoger una fuerte cantidad de dinero que el antiguo Virreinato de la Nueva España debía hacer embarcar para la Metrópoli. Pero mientras llegaban los caudales, Bolívar tuvo tiempo de visitar la Ciudad de México, pasando la diligencia que lo conducía por la pintoresca Jalapa y la monumental Puebla. Sólo diez días pudo permanecer en México el joven venezolano. Como era rico y de una familia distinguida y traía además cartas de recomendación para el Oidor Aguirre y el Arzobispo, fué presentado inmediatamente a las personas notables de la ciudad y también al Virrey que era entonces el señor don Manuel José de Azanza. Bolívar, educado finamente y poseyendo además el incomparable dón de la simpatía personal, tuvo siempre la fortuna de ser muy bien acogido en todas partes y por todas las personas que lo conocían. La Marquesa de Uluapa le dió alojamiento en su palacio y el Virrey Azanza gustaba de conversar con aquel muchacho que ya daba señales de mucha inquietud y de mucho talento.

Una tarde, después de un largo paseo por la ciudad acompañado del Oidor Aguirre, fué Bolívar a Palacio a visitar al Virrey quien lo invitó a tomar chocolate. La conversación era amena e interesante; pero, poco a poco, hablando de viajes y de la América del Sur, principió a hablarse de la organización de las Colonias Españolas de América. Bolívar nerviosamente habló de la independencia y sostuvo con toda la fuerza de su grande alma la idea de que *nuestra* América debía ser ya independiente de España. El tema de la conversación empezó a molestar el ánimo del Virrey, quien levantándose de su asiento y yendo hasta el fondo del salón, llamó al Oidor Aguirre para decirle que debía despachar para Veracruz inmediatamente, a aquel muchacho que, según el Virrey, tenía ideas peligrosas. Bolívar regresó a Veracruz y después de mes y medio de viaje en el que hubo de padecer los rigores de una espantosa tormenta, llegó a España en donde debía esperarle un suceso muy importante.

En Madrid, la hermosa capital de España, vivía el Rey Carlos

IV rodeado de lujosa corte y numerosa servidumbre. Como era un Rey tonto, y de carácter muy débil, se abandonaba al dominio de su Ministro Godoy, hombre inteligente y muy ambicioso. España, que tres siglos antes, durante los grandes reinados de Carlos V y Felipe II, fué la nación más poderosa de Europa, en este tiempo del reinado de Carlos IV empezaba a perder casi completamente su gran fuerza política en Europa, por el desprestigio de sus últimos reyes y de sus hombres de Gobierno.

Bolívar llegó a Madrid y fué presentado por un colombiano amigo suyo que tenía grandes valimientos entre la nobleza y los hombres de Palacio, a todas las personas de la corte que por sus riquezas o por sus elevados puestos públicos hacían sonar su nombre en Madrid.

Un día conoció Bolívar a la señorita María Teresa Toro, sobrina de un Marqués y de familia muy honesta. El dulce sentimiento del amor se apoderó de aquellas dos almas y las virtudes de María Teresa hallaron en el hermoso corazón de Boílvar el sitio más delicado para hacer crecer en el alma del caraqueño, las ilusiones y deliciosas tristezas que da el primer amor. El muchacho pensó inmediatamente en casarse; pero la familia de la novia, en vista de la excesiva juventud de los novios dispuso aplazar el matrimonio por algún tiempo.

Aranjuez es un lindo lugar cerca de Madrid adonde van el Rey y la Reina y los Príncipes a pasar días de placer y descanso. Un día, en el sitio destinado al juego de pelota, jugaban dos muchachos. Uno de ellos era el Príncipe de Asturias, heredero del trono de España, hijo primogénito del Rey Carlos IV. El otro jugador, era Simón Bolívar. La Reina y sus damas conversaban y miraban el juego. De repente Bolívar dió un fuerte pelotazo en la cabeza al Príncipe y éste fué a quejarse con la Reina; pero la Soberana lo convenció de que esos pequeños accidentes eran simples cosas del juego y que debía volver a jugar.

Algún tiempo después el Príncipe, con el nombre de Fernando VII, se coronaba Rey de España y de las Indias. Algún tiempo después Bolívar, Libertador de América, iba a arrebatarle el más elevado tesoro de su Corona: las Colonias Españolas del Nuevo Mundo. Aquel pelotazo fué el anuncio de un desastre para España.

Por este tiempo, Bolívar, que había descuidado bastante sus estudios, se dedicó a ellos con tanto afán, que en poco tiempo aprendió muchas cosas y se dedicó a otras.

Poco después hizo un viaje a Francia, fué a París, y allí vió de cerca al hombre más famoso de aquellos días, a Napoleón Bonaparte que era el general más notable del mundo, pues había derrotado

muchas veces a ejércitos unidos de diferentes naciones. Bolívar, entonces, admiraba a Napoleón.

Regresó a Madrid, y se casó con la señorita María Teresa. Los jóvenes esposos salieron poco tiempo después para Venezuela. Sólo diez meses vivió Bolívar lleno de felicidad y de amor al lado de su esposa; ésta murió al cabo de ese tiempo, en Caracas, dejando a su esposo hundido en inmenso dolor. Viudo a los diecinueve años, decidió viajar por Europa para buscar reposo en la inquietud constante de los viajes. Después de pasar en España algunos días al lado de la familia de su esposa, salió para Francia. París se llenaba de fiestas con motivo de la coronación de Napoleón Bonaparte. El que antes sólo fuera un general lleno de victorias y también un revolucionario, ahora traicionaba sus principios democráticos y apoyado por sus ejércitos ceñía sobre su frente la vieja Corona Francesa que él mismo había ayudado a derribar hacía unos cuantos años. Bolívar, entonces, ya no admiraba a Napoleón.

Volvía a ser París, como en los tiempos lujosos de los Reyes, la ciudad de la elegancia y de la moda, de la cortesía y del placer. Damas de grande inteligencia y belleza reunían en los salones de sus palacios a los hombres más distinguidos y a las mujeres más hermosas. Bolívar, tan joven, lleno de simpatía, de talento y de fina educación, frecuentó todos los sitios de París donde se unían al talento el lujo y la belleza. Por este tiempo acababa de regresar de un largo y maravilloso viaje por *Nuestra América*, el Barón de Humboldt. Este hombre era un sabio. Había recorrido casi todo el Nuevo Mundo, midiendo la altura de las montañas más altas, la anchura y profundidad de los grandes ríos, la elevación de las mesetas sobre el nivel del mar, la fuga de los litorales eternamente movidos por las olas; ruinas de antiguas ciudades, árboles viejos, rincones notables de la naturaleza, animales desconocidos en Europa, organizaciones de Gobierno; pueblos y razas, todo lo estudió con curiosidad, con paciencia admirable, aquel viajero maravilloso que era también un gran sabio: Alejandro de Humboldt. *Nuestra América* debe a este hombre ilustre el que Europa conociera bastante bien, desde hace más de un siglo, su geografía, su fauna y su flora, y su cultura de entonces. Humboldt reunía en su casa de París a multitud de personas distinguidas que visitaban, llenas de curiosidad, las riquísimas colecciones que el sabio alemán llevaba a Europa después de su largo viaje por América. Bolívar frecuentó la amistad de Humboldt así como la de otros sabios que entonces residían en París. Gastaba sus días en divertirse mucho, en pasear siempre, y en hacerse presente en dondequiera que el talento y la cortesía se aliaban para hacer agradable la vida. Vestía entonces el joven venezolano hermosos trajes y usaba joyas espléndidas. Era de mediana estatura,

delgado, ensortijado el cabello y la frente anunciadora ya de grandes sucesos, la boca grande pero bien dibujada, la nariz hermosa. los ojos muy grandes y negros, que causaban siempre, al decir de todas las personas que lo conocieron, una profunda simpatía en dondequiera que se presentaba. Hablaba francés perfectamente y podía conversar sobre muchas cosas. Fué siempre un gran conversador.

En París se reunió con su antiguo maestro don Simón Rodríguez y juntos salieron para Italia. ¡Italia! la tierra donde creció la República Romana y el vasto Imperio de Roma. Italia, llena de historia y de arte, bajo un cielo luminoso y azul, bañada por dos mares y acariciada por dulces climas. Bolívar y su maestro viajaban a pie por Italia. En Milán asistió el futuro Libertador de América a la segunda coronación de Napoleón Bonaparte, Emperador de Francia y Rey de Italia. Por esos días pasó Napoleón revista a sus tropas, y un poco cerca de él estaba Bolívar con su maestro Rodríguez. El gran soldado francés miraba frecuentemente con curiosidad a Bolívar. Siguió éste viajando por Italia. Llegó a Roma.

Roma es la ciudad histórica más importante de Europa. Ella sola encierra gran parte de la historia humana. Cuando se llega a Roma, el corazón se multiplica y los ojos de toda una vida no alcanzarían para mirar tantas cosas. Rodeada de colinas, sobrelleva majestuosamente y con gloria su antigüedad de veintiséis siglos. En Roma la imaginación se enciende como una selva entera tocada por un rayo. Bolívar y su maestro se hospedaron en una posada desde la que aún puede admirarse las ruinas gigantescas del antiguo Circo Romano. Todo en Roma es grandioso, hasta las ruinas. Bolívar gustaba de vagar solo por aquella parte de la ciudad en donde aún se levantan los restos imperiales de la Roma del grande Emperador Trajano. El joven caraqueño que iba a realizar después la Independencia en casi toda *Nuestra América*, tenía una gran tristeza en el fondo del alma, y esa gran tristeza no le abandonaría jamás. Ya su corazón se llenaba de altísimos sentimientos. Una tarde, paseando por el monte Aventino, una de las colinas que rodean a Roma, en compañía de su maestro Rodríguez, habiendo quedado ambos muy callados y silenciosos, mientras el sol, por la campiña romana tocaba las últimas piedras de las tumbas de la Vía Appia, Bolívar se puso de pie y juró a su maestro y a sí mismo dedicar su vida a la empresa gloriosa de la Libertad de *Nuestra América.* Y bajaron a la ciudad llenos de emoción y entusiasmo patrióticos.

El carácter del futuro *Libertador* de América, empezaba ya a revelarse lleno de energía y de libertad. Por esos días el Embajador de España en Roma le invitó a visitar al Papa. El llegar frente al

Pontífice, el Embajador, hincando las dos rodillas, besó las cruces bordadas en las sandalias del Papa. Bolívar permaneció de pie. En vano el Embajador le hacía señas para que hiciera lo que él acababa de hacer. Los momentos pasaban como siglos desagradables, la situación era penosa. Entonces Bolívar dijo: "Bien se conoce lo mucho que el Papa aprecia la Cruz de Cristo cuando la lleva en los pies." Y se negó a arrodillarse.

Bolívar y su maestro recorrieron a pie, casi toda Italia. Estuvieron después en Austria y Alemania; allí se embarcó Bolívar rumbo a los Estados Unidos en los que después de haber visitado las principales poblaciones, tomó pasaje para Venezuela y llegó a Caracas a fines de 1806. Al regresar de nuevo a su tierra natal, contaba veintitrés años de edad y poseía una ilustración variada conseguida en constantes lecturas y viajes numerosos y detallados.

Desde que regresó a Caracas hasta mediados de 1810, se dedicó al engrandecimiento y cuidado de su Hacienda de San Mateo y a estudiar y cultivar su poderosa inteligencia con la lectura de los libros clásicos, que más tarde había de servirle para iluminar su criterio político y para embellecer su estilo de escritor admirable. Bella juventud la de este hombre, iniciada intensamente en el matrimonio que la muerte dividió y continuaba en medio de grandes riquezas y placeres, viajes artísticos y amistades ilustres y envuelta siempre en el fuerte manto de la pasión divina por la libertad.

En Caracas como en la mayor parte de las ciudades grandes de *Nuestra América*, habían estallado y fracasado casi todas las conspiraciones y movimientos en favor de la independencia, antes de 1810. A Venezuela, por ejemplo, había llegado en 1806 el general Francisco de Miranda con una expedición compuesta casi toda de elementos extranjeros, organizada en favor de la libertad. El general Miranda, venezolano y soldado glorioso y famosísimo en Europa y E. E. U. U. tuvo un gran pesar al ver que los venezolanos, en su mayoría, no hicieron caso de su expedición ni de sus esfuerzos generosos. Miranda disolvió su pequeño ejército y regresó a Europa.

El 19 de abril de 1810, cuatro años después de la intentona del General Miranda, estalló en Caracas una conspiración que iniciaba la independencia de Venezuela respecto de España. Bolívar era uno de los jefes de la conspiración. Depuesto el capitán general Emparán, se dió principio a la nueva organización de Venezuela. Se pensó inmediatamente en buscar el apoyo de Inglaterra y se nombró una comisión especial, la que, en calidad de Plenipotenciario, presidió Simón Bolívar a quien acompañaban el señor López Méndez y don Andrés Bello, que como se recordará había sido maestro de Bolívar y era ya un escritor y un sabio ilustre. En Londres

fueron atendidos con la mayor gentileza por el Gobierno Británico que no pudo prestar toda la ayuda que se deseaba por estar unido a España por un tratado de alianza. Bolívar buscó en Londres al general Miranda y lo llevó a Venezuela a su regreso para que organizara los ejércitos de la libertad. Durante los años de 1811 y principios de 1812 se agitó la juventud Caraqueña en la política nueva que dirigían en la "Sociedad Patriótica," Bolívar y Miranda. El 5 de julio de 1811 los Venezolanos se declararon independientes para siempre del Gobierno Español. A principios de 1812 un espantoso terremoto hizo pedazos la ciudad de Caracas y la mayor parte de las ciudades Venezolanas. Un sacerdote católico gritaba sobre las ruinas de un templo, que aquello era castigo del cielo por querer independizar a Venezuela de España. Bolívar pasaba por ahí y al oír los disparates del clérigo, se dirigió, enfurecido, a la multitud y después de hablar en favor de la independencia terminó diciendo estas palabras soberbias: "Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca."

Nombrado Miranda generalísimo de las tropas Venezolanas fué enviado Bolívar en comisión al Castillo de Puerto Cabello. Sublevada la tropa, traicionado el jefe, después de sostener durante tres días con cuarenta hombres la defensa de su puesto, Bolívar abandonó el Puerto y se dirigió al general Miranda comunicándole el desastre y doliéndose tanto de aquello, a tal punto, que le decía que en sus manos se había perdido la patria. Los españoles organizados y dirigidos por Monteverde habían iniciado operaciones con bastante fortuna. Miranda, acostumbrado en Europa a mandar ejércitos disciplinados, comenzó a impacientarse y aun hasta perder la fe en el triunfo, a la vista de aquellas tropas mal armadas y peor disciplinadas que no podían satisfacer las exigencias militares de un general acostumbrado a mandar ejércitos notables. Los españoles avanzaban y en su avance cometían toda clase de atropellos. Miranda creyó conveniente buscar un arreglo con Monteverde sobre las bases de toda garantía, en las personas y bienes de todos aquellos que hubiesen colaborado con él en la campaña contra el Gobierno Español. Fué un error. El gran Venezolano lo cometió de buena fé, sinceramente. Miranda creyó que con ese arreglo salvaría a la sociedad venezolana de los actos de barbarie del jefe español. Si el error de Miranda fué grande, las consecuencias fueron espantosas. Monteverde firmó la capitulación para cometer, pocos días después, una traición malvada: ordenó el arresto de muchas personas que más tarde fueron asesinadas y la confiscación de los bienes de todos aquellos que habían tenido relación con el movimiento insurgente. Miranda pidió pasaporte para regresar a Europa y fué traicionado en el Puerto de la Guayra, encarcelado en

los calabozos de Puerto Cabello y enviado después a España cargado de cadenas. Murió en una prisión de Cádiz, viejo, lleno de gloria y de dolor. Así acabó el general Francisco de Miranda, uno de los hombres más grandes que han nacido en *Nuestra América,* y llamado con justicia *el más ilustre precursor de la libertad Ibero–Americana.* Francia y los Estados Unidos le deben gratitud y gloria.

Bolívar salió de Caracas ayudado por un español amigo suyo, quien logró a fuerza de súplicas que el jefe español, el traidor Monteverde, lo dejase salir libremente del país. Llegó a Curazao, frente a Venezuela, y de allí salió para Cartagena de Indias, en la costa colombiana del Atlántico, en donde escribió y publicó un manifiesto lleno de tristeza y heroísmo. Pidió a las autoridades, que también habían iniciado un movimiento independiente, que fuera admitido para servir en el ejército Colombiano en favor de la libertad. Se le confió al punto la misión militar para recuperar el Río Magdalena, principal vía de comunicación de aquel país. Con una rapidez extraordinaria, cumplió Bolívar su misión derrotando siempre a los españoles. Después de estos triunfos, rogó a las autoridades colombianas que le permitieran ir a libertar a Venezuela. Consiguió permiso y tropa. Bolívar inició su campaña sobre Venezuela, y después de una serie de victorias, vertiginosamente, entró triunfador a Caracas que lo aclamó desde ese día como su *libertador y padre.* Dos cosas recordaremos de esta célebre campaña militar de *Bolívar* al que ya desde este momento nombraremos con el título glorioso de *Libertador.* Al iniciar su campaña para recuperar a Venezuela, firmó en la Ciudad de Trujillo un decreto terrible en el cual declaraba la guerra a muerte a todos los españoles sin distinción de edad ni sexo. Aquello no era más que una respuesta tan bárbara y brutal como lo merecía la conducta de los españoles con los venezolanos después de la traición infame de Monteverde. Ese documento es un grito de desesperación. Aquel apóstol de la libertad se vió obligado a poner en juego todos los medios, aun los más crueles-para cumplir su misión divina de *Libertador* de pueblos. Cuando *Bolívar* avanzaba sobre Caracas, en uno de los combates sufrió la pérdida de uno de sus tenientes más distinguidos:Anastasio Girardot. Era casi un muchacho y pertenecía a una de las mejores familias de Colombia; era muy valeroso y honrado. Murió heroicamente, y su corazón, encerrado en una urna, fué llevado triunfalmente a Caracas por el Ejército *Libertador* que custodiaba aquella prenda, aquel símbolo de heroísmo entre íluminadas procesiones nocturnas que aumentaban el fervor patriótico de los soldados. Monteverde y sus tenientes se reorganizaron con rapidez, y *Bolívar,* con menos fuerzas que el jefe español, tuvo que salir de Caracas. La fortuna principiaba a abandonarlo. La mayor parte de los habitantes de

Caracas salió con el *Libertador* y sus tropas. Todos temían las venganzas de Monteverde. Casi toda aquella gente murió en los caminos, de hambre, de fatiga y de dolor. Era un desfile espantoso, que contrastaba con aquel otro que había traído triunfalmente desde la ciudad de Valencia hasta Caracas, el corazón de Girardot. *Bolívar* empezó a ser derrotado muchas veces. Se vió obligado a abandonar a Venezuela y a regresar a Colombia, que entonces se llamaba Nueva Granada, a dar cuenta a su Superioridad de los triunfos y de los desastres. Oscuros rivales le hicieron salir de Colombia en donde se embarcó rumbo a la isla de Jamaica, posesión inglesa, en la que pasó algunos meses. Estaba entonces tan extenuado y flaco, que uno de los jefes ingleses de la isla, dijo, después de conocerlo y conversar con él: "La llama ha consumido el aceite." Y así era verdad. De aquel hombre que estaba en toda la fuerza de su juventud, casi no quedaba más que sus ojos. Aquellos grandes ojos oscuros acostumbrados a contemplar la hermosura del mar,de la tierra y del cielo. Aquellos grandes ojos oscuros que se iluminaban con violencia así en la cólera como en la alegría, y que sabían mirar en el horizonte histórico de *nuestra América,* el porvenir de nuestros pueblos, con precisión maravillosa. Desde Jamaica escribió *Bolívar* para los periódicos de Londres, largas noticias sobre las cosas de *nuestra América.* Escribió entre otras una carta célebre en la que, después de estudiar y analizar las condiciones de entonces de nuestros pueblos, profetizaba de un modo asombroso, el porvenir político de estas tierras que aún pertenecían a España. En esa carta habló de México y de todos los países hermanos. Era en 1815, el año de la meditación, de la reflexión y de las profecías de *Bolívar.* Anunció para nosotros el imperio de Iturbide y los desastres políticos que llenan nuestro siglo XIX. Una noche estuvieron a punto de matarlo. Un negrito pagado por los españoles, dió de puñaladas a una amigo de *Bolívar* que estaba acostado en la hamaca en la que acostumbraba dormir el *libertador,* creyendo que era éste el que estaba adentro.

De Jamaica pasó el *libertador* a la pequeña República de Haití en la isla de Santo Domingo. Un hombre generoso y de notable inteligencia era el jefe del Gobierno: Petión. *Bolívar* se acercó a él y le pidió ayuda para libertar a Venezuela. Petión le concedió todo: dinero, hombres, armas y municiones. La expedición libertadora dirigida por *Bolívar,* desembarcó en la costa de Venezuela y después de algunos fracasos, el *Libertador* regresó a Haití en donde proyectó una nueva expedición. Guerrilleros Venezolanos, valerosos y decididos, llaman al *Libertador. Bolívar* regresa y se dirige a las llanuras fertilizadas por el gran río Orinoco y sus afluentes. Un día de 1817, *Bolívar* y su gente fueron

sorprendidos y derrotados por los españoles en uno de los caños del Orinoco, llamado de Casacoima. Apenas pudo salvar su vida metido entre el agua y dejando solamente la cabeza afuera cubriéndose un poco con plantas acuáticas. Con *Bolívar* se salvaron algunos de sus mejores tenientes de entonces. Después de algunas horas de zozobra y cuando comprendieron que el enemigo se había alejado, salieron de sus escondites y alcanzaron a mirar la luz de una casita en la que después de comer algo, salieron al plan de la casa y se pusieron a conversar. Entre dos árboles se colgó una hamaca que ocupó el *Libertador*. La luna llena iluminaba el campo de aquella hermosa noche. Aquellos hombres seguían dando vuelta al tema obligado de la conversación, que era naturalmente la sorpresa y derrota de aquel día. Tan cerca había estado el enemigo, que ellos desde sus escondites oyeron nombrar a *Bolívar* y exclamaciones violentas contra él. De pronto hubo un silencio en la conversación y el Libertador lleno de fe en su destino, habló más o menos así: dentro de poco tiempo libertaremos a Venezuela; pasaremos después a Nueva Granada y llegaremos hasta Quito libertando pueblos y ciudades. Pero nuestras armas no se detendrán allí y seguiremos hasta el Perú, a la tierra de los Incas, para subir más tarde a el Potosí, la gran montaña de plata en cuya cumbre plantaremos la bandera de la *Libertad*. Parecía un loco. Aquel hombre derrotado y casi solo hacía programas gigantescos de *Libertad* y de gloria. El capitán Martel, uno de sus ayudantes, se dirigió a otro y le dijo: Ahora sí estamos completamente perdidos, porque el *Libertador* se ha vuelto loco. Y así era la verdad, porque en medio de aquella situación tan penosa y difícil, parecía cosa de loco hacer tantos proyectos de libertad, cuando hasta entonces, con excepción de la campaña gloriosa de 1813, todo para *Bolívar* había salido mal. Pero era un genio, uno de esos hombres que sólo de muy de cuando en cuando nacen y que parecen iluminados por la Providencia para llevar a cabo las empresas más difíciles, a pesar de todos los peligros y todas las dificultades. Y aquello que el Libertador anunció en aquella hermosa noche, entre el espanto y la desconfianza de sus compañeros, todo se cumplió con aquella precisión maravillosa con que se realizaron todas las cosas que él se propuso, porque lo que pensaba era siempre grande, bueno y sublime.

Bolívar tenía que luchar contra todo. Por eso como ejemplo de voluntad, es uno de los más altos de la historia humana. Cuando él dijo una vez que si la naturaleza se oponía, lucharía contra ella y la vencería, no por eso había contado con el mayor obstáculo. Porque las mayores dificultades las encontraría entre sus mismos compañeros de armas; la envidia, la traición,

la rivalidad sin grandeza, miserables y mezquinas, habrán de salirle al paso muchas veces, y él entonces, habrá de triunfar de todo con su sola superioridad sobre sus enemigos, por el sacrificio y por el heroísmo. Tenía además la virtud de la elocuencia: su palabra convencía hasta a sus peores enemigos. Era un hombre simpático, de esos seres dotados de una simpatía personal tan encantadora y fuerte, que conversar con él y sentirse cerca de él, era una alegría para el alma y una fiesta para el corazón. Desde que principió la guerra de independencia, tuvo rivales. A todos, o a casi todos, los había convencido con su palabra o con sus hechos. Para 1817 tuvo necesidad de llevar a cabo en la persona de uno de sus mejores tenientes, un ejemplo supremo: el general Piar, uno de sus más notables generales de entonces, conspiró contra la autoridad de *Bolívar,* y fué fusilado después de habérsele sometido al juicio de un consejo de guerra.

Desde 1815 había desembarcado en la costa Colombiana un gran ejército español mandado por uno de los más valientes e ilustrados generales de España, don Pablo Morillo, quien recuperó el Virreinato de la Nueva Granada y pasó a Venezuela con intenciones de recuperarla también. En los llanos de Venezuela apareció entonces un hombre dotado prodigiosamente para la guerra. Era un campesino que había pasado su infancia casi como esclavo en una hacienda y que había llegado a ser el jinete más notable de la llanura. Se llamaba José Antonio Páez y había organizado por su cuenta a muchos llaneros que lo seguían y adoraban. (Llanero se le llama en Venezuela a los que entre nosotros, en México, llamamos charros y a lo que en la República Argentina se les llama gauchos. El llanero, el charro y el gaucho, son hombres nacidos para pasar la mayor parte de su vida montados sobre un caballo. Son incansables en las grandes marchas y saben domar potros en un solo día). *Bolívar* encontró a Páez en 1818. El jefe de los llaneros era ya famoso por haber logrado triunfos notables sobre los españoles y aceptó reconocer a *Bolívar* como jefe supremo del *Ejército Libertador.*

El año de 1818 fué tal vez el más adverso, el más infortunado para *Bolívar.* El y sus compañeros de guerra perdieron casi todas las acciones militares realizadas durante ese año. La derrota mayor se la infligió el general Morillo en marzo en un lugar que fué funesto siempre para el ejército Libertador: La Puerta, cerca de Caracas. Como sintiera *Bolívar* que su autoridad no estaba suficientemente cimentada para evitar rivalidades y pequeñeces entre sus mismos compañeros, pensó reunir un Congreso con representantes de las provincias de Venezuela que estaban en poder de las tropas *Libertadoras.* Este Congreso fué un acto polí-

tico de la mayor importancia. Nos recuerda, por igualdad de circunstancias, al insigne Morelos, reuniendo el Congreso de Chilpancingo y despojándose de la suprema autoridad; *Bolívar* hizo lo mismo, y, como a Morelos, el Congreso se negó a admitirle la renuncia que hizo del mando supremo y además fué nombrado Presidente de la República. El Congreso se reunió en la ciudad de Angostura, a orillas del Orinoco, en febrero de 1819. *El Libertador* leyó el discurso más importante de su vida en el que se mostraba, como en otras ocasiones, hombre del más profundo pensamiento y que conocía o adivinaba sin equivocarse, el alma de estos pueblos Ibero-Americanos. Entregó *Bolívar* ese mismo día al Congreso un proyecto de Constitución, de leyes sabiamente pensadas y que habrían sido muy beneficiosas para el país. Decía con justicia, que después de tres siglos de esclavitud no era posible ni conveniente pasar de la tiranía en que se había vivido, a una libertad desenfrenada. Proponía que el Senado, uno de los grupos de autoridad más alta en el gobierno, fuese hereditario, porque no estando acostumbrados al gobierno popular y mucho menos a cambiar frecuentemente a los gobernantes, se hacía necesario dejar, entre el Presidente de la República y el pueblo, un grupo de hombres que no fuera removido en sus cargos públicos, sino que conservaran durante toda su vida el cargo de senadores. Porque era verdad lo que él decía: un pueblo que sale de la opresión y la tiranía no puede inmediatamente entregarse a las prácticas del gobierno popular, libre y democrático, sin hacerse pedazos en los desórdenes que trae como consecuencia la falta de costumbre para nombrar y elegir libremente sus propios magistrados. El discurso leído por el *Libertador* en el Congreso de Angostura en 1819 es, además de una vivísima lección de cosas políticas, un ejemplo de estilo por la claridad y belleza de su prosa.

Durante el año de 1819 el general Páez, con sus llaneros, desarrolló un plan de campaña contra los españoles que dió los mejores resultados. Cansar al enemigo, obligarlo a salir de sus posiciones en donde podía abastecerse de cuanto necesitaba; atraerlo siempre al corazón de los Llanos en donde la caballería patriota, con su natural y extraordinaria habilidad, vencería al enemigo más fácilmente. De esta campaña de los Llanos, quedará para siempre como el más hermoso recuerdo, el famoso hecho del general Páez en el lugar llamado Las Queseras del Medio, sobre las márgenes del Río Arauca. Páez movió 150 jinetes y los hizo pasar el río. Morillo estaba muy cerca con 6,000 hombres. El jefe patriota, aparentemente, se retiraba. Morillo lanzó sobre él 1,000 hombres. Cuando los españoles daban alcance a los venezolanos, Páez, irguiéndose sobre su caballo, gritó: *vuelvan caras*, y se lanzó sobre los soldados

de Morillo, haciéndole más de 300 muertos e hiriendo a otros muchos. Al ver aquello el jefe español y sus tropas se retiraron en desorden. Así peleaba Páez, el más salvaje y atrevido de los soldados de la libertad, el más famoso guerrillero de la Independendencia Sud-Americana. La acción de las Queseras del Medio conmovió intensamente al ejército patriota, llenándolo de esperanza y de fe (3 de abril de 1819).

Bolívar envió una comisión a Londres para contratar soldados que después de las guerras Napoleónicas habían quedado sin ocupación. Desde el año anterior habían empezado a llegar a Venezuela, entrando por las bocas del Orinoco y remontándolo después, muchos soldados y oficiales ingleses.

Para 1819 estaba ya organizada la Legión Británica. Estos hombres presentaron servicios notables en el ejército patriota, y algunos de ellos como O'Leary, que llegó a general, merecieron más tarde admiración y gratitud. (O'Leary es el mejor historiador de Bolívar).

La liberación de la Nueva Granada, hoy Colombia, estuvo siempre en el pensamiento y en la acción del *Libertador. Bolívar* resolvió nuevamente ir a libertar lo que aún era virreinato y se propuso atacar a las tropas españolas que estaban en Nueva Granada, cuando menos lo esperasen. Para lograrlo, tendría que atravesar los llanos de Venezuela y escalar la cordillera de los Andes que separa a Colombia de las tierras venezolanas y bajar después a buscar a los soldados españoles. Y todo esto tendría que hacerse durante el invierno de aquellas tierras (junio, julio y agosto). Para ese tiempo los ríos se desbordan a causa de las grandes lluvias y los llanos se inundan a tal punto que el agua se pierde en el horizonte semejando un mar. La falta de vado dificulta atravesar los ríos y el peligro crece por todas partes. En la cordillera, el invierno es atroz. Un viento helado llamado *páramo* causa frecuentemente la muerte del viajero. La niebla cubre los precipicios y las tempestades de nieve aumentan las dificultades para viajar. En junio de 1819 salió *Bolívar* del pueblo de Mantecal, en el corazón de los llanos, al frente de sus tropas. Eran las cinco de la tarde; llovía, y las llanuras inundadas presentaban un aspecto imponente. Bien pronto la marcha comenzó a hacerse sumamente difícil. El paisaje estaba lleno de inmensa desolación. Cielo gris y agua gris. Uno que otro árbol sacaba sus ramas fuera del agua. Pasaban los últimos pájaros. Llovía a todas horas y los alimentos principiaban a escasear. Muchos días duró esta marcha penosísima sobre los llanos inundados. Un día se dibujó en el horizonte la línea quebrada de la cordillera con sus picos coronados de nieve. Al acercarse a los Andes muchos llaneros desertaron,

huyeron. Acostumbrados al calor, no podían soportar el viento frío que bajaba de los montes. Pero la marcha continuó, y el ejército, alentado por el *Libertador*, principió a subir la cordillera, alta y desierta. A los bosques gigantescos de las faldas, siguió la vegetación rala y escasa de las partes altas. El agua es tan fría, que para aquellos hombres acostumbrados a los climas calientes, se hizo insoportable. Esa agua helada produjo diarreas mortales y muchos ingleses perecieron en aquellos caminos elevadísimos y apenas transitables. Pero allí estaba *Bolívar* reanimando al ejército, llenando de fe y entusiasmo a aquellos hombres que apenas comían y cuyos vestidos estaban hechos pedazos. Casi todos los caballos perecieron en aquella marcha espantosa. Era más bien un ejército de esqueletos, que un ejército *Libertador* el que principió a bajar la cordillera por el lado de Colombia a principios de julio. El paso de Los Andes por *Bolívar* y su ejército, es una de las hazañas más grandes y heroicas de la historia humana. La naturaleza se oponía a sus propósitos, pero él había dicho antes que habría de vencerla, y la venció.

El valle de Cerinza ofreció la delicia de su panorama a aquellos hombres que bajaban la cordillera después de haber pasado tantas penas y trabajos en todo el camino. Después de un ligero descanso para reponerse y alimentarse, inició *Bolívar* su campaña, puesto en contacto con el enemigo. Tuvo varios combates durante todo el mes de julio, en los que la fortuna estuvo siempre de su parte. Los españoles se retiraban para evitar que *Bolívar* atacase, a Bogotá, capital del Virreinato de Nueva Granada. Pero el *Libertador,* después de una marcha forzada durante la noche, cerró la salida al enemigo y le obligó a combatir en el puente de Boyacá, el 7 de agosto. La derrota española fué completa. El jefe y los oficiales cayeron prisioneros. El general Santander se distinguió sobre manera en la preparación de esta campaña y en la batalla misma de Boyacá. *Bolívar* entró a Bogotá el 10 por la tarde, en medio de las aclamaciones de la ciudad. A los pocos días siguió rumbo a Venezuela, y se presentó al Congreso, reunido en la ciudad de Angostura, para dar cuenta de su campaña. El Congreso depositó su confianza una vez más en tan ilustre hombre y *Bolívar* después de haber hablado largamente de su última campaña, pidió la creación de la República de Colombia que había de formarse con el antiguo virreinato de Nueva Granada y la capitanía general de Venezuela, unidas.

La nueva Nación, por obra de *Bolívar,* fué creada. Durante el año de 1820 ocurrieron dos hechos importantes. La regularización de la guerra sobre bases relativamente humanitarias: es decir, la supresión de la guerra a muerte, el canje de prisioneros,

en fin, una guerra menos cruel, menos bárbara y menos odiosa. En la ciudad venezolana de Trujillo, en donde 7 años antes había proclamado el *Libertador* la guerra a muerte, se iniciaron los trabajos de armisticio, suspensión de hostilidades y regularización de la guerra. Por seis meses se suspendió la labor militar. Esta tregua la aprovechó el *Libertador* en comprar armas, en vestir a su ejército y en hacer conocer en Europa por medio de la prensa y de agentes especiales, la situación en que se encontraba el país que él estaba libertando. El representante de *Bolívar* para los arreglos de la tregua fué el general Antonio José de Sucre, oficial distinguido y muy joven que desde la edad de 14 años servía en el ejército *Libertador*. Era prudente y valeroso, de gran talento y corazón; reunía en su agradable persona todas las virtudes civiles y militares. Pertenecía a una de las principales familias de Venezuela, la que hahía perecido casó completamente durante la guerra. *Bolívar* supo apreciar siempre las altas virtudes de Sucre, y un día anunció a sus oficiales de confianza que aquel joven habría de ser su rival en poco tiempo. Y así dijo la verdad, porque cuatro años después Sucre rivalizaba en actos militares y en elevación de espíritu, al mismo *Bolívar;* pero Sucre amaba grandemente al *Libertador* y lo admiraba y respetaba. *Bolívar* tenía los mismos sentimientos hacia Sucre. Después de terminados los arreglos para el armisticio, el generalísimo español don Pablo Morillo, deseó conocer personalmente a aquél contra quien había combatido desde 1816. En el pueblo de Santa Ana, cerca de Trujillo, se entrevistaron ambos jefes. Bolívar salió a las orillas del pueblo a recibir al general español. Lo acompañaban unos cuantos oficiales, y como era costumbre en él, no se distinguía por su modo de vestir, de sus propios ayudantes. Morillo se presentó con gran aparato y muchos soldados. Al darse cuenta de que *Bolívar* venía casi solo, retiró la mayor parte de su acompañamiento. ¿Cuál de todos aquellos es *Bolívar*?, preguntó Morillo a un oficial venezolano que se había adelantado a recibirlo. El notable jefe español se sorprendió al ver que *Bolívar* era un hombre de estatura pequeña, muy delgado, y en quien no parecía que hubiese capacidad para realizar tantas cosas. Morillo, después de la batalla de Boyacá, perdida por uno de sus tenientes, había escrito al ministro de la guerra de España: "*Bolívar* es un guerrillero incansable, su actividad es asombrosa. Es más peligroso vencido que vencedor y en un solo día deshace todos nuestros trabajos de varios años." *Bolívar* y Morillo se abrazaron en el pueblo de Santa Ana, y después de pasar el día juntos poseídos de sincera alegría, se despidieron al día siguiente para no volver a verse jamás. La importancia de los tratados firmados en Trujillo por los representantes de Mo-

rillo y *Bolívar* y refrendados más tarde por ambos jefes, era inmensa y constituía un gran triunfo político para el *Libertador*: El jefe español al tratar de igual a igual con *Bolívar*, le concedía así una autoridad idéntica a la suya, y reconoció de hecho el derecho que tenía para luchar por la independencia de su país. El general Morillo se embarcó pronto para España y dejó al general La Torre encargado del mando supremo. Los seis meses de tregua terminaron, y la guerra recomenzó. El 24 de junio del año siguiente (1821), en la llanura de Carabobo, midieron sus fuerzas *Bolívar* y La Torre. El general Páez y sus terribles caballerías, decidieron en gran parte la victoria. *Bolívar* dirigió personalmente la acción, y el ejército español, derrotado, se retiró en orden hacia Puerto Cabello. En Boyacá, se había conseguido para siempre la libertad de Nueva Granada; en Carabobo, para siempre también se había conseguido la libertad de Venezuela. Habiendo desaparecido así todo problema militar en Venezuela y Colombia, el *Libertador* comenzó a preparar la guerra en el sur. Así, el delirio de Casacoima habrá de cumplirse en todos sus detalles y aun habrá de superarse. Pasó *Bolívar* a Bogotá y entre las cosas más importantes que se le ocurrieron entonces, está la que se refiere al Istmo de Panamá. Pensó el *Libertador* abrir un canal interoceánico, para acortar la distancia entre América, Europa y Asia, aumentando así colosalmente el comercio entre estos continentes y beneficiando sobre manera a los nuevos pueblos de nuestra América. Escribió a su comisionado en Londres para que gestionara el dinero suficiente a fin de iniciar la apertura del canal. Los trabajos llegaron a comenzarse; pero bien pronto presentó quiebra la negociación inglesa que iba a dar el dinero y además la urgencia de la guerra en el Sur no permitió al *Libertador* llevar a cabo tan importante hecho. El año de 1822 avanzaba *Bolívar* sobre lo que hoy se nombra República del Ecuador y entonces se conocía con el nombre de Presidencia de Quito. Había enviado con anterioridad al general Sucre con una parte del ejército. El 6 de abril de 1822, en un lugar escarpado en el que la naturaleza parece recrearse con peligros y dificultades, *Bolívar* atacó las posiciones españolas, haciendo cruzar a sus soldados bajo el fuego de las armas enemigas, el ruidoso Río Juanambú. La batalla fué una de las más sangrientas. Ambos contendientes se debilitaron grandemente. La victoria fué de *Bolívar*, pero le costó muy cara, pues allí perecieron, además de muchos soldados, oficiales muy valerosos. Fué la batalla de *Bomboná*. Mes y medio después, el 24 de mayo, el general Sucre hacía pedazos al ejército español mandado por el general Aymerich. Esta batalla fué un hecho extraordinario. Se combatió a más de 4,000 metros de altura sobre el nivel del mar, en las elevaciones inter-

medias del volcán de Pichincha, a la vista de la ciudad de Quito Sucre recogió un botín espléndido. El jefe español se entregó prisionero al vencedor, que supo respetarlo, y Sucre entró a Quito triunfante, bendecido y aclamado. Toda esta campaña libertadora del Ecuador se hizo entre los volcanes, en medio de una naturaleza fantástica, inexplorada y agresiva. *Bolívar* ascendió al Chimborazo preguntando hasta qué altura habían llegado Humboldt y Bompland, para subir así él hasta donde nadie hubiese llegado. Y esto así pasó, pues el *Libertador* puso sus plantas donde nadie las había llegado a poner hasta entonces. Era incansable y, sin vanidad, no permitió nunca que nadie lo superase en nada. Páez y sus llaneros reconocieron en él a un jinete diestrísimo. Porque aquel hombre todo lo sabía: desde herrar un caballo y curar heridos, hasta improvisar los mejores discursos en las más diversas circunstancias.

Después de haber estado el *Libertador* en Quito, siguió para el puerto de Guayaquil que quedó anexado a la gran República de Colombia. Allí tuvo una importante entrevista con el general don José de San Martín.

Era el general San Martín, argentino, nacido en el pueblo de Yapeyú en 1778. Educado casi desde la infancia en España, estudió allí artes militares su juventud la pasó en la Península donde se distinguió muchísimo por su valor y conocimientos militares, defendiéndola contra la invasión de los ejércitos franceses de Napoleón Bonaparte. Cuando recibió noticias de que en la ciudad de Buenos Aires, capital del virreinato del río de la Plata, se había iniciado, casi al mismo tiempo que en toda *nuestra América*, el movimiento de independencia, se separó del ejército español y se presentó en Buenos Aires, a ofrecer sus servicios en el ejército patriota. Era San Martín un soldado eminente, un militar de profesión, un Miranda menos inteligente, pero más joven y optimista que aquel gran venezolano. Después de organizar notablemente un ejército en el Norte de la actual República Argentina, pasó San Martín a la ciudad de Mendoza, al pie de los Andes, para llevar a cabo la creación de un gran cuerpo de ejército que debía atravesar la cordillera para hacer independiente a Chile y seguir más tarde hacia el Perú, con el mismo objeto generoso. Con minuciosidad y previsión admirables y después de ejercitar a sus soldados en toda clase de marchas sobre terrenos difíciles, ordenadamente, inició San Martín el paso de los Andes en 1817. Esta hazaña fué un ejemplo ilustre de su ciencia militar. Cuando bajó a los Valles Chilenos sus tropas presentaban un aspecto feliz. No era ni mucho menos aquel trágico ejército del *Libertador*, hambriento y semidesnudo, hecho pedazos por la marcha sobre los llanos

inundados y la ascención la cordillera en pleno invierno. *Bolívar* fué el caudillo improvisado de la Revolución; el fruto natural de estas tierras, con mil aspectos como ellas, soldado extraordinario en los fracasos y triunfos, hombre de América por excelencia, fruto y flor de estos países.

Con las batallas de Chacabuco (12 de febrero de 1817) y Maipo (5 de abril de 1818), acabó San Martín con el poderío español en Chile. Allí le fué ofrecido el mando supremo del Gobierno, que supo rehusar, noblemente, y después de organizar una escuadra salió en ella rumbo al Perú. Fácilmente ocupó a Lima, que el Virrey abandonó por considerar de la mayor importancia dominar las tierras altas en donde podría abastecerse y atacar o defenderse con toda amplitud. El 28 de julio de 1821 el General San Martín proclamó pública y solemnemente la independencia del Perú. Esta independencia era un poco ilusoria. San Martín poseía las costas peruanas, áridas, desiertas, inservibles. Pero un gran ejército español poseía la mayor y mejor parte del territorio Peruano. El ilustre argentino recibió el título de Protector del Perú y en julio del año siguiente, 1822, salió para el Puerto de Guayaquil, en la actual República del Ecuador, donde se entrevistó con el *Libertador Bolívar*. El motivo de la entrevista de estos dos grandes hombres era el de determinar de una vez para siempre, si el Puerto de Guayaquil pertenecería al Perú o a la Gran Nación fundada por *Bolívar*, es decir, a la gran Colombia. *Bolívar* se adelantó unos días a su rival, y después de desarrollar una hábil política, Guayaquil perteneció a los dominios del *Libertador*. El 26 de julio de 1822 llegó San Martín a Guayaquil. Ese día y el siguiente conversó largamente con *Bolívar*. Derrotado previamente el ilustre argentino en el asunto referente a Guayaquil, pasó a tratar otra cuestión de la mayor importancia: Si la América del Sur debería regirse por gobiernos monárquicos o por gobiernos republicanos. San Martín sostuvo con toda la sinceridad de su alma, que nuestra América debería ser gobernada por un rey. *Bolívar* sostuvo lo contrario. San Martín propuso que se ofreciera el trono o los tronos de América, a príncipes europeos. *Bolívar* no creía en esas cosas. San Martín habló de la creación de una nobleza criolla. *Bolívar* habló entonces de Iturbide de cuyo imperio se tenían las más desconsoladoras noticias. Como se recordará, Iturbide, que era mexicano, peleó durante toda la guerra de independencia contra los patriotas mexicanos, y en los últimos días de la guerra traicionó al ejército español yéndose con el ejército nacional. Este hombre traicionó así dos veces: siendo mexicano peleó durante toda la guerra de independencia contra los mexicanos y a favor de España. Siendo militar al servicio de España traicionó a las tropas españolas, pasan-

do a servir, en los últimos días de la campaña, entre los soldados mexicanos. Era pérfido, ambicioso y cruel. Unos meses después de su segunda traición, se coronó a sí mismo emperador de México. Un año duró su imperio. Durante ese tiempo derrochó el poco dinero que había y puso en ridículo a la nación Mexicana. Este hombre, que persiguió y derrotó a Morelos en más de una ocasión, al Gran Morelos, el héroe más ilustre de la Independencia Mexicana; este Emperador de trapo, que se vestía como Napoleón y que pretendió fundar una aristocracia en un país como éste, ese hombre merece no el odio, porque el odio es estéril, pero sí el olvido de la Nación Mexicana.

Bolívar y San Martín no pudieron entenderse. El Venezolano era un genio y su genio era variado como el clima de nuestra América. Era gran soldado, gran político, gran diplomático, gran escritor. Era hombre de elegancias y buen gusto, de cultura clásica y refinada educación. Su personalidad brillaba lo mismo en un salón que en un vivac. El Argentino era solamente un gran soldado, un militar profesional de brillantísima carrera y era también, sobre todas las cosas, un corazón generoso y abnegado. Estos dos hombres gloriosos y nobles, no pudieron entenderse. Uno de los dos debía desaparecer del inmenso escenario de la libertad Sud–Americana. El 28 de julio se embarcó San Martín de regreso para el Perú. Al llegar a Lima presentó su renuncia como Jefe del Gobierno y después de dictar una proclama bellísima para el pueblo Peruano, se dirigió a Chile, país que él libertó con su espada gloriosa y siguió rumbo a la Argentina en donde se embarcó para Europa. *Bolívar* quedó así como árbitro supremo de los destinos de América. Era desde ese momento, el único responsable de la libertad continental. A la salida de San Martín, el Gobierno Peruano se anarquizó profundamente. El desorden cundió por todas partes y *Bolívar* fué llamado por el Congreso de Lima para que tomara el mando del Ejército y aceptara también la dictadura. Después de enviar al General Sucre y de esperar largamente el permiso que el *Libertador* pidiera al Congreso de Bogotá para pasar al Perú, marchó *Bolívar* sobre Lima, la que ocupó sin oposición, quedando investido del difícil y peligroso cargo de Dictador, y comenzando desde luego a organizar la campaña militar que debía tener como resultados finales, la derrota completa de los ejércitos españoles y la independencia absoluta del Perú. Durante todo el año de 1823 preparó el *Libertador*, ayudado siempre eficazmente por Sucre, la famosa campaña del Perú. Numerosas y aguerridas eran las tropas españolas que defendían el viejo Virreinato. Notables generales españoles mandaban tan disciplinados y valerosos ejércitos. A principios de 1824, en enero, estaba el *Libertador* en el pueblo de Pativilca, pequeño puerto

a treinta leguas de Lima hacia el Norte. Una fiebre maligna estuvo a punto de acabar con su vida. La convalescencia fué larga y penosa y más penosa aún por encontrarse el ejército *Libertador* en circunstancias desfavorables para iniciar la campaña. *Bolívar* estaba débil, abatido y triste. En uno de esos días de amargura, llegó a visitarlo uno de sus mejores amigos colombianos que regresaron de Lima, el señor don Joaquín Mosquera. El *Libertador*, sentado en una vieja silla de baqueta reclinada contra la pared de la casa donde vivía, tenía un aspecto terrible y al mismo tiempo doloroso. Cuando el señor Mosquera llegó a visitarlo, después de enterarse por el mismo *Libertador* de las circunstancias desfavorables en que se encontraba el ejército, le preguntó "Y ahora, ¿qué piensa usted hacer?" A lo que el *Libertador* respondió con esta sola y maravillosa palabra: "*Triunfar.*" Aquella inmensa voluntad no se doblegaba ahora como en tantas otras ocasiones difíciles no se había doblegado. Aquella voluntad inmensa a la que debió la América del Sur la libertad y la gloria. Poco tiempo después se inició la campaña. Los primeros meses se emplearon en situarse ventajosamente y tener algun contacto con el enemigo. El 6 de agosto de 1824 a las cinco de la tarde, se dió la batalla de Junin. No se disparó un solo tiro. Toda la lucha fué al arma blanca. La acción fué breve, pero sangrienta. Al ponerse el sol los clarines del ejército *Libertador* tocaron dianas. Una carga de caballería dirigida personalmente por *Bolívar*, decidió el triunfo. Allí habían peleado soldados venezolanos, colombianos, peruanos y argentinos.

Los argentinos al mando de su jefe Necochea se batieron bravamente. Así, en los campos de batalla de la América del Sur durante la guerra de Independencia, se vieron unidos los pueblos hermanos para libertarse del dominio español. Desgraciadamente, en los días de la paz no han vuelto a unirse como se unieron en los días de la guerra. Estos pueblos, que según los deseos de *Bolívar*, debían formar una sola y magnífica República, una inmensa confederación para ejercer su influencia bienhechora en el desarrollo de la humanidad. Después de la victoria de Junin, *Bolívar* entregó el mando supremo del ejército al general Sucre y regresó a Lima. Dió el *Libertador* a su admirable lugar–teniente, un programa completo que debía tener por resultado el golpe final en poco tiempo, y así fué. El 9 de diciembre de 1824, en el campo de Ayacucho, midieron sus fuerzas el ejército *Libertador* fuerte de 6,000 hombres, mandado por Sucre, y el ejército español, mandado por el Virrey La Serna, fuerte de 9,000 hombres. Fué la última batalla de la Independencia Ibero–Americana y la última derrota de España en América. Antes de iniciarse el combate, oficiales y soldados de ambos ejércitos tuvieron algunas horas de armisticio en las que

conversaron cordialmente, abrazándose al despedirse, pues había amigos y parientes en ambos partidos. La cortesía y la hidalguía, herencia y tradición de indios y españoles, se manifestó entonces, en esos instantes, soberanamente. Iniciada la batalla, se vió pronto que el triunfo estaría por el ejército *Libertador*. El general Sucre, joven de 29 años, iba de un sitio a otro dando órdenes y entusiasmando al ejército con palabras de valor y nobleza. La caballería mandada por el general colombiano José María Córdova, de 25 años de edad, se lanzó al ataque después de estas palabras de su jefe: "*Soldados:* armas a discreción, paso de *vencedores*." Consumada la victoria, el general Sucre, con su generosidad proverbial, concedió una capitulación honrosa al Virrey y sus tropas. Cayeron prisioneros el Virrey La Serna y la mayor parte de los generales y oficiales del ejército español. El vencedor trató a los vencidos con una generosidad sin ejemplo, ofreciéndoles pasaportes y gastos de viaje para regresar a España. La batalla de Ayacucho aseguró para siempre la libertad de *Nuestra América*.

En todas las ciudades del continente fué celebrada con gran regocijo la victoria de Ayacucho. En la ciudad de México, se hicieron grandes festejos por tal motivo y el nombre del *Libertador Simón Bolívar* fué objeto de aclamaciones y veneración por parte de todo el público Ibero-Americano. En Europa y los Estados Unidos, los hombres más notables le tributaron admiración y gloria. *Bolívar* era llamado, con razón, el hombre más ilustre del mundo. El general Sucre marchó, por órden de *Bolívar*, hacia el Alto Perú. Allí debía Sucre derrotar los últimos restos del ejército español, lo que sucedió poco tiempo después. El *Libertador* salió de Lima a encontrar al vencedor de Ayacucho. En todo el camino recibió el homenaje de las ciudades y los pueblos, y en la ciudad de Arequipa, el 16 de mayo de 1825, decretó la creación de una nueva República formada con las provincias del Alto Perú. El nuevo país, por el voto unánime de sus habitantes, tomó el nombre de su fundador, y se llamó *Bolivia*. En la Paz y en Chuquisaca, *Bolívar* y los suyos fueron objeto de fiestas espléndidas. En la ciudad de Potosí, después de recibir el homenaje de sus hijos agradecidos, subió acompañado de una gran comitiva a la cumbre del famoso cerro del mismo nombre que era entonces uno de los minerales de plata más ricos del Universo. Al llegar a la cumbre, el *Libertador* recordó emocionado su vida pasada y la gloria de Colombia. Era el más grande orador de América. Se había cumplido así, con esta escena en la cumbre del cerro de Potosí, aquella conversación profética, aquel delirio de libertad, aquella divina locura de *Bolívar* en el caño de Casacoima, una noche de 1817, cuando derrotado completamente, habló entre el espanto de los pocos amigos que lo

siguieron, de los países y de las tierra que él debía libertar. Y todo se cumplió fielmente, a pesar de la naturaleza y a pesar de la envidia. En 1826, después de un paseo triunfal por todas las ciudades del Alto Perú, regresó el *Libertador* a Lima. Era para entonces el hombre más poderoso de América, el que arrastraba tras de sí a los pueblos fascinados por el brillo de su genio y por la gloria de su vida. Pocos hombres han alcanzado tan grande gloria. Al llegar a Lima, el *Libertador* realizó el que después de la libertad de América fué su mayor acto político: El Congreso de Panamá. En el otoño de 1826 se reunió en Panamá un Congreso de representantes de los países Ibero–americanos. De muchos años atrás, *Bolívar* pensó en buscar la manera de confederar, de unir políticamente a todos los Estados Ibero–Americanos que por la sangre, por la tradición, la tierra y el idioma estaban unidos. El *Libertador*, que amó a nuestra América como ningún otro hombre antes ni después de él ha vuelto a amarla, deseó verla unida en una sola y poderosa nación de la que acaso México, decía él, fuera la Capital. Todos los países del Continente fueron invitados para reunirse en Panamá a tratar de una alianza continental que conseguiría la unión de los países hermanos para obtener así un solo y formidable país; para que nuestra América, desunida como estaba, dejara de presentar una situación de riesgo, por su desunión misma, respecto de las naciones poderosas de Europa. Fragmentada, nada valía ante las grandes naciones del mundo; unida, debía ser, en poco tiempo, la primera nación del universo. El Congreso de Panamá fué un fracaso. Sólo cuatro países enviaron representantes. De todo se trató menos de lo que debía tratarse. *Bolívar*, desde Lima, contempló el fracaso de sus ideas altísimas y comprendió como nadie el peligro futuro de nuestra América por su desunión y por la rivalidad entre los mismos Estados, por la política estrecha y estúpida que algunos jefes de estos países principiaban ya a poner en acción. Así se fundó el Ibero–Americanismo, es decir, el deseo de hacer una sola y grande patria, no solamente para ser más fuerte y respetable estando unidos, sino también para dar un ejemplo único de cordialidad y amor a la humanidad. A fines del siglo XIX el Gobierno de los Estados Unidos, que era ya entonces uno de los más poderosos del mundo, invitó a todos los países Ibero-americanos a enviar representantes que reuniéndose en la ciudad de Washington, trabajaran en favor de una unión continental pero, que debería tener como jefe al Gobierno de los Estados Unidos del Norte. Esto es el Pan-Americanismo. El programa del *Libertador*, que fuera desechado o despreciado por aquellos para quienes fué hecho y aprovechado con gran ventaja por un país que ha maltratado a todos los pueblos Ibero–Americanos. Si algún día nuestra América llega

a reunirse en un solo estado político, ese día la gloria de *Bolívar* habrá llegado a una cumbre a la que ninguna otra gloria humana llegará jamás. A fines de 1825 regresaba el *Libertador* a Colombia llamado con urgencia por el Gobierno de Bogotá. Cuatro años había durado su ausencia, el tiempo que necesitó para hacer la libertad de la actual República del Ecuador, del antiguo virreinato del Perú y para crear y organizar la República de Bolivia en la que quedó como Presidente el general Antonio José de Sucre, gran mariscal de Ayacucho. Durante todo el tiempo que *Bolívar* estuvo ausente de Colombia, gobernó aquel país como vice-presidente de la República el general Santander. Era un hombre inteligente, hábil organizador, calculador y ambicioso. La gloria del *Libertador* le enturbió siempre la mirada y creyó rivalizarlo. Para 1826 el vice-presidente Santander había logrado organizar un partido político en contra de *Bolívar*. Este fué llamado a Colombia porque el general Páez se había insubordinado en Venezuela contra el Gobierno de Bogotá. Después de estar algunos días en esta ciudad, el *Libertador* siguió camino a Venezuela para convencer a Páez y reducirlo al orden. *Bolívar* empezaba a dar ya muestras de debilidad en su política y en lugar de castigar como debiera al insubordinado llanero, lo trató con mucha benevolencia y le devolvió todos sus empleos que el Congreso de Bogotá le había retirado. *Bolívar* entró a Caracas en medio de una muchedumbre fanática que lo adoró. El prestigio de este hombre había llegado a tal grado, que en la misa, en las iglesias católicas, se cantaba la gloria de *Bolívar* entre la epístola y el evangelio. En Caracas pasó el *Libertador* los últimos dulces días de su vida, haciendo recuerdos de su infancia y de su juventud con los pocos amigos y parientes que de entonces le quedaban. A fines de 1827 regresó el *Libertador* a Bogotá deteniéndose en la ciudad de Bucaramanga. Cerca, en Ocaña, debía reunirse una convención de diputados para revisar y reformar la Constitución. Esto tenía muy excitados los ánimos de los políticos enemigos de *Bolívar*, pues pensaban que el *Libertador* quería hacerse elegir presidente perpetuo de la Gran Colombia. Poco tiempo antes *Bolívar* había recibido cartas de amigos y generales, en las que le pedían que fundara con todos los países que había libertado, un inmenso imperio que llamándose Imperio de los Andes, tuviera por primer Emperador o Rey a *Bolívar;* el grande hombre rechazó enérgica y sinceramente este proyecto de monarquía y a uno de sus amigos respondió lo siguiente: *"El título de Libertador es el más grande que ha recibido el orgullo humano y por tanto no puedo rebajarlo."* Les recordó a sus amigos el ejemplo de Iturbide y declaró una vez más que un trono sería funesto en nuestra América. Después de la

convención reunida en Ocaña y que fué disuelta por el *Libertador* por no haberse llegado a obtener un buen acuerdo entre los partidarios de Santander y los partidarios de *Bolívar*, regresó éste a Bogotá. El 28 de septiembre de ese año, a media noche, fué asaltada la casa donde vivía el *Libertador*, por un grupo de asesinos que estuvieron a punto de matarlo. *Bolívar* se salvó gracias a la serenidad y juicio de la bella Manuelita Sáenz, que lo hizo saltar por una ventana. El vice-presidente Santander tenía con anterioridad noticias de esta conjuración para asesinar al *Libertador* y guardó silencio. Al día siguiente fueron fusilados algunos de los directores de la conspiración, habiéndose perdonado a la mayoría y conmutado a algunos otros la pena de muerte por la de destierro. El general Santander, destituído de todos sus cargos, salió desterrado para los Estados Unidos y Europa. Un gran dolor llenó desde entonces el alma de *Bolívar*. Dictador por tercera vez, no fué sino con suma repugnancia que aceptó tan desagradable encargo. Al año siguiente, 1829, el gobierno del Perú declaró la guerra a Colombia. Sucre fué enviado a dirigir la campaña y después de derrotar completamente a los peruanos, concedió una capitulación generosa, como todos los actos de su vida, a los desventurados vencidos. (Portete de Tarqui. 26 de febrero de 1829).

Los últimos años de la vida del *Libertador* están llenos de amargura y de gigantesco dolor. El general Santander y sus partidarios habían logrado minar con infamias y traiciones el prestigio de *Bolívar*. Después de la bochornosa guerra con el Perú, siguieron los levantamientos, la insubordinación de algunos de los generales más distinguidos. El general Córdova, uno de los vencedores de Ayacucho, se insurreccionó contra el gobierno de *Bolívar* y tuvo una muerte obscura, combatiendo a las fuerzas que fueron enviadas en su contra. El general Páez, después de algunos actos lamentables de desobediencia y anarquía, se declaró en rebelión contra el *Libertador* y fueron inútiles todos los esfuerzos de éste para tratar con Páez, quien declaró poco tiempo después, la separación de Venezuela de la Gran Colombia. Páez se cubrió de infamia insultando al *Libertador*, a quien mandó decir que el nuevo Gobierno de Venezuela le prohibía volver a dicho País. Así correspondía Venezuela todos los sacrificios de *Bolívar* por darle libertad. En enero de 1830, el *Libertador* reunió el Congreso en Bogotá y renunció una vez más la presidencia de la República. Aceptada su renuncia en medio de la mayor emoción del Congreso y del pueblo, se despidió de sus amigos y salió para Cartagena de Indias. Durante su estancia en ese puerto atlántico recibió la noticia de la muerte del más ilustre de sus generales. Sucre había sido asesinado en la montaña de Berruecos, por los políticos co-

lombianos, cuando alejado para siempre de las cosas de gobierno, se dirigía a la ciudad de Quito a encontrar a su esposa. Así murló el soldado más puro de la independencia de América, a los 35 años de edad; el más prudente y caballeroso de los jefes militares, ei honrado y valiente y talentoso vencedor de Ayacucho. Cuando el *Libertador* recibió la noticia de la muerte de Sucre, exclamó: "¡Santo Dios, se ha derramado la sangre de Abel!" *Bolívar* lloró a su mejor amigo y a su más ilustre colaborador y marchó a Barranquilla, en el norte de Colombia, donde agobiado y abatido por todas las decepciones, sintió que sus males del cuerpo se agravaban y se dirigió al cercano puerto de Santa Marta. Allí pasó los últimos días de su vida. Pobre y abandonado, aceptó la hospitalidad que le ofreciera en su quinta de San Pedro Alejandrino, un generoso caballero español. Allí volvió a leer algunos de los libros que había leído en su juventud. Releyendo las aventuras de Don Quijote y conversando con los pocos amigos que lo siguieron, pasó sus últimos días. El 10 de diciembre dictó su última proclama, llena de perdón para sus enemigos y de votos fervientes por la tranquilidad y la dicha de Colombia. El 17 a la una de la tarde, entró en la muerte. Tenía 47 años. La noticia de su fallecimiento resonó en todo el mundo. Mientras en América se le maldecía, en Europa se le tributaban los más apasionados elogios, las más altas demostraciones de admiración y de respeto. A su muerte quedó entregada nuestra América al más desenfrenado desorden. El *Libertador* fué sepultado en la iglesia mayor de Santa Marta y 12 años después transladado su cuerpo a Venezuela, tardíamente arrepentida de sus culpas, sepultándosele en una tumba espléndida.

Pocas veces un hombre ha vivido una vida tan bella. Pocas veces una sola alma ha amado tánto a la humanidad y se ha sacrificado tánto por el más alto ideal de los hombres: *la Libertad*, Pocas veces el genio humano ha florecido tan maravillosamente. tan prodigiosamente, como en *Bolívar*. Su vida toda es una lección estupenda de belleza y de heroísmo, de sacrificio y de fe. Un vértigo de gloria corre como una catarata a lo largo de la vida de este hombre inmortal. La vida de *Bolívar* es la herencia más preciosa y noble que ha recibido nuestra América. Dejó el *Libertador* trazados de mano maestra, todos los programas de vida para estas tierras. Comprendió como nadie, todos los problemas Ibero-Americanos. Dijo que era urgente y necesario buscar intercambios de sangre; que estos pueblos sólo podrían salvarse, mezclándose con europeos de todas partes—ejemplo: la Argentina—, y esto, como todo lo que él pensó y dijo, ha venido realizándose, así en los bienes como en los males, con una seguridad

asombrosa. La originalidad de su genio profundamente Ibero-Americano, será siempre el orgullo mayor de nuestro Continente. Por desgracia, algunas de aquellas buenas cosas que él deseó para nosotros, se han realizado, pero en contra de nuestros destinos. El canal de Panamá se abrió; pero ese pedazo de tierra ya no nos pertenece. Fueron los norte-americanos los que supieron aprovecharse de tan importante lugar, cometiendo para ello uno de los mayores atentados que han cometido contra nuestra América. Sólo la unión puede salvar a nuestros pueblos. Recordamos a *Bolívar* como a un genio de la *Libertad*, como a un hombre lleno de gloria en estos países donde la gloria ha sido siempre tan escasa. Pero en realidad lo hemos olvidado, porque no hemos sabido seguir el maravilloso reflejo de su vida. ¿De qué sirven las estatuas consagradas a los héroes si alrededor de ellas se agitan multitudes de perezosos, analfabetos y miserables? Pensemos en nuestra *América*, trabajemos por ella, esforcémonos con todas las fuerzas de nuestra inteligencia y de nuestro espíritu en unirnos todos para ser respetables, civilizados, fuertes; no busquemos la fuerza para servirnos de ella como arma de conquista; porque toda conquista es desenfreno y codicia criminal y contra toda conquista y abusos militares combatió siempre *Bolívar*. Renunció varias veces el mando supremo del Gobierno para tornar a ser simple ciudadano, deseándolo con toda la sinceridad de su grande alma. (Véanse sus últimas cartas). Dictador y militar, se consideró a sí mismo hombre peligroso para un gobierno democrático, y combatió el militarismo y los gobiernos militares, diciendo en más de una ocasión estas palabras profundas: "Desgraciado del pueblo cuando el hombre armado delibera." Porque el soldado es hombre de garantía y defensa, y antes que otra cosa es y debe ser siempre hombre de paz. *Bolívar* está considerado como uno de los más insignes guerreros de la historia. Pero al revés de los grandes capitanes del mundo—Alejandro, Hanníbal, Julio César, hasta Napoleón, hombres de genio que gastaron lo mejor de su vida en el horrendo oficio de matar hombres y esclavizar pueblos. *Bolívar* es Libertador de casi todo un Continente y aun en medio de una de las guerras más bárbaras y crueles y a pesar de su proclama de guerra a muerte, fué casi siempre generoso y hombre lleno de perdón y ternura. Fué un gran soldado, pero soldado de la *Libertad*. Seamos fuertes para combatir al mal, para defender el bien, para alargar sobre el horizonte del universo toda la dicha que los hombres todos nos debemos los unos a los otros. Amemos con todo nuestro amor y nuestra admiración la vida y la gloria de *Bolívar;* sólo que para amarla y admirarla es necesario y hermoso poner nuestro esfuerzo personal al servicio de nuestra *América*,

espiritual, noblemente. Entonces, *Simón Bolívar, Libertador de Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú, fundador de Bolivia y ratificador de la libertad continental, el libertador de América, nacerá de nuevo entre nosotros.*

CARLOS PELLICER.

ENTRE LIBERTADOR Y DICTADOR

I

Estando de sobremesa el Libertador Bolívar en Chuquisaca, allá por los años de 1825, versó la conversación sobre las excentricidades del doctor Francia, el temerario dictador del Paraguay.

Lo que algunos comensales referían sobre aquel sombrío tirano, que se asemejaba a Luis XI en lo de tener por favorito a su barbero Bejarano, despertó en el más alto grado la curiosidad de Bolívar.

—Señores—dijo el Libertador—, daré un ascenso al oficial que se anime a llevar una carta mía para el gobernador del Paraguay, entregarla en propia mano y traerme la respuesta.

El capitán Ruiz se puso de pie y contestó:

—Estoy a las órdenes de vuecelencia.

II

Al día siguiente, acompañado de una escolta de veinticinco soldados, emprendió Ruiz el camino de Tarifa para atravesar el Chaco. Después de un largo mes de fatigas, llegaron a Candelaria en el alto Paraguay, donde existía una guardia fronteriza que desarmó a la escolta sin permitirla pasar adelante. El oficial paraguayo, custodio de la frontera, envió inmediatamente un *chasqui* al gobierno con el aviso de lo que ocurría.

Francia le mandó instrucciones; y el capitán Ruiz, acompañado de dos jinetes paraguayos, que no hablaban español, sino *guaraní*, continuó el viaje hasta la Asunción, sin que en el tránsito se le dejara comunicar con nadie.

Pasó Ruiz por algunas calles de la capital hasta llegar al palacio del dictador, donde sin permitírsele apear del caballo, tuvo que entregar al oficial de guardia el pliego de que era conductor.

Una hora después salió éste, dió a Ruiz una carta sellada y lacrada, que contenía la respuesta del dictador a Bolívar, y el sobre del oficio, con estas palabras de letra del autócrata paraguayo.

Llegó a las doce.—Despachado a la una, con oficio.—Francia.

III

El capitán volvió grupas, escoltado por los dos vigilantes paraguayos, que no se apartaron un minuto de su lado hasta llegar a Candelaria, donde lo esperaban los veinticinco hombres de su escolta.

Después de mil contratiempos, naturales a camino tan penoso como el del desierto Chaco, puso Ruiz en manos del Libertador la ansiada correspondencia, y obtuvo el ascenso, leal y honrosamente merecido.

Los compañeros de armas de Ruiz acudieron presurosos a su alojamiento, esperando oír de su boca descripciones pintorescas del país paraguayo y estupendos informes sobre la persona del enigmático dictador.

—¿Qué ha visto por allá, compañero?

—Arboles, arroyos y dos soldados que me custodiaban.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Qué ha oído en ese pueblo? ¿Qué se dice de nosotros?

—No he oído más que el zumbar del viento; con nadie he hablado; sólo mis dos guardianes hablaban; y como lo hacían en guaraní, no les comprendí jota.

—¿Y Francia? ¿Qué tal se portó con usted? ¿Es bajo? ¿Es alto? ¿Es feo? ¿Es buen mozo? En fin, díganos algo.

—¿Qué les de he decir, si yo no he conocido al dictador, ni he pasado del patio de su casa, ni visto de la ciudad sino cuatro o cinco calles, y eso al galope, más tristes que un cementerio?

El despotismo extravagante del doctor Francia estuvo más arriba que la curiosidad burlesca del Libertador.

La nota del Libertador Bolívar al tirano Francia se limitaba a proponerle que sacase al Paraguay del aislamiento con el resto del mundo civilizado, enviando y recibiendo agentes diplomáticos y consulares. La contestación, de que fué conductor el capitán Ruiz, no puede ser más original, empezando por el título de *Patricio* que da al general Bolívar. Hela aquí tal como apareció en un periódico del año 1826:

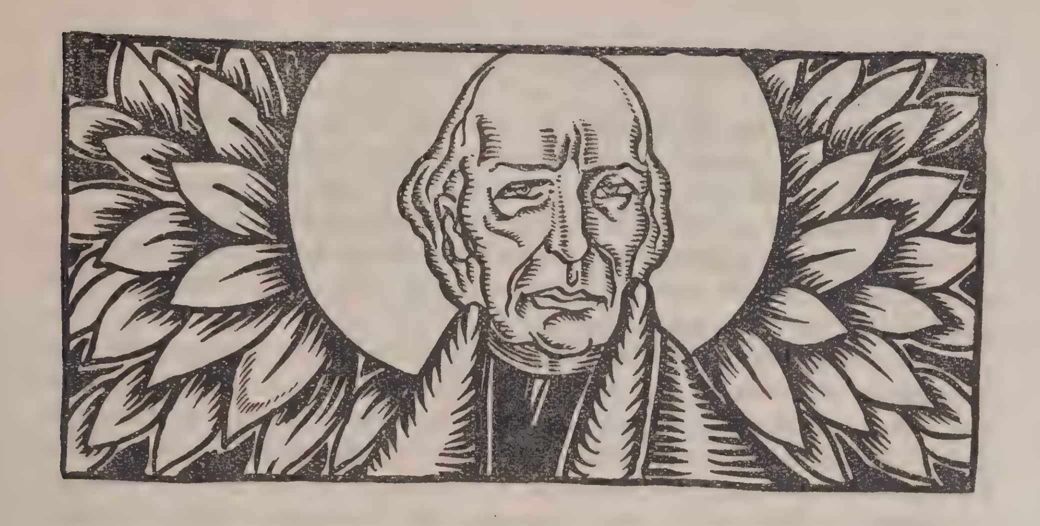
"Patricio: Los portugueses, porteños, ingleses, chilenos, brasileros y peruanos, han manifestado a este gobierno iguales deseos a los de Colombia, sin otro resultado que la confirmación del principio sobre que gira el feliz régimen que ha libertado de la rapiña y de otros males a esta provincia, y que seguirá constante hasta que se restituya al Nuevo Mundo la tranquilidad que disfrutaba antes que en él apareciesen apóstoles revolucionarios, cubriendo con el ramo de oliva el pérfido puñal para regar con sangre la libertad que los ambiciosos pregonan. Pero el Paraguay los conoce, y, en cuanto pueda, no abandonará su sistema, al menos mientras yo me halle al frente de su gobierno, aunque sea preciso empuñar la espada de la justicia para hacer respetar tan santos fines. Y si Colombia me ayudase, me daría un día de placer y repartiría con el mayor agrado mis esfuerzos entre sus buenos hijos, cuya vida deseo que Dios Nuestro Señor guarde por muchos años.—Asunción, 23 de agosto de 1825.—*Gaspar Rodríguez de Francia.*"

Bolívar leyó y releyó para sí; sonrióse al ver que el subscriptor lo desbautizaba llamándole *Patricio* en vez de *Simón*, y pasando la carta a su secretario Estenós, murmuró:

—¡La pim. . . pinela! ¡Haga usted patria con esta gente!

RICARDO PALMA.





HIDALGO



NO fué Hidalgo un genio para la guerra, como lo fué Morelos, ni un batallador, como los Galeana; pero ese humilde cura párroco, de alma y cabellos blancos, fué el primero que oyó el quejido de los opresos, como se oye en un confesonario la confidencia del dolor. A ese curato de Dolores fué el indio desvalido en busca del buen sacerdote que había de socorrerle. Y aquel insigne cura bautizó la libertad.

Sentimos amor a todos los grandes insurgentes; pero de ellos, ninguno es más querido que ese viejecito de canas inmaculadas; a él volvemos la mirada en los conflictos, a él solamente le llamamos padre.

Y es padre, no por la investidura sacerdotal, es padre por el amor que nos tuvo. Sus manos fueron hechas para bendecir, y bendijeron a una nación recién nacida. Es padre en el sentido altí-

simo de este vocablo: en el que expresa un absoluto desinterés y un infinito amor.

Gloria del clero humilde, del que pena en villorrios y cortijos es el que en Dolores alzó el estandarte de la libertad. Iturbide podrá representar un ejército bizarro; Hidalgo encarna todo un pueblo. Iturbide se unió a la causa de la Independencia cuando ésta era rica y vencía. Hidalgo la abrazó, levantándola del suelo, cuando muy niña, se moría de hambre y de sed y de frío. Iturbide fué emperador, fué Hidalgo fusilado.

¡Oh, qué buen cura de almas! ¡Cómo quisiéramos revivirlo para besar sus canas! Es como el padre ya muerto, como el padre que nos quiso tanto y al que no podremos enseñarle ya la hermosa nieta. ¿Cómo sacarle del sepulcro, cómo despertarle, cómo decirle: Tú que tanto sufriste por nosotros, vé el hogar que hemos formado?

Llegó la libertad a esa parroquia de Dolores como pidiendo limosna. Llegó recomendada por una buena y noble dama, por la Corregidora Domínguez. Fué indigente, desnuda casi, al curato hospitalario. Y allí le dieron pan y besos. Allí la virgen de Guadalupe le prometió la victoria.

Morelos fué el hombre de la energía y del valor; Hidalgo, el de la bondad y la fe. Aquél fué el héroe; éste es el padre.

¿No os parece oír como un rumor de confesión llegando a los oídos del cura Hidalgo? Se confesaba la nación entera, y al confesarse, en desahogo de su corazón, decía penas sufridas y perennes congojas y nobilísimos anhelos.

Mientras los primates le perseguían y anatematizaban, ese cura que pedía limosna para dar limosna, ése que oía el azote y escuchaba la voz lastimera e imprecante del pobre indio, ése tuvo amor y tuvo compasión, y tuvo fe.

Fué sacerdote en el excelso significado de esta palabra.

¿Quiénes suavizaron la condición del mexicano en la época de la conquista? Las Casas, los buenos misioneros españoles. ¿Quién nos dió patria? Un cura: Hidalgo.

Esos que de cerca oyen latir el corazón del pueblo; esos que han padecido en la misión, en el curato pobre, en la cabaña de adobes y carrizos, esos son los que nos han hecho beneficios.

La bondad no bajó de lo alto: subió de la masa obscura y olvidada.

Padre Hidalgo: tus canas reflejan, en la obra de nuestra Independencia, el misterioso resplandor del alba.

MANUEL GUTIERREZ NAJERA.



MORELOS



ORELOS nació en Valladolid de Michoacán, el 30 de septiembre de 1765, y residió allí hasta 1779, en que se transladó a la hacienda de Tahuejo, de la jurisdicción de Apatzingán, donde trabajó como labrador durante once años. Hacia 1790 volvió a Valladolid para comenzar la carrera eclesiástica, no obstante que tenía a la sazón 25 años de edad. Hizo sus estudios en aquella ciudad, primeramente en el colegio de San Nicolás, y luego en el Seminario; tardó seis años en concluirlos. Al mismo tiempo que seguía su carrera, trabajaba a fin de mantener a su madre Juana Pavón, viuda de Manuel Morelos, y a su hermana Antonia Morelos. Ayudaba a su hermano Nicolás Morelos; consta que pagó por él como fiador a causa de la quiebra de un estanco. Favorecía, además, a sus ahijados, a veces con sumas considerables de dinero. Vino a graduarse en la Real y Pontificia Universidad de México, y recibió en Valladolid las órdenes eclesiásticas, menores y mayores. La ilus-

tración que alcanzó fué muy deficiente; sin embargo, aprendió a expresar claramente sus ideas con frases concisas.

Consagróse en seguida a enseñar Gramática y Retórica a los niños de Uruapan. Continuaba esta labor, hacia 1798, cuando recibió el nombramiento de Cura de Churumuco, que aceptó fiado en la protección divina, aunque se miraba pequeño para desempeñarlo. Se estableció entonces con su madre y hermana en Tamácuaro de la Aguacana, cabecera de su curato, cuyo clima ardoroso y enfermizo dañó gravemente a los tres, por lo cual Morelos hizo salir de allí violentamente, en silla de manos, a su madre y a su hermana; estrictamente apegado a sus deberes, no quiso abandonar a Tamácuaro, a pesar de su salud bastante quebrantada; poco después tuvo noticia de que su madre se hallaba moribunda en Pátzcuaro; pero ni aun entonces quiso dejar acéfala a su parroquia, sino que se limitó a pedir a la Diócesis que lo mandara a tierra fría; al fin perdió a su madre sin haber tenido el consuelo de verla durante sus últimos instantes.

A causa de que fué nombrado Cura de Carácuaro en aquel mismo año, se radicó en Nocupétaro, de clima más benigno que el de Tamácuaro; pero cuyos naturales, inducidos por la maldad en que vivían, le negaron la obediencia, la tasación y el servicio personal que estaban obligados a prestarle, y elevaron a la Diócesis una queja calumniosa en contra de él, si bien inútilmente, pues Morelos demostró su inculpabilidad.

Predispuesto por su naturaleza vigorosa, el clima cálido del Sur y probablemente también por la soledad de su hogar, entabló relaciones amorosas con una mujer ignorada, de la que tuvo dos hijos: Juan Nepomuceno, nacido hacia 1803, y José, posteriormente. Redimió esta falta reconociendo a Juan y a José de una manera pública.

De los años siguientes conocemos un detalle importante: la renuncia que hizo de su jurisdicción sobre las haciendas Cutzián y de Santa Cruz en favor de los curatos de Turicato y de Churumuco para mejorar su administración espiritual, pues estaban mucho más cercanas a aquellos curatos que al de Carácuaro: tal renuncia reducía considerablemente las ya exiguas obvenciones parroquiales que recaudaba Morelos. No obstante, pudo adquirir allí, a costa probablemente de continuas economías, una casa que valía "once mil quinientos cuarenta y tres pesos."

Así vivió hasta 1810, en que Hidalgo inició la primera de nuestras revoluciones ofreciendo a las multitudes la libertad y la riqueza que tanto ambicionaban, porque se sentían oprimidas y pobres: ignorantes de que ambos bienes sólo se alcanzan con el progreso y que éste jamás se fuerza; se insurreccionaron al punto con el mayor

entusiasmo y siguieron a Hidalgo sin elementos de lucha; pero seguras de que su patrona celestial, la Virgen de Guadalupe, les daría el triunfo: las muchedumbres se dejan seducir por cualquier promesa. Aunque Hidalgo se abstuvo de proclamar la independencia y permitía a sus huestes que vitorearan a Fernando VII, la revolución no arrastró a las clases superiores que son conservadoras siempre, para no exponer las comodidades que han conquistado, porque su mayor cultura les enseña que las revoluciones sólo producen ruina y barbarie al destruir las riquezas acumuladas y transformar en loables hábitos los peores delitos; el clero alto de la Nueva España, por ejemplo, combatió el movimiento de independencia, mientras que el clero bajo, por el contrario, lo secundó, Por pertenecer Morelos a este último clero y haber sido, además, discípulo de Hidalgo en el Colegio de San Nicolás de Valladolid, simpatizó doblemente con la revolución; de modo que apenas le habló Hidalgo en Indaparapeo, la tarde del 20 de octubre de 1810, aceptó el grado de su lugarteniente para "correr las tierras calientes del Sud."

No hemos logrado descubrir cuál fué el plan de guerra y gobierno que los dos se proponían desarrollar. Hidalgo se limitó a decir en su manifiesto de 15 de diciembre de aquel año, que deseaba establecer un congreso formado "de representantes de todas las ciudades, villas y lugares de este Reino;" creía que el americano debía gobernarse por el americano, de igual modo que el alemán por el alemán, según declaró cuando fué procesado. Quizá los caudillos insurgentes carecieron de un plan positivo; el propio Hidalgo aseguró entonces que "no adoptó plan ninguno de organización en todo ni en parte," y Morelos reconoció después que su sistema tendía únicamente a que recayese en los criollos el gobierno que estaba en las manos de los europeos. Se podría inferir de aquí que los caudillos insurgentes no querían compartir los beneficios de la independencia con los indígenas, a pesar de que eran quienes principalmente la llevaban a cabo; esta exclusión vendría a comprobar que todas las revoluciones son tan falaces como la Francesa, que en vez de otorgar la libertad, la igualdad y la fraternidad que había ofrecido, tiranizó a la misma Francia, convirtió en parias a incontables de sus hijos o los guillotinó sin exceptuar a las mujeres ni a los octogenarios y diezmó a la Europa.

Morelos principió sus campañas contra los realistas en noviembre de 1810 con "16 indígenas de Nocupétaro," solamente y otros escasísimos elementos de guerra; mas a pesar de esto y de su falta absoluta de conocimientos militares, tomó a Tecpan, el Veladero, el Aguacatillo y otros puntos estratégicos antes de que feneciera dicho mes; inspirado exclusivamente por su genio extraordinario, pudo desplegar desde el primer momento una táctica pronta y además

fecunda en eficaces ardides. Luego derrotó al esforzado capitán Paris que mandaba a mil hombres, y ocupó a Chichicualco. Decía entonces: "Se an dado beinte y seis batallas en dhos rumbos desde 13 de Nbre. de 1810 hasta 23 de mayo de 1811, y despreciando guerrillas y muchos pormenores, se an ganado beinte y dos y cuatro se an empatado: y en las 22 an acabado los más beteranos y Milisianos de Acapulco, Oaxaca, Puebla y fixo de Veracruz con algunos colorados y Dragones de México que llaman de España: y en todas ellas sólo ha perdido la América 75 soldados." En seguida se apoderó de Chilpancingo y Tixtla; deshizo la fuerza del teniento coronel Fuentes que había conquistado renombre en España; se posesionó de Chilapa, Tlapa, Chautla de la Sal, Izúcar, Cuautla, Taxco y Tenancingo, donde derrotó al Brigadier Porlier; volvió a Cuautla y resistió allí gloriosamente durante setenta y dos días el sitio que le puso el hasta entonces victorioso general Calleja, con el mejor ejército que había visto la Nueva España; reapareció también en Chautla, y en Chilapa desbarató las tropas que estaban a punto de entrar en Huajuapan; se situó en Tehuacán; salvó un botín considerable de plata; venció a la guarnición de Orizaba; conquistó la provincia entera de Oaxaca, y rindió, en fin, el 19 de agosto de 1813, la fortaleza de Acapulco que parecía inexpugnable.

Para conseguir tan importantes y repetidos éxitos, Morelos elegía con singular acierto a sus tenientes y soldados y se hacía obedecer y amar de ellos fácilmente: estimaba más a poca gente con disciplina que a *un mundo de hombres* sin ella; daba excelente ejemplo a sus subordinados, y a nadie permitía ni aun a la "voz del pueblo," que infringiera la disciplina militar; mantenía en su ejército la unidad de mando, sin la cual se vuelve ilusorio el triunfo; proscribía el sistema corruptor de mantener jefes y oficiales separados de las fuerzas, y reprimía los abusos de sus subalternos sin exceptuar a ninguno, porque juzgaba que la tolerancia en esto constituía una verdadera complicidad; ordenó, así, que se encapillase y ejecutara "dentro de tres horas" al militar que cometiera los delitos de robo o saqueo por valor de más de un peso; a fin de no carecer de ningún elemento de guerra, establecía talleres de armas, fábricas de pólvora, fundiciones de plomo y cobre y casas de moneda; extraño a la envidia, se complacía en premiar, conforme a los méritos de cada uno, a cuantos militaban a sus órdenes, en elogiar a los otros caudillos insurgentes y en honrar a los que morían sobre el campo de batalla; negábase a otorgar ascensos "sin mérito;" quitaba a los oficiales todo manejo de fondos para remediar su "ambiciosa codicia" y obligarlos a que cumplieran mejor con "sus deberes;" proyectaba y maduraba sus planes de campaña con la mayor anticipación posible; se posesionó de Tehuacán, verbigracia, a fin de que le

sirviera de base en sus operaciones ulteriores contra Oaxaca; no se dejaba desvanecer por la gloria de las armas, y antes bien reconocía que cualquier cambio de fortuna podía destruirla: "por lo mismo—agregaba—jamás se me ha llenado la cabeza de viento;" no combatía a sus enemigos sino después de haberles ofrecido la paz con el objeto de no dañarlos innecesariamente, y aunque los trataba en lo general "conforme a sus obras" y a la justicia, ordenando que recibieran la pena o el perdón que merecían, optaba por indultarlos cada vez que le era posible, pues se inclinaba más hacia la clemencia que hacia el rigor; cuando en Oaxaca conservó la vida de doscientos españoles, no exceptuó a Pardo ni a Padruns que debían "muertes a sangre fría."

Morelos se distinguió no sólo por su genio militar sorprendente, sino también por sus excepcionales dotes administrativas. Humanitario en grado sumo, se apresuró a abolir la servidumbre y la distinción de castas una y otra vez; su bando de 5 de octubre de 1813 comenzaba así: "Porque deve alejarse de la América la Esclavitud y todo lo que a ella huela. . . ." y en sus veintitrés puntos para la Constitución, no toleraba más distinciones entre los americanos que las del vicio y la virtud; preocupado tanto de los menesterosos como de la misma independencia, dispuso que el cincuenta por ciento de los bienes decomisados a los realistas, se diese a los pobres, de suerte que todos quedaran socorridos y ninguno se enriqueciera en lo particular; recomendaba a sus compatriotas que se vieran como hermanos, y confiaba más en la unión y en la concordia que en las armas, por lo cual sacrificaba a aquéllas sus propios intereses personales; acatando las ideas exageradamente religiosas de todo el pueblo de la Nueva España, no toleraba otro culto que el católico, y exigía que la devoción a la Virgen de Guadalupe se mantuviera "en todos los pueblos del reyno." Comprendiendo que las naciones que no entran en el concierto de los demás quedan condenadas a desaparecer, procuraba celebrar tratados con la Gran Bretaña, los gobiernos independientes de la América Meridional y los Estados Unidos; inquebrantable en su propósito de independencia, desoía con altivez los ofrecimientos de amistad de las autoridades realistas; escribió, así, al calce del manifiesto conciliatorio que Calleja expidió al tomar posesión del Virreinato: "Que entregue el bastón de mando a los Criollos y quedaremos en Paz;" ordenaba a todos los mexicanos y mexicanas que trabajasen "en el destino que cada cual fuese útil," porque la ociosidad es fecunda en malos hábitos, y persuadido de que únicamente sobreviven y prosperan los pueblos de carácter moral, prohibía los homicidios, desafíos, pendencias, provocaciones, el "juego recio," la fabricación de naipes, cualquier "echo, dicho o deceo" que perjudicase al prójimo, y

aun el uso del tabaco, que juzgaba un "detestable vicio" muy dañoso para la salud; quería que las leyes atenuasen la indigencia, y abogaba por el aumento del jornal del pobre, mediante su mayor ilustración y mejoramiento de costumbres; respetaba comúnmente los derechos individuales, y opinaba que la Constitución debía resguardar la propiedad de cada uno y convertir el hogar en "un asilo sagrado;" sólo admitía las contribuciones que oprimían poco; cuidaba de que la justicia estuviera "plenamente asistida," por presentir de seguro que sin ella ningún pueblo disfruta de paz y bienestar; atendía con escrúpulo el buen gobierno de los lugares que ocupaba, y, celoso de su propia autoridad, la defendía franca y resueltamente, pero quizá también con alguna presunción, pues se permitía decir entonces: "yo sé bien cómo anda el mundo;" sin embargo, no aspiraba a ejercer una autoridad absoluta, y condenaba al contrario a quienes reasumían en sí todos los poderes bajo el pretexto de "salvar a la patria," pero a la cual arruinaban, porque "mirándola peligrar," impedían a los otros ciudadanos que acudieran a salvarla.

Morelos fué ante todo un patriota ejemplar. Su mayor anhelo consistió en hacer feliz a su patria, "el blanco de todo" y la "madre común," según decía; gustaba más de llamarse "Siervo de la Nación," que "Generalísimo de las Armas de la América Septentrional," y daba las gracias con mayor efusión por los servicios que otros prestaban a ésta que por los que él mismo recibía. No exceptuaba de la obligación de defender a la patria, ni a los eclesiásticos, mujeres, niños y ancianos, y llamaba infames a cuantos vivían en país realista sin dar pruebas de patriotismo; por lo que hacía a él, aceptaba de antemano cualquier puesto donde pudiera ser útil a la Nueva España.

Naturalmente, Morelos tuvo errores como cualquier otro hombre. Así, por asegurar la ayuda de los Estados Unidos, les ofreció la Provincia de Tejas, suponiendo que el fin de emancipación justificaba todos los medios; ignorante de los principios económicos, procuraba moderar con las leyes "la opulencia," que suele lastimar a los humildes, y fijaba precios, en las leyes también, a los artículos de primera necesidad para combatir los monopolios, criadores del hambre del pueblo; a causa probablemente de que tampoco sabía que uno de los principales corolarios de la justicia es el derecho de propiedad, y que, por tanto, las mismas leyes no pueden destruirlo, propuso la confiscación de los bienes de los enemigos y la del oro, la plata y "demás preciosidades" de las iglesias, si bien ofreciendo el reintegro; es curioso que el propio Morelos condenara a muerte, como observamos ya, a los militares que robaban o saqueaban; con tendencias comunistas llegó, en fin, hasta proyectar

la inutilización de "todas las haciendas grandes," cuyos terrenos "laboriosos" excedieran de "dos leguas," y la destrucción de los acueductos, presas, caseríos y demás oficinas "de los hacenderos pudientes, criollos o gachupines." Pero debemos considerar que todos los revolucionarios han permitido el robo, y que, a pesar de que el comunismo recluta sus adeptos, casi exclusivamente entre los incapaces que envidian las riquezas producidas por los aptos, también suele ganar a alguno que otro hombre de noble espíritu y sentimentalismo exagerado, como Morelos.

Una vez que rindió la fortaleza de Acapulco, se despojó del poder supremo que hasta entonces había ejercitado, y lo transfirió al Congreso Insurgente, que él mismo creó, para que existiera un cuerpo con la majestad debida que pudiese regir sabiamente a la Nación. Por desgracia aquel Congreso, falto de experiencia política y además de gratitud, depuso a Morelos, quien aceptó estoicamente tal humillación, diciendo que si no se le creía útil como General, serviría de buena voluntad como el último soldado del Ejército Independiente; quizá pensó que era justa su deposición, porque se complacía en reconocer que del yerro "no estuvo esempto ni el primer hombre ni el más sabio de los hombres."

Morelos continuó sirviendo con lealtad al Congreso, y en varias ocasiones impidió que lo aprehendieran sus enemigos. Precisamente por salvarlo en Tamálac, el 5 de noviembre de 1815, no vaciló en sacrificarse conteniendo él solo a las fuerzas realistas y ordenando a la vez al general Bravo que vino a auxiliarlo: "Vaya U. a escoltar al Congreso, que aunque yo perezca, no le hace, pues ya está constituído el gobierno." Morelos salvó así al Congreso por última vez, pero quedó vencido y en poder de los realistas.

Traído a la Capital, lo procesaron luego los tribunales comunes y el del Santo Oficio, que arteramente amenazaba con la condenación eterna a los reos que se negaban a delatar a sus cómplices. Morelos, de bronce antes, se volvió de cera, no obstante que había expuesto su vida en múltiples combates y conservado su serenidad habitual en los mayores infortunios; quizá su confesor le convenció de que el Concilio IV de Toledo tuvo derecho para ordenar que se declarase excomulgado delante del Espíritu Santo a cualquiera que intentara privar a los Reyes de sus señoríos. Morelos era un creyente tan ingenuo que oficialmente se llamaba "Coronel del más privilegiado y distinguido Regimiento del Sr. San Miguel Arcánjel;" no podía dudar, en consecuencia, del infierno ni de sus penas terroríficas e inacabables; para siempre sintió, así, un pavor invencible al pensar que se vería sujeto a ellas y además privado de las inefables delicias del cielo si no denunciaba a sus hermanos los insurgentes; de aquí que los delatara, no con el objeto de conservar

su vida, sino a fin de ganar a Dios; los delatados no lo culparon: en su caso habrían hecho lo mismo.

Muy pocos días después, Morelos recibió con perfecta tranquilidad las balas de los soldados que lo fusilaron en San Cristóbal Ecatepec, el 22 de diciembre de aquel mismo año. Honrado sin mácula, no dejó bienes de fortuna, a pesar de que había manejado caudales enormes.

GENARO GARCIA.

EL GENERAL DON JOSE MARIA MORELOS SEGUN EL "DIARIO" DE EL LIC. ROSAINS, SECRETARIO PARTICULAR DEL HEROE,

Día 10 de febrero. Marchó el señor Morelos a San Francisco Huizo, pueblo de mediano vecindario, cabecera de la doctrina de San Pablo Huizo, donde tuvo su campamento el comandante español Régules y de donde salió luego en fuga cuando supo que Morelos había encumbrado la cuesta de San Juan del Rey. Esta jornada fué de tres leguas, por buen camino. Huizo está al poniente de Oajaca

Día 15 de febrero. Andadas cuatro leguas llegó el señor Morelos al pueblo de Yanhuitlán, curato de dominicos de Oajaca, con buena población y con algunas casas decentes. Será este lugar monumento eterno del genio cruel y sanguinario de los realistas, pues en él pasaron por las armas, mandado por Régules, a más de ochenta vecinos de las inmediaciones, de los cuales arrojaron a una barranca como sesenta.

Día 23 de febrero. Marchamos a Tepozcolula, que dista cuatro leguas. En su medianía está el pueblo de San Juanico, que es triste espectáculo de la revolución. Sus casas están incendiadas, su templo sin ornamentos ni utensilios, pues todos fueron robados, lastimadas sus paredes, y de su pavimento parece que exhalan suspiros sus miserables víctimas; todo esto conmovió el ánimo del señor Morelos en aquel lugar pavoroso. Tepozcolula es cabecera de partido y antes fué subdelegación, apreciable por su vasto co-

mercio de algodón, grana y matanzas de ganado cabrío y por comprender más de cien pueblos en los que hacían lucrosos repartimientos los alcaldes mayores, y los cobraban por sus manos, abusando de su autoridad y cometiendo muchas vejaciones en los pobres indios. Tiene seis diversas aguas, y de éstas la más apreciable es la de Tondá. Aunque la iglesia que llaman *Capilla Vieja*, está arruinada, sus fragmentos y hermosas columnas manifiestan que de tiempo atrás se conocieron en América las bellezas de la arquitectura.

Día 3 de marzo. Este día fué de ceniza, y después de tomarla nos encaminamos a Zacatepec, que dista cinco leguas y consta como de trescientas familias; pertenece al curato de Amuzgos y por lo civil a Jamiltepec. Cerca de él estaba un buen campamento enemigo, que abandonó a sólo la noticia de nuestra aproximación. Aquella campiña produce mucha grana y abunda en plátanos y palmas de coco.

Día 12 de marzo. (Viernes). Una salva de artillería y vísperas cantadas anunciaron ayer la jura, de la junta soberana nacional instalada en Zitácuaro, y se efectuó con la pompa posible. La tropa y oficialidad se vistió con el aseo que pudo en una marcha tan penosa y larga. Formó guardia desde el cuartel general hasta la iglesia, donde se presentó el señor Morelos de grande uniforme: marchaba a su vanguardia, en columna, la división de Galeana, y a su retaguardia la escolta. Colocóse en la iglesia bajo el dosel. El cura don Miguel Gómez exigió el juramento sobre los santos Evangelios a la oficialidad, en el altar mayor y después lo prestaron las repúblicas de indios. En seguida comenzó la misa y predicó don Joaquín Gutiérrez, capellán de honor del señor Morelos.

Concluída esta función, formada la tropa en el atrio de la iglesia, hizo el juramente el regimiento de Tlapa con su comandante indio don Victoriano Maldonado, al frente de sus banderas. Terminada esta ceremonia, se retiró el señor Morelos a su posada en el mismo orden que había venido. Todo contribuyó a dar esplendor a dicha función: el aseo de la tropa, su número, su brillante armamento, obró con entusiasmo en aquella gente popular, no acostumbrada a presenciar estas escenas, y la desengañó de que aquel ejército no era formado de centauros o alimañas, como se les había hecho creer a las viejas por los españoles, principalmente por las pastorales del señor Bergosa, obispo de Oajaca.

Día 18 de marzo. (Jueves). La jornada de hoy de siete leguas, es la más penosa que ha hecho el ejército hasta el paraje de la Cruz Alta, la mayor parte de loma y con algunos pedazos de bosque muy a propósito para que se ocultase el enemigo. Aunque este paraje tiene porción de jacales, los encontramos abandonados de sus dueños- Absolutamente no hay pastos sino a larga distancia, como ni tam.

poco agua. Reuniéronse allí muchas circunstancia para probar la constancia y valor con que nuestro ejército arrostraba los mayores contratiempos y peligros.

Día 19 de marzo. (Viernes). Día de regocijo por ser cumpleaños del señor Morelos. Cuando otro lo hubiera empleado en banquetes y regocijos, el general suspendió su marcha y se detuvo en este páramo solo, porque se quedaron a pie muchos soldados y cansadas sesenta mulas de carga. Su trabajo en el despacho fué igual al de los otros días. No permitió que se hiciesen salvas ni saludos, ni recibió otro obsequio que el sincero afecto de cuantos le rodeábamos. Su vida es una serie continuada de trabajos de toda especie; su comida un pedazo de carne fría, sentado en el suelo, y casi no descansa.

Día 22 de marzo. (Lunes). Hoy después de haber andado tres leguas de camino barrancoso y áspero, nos quedamos en el paraje del *Tamarindo,* y como los aposentadores no nos esperaban en él y es un desierto, todos nos quedamos sin comer, incluso el señor Morelos; no hubo pan ni tortillas, un añejo chicharrón de chivato fué su único manjar, y. . . . gracias. Sin embargo, todos estuvimos alegres. En aquel punto hay buenos pastos y un fresco arroyo inmediato.

Día 26 de marzo. (Viernes). En la historia de nuestra revolución se pronunciarán con respeto los nombres del *Veladero, Aguacatillo* y *Tonaltepec* que están a nuestra vista, pues a ellos llegó el general Morelos cuando no contaba en su hueste más de cuatrocientos hombres, ochenta armas de fuego y el resto con machetes, hondas y garrotes; y el enemigo tenía infinita mayor parte, con más dos mil fusiles y el resto repartido en diversos puntos ventajosos. Sin embargo, Morelos los afrontó con tan poca fuerza, resistió treinta y tres ataques y un sitio de más de un mes en el punto llamado el *Paso;* y últimamente, asaltó en su mismo campo (de los Tres Palos) al comandante Paris tomándole más de mil fusiles, su artillería, caja militar y equipajes; todo esto es admirable y casi excede los términos de la creencia. Efectivamente, veinte honderos rechazaron tras de sus trincheras a quinientos enemigos; nueve hicieron frente en una loma a setecientos y les quitaron una culebrina; un espía a quien sorprendieron en una vereda estrechísima a tres fuegos, se abrió paso con los estribos de su silla de montar por entre los fusiles, y eran tantos los balazos que le cruzaban, que el macho sobre que cabalgaba se paraba a cada instante sacudiendo las orejas; por fin este hombre mata a uno de un tajo de revés, y lejos de acobardarse, cuando ya se ve libre de peligro, acude encolerizado al campo de Morelos pidiéndole una escopeta para vengarse de sus enemigos. Este hombre famoso era conocido con el nombre de *Pedro el Petatano:* se mete en el campo enemigo con su sable, pregunta por el

comandante, y no dándosele noticia por los soldados, encuentra al fin a un hombre decente que cree que es el jefe, descarga sobre él un golpe mortal, y acudiendo en su defensa varios soldados, cierran contra él y con sus golpes muere, asombrándolos con su valor, intrepidez y prodigalidad de su vida.

Pero aún es más admirable el caso ocurrido en uno de los ataques habidos en aquellos lugares. Empeñóse un tiroteo con nuestras tropas durante el sitio; hallábase un loro en la cima de una ceiba, en las orillas del río llamado del Marqués: este animalito, sin asustarse como era natural con el tiroteo, comenzó a gritar: ¡fuego! ¡fuego! A tales voces se reaniman los nuestros, creyendo ser aquélla la voz de su comandante; entonces vuelven a la carga, y creyendo los enemigos que desde lo alto se les disparaba, se ponen en fuga. En estos lugares tuvieron sus primeros ensayos las tropas de Morelos, que le dieron tanto prestigio entre los suyos, y causó tanto terror a sus enemigos. En fin, hoy hemos andado cosa de tres leguas. Este paraje es escaso de pastos, aunque no de aguas, por cruzar inmediato el río del Marqués; en él aunque muy abajo, se cogen muchas mojarras: sus casas están destruídas por los enemigos.

Por la tarde quiso el señor Morelos ver el puerto desde un lugar acomodado, y a este fin tomó el camino de las Cruces, que es asperísimo y todo de peña viva. Como a la legua y media de distancia se encuentran vestigios de un campamento en que el enemigo tuvo cerca de tres mil hombres, y a poco trecho, en el mismo camino, está una trinchera, desde la cual veinte hombres (honderos) hicieron retroceder a cerca de quinientos que comandaba don *Pedro Vélez*, hoy castellano de Acapulco, logrando dar tan fuerte pedrada a uno de los principales jefes, que intimidó al resto de la tropa. También se descubre desde allí muy bien la ciudad y el castillo de Acapulco.

Día 3 de abril. (Sábado). En la jornada de hoy como de tres leguas para llegar al punto de los *Dragos*, hay dos cosas notables. La una es el árbol en cuyo pie se acostó el señor Morelos un día en que dispersos todos sus soldados y fatigado inútilmente de poderlos contener, desesperado de conseguirlo, se acostó junto a un cañón atravesado en el camino, donde durmió largo tiempo sin que le sobresaltara la inmediación del enemigo ni afligiera el abandono de los suyos, La otra es el paraje llamado de Bejuco donde acaeció una cosa igual, pues acometidos los nuestros por *Carreño*, gobernador de Acapulco, muerto éste, huyeron tanto los americanos como los realistas.

Día 4 de abril. (Domingo). Hechos los aprestos para el ataque de la ciudad de Acapulco y conmovida la tropa con la música militar, se dió principio a la acción, ocupando el costado derecho el

brigadier Avila, el izquierdo Galeana, y el centro la escolta de Morelos, al mando del coronel don Felipe González. La tropa de Galeana desalojó al enemigo del cerro de las *Iguanas;* González se entró hasta las primeras casas de la ciudad, despreciando los fuegos cruzados del castillo, lanchas y baluarte del hospital. Avila ganó la casa Mata y cerro de su situación, persiguiendo a los que la defendían hasta las orillas del poblado; el cerro, sobre la gran dificultad que había para subirlo colocado el enemigo sobre su eminencia, quedaba protegido y cubierto con anchas peñas, no sólo de los tiros de fusil, sino aun de la artillería gruesa. Hemos tenido tres muertos, e ignoramos los de los enemigos; uno de éstos cayó prisionero; tratólo el señor Morelos con mucha benignidad, y le puso en las manos la tercera intimación de rendirse para el comandante de la fortaleza, no obstante el modo incivil y bárbaro con que habían sido tratados los que llevaron las anteriores intimaciones, pues fueron aporreados, y aun las mujeres les echaron encima zacate ardiendo. . . , ¡no fué mal refresco!

Día 7 de abril. (Miércoles). Hoy no se ha hecho fuego ninguno. Llegó en este día a nuestro campo doña Manuela Medina, india natural de Tasco, mujer extraordinaria a quien la junta le dió el título de capitana porque ha hecho varios servicios a la nación y acreditádose por ellos, pues ha levantado una compañía y se ha hallado en siete acciones de guerra. Hizo un viaje de más de cien leguas por conocer al general Morelos. Después de haberlo visto, dijo que ya moría con ese gusto aunque la despedazase una bomba de Acapulco.

Por la tarde salió el señor general a observar la Casa Mata y la vereda por donde debe atacarse a la ciudad. La casa es amplia, por dentro está forrada hasta cosa de dos varas de madera durísima; en lo interior tiene una barda de cal y canto, y haciendo en ella troneras para fusil, podría oponerse en la misma, en caso necesario, una vigorosa resistencia.

Día 9 de abril. (Viernes). Salió el señor Morelos a recorrer su campo, poniéndose en puntos arriesgados para enseñar a la oficialidad, a pesar de que se le oponían los que estaban cerca de su persona. Cinco balas de a veinticuatro cruzaron a distancia de menos de tres varas de donde el general se colocó para observar los movimientos del enemigo.



SAN MARTIN



AN Martín fué el libertador del Sur, el padre de la República Argentina, el padre de Chile. Sus padres eran españoles y a él lo mandaron a España para que fuese militar del Rey.

Cuando Napoleón entró en España con su ejército, para quitarles a los españoles la libertad, los españoles todos pelearon contra Napoleón: pelearon los viejos, las mujeres, los niños; un niño valiente, un catalancito, hizo huír una noche a una compañía, disparándoles tiros desde un rincón del monte; al niño lo encontraron muerto, muerto de hambre y de frío; pero tenía en la cara como una luz, y sonreía como si estuviese contento. San Martín peleó muy bien en la batalla de Bailén y le hicieron teniente coronel.

Hablaba poco, parecía de acero; miraba como un águila: nadie lo desobedecía; su caballo iba y venía por el campo de pelea, como el rayo por el aire.

En cuanto supo que América peleaba para hacerse libre, vino a América: ¿qué le importaba perder su carrera, si iba a cumplir con su deber? Llegó a Buenos Aires; no dijo discursos: levantó un escuadrón de caballería; en San Lorenzo fué su primera batalla: sable en mano se fué San Martín detrás de los españoles, que venían muy seguros tocando el tambor, y se quedaron sin tambor, sin cañones y sin bandera.

En los otros pueblos de América los españoles iban venciendo: a Bolívar lo había echado Morillo, el cruel, de Venezuela; Hidalgo estaba muerto; O'Higgins salió huyendo de Chile: pero donde estaba San Martín siguió siendo libre la América.

Hay hombres así, que no pueden ver la esclavitud; San Martín no podía: y se fué a libertar a Chile y al Perú. En dieciocho días cruzó con su ejército los Andes altísimos y fieros: iban los hombres como por el cielo, hambrientos, sedientos: abajo, muy abajo, los árboles parecían hierba, los torrentes rugían como leones. San Martín se encuentra al ejército español y lo deshace en la batalla de Maipú; lo derrota para siempre en la batalla de Chabuco; liberta a Chile.

Se embarca con su tropa, y va a libertar al Perú. Pero en el Perú estaba Bolívar, y San Martín le cede la gloria. Se fué a Europa triste, y murió en brazos de su hija Mercedes. Escribió su testamento en una cuartilla de papel, como si fuera el parte de una batalla. Le habían regalado el estandarte que el conquistador Pizarro trajo hace cuatro siglos, y él le regaló el estandarte, en el testamento, al Perú.

Un escultor es admirable porque saca una figura de la piedra bruta; pero esos hombres que hacen pueblos son más que hombres. Quisieron algunas veces lo que no debieron querer; pero ¿qué no le perdonará un hijo a su padre? El corazón se llena de ternura al pensar en esos gigantescos fundadores.

Esos son héroes: los que pelean para hacer a los pueblos libres, o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad; los que pelean por la ambición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales.

JOSE MARTI.

DOS ANECDOTAS SOBRE SAN MARTIN

San Martín, el viejo y glorioso soldado, conversaba un día con su hija, la señora Mercedes de Balcarce, y otras personalidades argentinas, entre las que se encontraba Sarmiento, cuando de improviso se presentó entre ellos una de sus dos nietecitas, toda deshecha en lágrimas.

—Mientras hacía el puchero—dijo la nena con angelical sencillez—para ti y mi mamá, han roto el vestido de mi muñeca; ahora no tiene ella con qué vestirse y está con mucho frío; abrígala tú con tu capa, que si no se me muere.

San Martín procuró consolarla acariciándola, pero la nena lloraba inconsolable. Entonces el glorioso abuelo sacó de su cofre una medalla con cintas ya descoloridas y la entregó a la niña, diciéndole:

—Toma, mi hijita, ponle eso para que se le pase el frío.

La nena se apaciguó, y ya consolada, se fué a jugar con la medalla.

Ratos después la señora de Balcarce recogía del patio la medalla, pudiendo leer en ella esta inscripción:

"Bailén, 8 de junio de 1808."

—Papá, dijo la señora, ¿no se ha fijado en la medalla que dió a la niña? ¡Es la condecoración que acordó a usted el gobierno de España por haber sido uno de los vencedores de Bailén!

Sonriendo con melancólica tristeza, San Martín respondió:

—*Es cierto, mi querida hija; pero ¿cuál es el valor de todas estas cintas y condecoraciones si no alcanzan a detener las lágrimas de una niña?*

Hallábase San Martín en el campamento de Mendoza. El edecán de servicio en la antesala de su tienda, entró un día anunciándole:

—Un oficial pregunta por el ciudadano don José de San Martín.

—Hágale usted entrar.

Entró el oficial, ratificándose en que venía a ver al ciudadano, y no al general en jefe.

—Puede usted hablar— le dijo San Martín.

—Vengo a confiarme a usted, como un hijo a su padre—balbuceó el oficial—. Soy habilitado de mi cuerpo. Ayer recibí de la

Comisaría de Guerra, para socorro de los oficiales y soldados, una suma de dinero. Llevábala a su destino, cuando entro, por mi desgracia, a saludar a un oficial amigo mío que se hallaba enfermo. Varios compañeros estaban jugando a los naipes en el aposento. Me invitaron. Al principio rehusé. Luego quise tentar la suerte. Resolví jugar la pequeña suma que me correspondía de la cantidad total que llevaba. Como debo al sastre y a varios proveedores, no pudiendo pagar mis deudas con esa suma, ocurrióseme que si lograba duplicarla o triplicarla, saldría de apuros. El caso es que perdí. Ofuscado por el golpe, quise reponer la pérdida; juego de nuevo y vuelvo a perder!...... En fin, arriesgué todo lo que llevaba, y lo perdí todo........ He pasado la noche vagando por los alrededores del campamento. ¡Estoy deshonrado! ¡Ruégole, señor, que se apiade de mi situación y salve mi honor! Yo le pagaré después como pueda, aunque sea sirviéndole de criado. ¡Lo que no quiero es que se me ajusticie como ladrón y llegue la noticia a mi podre madre!........

El general San Martín le contestó después de una pausa:

—Como general estaría obligado a hacerle enjuiciar ante el Consejo de guerra. Pero usted se ha confiado a mi lealtad y promete enmendarse........

Y tiró de una gaveta de su escritorio, sacó unas onzas de oro hasta completar la suma que el oficial le pedía, y al entregárselas le dijo:

—Vaya usted, y en el acto entregue ese dinero en la caja de su cuerpo. ¡Que en su vida se vuelva a repetir un pasaje semejante! Y, sobre todo, guarde usted en el más profundo secreto el asunto de esta entrevista, porque si alguna vez el general San Martín llega a saber que usted ha revelado algo de lo ocurrido, en el acto le manda fusilar.





RESUMEN DE LA VIDA DEL GENERAL SUCRE

Usted créame, general, nadie ama la gloria tanto como yo. Jamás un jefe ha tributado más gloria a un subalterno. Ahora mismo se está imprimiendo una relación de la vida de usted, hecha por mí; cumpliendo con mi conciencia, le doy a usted cuanto merece. Esto lo digo para que vea que soy justo: desapruebo mucho lo que no me parece bien, al mismo tiempo que admiro lo que es sublime.

(*Párrafo de una carta de Bolívar a Sucre, fechada en Lima el 21 de febrero de 1825.*)



L general Antonio José de Sucre nació en la ciudad de Cumaná, provincia de Venezuela, el año de 1790, de padres ricos y distinguidos.

Recibió su primera educación en la capital, Caracas. En el año de 1802 principió sus estudios de matemáticas para seguir la carrera de ingeniero. Empezada la revolución, se dedicó a esta arma y mostró desde los primeros momentos una aplicación y una inteligencia que le hicieron sobresalir entre sus compañeros. Muy pronto empezó la guerra y desde luego el general Sucre salió a campaña. Sirvió a las órdenes del general Miranda, con distinción, en

los años 11 y 12. Cuando los generales Mariño, Piar, Bermúdez y Valdez emprendieron la reconquista de su patria, en el año de 13, por la parte oriental, el joven Sucre les acompañó a una empresa la más atrevida y temeraria. Apenas un puñado de valientes, que no pasaban de ciento, intentaron y lograron la libertad de tres provincias. Sucre siempre se distinguía por su infatigable actividad, por su inteligencia y por su valor. En los célebres campos de Maturín y Cumaná se encontraba de ordinario al lado de los más audaces, rompiendo las filas enemigas, destrozando ejércitos contrarios con tres o cuatro compañías de voluntarios que componían todas nuestras fuerzas. La Grecia no ofrece prodigios mayores. Quinientos paisanos armados, mandados por el intrépido Piar, destrozaron ocho mil españoles en tres combates en campo raso. El general Sucre era uno de los que se distinguían en medio de estos héroes.

El general Sucre sirvió el E. M. G. del ejército de Oriente desde el año de 1816 hasta el de 1817, siempre con aquel celo, talento y conocimientos que le han distinguido tanto. El era el alma del ejército en que servía. El metodizaba todo, él lo dirigía todo, mas con esa modestia, con esa gracia con que hermosea cuanto ejecuta. En medio de las combustiones que necesariamente nacen de la guerra y de la revolución, el general Sucre se hallaba frecuentemente de mediador, de consejero, de guía, sin perder nunca de vista la buena causa y el buen camino. El era el azote del desorden, y, sin embargo, el amigo de todos.

Su adhesión al Libertador y al gobierno, le ponían a menudo en posiciones difíciles, cuando los partidos domésticos encendían los espíritus. El general Sucre quedaba en la tempestad, semejante a una roca, combatida por las olas, clavados los ojos en la patria, y sin perder, no obstante, el aprecio y el amor de los que combatía.

Después de la batalla de Boyacá, el general Sucre fué nombrado jefe del Estado Mayor General Libertador, cuyo destino desempeñó con su asombrosa actividad. En esta capacidad, asociado al general Briceño y al coronel Pérez, negoció el armisticio y regularización de la guerra con el general Morillo el año de 1820. Este tratado es digno del alma del general Sucre: la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron: él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada a la guerra: él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho.

Luego fué destinado desde Bogotá a mandar la división de tropas que el gobierno de Colombia puso a sus órdenes para auxiliar a Guayaquil, que se había insurreccionado contra el gobierno español. Allí Sucre desplegó su genio conciliador, cortés, activo, audaz.

Dos derrotas consecutivas pusieron a Guayaquil al lado del

abismo. Todo estaba perdido en aquella época: nadie esperaba salud sino en un prodigio de la buena suerte. Pero el general Sucre se hallaba en Guayaquil, y bastaba su presencia para hacerlo todo. El pueblo deseaba librarse de la esclavitud; el general Sucre dirigió este noble deseo con acierto y con gloria. Triunfa en Yaguachi y libra así a Guayaquil. Después un nuevo ejército se presentó en las puertas de esta misma ciudad, vencedor y fuerte. El general Sucre lo conjuró, lo rechazó sin combatirlo. Su política logró lo que sus armas no habían alcanzado. La destreza del general Sucre obtuvo un armisticio del general español, que en realidad era una victoria. Gran parte de la batalla de Pichincha se debe a esta hábil negociación; porque sin ella, aquella célebre jornada no habría tenido lugar. Todo habría sucumbido entonces, no teniendo a su disposición el general Sucre medios de resistencia.

El general Sucre formó, en fin, un ejército respetable durante aquel armisticio con las tropas que levantó en el país, con las que recibió del gobierno de Colombia y con la división del general Santa Cruz que obtuvo del Protector del Perú, por resultado de su incansable perseverancia en solicitar por todas partes enemigos a los españoles poseedores de Quito.

La campaña que terminó la guerra del Sur de Colombia, fué dirigida y mandada en persona por el general Sucre; en ella mostró sus talentos y virtudes militares; superó dificultades que parecían invencibles; la Naturaleza le ofrecía obstáculos, privaciones y penas durísimas. Mas a todo sabía remediar su genio fecundo. La batalla de Pichincha consumó la obra de su celo, de su sagacidad y de su valor. Entonces fué nombrado, en premio de sus servicios, General de División e Intendente del Departamento de Quito. Aquellos pueblos veían en él su Libertador, su amigo; se mostraron más satisfechos del jefe que les era destinado, que de la libertad misma que recibían de sus manos. El bien dura poco; bien pronto lo perdieron.

La pertinaz ciudad de Pasto se sublevó poco después de la capitulación que le concedió el Libertador, con una generosidad sin ejemplo en la guerra. La de Ayacucho, que acabamos de ver con asombro, no le era comparable. Sin embargo, este pueblo ingrato y pérfido obligó al general Sucre a marchar contra él, a la cabeza de algunos batallones y escuadrones de la guardia colombiana. Los abismos, los torrentes, los escarpados precipicios de Pasto fueron franqueados por los invencibles soldados de Colombia. El general Sucre los guiaba, y Pasto fué nuevamente reducido al deber. El general Sucre bien pronto fué destinado a una doble misión militar y diplomática cerca de este gobierno, cuyo objeto era hallarse al lado del Presidente de la República para intervenir en la eje-

cución de las operaciones de las tropas colombianas auxiliares del Perú. Apenas llegó a esta capital, cuando el gobierno del Perú le instó, repetida y fuertemente, para que tomase el mando del ejército unido; él se denegó a ello, siguiendo su deber y su propia moderación, hasta que la aproximación del enemigo, con fuerzas muy superiores, convirtió la aceptación del mando en una honrosa obligación. Todo estaba en desorden: todo iba a sucumbir sin el jefe militar que pusiese en defensa la plaza del Callao, con las fuerzas que ocupaban esta capital. El general Sucre tomó, a su pesar, el mando.

El Congreso, que había sido ultrajado por el Presidente Riva Agüero, depuso a este magistrado luego que entró en el Callao, y autorizó al general Sucre para que obrase militar y políticamente como Jefe Supremo. Las circunstancias eran terribles, urgentísimas: no había que vacilar, sino obrar con decisión.

El general Sucre renunció, sin embargo, el mando que le confería el Congreso, el que siempre insistía con mayor ardor en el mismo empeño, como que era él el único hombre que podía salvar la patria en aquel conflicto tan tremendo. El Callao encerraba la caja de Pandora, y al mismo tiempo era un caos. El enemigo estaba a las puertas con fuerzas dobles; la plaza no estaba preparada para un sitio; los cuerpos de ejército que la guarnecían eran de diferentes Estados, de diferentes partidos; el Congreso y el Poder Ejecutivo luchaban de mano armada; todo el mundo mandaba en aquel lugar de confusión, y al parecer, el general Sucre era responsable de todo. El, pues, tomó la resolución de defender la plaza, con tal que las autoridades supremas la evacuasen, como ya se había determinado de antemano por parte del Congreso y del Poder Ejecutivo. Aconsejó a ambos Cuerpos que se entendiesen y transigiesen sus diferencias en Trujillo, que era el lugar designado para su residencia.

El general Sucre tenía órdenes positivas de su Gobierno de sostener al del Perú, pero de abstenerse de intervenir en sus diferencias intestinas; esta fué su conducta invariable, observando religiosamente sus instrucciones. Por lo mismo, ambos partidos se quejaban de indiferencia, de indolencia, de apatía por parte del general de Colombia, que si había tomado el mando militar había sido con suma repugnancia, y sólo por complacer a las autoridades peruanas, pero bien resuelto a no ejercer otro mando que el estrictamente militar. Tal fué su comportamiento en medio de tan difíciles circunstancias. El Perú puede decir si la verdad dicta estas líneas.

Las operaciones del general Santa Cruz en el Alto Perú habían empezado con buen suceso y esperanzas probables. El general Sucre había recibido órdenes de embarcarse con cuatro mil hombres de las tropas aliadas hacia aquella parte. En efecto, dirige su mar-

cha con tres mil colombianos y chilenos; desembarca en el puerto de Quilca y toma la ciudad de Arequipa. Abre comunicaciones con el general Santa Cruz, que se hallaba en el Alto Perú; a pesar de no recibir demanda alguna de dicho general, de auxilios, dispone todo para obrar inmediatamente contra el enemigo común. Sus tropas habían llegado muy estropeadas, como todas las que hacen aquella navegación; los caballos y bagajes había costado una inmensa dificultad obtenerlos: las tropas de Chile se hallaban desnudas, y debieron vestirse antes de emprender una campaña rigurosa. Sin embargo, todo se efectuó en pocas semanas. Ya la división del general Sucre había recibido parte del general Santa Cruz, que la llamaba en su auxilio, y algunas horas después de la recepción de este parte, estaba en marcha, cuando se recibió el triste anuncio de la disolución de la división peruana en las inmediaciones de, Desaguadero. Por entonces todo cambiaba de aspecto. Era, pues indispensable mudar de plan. El general Sucre tuvo una entrevista con el general Santa Cruz en Moquegua y allí combinaron sus ulteriores operaciones. La división que mandaba el general Sucre vino a Pisco, y de allí pasó, por orden del Libertador, a Supe para oponerse a los planes de Riva Agüero, que obraba de concierto con los españoles.

En estas circunstancias el general Sucre instó al Libertador para que le permitiese ir a tomar el valle de Jauja con las tropas de Colombia, para oponerse allí al general Canterac, que venía del Sur. Riva Agüero había ofrecido cooperar a esta maniobra; mas su perfidia pretendía engañarnos. Su intento era dilatarla hasta que llegasen los españoles, sus auxiliares. Tan miserable treta no podía alucinar al Libertador, que la había previsto con anticipación, o más bien, que la conocía por documentos interceptados de los traidores y de los enemigos.

El general Sucre dió en aquel momento brillante testimonio de su carácter generoso. Riva Agüero le había calumniado atrozmente: le suponía autor de los decretos del Congreso, el agente de la ambición del Libertador, el instrumento de su ruina. No obstante esto, Sucre ruega encarecida y ardientemente al Libertador, para que no le emplee en la campaña contra Riva Agüero, ni aún como simple soldado; apenas se pudo conseguir de él que siguiese como espectador y no como jefe del ejército unido; su resistencia era absoluta. El decía que de ningún modo convenía la intervención de los auxiliares en aquella lucha, e infinitamente menos la suya propia, porque se le suponía enemigo personal de Riva Agüero y competidor al mando. El Libertador cedió con infinito sentimiento, según se dijo, a los vehementes clamores del general Sucre. El tomó en persona el mando del ejército, hasta que el general La Fuente, por

su noble resolución de ahogar la traición de un jefe y la guerra civil de su patria, prendió a Riva Agüero y a sus cómplices. Entonces el general Sucre volvió a tomar el mando del ejército; allí su economía desplegó todos sus recursos para mantener con comodidad y agrado las tropas de Colombia. Hasta entonces aquel departamento había producido muy poco o nada al Estado. Sin embargo, el general Sucre establece el orden más estricto para la subsistencia del ejército, conciliando a la vez el sacrificio de los pueblos y disminuyendo el dolor de las exacciones militares con su inagotable bondad y con su infinita dulzura. Así fué que el pueblo y el ejército se encontraron tan bien cuanto las circunstancias lo permitían.

Sucre tuvo orden de hacer un reconocimiento de la frontera, como lo efectuó con el esmero que acostumbra, y dictó aquellas providencias preparatorias que debían servirnos para realizar la próxima campaña.

Cuando la traición del Callao y de Torre–Tagle llamó los enemigos a Lima, el general Sucre recibió órdenes de contrarrestar el complicado sistema de maquinaciones pérfidas que se extendió en todo el territorio contra la libertad del país, la gloria del Libertador y el honor de los colombianos. El general Sucre combatió con suceso a todos los adversarios de la buena causa; escribió con sus manos resmas de papel para impugnar a los enemigos del Perú y de la libertad, para sostener a los buenos, para confortar a los que empezaban a desfallecer por los prestigios del error triunfante. El general Sucre escribía a sus amigos que más interés había tomado por la causa del Perú que por una que le fuese propia o perteneciese a su familia. Jamás había desplegado un celo tan infatigable; mas sus servicios no se vieron burlados; ellos lograron retener en la causa de la patria a muchos que la habrían abandonado sin el empeño generoso de Sucre. Este general tomó al mismo tiempo a su cargo la dirección de los preparativos que produjeron el efecto maravilloso de llevar el ejército al Valle de Jauja, por encima de los Andes helados y desiertos. El ejército recibió todos los auxilios necesarios, debidos, sin duda, tanto a los pueblos peruanos que los prestaban como al jefe que los había ordenado tan oportuna y discretamente.

El general Sucre, después de la acción de Junín, se consagró de nuevo a la mejora y alivio del ejército. Los hospitales fueron provistos por él, y los piquetes que venían de alta al ejército eran auxiliados por el mismo general: estos cuidados dieron al ejército dos mil hombres que quizá habrían perecido en la miseria sin el esmero del que consagraba sus desvelos a tan piadoso servicio. Para el general Sucre todo sacrificio por la humanidad y por la patria parece glorioso. Ninguna atención bondadosa es indigna de su corazón: él es el general del soldado.

Cuando el Libertador lo dejó encargado de conducir la campaña durante el invierno que entraba, el general Sucre desplegó todos los talentos superiores que le han conducido a obtener la más brillante campaña de cuantas forman la gloria de los hijos del Nuevo Mundo. La marcha del ejército unido desde la provincia de Cotabamba hasta Huamanga, es una operación insigne, comparable quizá a lo más grande que presenta la historia militar. Nuestro ejército era inferior en mitad al enemigo, que poseía infinitas ventajas materiales sobre el nuestro. Nosotros nos veíamos forzados a desfilar sobre riscos, gargantas, ríos, cumbres, abismos, siempre en presencia de un ejército enemigo y siempre superior. Esta corta, pero terrible campaña tiene un mérito que todavía no es bien conocido en su ejecución: ella merece un César que la describa.

La batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana y la obra del general Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta y su ejecución divina. Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora a los vencedores de catorce años y a un enemigo perfectamente constituído y hábilmente mandado. Ayacucho es la desesperación de nuestros enemigos. Ayacucho, semejante a Waterloo, que decidió del destino de la Europa, ha fijado la suerte de las naciones americanas. Las generaciones venideras esperan la victoria de Ayacucho para bendecirla y contemplarla sentada en el trono de la libertad, dictando a los americanos el ejercicio de sus derechos y el "sagrado imperio" de la Naturaleza.

El general Sucre es el padre de Ayacucho: es el redentor de los hijos del Sol: es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro el imperio de los Incas. La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Capac y contemplando las cadenas del Perú, rotas por su espada.

Lima, 1825.

SIMON BOLIVAR.



INDICE

INDICE

Páginas



ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE SEGUNDO Y ULTIMO TOMO DE
LAS LECTURAS CLASICAS PARA NIÑOS EN LOS TALLERES
GRAFICOS DE LA NACION Y AL CUIDADO DE LA
SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA, EL DIA 10
DE JUNIO DE MCMXXV. ADAPTARON LAS LE-
YENDAS DEL PRIMER VOLUMEN GABRIELA MIS-
TRAL, PALMA GUILLEN, SALVADOR NOVO Y
JOSE GOROSTIZA Y EN ESTE SEGUNDO CO-
LABORARON EN IGUAL FORMA JAIME
TORRES BODET, FRANCISCO MON-
TERDE GARCIA ICAZBALCETA, XA-
VIER VILLAURRUTIA Y BER-
NARDO ORTIZ DE MONTE-
LLANO. ILUSTRARON
AMBOS TOMOS MON-
TENEGRO Y FER-
NANDEZ LE-
DESMA.




10001301985
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL